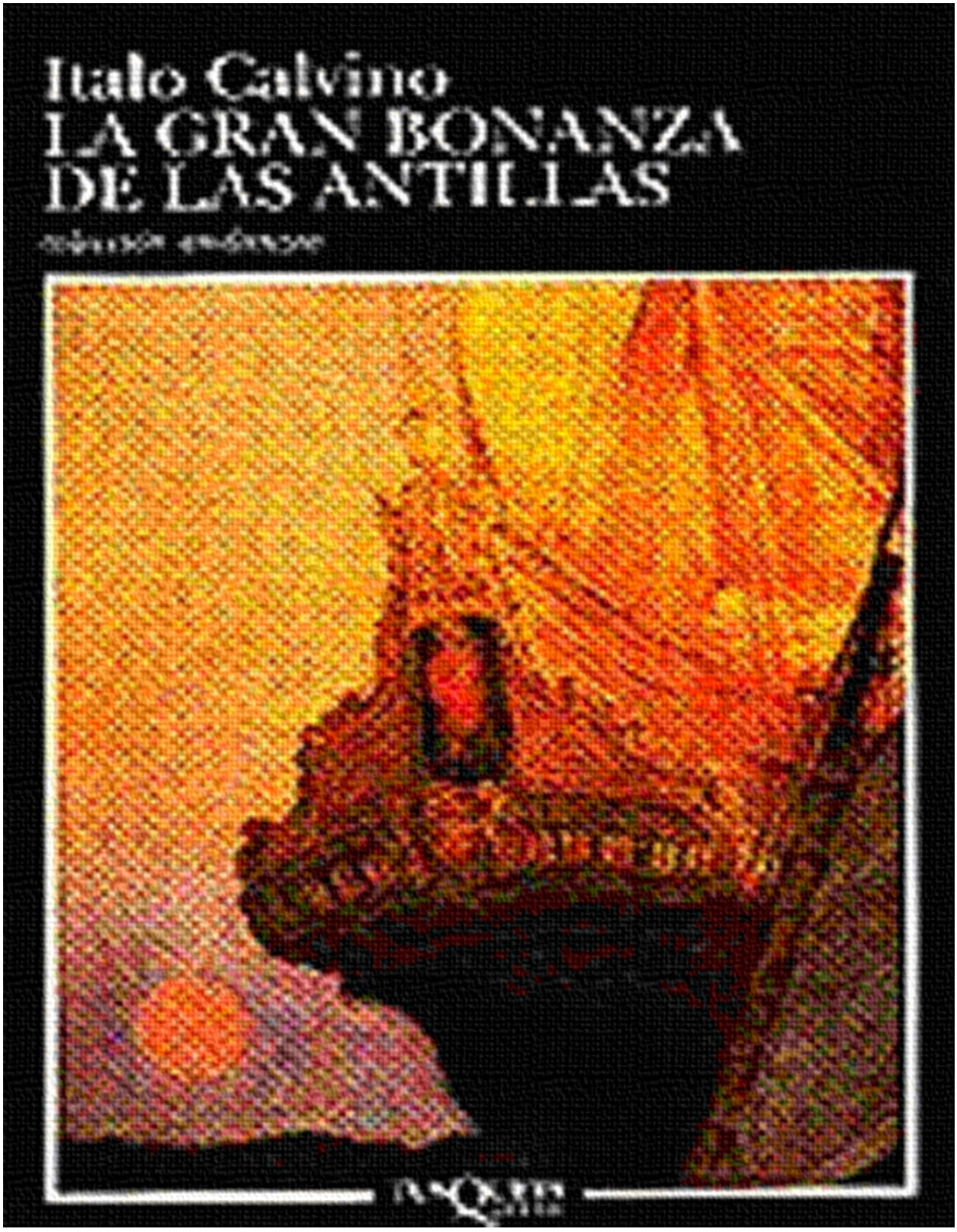
LA GRAN BONANZA DE LAS ANTILLAS

Italo Calvino



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Nota de Esther Calvino

Italo Calvino empezó a escribir durante su adolescencia cuentos, apólogos, poesía y sobre todo obras teatrales. El teatro fue en realidad su primera vocación y muchas son las obras que ha dejado. Pero su extraordinaria capacidad de autocrítica, de leerse desde fuera, lo llevó en pocos años a abandonar ese género. En una carta de 1945 anuncia lacónicamente a su amigo Eugenio Scalfari: «He pasado a la narrativa». Muy importante debía de ser la noticia ya que la escribe en mayúsculas y ocupando transversalmente todo el espacio de la página.

A partir de ese momento su actividad literaria será constante: escribe siempre, en cualquier lugar, en cualquier circunstancia, sobre una mesa o sobre sus rodillas, en el avión o en cuartos de hotel.

No es de sorprender que haya dejado una obra tan vasta de la que forman parte numerosos cuentos y apólogos. Además de los que él mismo recogió en diversos volúmenes, muchos aparecieron en periódicos y revistas. Otros quedaron inéditos.

Los textos que aquí se recogen -publicados e inéditos- constituyen sólo una parte de los escritos entre 1943 (el autor tenía entonces 19 años) y 1984.

Algunos de ellos, concebidos inicialmente como novelas, se transformaron en cuentos, procedimiento no insólito en Calvino que, de una novela no publicada, *Il bianco veliero*, extrajo más de un cuento del volumen *I racconti*, aparecido en 1958. Otros fueron escritos por encargo: quizá «La glaciación» no hubiese visto la luz si una destilería japonesa, productora de un whisky famoso en Oriente, no hubiera decidido festejar su 50 aniversario pidiendo cuentos a algunos escritores europeos. Con una sola condición: citar en el texto una bebida alcohólica cualquiera. Este cuento se publicó en japonés antes que en italiano.

También fue curiosa la gestación y el destino de «El incendio de la casa abominable». De manera algo imprecisa le llegó a Calvino la noticia de que la IBM se interesaba por un cuento o un texto literario escrito con un ordenador. Ocurría esto en 1973, antes de que el ordenador fuera tan común como una máquina de escribir y Calvino no tardó mucho en descubrir que no era tan sencillo el acceso a uno de esos aparatos para quien no fuese un especialista. Con no poco esfuerzo resolvió mentalmente las operaciones que hubiera hecho con el ordenador y «El incendio de la casa abominable» terminó en la edición italiana de *Playboy*. Eslo no parece haberle importado demasiado; la verdad es que para Calvino este cuento tenía un único destinatario: el OULIPO, al que lo presentó como ejemplo de *ars combinatoria* y de desafío a sus propias capacidades matemáticas.

Por lo que respecta a los primeros cuentos, muy breves y casi todos inéditos, es interesante señalar que en una nota de 1943, encontrada entre sus papeles juveniles, Calvino escribe: «El apólogo nace en tiempos de opresión. Cuando un hombre no puede dar clara forma a sus ideas, las expresa por medio de fábulas. Estos cuentos corresponden a las experiencias políticas y sociales de un joven durante la agonía del fascismo». Sigue diciendo que, cuando los liempos lo permitan (y se entiende que se trata del final de la guerra y del fascismo), el cuento-apólogo, escogido por él sólo en aquel momento histórico-político, dejará de tener sentido y el escritor podrá cambiar de rumbo. Pero los títulos y las fechas de gran parte de estos cuentos -así como el resto de su obra- bastan para demostrar que, pese a las afirmaciones juveniles, el apólogo seguirá siendo una de sus formas de expresión preferidas.

En otros casos, textos que pueden parecer singulares dentro del conjunto de su obra, forman parte de proyectos que Calvino tenía claros y que no llegó a realizar.

Esther Calvino

NOTA DEL EDITOR ESPAÑOL

Este mismo libro se titula en italiano *Prima che tu dica* «Pronto» («Antes de que respondas»), pero a propuesta de Esther Calvino y Aurora Bernárdez tomamos como título general del libro el de otro cuento.

En nuestra edición se han añadido, también por indicación de Esther Calvino, los cuentos «La gallina de la sección», «La noche de los números», «La otra Eurídice», «La nada y lo poco» y «La implosión», inéditos en español y en cambio no se ha recogido el intraducible «Piccolo sillabario illustrado», serie de pequeños cuentos a partir de combinaciones fónicas y juegos de palabras que sólo tienen sentido en italiano.

La datación y procedencia de los relatos se especifican en el apéndice final.

Apólogos y cuentos 1943 - 1958

El hombre que llamaba a Teresa

Bajé de la acera, di unos pasos hacia atrás mirando para arriba y, al llegar a la mitad de la calzada, me llevé las manos a la boca, como un megáfono, y grité hacia los últimos pisos del edifício:

-¡Teresa!

Mi sombra se espantó de la luna y se acurrucó entre mis pies.

Pasó alguien. Yo llamé otra vez:

-¡Teresa!

El hombre se acercó, dijo:

-Si no grita más fuerte no le oirá. Probemos los dos. Cuento hasta tres, a la de tres atacamos juntos. -Y dijo-: Uno, dos, tres. -Y juntos gritamos-: ¡Tereeesaaa!

Pasó un grupo de amigos, que volvían del teatro o del café, y nos vieron llamando. Dijeron:

-Ale, también nosotros ayudamos.

Y también ellos se plantaron en mitad de la calle y el de antes decía uno, dos, tres y entonces todos en coro gritábamos:

-¡Tereeesaaa!

Pasó alguien más y se nos unió, al cabo de un cuarto de hora nos habíamos reunido unos cuantos, casi unos veinte. Y de vez en cuando llegaba alguien nuevo.

Ponernos de acuerdo para gritar bien, todos juntos, no fue fácil. Había siempre alguien que empezaba antes del tres o que tardaba demasiado, pero al final conseguíamos algo bien hecho. Convinimos en que «Te» debía decirse bajo y largo, «re» agudo y largo, «sa» bajo y breve. Salía muy bien. Y de vez en cuando alguna discusión porque alguien desentonaba.

Ya empezábamos a estar bien coordinados cuando uno que, a juzgar por la voz, debía de tener la cara llena de pecas, preguntó:

-Pero ¿está seguro de que está en casa?

-Yo no -respondí.

-Mal asunto -dijo otro-. ¿Se ha olvidado la llave, verdad?

-No es ese el caso -dije-, la llave la tengo.

-Entonces -me preguntaron-, ¿por qué no sube?

-Pero si yo no vivo aquí -contesté-. Vivo al otro lado de la ciudad.

Librodot

-Entonces, disculpe la curiosidad -dijo circunspecto el de la voz llena de pecas-, ¿quién vive aquí?

-No sabría decirlo -dije.

Alrededor hubo un cierto descontento.

-¿Se puede saber entonces -preguntó uno con la voz llena de dientes- por qué llama a Teresa desde aquí abajo?

-Si es por mí -respondí-, podemos gritar también otro nombre, o en otro lugar. Para lo que cuesta.

Los otros se quedaron un poco mortificados.

-¿Por casualidad no habrá querido gastarnos una broma? -preguntó el de las pecas, suspicaz.

-¿Y qué? -dije resentido y me volví hacia los otros buscando una garantía de mis intenciones.

Los otros guardaron silencio, mostrando que no habían recogido la insinuación.

Hubo un momento de malestar.

-Veamos -dijo uno, conciliador-. Podemos llamar a Teresa una vez más y nos vamos a casa. Y una vez más fue el «uno dos tres ¡Teresa!», pero no salió tan bien. Después nos separamos, unos se fueron por un lado, otros por el otro.

Ya había doblado la esquina de la plaza, cuando me pareció escuchar una vez más una voz que gritaba:

-¡Tee-reee-sa!

Alguien seguía llamando, obstinado.

El relámpago

Me ocurrió una vez, en un cruce, en medio de la multitud, de su ir y venir.

Me detuve, parpadeé: no entendía nada. Nada de nada: no entendía las razones de las cosas, de los hombres, todo era insensato, absurdo. Y me eché a reír.

Lo extraño para mí era que nunca antes lo hubiese advertido. Y que hasta ese momento lo hubiese aceptado todo: semáforos, vehículos, carteles, uniformes, monumentos, aquellas cosas tan separadas del sentido del mundo, como si hubiera una necesidad, una consecuencia que las uniese una a otra.

Entonces la risa se me murió en la garganta, enrojecí de vergüenza. Gesticulé para llamar la atención de los transeúntes y «¡Deteneos un momento!», grité. «¡Hay algo que no funciona! ¡Todo está equivocado! ¡Hacemos cosas absurdas! ¡Este no puede ser el camino justo! ¿Dónde iremos a parar?»

La gente se detuvo a mi alrededor, me observaba, curiosa. Yo estaba allí en medio, gesticulaba, me volvía loco por explicarme, por hacerles partícipes del relámpago que me

había iluminado de golpe: y me quedaba callado. Callado porque en el momento en que alcé los brazos y abrí la boca, fue como si me tragara la gran revelación y las palabras me hubiesen salido así, en un arranque.

-¿Y qué? -preguntó la gente-. ¿Qué quiere decir? Todo está en su sitio. Todo marcha como debe marchar. Cada cosa es consecuencia de otra. ¡Cada cosa está ordenada con las demás! ¡Nosotros no vemos nada de absurdo ni de injustificado!

Yo me quedé allí, perdido, porque ante mi vista todo había vuelto a su lugar y todo me parecía natural, semáforos, monumentos, uniformes, rascacielos, rieles, mendigos, cortejos; y sin embargo aquello no me daba tranquilidad sino tormento.

-Disculpad -respondí-. Tal vez me haya equivocado. Me pareció. Pero todo está en orden. Disculpad -y me abrí paso entre miradas ásperas.

Sin embargo, todavía hoy, cada vez que no entiendo algo (a menudo), instintivamente me asalta la esperanza de que esta vez sea la buena, y que yo vuelva a no entender nada, a adueñarme de aquella sabiduría diferente en un instante encontrada y perdida.

Pasarlo bien

Erase un país donde todo estaba prohibido.

Como lo único que no estaba prohibido era el juego de la billarda, los súbditos se reunían en unos prados que quedaban detrás del pueblo y allí, jugando a la billarda, pasaban los días.

Y como las prohibiciones habían empezado con poco, siempre por motivos justificados, no había nadie que encontrara nada que decir o no supiera adaptarse.

Pasaron los años. Un día los condestables vieron que ya no había razón para que todo estuviera prohibido y mandaron mensajeros a anunciar a los súbditos que podían hacer lo que quisieran.

Los mensajeros fueron a los lugares donde solían reunirse los súbditos.

-Sabed -anunciaron- que ya no hay nada prohibido.

Los súbditos seguían jugando a la billarda.

-¿Habéis comprendido? -insistieron los mensajeros-. Sois libres de hacer lo que queráis.

-Está bien -respondieron los súbditos-. Nosotros jugamos a la billarda.

Los mensajeros se afanaron en recordarles cuántas ocupaciones bellas y útiles existían a las que se habían dedicado en el pasado y a las que podían dedicarse nuevamente de ahora en adelante. Pero los súbditos no hacían caso y seguían jugando, un golpe tras otro, casi sin respirar.

Comprobando la inutilidad de sus intentos, los mensajeros fueron a comunicarlo a los condestables.

-Muy sencillo -dijeron los condestables-. Prohibamos el juego de la billarda.

Fue la vez que el pueblo hizo la revolución y los mató a todos.

Después, sin perder tiempo, volvió a jugar a la billarda.

Río seco

Y así me encontré en el río seco. Desde tiempo atrás me retenía un lugar que no era mío, donde las cosas en vez de serme poco a poco más familiares, se me aparecían cada vez más veladas por insospechadas diferencias: en las formas, en los colores, en las recíprocas armonías. Diferentes de las que había aprendido a conocer, me rodeaban ahora colinas con laderas de delicadas curvas, y los campos puros y las viñas iban siguiendo quietos declives y terrazas empinadas, y se abandonaban en dóciles pendientes. Nuevos eran todos los colores, como tonos de un arco iris desconocido. Los árboles, dispersos, parecían suspendidos, como pequeñas nubes, y casi transparentes.

Entonces percibí el aire, cómo se volvía concreto para mi mirada y me llenaba las manos cuando en él las extendía. Y vi que no podía conciliarme con el mundo circundante, yo que era abrupto y calcáreo por dentro y con jirones de colores de una viveza casi sombría como gritos o carcajadas. Y por mucho que me las ingeniara para poner palabras entre las cosas y yo, no lograba encontrar las adecuadas para revestirlas; porque todas mis palabras eran duras y apenas desbastadas: y decirlas era como posar otras tantas piedras.

Sin embargo, se iba desenvolviendo en mí cierta apaciguada memoria, que era, no de cosas vividas, sino por mí aprendidas: tal vez lugares no creídos, vistos en el fondo de antiguas pinturas, tal vez palabras de antiguos poemas no comprendidos.

En una atmósfera como ésa vivía yo puede decirse nadando y sentía embotárseme poco a poco las fricciones y disolverme, absorbido en ella.

Pero para recuperarme a mí mismo bastó con que me encontrase en el viejo río seco.

Me movía -era verano- un deseo de agua, religioso, casi de rito. Aquella tarde, bajando entre las viñas, me disponía a un baño sagrado y la palabra agua, para mí sinónimo de felicidad, se dilataba en mi mente como nombre ya de diosa, ya de amante.

El templo se me apareció en el fondo del valle, detrás de una pálida orilla de arbustos. Era un gran río de guijarros blancos, lleno de silencio.

Unico vestigio de agua, un hilo serpeaba al costado, casi a escondidas. Por momentos la exigüidad del reguero, entre piedras grandes que excluían el entorno y orillas de cañaverales, me devolvía a conocidos torrentes y proponía nuevamente a mi memoria valles más angostos y fatigados.

Fue esto: y quizá también el contacto de las piedras bajo mis pies -fondo de rosados guijarros con el dorso cubierto de un velo de algas encogidas- o el inevitable movimiento de mis pasos saltando de un escollo al otro, o tal vez sólo fue un ruido que hizo el casquijo al desmoronarse.

El hecho es que la divergencia entre los lugares y yo disminuyó y se compuso: una suerte de hermandad como de metafísica consanguinidad me unía a aquel pedregal, fecundo sólo en tímidos, tenacísimos líquenes. Y en el viejo río seco reconocí a un antiguo padre mío desnudo.

Así íbamos por el río seco. El que avanzaba conmigo era un compañero casual, hombre del lugar, a quien la oscuridad de la piel y de la pelambre que le bajaba en vedijas desde la espalda, unida a la tumescencia de los labios y al perfil romo, confería un grotesco semblante de jefe de tribu, no sé si del Congo o de Oceanía. Era el suyo un fiero y vigoroso aspecto, por su cara, aunque anteojuda, y por su andar, entorpecido por el rústico desaliño de los bañistas improvisados que éramos. Aunque casto en la vida como un cuáquero, era en el trato obsceno de palabra como un sátiro.

Su acento era lo más aspirado y humoso que jamás me ha sido dado oír: hablaba con la boca eternamente abierta y llena de aire, emitiendo, en desahogos continuos de carácter sulfuroso, huracanes de improperios nunca oídos.

Y remontábamos el río seco en busca de un ensanchamiento del cauce donde lavar nuestros cuerpos, pesados y cansados.

En ese momento, yendo nosotros por el gran vientre, al llegar a un ansa, el fondo se nos enriqueció con nuevos objetos. En los altos escollos blancos, aventura para la mirada, había dos, tres, tal vez cuatro señoritas sentadas, en bañador. Bañadores rojos y amarillos -también azules, es probable, pero de esto no me acuerdo: sólo rojo y amarillo necesitaban mis ojos- y gorritas, como en una playa de moda.

Fue como el canto de un gallo.

Un verde palmo de agua corría allí cerca y llegaba a los tobillos; para bañarse, ellas se ponían en cuclillas.

Nos detuvimos, divididos entre el alborozo de la visión, la penetrante añoranza que despertaba en nosotros, y la vergüenza de sabernos feos y desastrados. Después nos acercamos a ellas, que nos consideraban con indiferencia, y aventuramos algunas frases, tratando, como suele ocurrir, de que fueran lo más divertidas y triviales que pudiéramos. Mi compañero sulfuroso secundó el juego sin entusiasmo, con una especie de tímida discreción.

El hecho es que poco después, cansados de nuestro fatigoso hablar y de las frías respuestas de ellas, reanudamos el camino, dando libre curso a comentarios más fáciles. Y para consolarnos bastaba, custodiado en los ojos, aquel recuerdo, más que de cuerpos, de bañadores amarillos y rojos.

A veces un brazo de la corriente, poco profundo, se expandía inundando todo el lecho; y nosotros, altas e inaccesibles las orillas, lo atravesábamos con los pies en el agua. Llevábamos zapatos ligeros, de tela y goma, y el agua se nos deslizaba dentro, y cuando volvíamos a la tierra seca los pies chapoteaban a cada paso, con resoplidos y chijetazos.

Oscurecía. El pedregullo blanco se animaba con puntos negros, saltarines: los renacuajos.

Debían de haberles salido las patas en ese mismo momento, pequeños y alargados como eran, y no parecían aún muy convencidos de aquella nueva fuerza que, a cada instante, los lanzaba por el aire. En cada piedra había uno, pero por poco rato, porque ése saltaba y otro le sucedía en su lugar. Y siendo simultáneos los saltos y ya que subiendo por el gran río no se veía más que el pulular de aquella multitud anfibia avanzando como un ejército interminable, una desazón me invadía, casi como si aquella sinfonía en blanco y negro, aquel cartón animado triste como un dibujo chino, temerosamente diese idea del infinito.

Nos detuvimos en un espejo de agua que prometía espacio suficiente para sumergir todo nuestro cuerpo, y hasta para dar algunas brazadas. Yo me zambullí descalzo y desvestido: era un agua vegetal, podrida por la lenta destrucción de plantas fluviales. Desde el fondo viscoso y cenagoso, se levantaban hasta la superficie, al tocarlo, turbias nubes.

No obstante, era agua; y era bella. Mi compañero entró en el agua con zapatos y calcetines, dejando en la orilla sólo las gafas. Después, poco imbuido del lado religioso de la ceremonia, empezó a enjabonarse.

Iniciamos así esa gozosa fiesta que es lavarse cuando es algo raro y difícil. El laguito que apenas nos contenía desbordaba de espuma y de barritos de elefantes, como en un baño en la selva.

En las márgenes del rio había sauces y arbustos y casas con ruedas de molino; y era tanta su irrealidad, en comparación con la concretez del agua y de aquellas piedras, que el gris del final de la tarde, al infiltrarse, les daba el aspecto de un tapiz desteñido.

Mi compañero se lavaba los pies, ahora de extraña manera: sin descalzarse, y enjabonándose con los zapatos y calcetines puestos.

Después nos secamos y nos vestimos. De uno de mis calcetines, al recogerlo, saltó un renacuajo.

Las gafas de mi compañero, que habían quedado en la orilla, debían de haberse mojado con el movimiento del agua. Y -cuando se las puso- tan alegre le habrá parecido la confusión de aquel mundo, coloreado por los últimos rayos del ocaso, visto a través de un par de lentes mojadas, que se echó a reír, a reír sin freno, y a mí, que le preguntaba por qué, me dijo: «¡Lo que veo es un verdadero burdel!».

Y más pulcros, con una tibia flojera en el cuerpo en lugar del sordo cansancio de antes, nos despedimos del nuevo amigo río y nos alejamos por un sendero que seguía la orilla discurriendo sobre nuestras cosas y sobre cuándo volveríamos, y aguzando las orejas, atentos a lejanos sones de trompetas.

Conciencia

Se declaró la guerra y un tal Luigi preguntó si podia alistarse como voluntario.

Todos le hicieron un montón de cumplidos. Luigi fue al lugar donde entregaban los fusiles, cogió uno y dijo:

-Ahora voy a matar a un tal Alberto.

Le preguntaron quién era ese Alberto.

-Un enemigo -respondió-, un enemigo mío.

Los otros le dieron a entender que debía matar a cierto tipo de enemigos, no los que a él le gustaban.

-¿Y qué? -dijo Luigi-. ¿Me tomáis por ignorante? El tal Alberto es justamente de ese tipo, de ese pueblo. Cuando supe que le hacíais la guerra, pensé: «Yo también voy, así puedo matar a Alberto». Por eso he venido. A Alberto yo lo conozco: es un sinvergüenza y por unos céntimos me hizo quedar mal con una mujer. Son viejas historias. Si no me creéis, os lo cuento todo con detalle.

Los otros dijeron que sí, que de acuerdo.

-Entonces -dijo Luigi- explicadme dónde está Alberto, así voy y peleo.

Los otros dijeron que no lo sabían.

-No importa -dijo Luigi-. Haré que me lo expliquen. Tarde o temprano terminaré por encontrarlo.

Los otros le dijeron que no se podía, que él tenía que hacer la guerra donde lo pusieran y matar a quien fuese, Alberto o no Alberto, ellos no sabían nada.

Ya veis -insistia Luigi-, tendré que contároslo. Porque aquél es realmente un sinvergüenza y hacéis bien en declararle la guerra.

Pero los otros no querían saber nada.

Luigi no conseguía dar sus razones:

-Disculpad, a vosotros que mate a un enemigo o mate a otro os da igual. A mí en cambio matar a alguien que tal vez no tenga nada que ver con Alberto, no me gusta.

Los otros perdieron la paciencia. Alguien le dio muchas razones, y le explicó cómo era la guerra y que uno no podía ir a buscar al enemigo que quería.

Luigi se encogió de hombros.

-Si es así -dijo-, yo no voy.

-¡Irás ahora mismo! -le gritaron-. ¡Adelante, marchen, un-dos, un-dos! -Y lo mandaron a hacer la guerra.

Luigi no estaba contento. Mataba enemigos, así, por ver si llegaba a matar también a Alberto o a alguno de sus parientes. Le daban una medalla por cada enemigo que mataba, pero él no estaba contento. «Si no mato a Alberto», pensaba, «habré matado a mucha gente para nada.» Y le remordía la conciencia.

Entre tanto le daban una medalla tras otra, de toda clase de metales.

Luigi pensaba: «Mata que te mata, los enemigos irán disminuyendo y le llegará el turno a aquel sinvergüenza».

Pero los enemigos se rindieron antes de que hubiese encontrado a Alberto. Tuvo remordimientos por haber matado a tanta gente por nada, y como estaban en paz, metió todas las medallas en un saco y recorrió el pueblo de los enemigos para regalárselas a los hijos y a las mujeres de los muertos.

En una de esas veces encontró a Alberto. -Bueno -dijo-, más vale tarde que nunca. -Y lo mató.

Fue cuando lo arrestaron, lo procesaron por homicidio y lo ahorcaron. En el proceso él se empeñaba en repetir que lo había hecho para tranquilizar su conciencia, pero nadie lo escuchaba.

Solidaridad

Me detuve a mirarlos.

Trabajaban así, de noche, en aquella calle apartada, en torno a la persiana metálica de una tienda. Era una persiana pesada: hacían palanca con una barra de hierro, pero no se levantaba. Yo pasaba por allí, solo y por azar. Me puse a empujar yo también con la barra. Ellos me hicieron lugar. No marchábamos acompasados; yo dije «¡Ale-hop!». El compañero de la derecha me dio un codazo y en voz baja:

-¡Calla! -me dijo-, ¿estás loco? ¿Quieres que nos oigan?

Sacudí la cabeza como para decir que se me había escapado.

Hicimos un esfuerzo y sudamos, pero al final la levantamos tanto que se podía pasar. Nos miramos las caras, contentos. Después entramos. A mí me dieron un saco para que lo sostuviera. Los otros traían cosas y las metían dentro.

-¡Con tal de que no lleguen esos cabrones de la policía! -decían.

-Cierto -respondía yo-. ¡Cabrones, eso es lo que son!

-Calla. ¿No oyes ruido de pasos? -decían de vez en cuando. Yo paraba la oreja con un poco de miedo.

-¡No, no son ellos! -contestaba.

Uno me decía: -¡Esos llegan siempre cuando menos se los espera! Yo sacudía la cabeza. -Matarlos a todos, eso es lo que habría que hacer -decía yo.

Después me dijeron que saliera un momento, hasta la esquina, a ver si llegaba alguien. Salí.

Fuera, en la esquina, había otros pegados a las paredes, escondidos en los ángulos, que se acercaban.

Me uní a ellos.

-Hay ruidos por allí, por aquellas tiendas -dijo el que tenía más cerca.

Estiré el cuello.

-Mete la cabeza, imbécil, que si nos ven, escapan otra vez -murmuró.

-Estaba mirando... -me disculpé, y me apoyé en la pared.

-Si conseguimos rodearlos sin que se den cuenta -dijo otro-, caerán todos en la trampa.

Nos movíamos a saltos, de puntillas, conteniendo la respiración: a cada momento nos mirábamos con los ojos brillantes.

-No se nos escaparán -dije.

-Por fin conseguiremos atraparlos con las manos en la masa -dijo uno.

Ya era hora -dije yo.

-¡Delincuentes, canallas, desvalijar así las tiendas! -dijo aquél.

-¡Canallas, canallas! -repetí yo con rabia.

Me mandaron un poco adelante, para ver. Caí dentro de la tienda.

-Ahora -decía uno cargando un saco sobre el hombro.

-¡Rápido -dijo otro-, cortemos camino por la trastienda! ¡Así nos escabullimos delante de sus propias narices!

Todos teníamos una sonrisa de triunfo en los labios.

-Se quedarán con un buen palmo de narices -dije. Y nos escurrimos por la trastienda.

-¡Una vez más caen como chorlitos! -decían.

En eso se oyó:

-Alto ahí, ¿quién va? -y se encendieron las luces.

Nosotros nos agachamos para escondernos en un trastero, pálidos, y nos tomamos de la mano. Los otros entraron también allí, no nos vieron, dieron media vuelta. Salimos pitando.

-¡Se la dimos! -gritamos. Yo tropecé dos o tres veces y me quedé atrás. Me encontré en medio de los otros que también corrían.

-Corre -me dijeron-, que los alcanzamos.

Y galopábamos todos por los callejones, persiguiéndoles.

-Corre por aquí, corta por allá -nos decíamos y los otros ya nos llevaban poca ventaja, y nos gritábamos-: ¡Corre, que no se nos escapan!

Yo conseguí pisarle los talones a uno que me dijo:

-Bravo, pudiste escapar. ¡Animo, por aquí, que les haremos perder la pista! -Y me puse a su lado. Al cabo de un momento me encontré solo en un callejón. Uno se me acercó, me dijo corriendo:

-Por aquí, los he visto, no pueden estar lejos. -Corrí un poco detrás de él.

Después me detuve, sudando. No había nadie, no se oían más gritos. Metí las manos en los bolsillos y seguí paseando, solo y al azar.

La oveja negra

Erase un país donde todos eran ladrones.

Por la noche cada uno de los habitantes salía con una ganzúa y una linterna sorda, para ir a saquear la casa de un vecino. Al regresar, al alba, cargado, encontraba su casa desvalijada.

Y todos vivían en concordia y sin daño, porque uno robaba al otro y éste a otro y así sucesivamente, hasta llegar al último que robaba al primero. En aquel país el comercio sólo se practicaba en forma de embrollo, tanto por parte del que vendía como del que compraba. El gobierno era una asociación creada para delinquir en perjuicio de los súbditos, y por su lado los súbditos sólo pensaban en defraudar al gobierno. La vida transcurría sin tropiezos, y no había ni ricos ni pobres.

Pero he aquí que, no se sabe cómo, apareció en el país un hombre honrado. Por la noche, en lugar de salir con la bolsa y la linterna, se quedaba en casa fumando y leyendo novelas.

Llegaban los ladrones, veían la luz encendida y no subían.

Esto duró un tiempo; después hubo que darle a entender que si él quería vivir sin hacer nada, no era una buena razón para no dejar hacer a los demás. Cada noche que pasaba en casa era una familia que no comía al día siguiente.

Frente a estas razones el hombre honrado no podía oponerse. También él empezó a salir por la noche para regresar al alba, pero no iba a robar. Era honrado, no había nada que hacer. Iba hasta el puente y se quedaba mirando pasar el agua. Volvía a casa y la encontraba saqueada.

En menos de una semana el hombre honrado se encontró sin un céntimo, sin tener qué comer, con la casa vacía. Pero hasta ahí no había nada que decir, porque era culpa suya; lo malo era que de ese modo suyo de proceder nacía un gran desorden. Porque él se dejaba robar todo y entre tanto no robaba a nadie; de modo que había siempre alguien que al regresar al alba encontraba su casa intacta: la casa que él hubiera debido desvalijar. El hecho es que al cabo de un tiempo los que no eran robados llegaron a ser más ricos que los otros y no quisieron seguir robando. Y por otro lado, los que iban a robar a la casa del hombre honrado la encontraban siempre vacía; de modo que se volvían pobres.

Entre tanto los que se habían vuelto ricos se acostumbraron a ir también al puente por la noche, a ver correr el agua. Esto aumentó la confusión, porque hubo muchos otros que se hicieron ricos y muchos otros que se volvieron pobres.

Pero los ricos vieron que yendo de noche al puente, al cabo de un tiempo se volverían pobres. Y pensaron: «Paguemos a los pobres para que vayan a robar por nuestra cuenta». Se formaron contratos, se establecieron los salarios, los porcentajes: naturalmente siempre eran ladrones y trataban de engañarse unos a otros. Pero como suele suceder, los ricos se hacían cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

Había ricos tan ricos que ya no tenían necesidad de robar o de hacer robar para seguir siendo ricos. Pero si dejaban de robar se volvían pobres porque los pobres les robaban. Entonces pagaron a los más pobres de los pobres para defender de los otros pobres sus propias casas, y así fue como instituyeron la policía y construyeron las cárceles.

De esa manera, pocos años después del advenimiento del hombre honrado, ya no se hablaba de robar o de ser robados sino sólo de ricos o de pobres; y sin embargo todos seguían siendo ladrones.

Honrado sólo había habido aquel fulano, y no tardó en morirse de hambre.

Un inútil

El sol, ya alto, entraba en la calle de costado iluminándola desordenadamente, recortando las sombras de los techos en las paredes de las casas de enfrente, encendiendo centelleos en los escaparates engalanados, desembocando desde insospechados resquicios para dar en las caras de los transeúntes apresurados que se esquivaban en las aceras atestadas.

Vi por primera vez al hombre de los ojos claros en un cruce, parado o andando, no recuerdo bien: lo cierto es que su figura se me hacía cada vez más cercana, fuese yo a su encuentro o lo contrario. Era alto y flaco, llevaba un impermeable claro, un paraguas bien cerrado y ceñido colgando del brazo. Usaba un sombrero de fieltro, también claro, de ala ancha y redonda; y de pronto, debajo, los ojos grandes, fríos, líquidos, con un movimiento extraño en las comisuras. No se adivinaba qué edad tenía, tan flaco y rasurado. Tenía en una mano un libro cerrado, con un dedo dentro, como señal.

De pronto me pareció sentir que su mirada se posaba en mí, una mirada inmóvil que me abarcaba de la cabeza a los pies y no me libraba ni por detrás ni por dentro. Desvié en seguida los ojos, pero mientras andaba no podía dejar de echarle de vez en cuando una ojeada de soslayo, rápida, y cada vez lo encontraba más cerca, mirándome. Terminé por llevármelo por delante, la boca casi sin labios a punto de torcerse en una sonrisa. El hombre sacó del bolsillo un dedo, lentamente, y con él señaló el suelo, a mis pies; entonces habló, con una voz un poco humilde, flaca.

-Disculpe -dijo-, tiene un zapato desatado.

Era verdad. Las dos puntas del cordón colgaban arrastrándose, pisoteadas, a los lados de un zapato. Me ruboricé levemente, refunfuñé un «gracias», me agaché.

Detenerse en la calle para atarse un zapato es fastidioso: sobre todo detenerse como me detuve yo, sin apoyar el pie en un saliente, arrodillado en el suelo, y la gente tropezando conmigo. El hombre de los ojos claros, después de un vago gesto de saludo, se marchó inmediatamente.

Pero el destino quería que volviese a encontrarlo: no había pasado un cuarto de hora cuando lo tuve delante, quieto, mirando un escaparate. Y entonces me dio la locura incomprensible de girarme y retroceder, o mejor de pasar muy rápido, mientras él estaba atento al escaparate, para que no lo advirtiera. No: ya era demasiado tarde, el desconocido se había vuelto, me había visto, me miraba, otra vez quería decirme algo. Me detuve delante de él, con miedo. El tono del desconocido era aún más humilde.

-Mire -dijo-, ha vuelto a desatarse.

Yo hubiera querido que me tragara la tierra. No contesté nada, me agaché para anudar el cordón con rabiosa diligencia. Me zumbaban los oídos y me parecía que las personas que pasaban a mi alrededor esquivándome eran las mismas que me habían esquivado la primera vez y ya me habían observado, y que entre ellas murmuraban comentarios irónicos.

Ahora el zapato estaba bien atado, con un nudo apretado, y yo caminaba ligero y seguro. Más aún, ahora esperaba, con una especie de orgullo inconsciente, la ocasión de toparme una vez más con el desconocido, casi para rehabilitarme. Sin embargo, apenas me encontré, después de recorrer el lado largo de la plaza, a pocos pasos de él, en la misma acera, de repente el orgullo dejó de sostenerme y fue sustituido por el miedo. En realidad el desconocido tenía, al mirarme, una expresión afligida y se me acercaba meneando ligeramente la cabeza, con el aire de quien se duele de algún hecho natural superior a la voluntad de los hombres.

Mientras andaba, yo me miraba de reojo el zapato acusado, con simpatía; seguía anudado, como antes. Sin embargo, para mi espanto, el desconocido empezó a menear un momento la cabeza y dijo:

-Ahora se ha desatado el otro.

Librodot

En ese momento tuve ese deseo que se siente en los malos sueños de borrarlo todo, de despertarse. Hice una mueca de rebeldía, mordiéndome un labio como conteniendo una imprecación, y volví a manotear frenéticamente los cordones, agachado en medio de la calle. Me incorporé echando fuego por los ojos y caminé con la cabeza gacha, con el único deseo de sustraerme a las miradas de la gente.

Pero la tortura aún no había terminado aquel día: me apresuraba a tomar la calle de casa, sentía que las vueltas del lazo se deslizaban poco a poco una sobre otra, que el nudo se aflojaba cada vez más, que los cordones se iban soltando lentamente. Primero aminoré el paso, como si algo de cautela bastara para sostener el maldito equilibrio de aquel enredo. Mi casa todavía estaba lejos y las puntas del cordón ya se arrastraban por el pavimento en cortos revoloteos. Entonces mi paso se volvió afanoso, de huida, acosado por un terror loco: el terror de encontrarme una vez más con la inexorable mirada de aquel hombre.

Era aquella una ciudad pequeña, recoleta, de gran movimiento; recorriéndola, en media hora uno encontraba tres o cuatro veces las mismas caras. Yo iba por ella con andar de pesadilla, luchando entre la vergüenza de que me vieran una vez más en la calle con un zapato desatado, y la vergüenza de que me vieran una vez más agachado, atándolo. Me parecía que las miradas de la gente se multiplicaban a mi alrededor como las ramas de un bosque. Me precipité en el primer portal que encontré, para refugiarme.

Pero en el fondo del zaguán, en la medialuz, de pie, con las manos apoyadas en el pomo del paraguas ceñido, estaba el hombre de los ojos claros y parecía esperarme.

Yo tuve primero un acceso de estupor, después aventuré algo como una sonrisa y señalé mi zapato desatado, anticipándome.

El desconocido asintió con aquel aire de triste comprensión.

-Sí -dijo-, están desatados los dos.

En el portal había por lo menos más calma para atarse los zapatos, y más comodidad, apoyando un pie en un peldaño. Aunque detrás, alto, de pie, había un hombre de ojos claros que me observaba y no perdía un movimiento de mis dedos y yo sentía su mirada entre ellos, para confundirme. Pero a fuerza de insistir yo ya no sufría; incluso silbaba, repitiendo por enésima vez aquellos nudos malditos, pero esta vez para bien, de puro desenvuelto.

Habría bastado que aquel hombre se callara, que no hubiese comenzado, primero con su tosecita, un poco inseguro, y después diciendo, de golpe, decidido.

-Disculpe, pero usted todavía no ha aprendido a atarse los zapatos.

Volví hacia él mi cara enrojecida, siempre agachado. Me pasé la lengua por los labios.

-Mire -dije-, yo para los nudos soy realmente un negado. Usted no me va a creer. De pequeño nunca quise aprender. Los zapatos me los quito y me los pongo sin desatarlos, con el calzador. Para los nudos soy un negado, me hago un lío. Es como para no creerlo.

Entonces el desconocido dijo algo extraño, lo último que uno hubiera esperado que dijese.

-Entonces -dijo-, a sus hijos, si alguna vez los tiene, ¿cómo hará para enseñarles a atarse los zapatos?

Pero lo más extraño fue que yo reflexioné un momento y después contesté, como si la cuestión se me hubiera planteado alguna vez y la hubiese resuelto y tuviera preparada la respuesta, como si esperase que antes o después alguien me hiciera la pregunta.

-Mis hijos -dije- aprenderán de los demás cómo se atan los zapatos.

El desconocido replicó, cada vez más absurdo:

-Y si por ejemplo viniera el diluvio universal y toda la humanidad pereciera y usted fuese el elegido, usted y sus hijos, para continuar la humanidad, ¿cómo lo haría? ¿Alguna vez lo ha pensado? ¿Cómo haría para enseñarles los nudos? ¡Porque si no, después, quién sabe cuántos siglos tendría que pasar la humanidad antes de lograr hacer un nudo, de reinventarlo!

Yo no entendía nada, ni del nudo ni del razonamiento.

-Pero -traté de objetar-, ¿por que habría de ser justamente yo el elegido, como dice usted, justamente yo que ni siquiera sé hacer un nudo?

El hombre de los ojos claros estaba a contraluz en el umbral del portón: había en su expresión algo terriblemente angélico.

-¿Por qué yo? -dijo-. Todos los hombres me contestan así. Y todos los hombres tienen un nudo en los zapatos, algo que no saben hacer, una incapacidad que los ata a los otros hombres. La sociedad se rige hoy por esta asimetría de los hombres: es un engaste de llenos y vacíos. Pero ¿y el diluvio? ¿Si viniera el diluvio y se buscase un Noé? No tanto un hombre justo como un hombre que fuese capaz de poner a salvo esas pocas cosas, todo lo que basta para comenzar. Fíjese, usted no sabe atarse los zapatos, otro no sabe cepillar la madera, otro todavía no ha leído a Tolstoi, otro no sabe sembrar el trigo y así sucesivamente. Hace años que lo busco, y créame, es difícil, terriblemente difícil: parecería que la humanidad tuviera que tomarse de la mano como el ciego y el cojo que no pueden andar separados y sin embargo se pelean. Esto significa que si viene el diluvio moriremos todos juntos.

Diciendo esto se volvió y desapareció en la calle. Nunca más lo vi y todavía hoy me pregunto si era un extraño maniático o bien un ángel que desde hace años da inútilmente vueltas entre los hombres en busca de un Noé.

Amor lejos de casa

A veces un tren corre por las vías a orillas del mar y en ese tren estoy yo, que me voy. Porque no quiero quedarme en mi pueblo lleno de sueño y de huertos, ni descifrar las matriculas de los coches extranjeros como el muchacho montañés sentado en el pretil del puente. Yo me largo, chao, pueblo.

En el mundo, además de mi pueblo, hay otras ciudades algunas que dan al mar otras, no se sabe por qué, perdidas en el fondo de las llanuras, a la vera de los trenes que llegan no se sabe cómo, después de dar vueltas jadeando por campos y campos. De vez en cuando me apeo en una de esas ciudades y siempre con el aire de un viajero novicio, los bolsillos rellenos de periódicos y los ojos irritados por el polvo.

Por la noche metido en la nueva cama, apago la luz y me quedo escuchando los tranvías, después pienso en mi cuarto en el pueblo, muy lejos en la noche, parece imposible que en el mismo momento existan dos lugares tan alejados. Y, no sé bien dónde, me duermo.

Por la mañana, del otro lado de la ventana todo está por descubrir, si es Génova, calles que suben y bajan y casas arriba y abajo y ráfagas que corren de una a otra, si es Turín, calles rectas sin fin, para asomarse desde las barandillas de los balcones, con una doble fila de árboles que se esfuman allá en los cielos blancos, si es Milán, casas que se dan la espalda en los prados de niebla. Debe de haber otras ciudades y otras cosas que descubrir: un día iré a verlas.

Pero el cuarto es siempre el mismo en cada ciudad, como si las «patronas» se lo mandaran de una ciudad a otra en cuanto saben que llego. Incluso mis cosas de afeitar en el mármol de la cómoda parece que las hubiese encontrado así al llegar, no que las pusiera yo, con ese aire inevitable y tan poco mío. Años puedo vivir en un cuartó después de otros años en otros cuartos absolutamente iguales, sin llegar a sentirlo mío, a ponerle mi sello. Es que la maleta está siempre preparada para volver a partir, y ninguna ciudad de Italia es la justa, y en ninguna ciudad se encuentra empleo y en ninguna se encuentra empleo satisfactorio, porque siempre hay otra ciudad mejor donde uno espera ir a trabajar un día. Así que las cosas siempre están en los cajones como las saqué de la maleta, listas para volver a ella.

Pasan los días y las semanas y al cuarto empieza a llegar una muchacha. Podría decir que es siempre la misma porque en principio una muchacha es igual a otra, una persona extraña con la que uno se comunica a través de un formulario obligatorio. Hay que dejar pasar un rato y hacer muchas cosas con esta muchacha para llegar juntos a entender la explicación; y entonces empieza la estación de los enormes descubrimientos, la verdadera y quizá la única estación exultante del amor. Después de pasar un rato más y hacer todavía muchas cosas con esta muchacha, nos damos cuenta de que también las otras eran así, que también yo soy así, que todos somos así que cada uno de sus gestos me aburre como repetido por miles de espejos. Chao, muchacha.

La primera vez que viene a verme una chica, pongamos Mariamirella, yo no hago gran cosa durante toda la tarde: sigo leyendo un libro y después me doy cuenta de que he pasado veinte páginas mirando las letras como figuras; si escribo hago dibujitos en el blanco de la hoja y todos los dibujitos juntos se convierten en el dibujo de un elefante, le hago sombreados al elefante y al final se convierte en un mamut. Entonces me enfado con este mamut y lo rompo: es posible, cada vez, tan infantil, un mamut.

A la papelera el mamut, suena la campanilla: Mariamirella. Tengo que correr a abrir antes de que la patrona se asome entre los barrotes del retrete y empiece a gritar; Mariamirella escaparía asustada.

La patrona morirá un día estrangulada por los ladrones: está escrito que no se puede hacer nada. Ella cree evitarlo no saliendo a abrir cuando llaman y preguntando: «¿Quién es?» desde la reja del retrete, pero es una precaución inútil, los tipógrafos ya han compuesto el título. «La casera Adelaide Braghetti estrangulada por desconocidos»; esperan la confirmación para componer la página.

Mariamirella está ahí en la medialuz, con un sombrerito marinero de pompón y la boca en forma de corazón. Abro y ella ya trae preparado todo un discurso para pronunciarlo apenas entra, un discurso cualquiera porque hay que hablar sin tregua mientras yo la guío a través del pasillo oscuro hasta mi cuarto.

Tendría que ser un discurso largo, para no quedarse en mitad de la habitación sin saber que más decir. El cuarto no tiene remedio, desesperante en su tristeza: el cabezal de hierro de la cama, los títulos de libros desconocidos en el pequeño anaquel.

-Ven a mirar por la ventana, Mariamirella.

La ventana es grande, con la barandilla a media altura, sin balcón, en lo alto de dos peldaños, y nos parece que subimos y subimos. Afuera, el mar rojizo de las tejas. Miramos los tejados que se pierden de vista a nuestro alrededor, las rechonchas chimeneas a las que en cierto momento les salen bigotes de humo, las absurdas balaustradas coronadas por cornisas desde donde nadie puede asomarse, los muretes de los recintos vacíos en lo alto de las casas destruidas. He apoyado una mano sobre su hombro, una mano casi hinchada que no siento como mía, como si nos tocáramos a través de una capa de agua.

-¿Has visto bastante?

-Bastante.

-Baja.

Bajamos y cerramos. Estamos debajo del agua, andamos a tientas con sensaciones informes. Por la habitación da vueltas el mamut, antiguo miedo humano.

-Dime.

Le quito el sombrerito marinero y lo hago volar sobre la cama.

-No. Me voy en seguida.

Vuelve a ponérselo, yo lo cojo y lo arrojo volando por el aire, ahora corremos, jugamos con los dientes apretados, el amor, esto es el amor del uno por la otra, un deseo de arañazos y mordiscos del uno a la otra, y hasta puñetazos en la espalda, después un beso cansadísimo: el amor.

Ahora fumamos sentados cara a cara: los cigarrillos son enormes entre nuestros dedos, como objetos suspendidos bajo el agua, grandes anclas sumergidas. ¿Por qué no somos felices?

-¿Qué tienes? -pregunta Mariamirella.

-El mamut -digo.

-¿Qué es? -pregunta.

-Un símbolo -digo.

-¿De qué? -dice.

-No se sabe de qué -digo-. Un símbolo. Mira -digo-, una noche yo estaba sentado a la orilla del río con una chica.

-¿Cómo se llamaba? -El río se llamaba Po, y la chica Enrica. ¿Por qué?

-Nada: me gusta saber con quién estuviste antes.

-Bueno, nos habíamos sentado en la hierba a la orilla del río. Era otoño, al atardecer, las orillas ya estaban oscuras y sobre el río bajaba la sombra de dos hombres que remaban de pie. En la ciudad empezaban a encenderse las luces y nosotros estábamos sentados en la orilla del otro lado del río, y en nosotros había eso que se llama el amor, ese áspero descubrirse y buscarse, ese áspero sabor el uno del otro, ya sabes, el amor. Y en mí había tristeza y soledad, aquel atardecer en la orilla de las negras sombras de los ríos, tristeza y soledad de los nuevos amores, tristeza y nostalgia de los amores antiguos, tristeza y desesperación de los amores futuros. Don Juan, triste héroe, antigua condena, en él tristeza y soledad, nada más.

-¿Conmigo también es así? -dice Mariamirella.

-¿Y si ahora hablaras tú un poco, si dijeras un poco lo que sabes?

Me puse a gritar con rabia; a veces hablando oyes como un eco y te enfureces.

-Qué quieres, yo en estas cosas, a vosotros los hombres, no os entiendo.

Es así: las mujeres no han tenido más que noticias falsas sobre el amor. Muchas noticias diferentes, todas falsas. Y experiencias inexactas. Y sin embargo, siempre confiando en las noticias, no en las experiencias. Por eso tienen tantas cosas falsas en la cabeza.

-Yo quisiera, sabes, nosotras las chicas -dice-. Los hombres: cosas leídas, cosas dichas al oído entre nosotras desde pequeñas. Una aprende que eso es más importante que todo lo demás, la finalidad de todo. Después me doy cuenta, ves, de que nunca se llega a eso, a eso verdaderamente. No es lo más importante de todo. Yo quisiera que no hubiera nada de todo eso, que una pudiera no pensarlo. Y en cambio siempre se espera. Tal vez tendríamos que llegar a ser madres para alcanzar el verdadero sentido de todo. O prostitutas.

Ahí está: es maravilloso. Todos tenemos nuestra explicación secreta. Basta descubrir su explicación secreta y ella deja de ser una extraña. Estamos acurrucados juntos como grandes perros o divinidades fluviales.

-Mira -dice Mariamirella-, tal vez yo te tenga miedo. Pero no sé dónde refugiarme. El horizonte está desierto, sólo estás tú. Tú eres el oso y la cueva. Por eso me acurruco ahora entre tus brazos, para que me protejas del miedo que te tengo.

Sin embargo para las mujeres es más fácil. La vida corre en ellas, gran río, en ellas, las continuadoras, la naturaleza segura y misteriosa está en ellas. En un tiempo existió el Gran Matriarcado, la historia de los pueblos fluía como la de las plantas. Después, el orgullo de los zánganos: una rebelión, eso es la civilización. Lo pienso y no lo creo.

Librodot

-Una vez no pude ser hombre con una chica, en un prado en lo alto de una montaña -digo-. La montaña se llamaba Bignone y la chica Angela Pia. Un gran prado entre los matorrales, recuerdo, y en cada hoja un grillo que saltaba. Ese canto de grillos, altísimo, sin resguardo. Ella no entendió bien por qué me levanté entonces y dije que el último funicular estaba a punto de partir. Porque se subía en funicular a aquella montaña; y más arriba de las pilastras uno sentía que se hacía un vacío dentro y ella dijo: «Es como cuando me besas». Este recuerdo fue para mí un gran alivio.

-No debes contarme estas cosas -dice Mariamirella-. No habría más cueva ni oso. Y a mi alrededor sólo quedaría el miedo.

-Mira, Mariamirella -digo-, no debemos separar las cosas de los pensamientos. La maldición de nuestra generación ha sido ésta: no poder hacer lo que pensaba. O bien no poder pensar lo que hacía. Por ejemplo, hace muchos años (había modificado la cédula de identidad porque aún no tenía la edad reglamentaria) fui con una mujer a una casa de tolerancia. La casa de tolerancia se llamaba Vía Calandra 15 y la mujer Derna.

-¿Cómo?

-Derna. Corrían los tiempos del imperio y la única novedad era que las mujeres de las casas se llamaban Derna, Adua, Harrar, Dessié.

-¿Dessié?

-También Dessié, creo. ¿Quieres que en adelante te llame Dessié?

-No.

-Bueno, volviendo a aquella vez, con aquella Derna. Yo era joven y ella alta y peluda. Me escapé. Pagué lo que había que pagar y escapé. Me parecía que las mujeres se asomaban todas al hueco de la escalera y se reían de mí. Bueno, eso no es nada. Apenas llegué a mi casa aquella mujer se volvió una cosa pensada y entonces ya no me dio miedo. Empecé a desearla, un deseo como para morirme... Esto es, que para nosotros las cosas pensadas son diferentes de las cosas.

-Sí -dice Mariamirella-, yo he pensado ya todas las cosas posibles, he vivido centenares de vidas con el pensamiento. Casarme. Tener muchos hijos. Abortar. Casarme con un rico. Casarme con un pobre, convertirme en una mujer de lujo. Convertirme en una mujer de la calle. Bailarina. Monja. Vendedora de castañas. Diva, diputada. Enfermera de la Cruz Roja, campeona. Muchas vidas con todos sus detalles. Y todas terminaban bien. Pero en la vida verdadera nunca sucede ninguna de esas cosas pensadas. Por eso cada vez que fantaseo me asusto y trato de ahuyentar los pensamientos, porque si sueño algo no sucederá nunca.

Es una chica simpática, Mariamirella; chica simpática quiere decir que entiende las cosas difíciles que digo y de pronto las vuelve fáciles. Quisiera darle un beso, pero después pienso que al besarla pensaré que beso su pensamiento, ella pensaría que la besa mi pensamiento, y no hago nada.

-Es preciso que nuestra generación reconquiste las cosas, Mariamirella -digo-. Que pensemos y hagamos a la vez. No que hagamos sin pensar. Es preciso que entre las cosas pensadas y las cosas no haya más diferencias. Entonces seremos felices.

-¿Por qué? -me pregunta.

-No es así para todos -digo-. Cuando era pequeño yo vivía en una gran villa campestre, entre balaustradas altas como un vuelo sobre el mar. Y me pasaba los días detrás de aquellas balaustradas, niño solitario, y para mí cada cosa era un extraño símbolo, los intervalos entre los dátiles colgando en penachos de los troncos, los brazos deformes de los *cereus*, extraños signos en la grava de los senderos. Además estaban las personas mayores, cuya tarea era tratar con las cosas, las cosas verdaderas. Yo lo único que tenía que hacer era descubrir nuevos símbolos, nuevos significados. Así me he quedado toda la vida, me muevo todavía en un castillo de significados, no de cosas, dependo siempre de los demás, de los «grandes», de los que manejan las cosas. En cambio hay quien desde pequeño ha trabajado con un torno. Con una herramienta para hacer cosas. Que no puede tener un significado diferente de las cosas que hace. Yo cuando veo una máquina la miro como si fuera un castillo encantado,

imagino hombrecitos minúsculos que giran entre las ruedas dentadas. Un torno. ¿Quién sabe qué es un torno? ¿Tú sabes lo que es un torno, Mariamirella?

-Un torno, no sé bien, en este momento -dice.

-Debe de ser importantísimo un torno. Deberían enseñar a todos a usar un torno, en vez de enseñar a usar un fusil, que es siempre un objeto simbólico, sin una verdadera finalidad.

-A mí un torno no me interesa -dice.

-Ves, para ti es más fácil: tienes máquinas de coser para salvarte, agujas, qué sé yo, hornillos de gas, máquinas de escribir también. Tú tienes pocos mitos de que liberarte; para mí todas las cosas son símbolos. Pero hay algo seguro: debemos reconquistar las cosas.

La voy acariciando muy despacio.

-Dime, ¿soy una cosa, yo? -dice.

-Hmm -digo.

He descubierto un hoyuelo en un hombro, sobre la axila suave, sin hueso debajo, del tipo de hoyuelo de las mejillas. Hablo con los labios en el hoyuelo.

-Hombro como mejilla -digo. No se entiende nada.

-¿Cómo? -pregunta. Pero no le importa nada lo que le digo.

-Carrera como junio -digo, siempre en el hoyuelo. No entiende lo que hago pero está contenta y se ríe. Es una chica simpática.

-Mar como arribo -digo, después quito la boca del hoyuelo y poso en él la oreja para oír el eco. No se oye más que su respiración y lejano, sepulto, el corazón.

-Corazón como tren -digo.

Ya está: ahora Mariamirella no es Mariamirella pensada más Mariamirella verdadera: ¡es Mariamirella! Y lo que hacemos ahora no es una cosa pensada más una cosa verdadera: el vuelo sobre los techos, y la casa que se yergue como las palmeras en la ventana de mi casa en el pueblo, un gran viento ha cogido nuestro último piso y lo transporta por los cielos y la fuga rojiza de las tejas.

En la ribera de mi pueblo, el mar me ha visto y me hace fiestas como un gran perro. El mar, gigantesco amigo, con sus pequeñas manos blancas que escarban la arena gruesa, ahora pasa por encima de los contrafuertes de los muelles, yergue la blanca panza y salta los cerros, ahora llega juguetón como un inmenso perro con las patas blancas de resaca. Callan los grillos, invade todas las llanuras, los campos y viñedos ahora sólo un campesino alza el tridente y grita: el mar desaparece como bebido por la tierra. ¡Chao, mar!

Al salir, Mariamirella y yo nos precipitamos escaleras abajo, antes de que la «patrona» se asome a la reja y trate de saberlo todo mirándonos a la cara.

Librodot

Viento en una ciudad

Algo, pero no comprendo qué. Un andar de gentes por las calles chatas como si subieran o bajaran, un moverse de labios y de narices como branquias de peces, después casas y puertas que huían y las esquinas más agudas de las calles. Era el viento: después lo comprendí.

Turín es una ciudad sin viento. Las calles son canales de aire quieto que se pierden en el infinito como un ulular de sirena: aire quieto, vítreo de hielo o suave de bochorno, movido sólo por los tranvías al tomar las curvas. Durante meses me olvido de que el viento existe; de él sólo me queda una necesidad indefinida.

Pero basta que un día desde el fondo de una avenida una ráfaga se levante y venga a mi encuentro para que recuerde mi pueblo sembrado de viento a la orilla del mar, con casas una arriba otra abajo, y en medio el viento que sube y baja, y calles de guijarros, en gradas, y desgarrones de cielo azul y ventoso sobre los callejones. Y mi casa con las persianas que se golpean, las palmeras irguiéndose en las ventanas, y la voz de mi padre gritando en lo alto de la colina.

Así soy yo, hombre de viento que necesita para andar arrancones y tropiezos, y para hablar ponerse a gritar de pronto, mordiendo el aire. Cuando el viento nace en la ciudad y se propaga de un barrio a otro en lenguas de un incendio incoloro, la ciudad se abre a mis ojos como un libro, me parece reconocer a todos los que pasan, quisiera gritar «¡eh!» a las muchachas, a los ciclistas, ponerme a pensar en voz alta, gesticulando.

No sé estar en casa. Vivo en una habitación alquilada en un quinto piso; debajo de mi ventana zangolotean los tranvías noche y día por la calle angosta, como si atravesaran el cuarto a tirones; de noche los trenes lejanos lanzan gritos como de búho. La hija de la patrona es una empleada gorda e histérica: un día rompió un plato de guisantes en el pasillo y se encerró en su cuarto gritando.

El excusado da sobre el patio; está en el fondo de un pasillo estrecho, casi una gruta, con las paredes verdes de moho, húmedas: tal vez se formen estalactitas. Del otro lado de la reja el patio es uno de esos patios turineses presos en una pátina de deterioro, con barandillas de hierro en los balcones donde uno no puede apoyarse sin mancharse de herrumbre. Los cuartuchos de los retretes, uno sobre otro, forman como una torre: retretes con las paredes suaves de moho, de fondo cenagoso.

Y pienso en mi casa alta sobre el mar entre las palmeras, mi casa tan diferente de todas las otras casas. Y la primera diferencia que me vuelve a la memoria es la cantidad de servicios que había, servicios de todo tipo: en cuartos de baño centelleantes de baldosas blancas, en cuchitriles semioscuros, retretes a la turca, antiguos water-closet con la taza historiada de frisos azules.

Pensando en eso iba por la ciudad husmeando el viento. Y de pronto veo a una chica que conozco: Ada Ida.

-Estoy contento: el viento -le digo.

-A mí me pone nerviosa -contesta-. Acompáñame un poco: hasta allí.

Ada Ida es una de esas chicas que te encuentran y en seguida empiezan a contarte su vida, lo que piensan, aunque apenas te conozcan: chicas sin secretos para los demás que no sean secretos también para ellas; y hallan palabras aun para estos secretos, palabras de todos los días, que brotan sin esfuerzo, como si sus ideas nacieran ya entretejidas totalmente de palabras.

-A mí el viento me pone nerviosa -dice-. Me encierro en casa y hago volar los zapatos y doy vueltas descalza por las habitaciones. Después cojo una botella de whisky que me regaló un americano y bebo. Nunca he conseguido emborracharme sola. En cierto momento me echo a llorar y desisto. Hace una semana que doy vueltas y no consigo encontrar trabajo.

No sé cómo hace Ada Ida, cómo hacen todos los otros, mujeres y hombres que entran en confianza con todos, que encuentran algo que decir a todos, que se meten en las cosas de los otros y hacen que los otros se metan en las de ellos. Digo:

-Estoy en un cuarto del quinto piso con tranvías como búhos en la noche. El excusado está verde de moho, con musgos y estalactitas, y una niebla de invierno como la que hay sobre las ciénagas. Creo que el carácter de las gentes viene también del retrete en el que están obligados a encerrarse cada día. Uno vuelve de la oficina a casa y encuentra el retrete verde de moho, cenagoso: entonces rompe un plato de guisantes en el pasillo y se encierra en su cuarto gritando.

Lo que he dicho no está claro. No es exactamente como lo había pensado, segurarmente Ada Ida no lo entenderá, pero en mi caso para convertirse en palabras pronunciadas las ideas deben atravesar un hueco vacío de donde salen falseadas.

-Yo limpio todos los días el retrete más que toda la casa -dice ella-, lavo el suelo, lo lustro todo. En el ventanuco pongo cada semana una cortinita limpia, blanca, con bordados, y todos los años hago pintar las paredes. Me parece que si un día dejara de limpiar, sería una mala señal y me dejaría hundir cada vez más en la desesperación. Es un cuartito oscuro el de mi casa, pero lo tengo como si fuera una iglesia. Quién sabe cómo será el del patrón de la Fiat. Ven, acompáñame un poco hasta el tranvía.

Lo maravilloso de Ada es que acepta todo lo que le dices. No se asombra de nada, cualquier frase que empieces la sigue como si a ella se le hubiese ocurrido. Y quiere que la acompañe hasta el tranvía.

-Bueno, te acompaño -digo-. Entonces, el patrón de la Fiat se había hecho construir como excusado un salón con columnas y cortinajes y alfombras y acuarios en las paredes. Y grandes espejos todos alrededor que reflejaban mil veces su imagen. Y el retrete tenía brazos y respaldo, alto como un trono; también tenía baldaquín. Y la cadena del agua hacía sonar un carillón suavísimo. Pero el patrón de la Fiat no podía ir de cuerpo. Se sentía intimidado en medio de aquellas alfombras y aquellos acuarios. Los espejos reflejaban mil veces su imagen sentado en el retrete alto como un trono. Y el patrón de la Fiat echaba de menos el excusado de su casa de la infancia, con serrín en el suelo y hojas de periódico ensartadas en un clavo. Así se murió: de infección intestinal al cabo de meses de no ir de cuerpo.

-Así se murió -asiente Ada Ida-. Exactamente así se murió. ¿No sabes otras historias como ésta? Aquí viene mi tranvía. Sube conmigo y cuéntame otra.

-¿Al tranvía y adónde más?

-Al tranvía. ¿No te gusta?

Subimos al tranvía.

-Historias no puedo contarte -digo- porque tengo el hueco. Hay un precipicio vacío entre todos los demás yo. Muevo los brazos dentro de él pero no atrapo nada, lanzo gritos pero nadie los oye: es el vacío absoluto.

-En esos casos yo canto -dice Ada Ida-, canto mentalmente. Cuando en cierto momento al hablar con alguien me doy cuenta de que no puedo seguir adelante, como si hubiera llegado a la orilla de un río, y que los pensamientos corren a esconderse, me pongo a cantar mentalmente las últimas palabras dichas u oídas, con una melodía cualquiera. Y las

otras palabras que me pasen por las mientes, siempre con esa melodía, son las palabras de mis pensamientos. Y así las digo.

-Muéstrame a ver.

-Y así las digo. Como una vez que un tipo me abordó en la calle creyéndome una de ésas.

-Pero no estás cantando.

-Canto mentalmente, después traduzco. Si no, no entenderías. Igual que esa vez con el hombre aquel. Terminé por contarle que hacía tres años que no comía caramelos. Me compró una bolsita. Entonces no supe realmente qué decirle. Tartamudeé algo y me escapé con la bolsita.

-En cambio yo no conseguiré decir nunca nada, hablando -digo-, por eso escribo.

-Haz como los mendigos -me dice Ada Ida, señalándome uno en una parada.

Turín está llena de mendigos como una ciudad santa de la India. También los mendigos tienen sus modas para pedir limosna: empieza uno y después todos lo copian. Desde hace un tiempo es costumbre de muchos mendigos escribir en el pavimento su historia en letras mayúsculas, con trozos de tizas de colores: es un buen sistema porque la gente empieza a leer por curiosidad y después está obligada a arrojar unas liras.

-Sí -digo, tal vez yo también tendría que escribir mi historia con tiza en la acera y sentarme al lado para oír lo que dice la gente. Por lo menos nos miraremos un poco a la cara. Pero quizá nadie se fijará y la borrarán pisoteándola.

-¿Qué escribirías en la acera, si fueras un mendigo? -pregunta Ada Ida.

-Escribiria todo con letras de imprenta: «Soy de esos que escriben porque no consiguen hablar; disculpadme, ciudadanos. Una vez un diario publicó algo que yo habia escrito. Es un diario que sale a primera hora de la mañana; lo compran por lo general los obreros cuando van a trabajar. Aquella mañana subí temprano al tranvía y vi gente que leía lo que yo había escrito, yo les miraba las caras tratando de saber en qué línea tenían puestos los ojos. En todo lo que se escribe hay siempre algo de lo cual uno se arrepiente, por temor de ser mal entendido o por vergüenza. Y en el tranvía aquella mañana yo iba espiando la cara de los hombres hasta que llegaban a ese punto y entonces hubiera querido decir: "Escuche, tal vez no me he explicado bien, y lo que quería decir...", pero seguía callado y me ruborizaba».

Entretanto bajamos en una parada y Ada Ida espera que venga otro tranvía. Yo ya no sé qué tranvía tengo que tomar y espero con ella.

-Yo escribiría así -dice Ada Ida-, con tizas azules y amarillas: «Señores, hay personas para quienes el placer más grande es hacer que les orinen encima. D'Annunzio era una de ellas, dicen. Yo lo creo. Tendrían ustedes que pensar en eso todos los días, y pensar que somos todos de la misma raza y darse menos aires. Y además: mi tía tuvo un hijo con cuerpo de gato. Deberían ustedes pensar que suceden cosas como éstas, no olvidarlo nunca. Y que en Turín hay hombres que duermen en las aceras, sobre las rejillas de los sótanos calientes. Yo los he visto. En todas estas cosas deberían pensar ustedes, todas las noches, en vez de rezar. Y tenerlas bien presentes durante el día. Tendrían menos esquemas en la cabeza y menos hipocresía». Escribiría eso. Sube también a este tranvía, acompáñame, sé bueno.

Yo seguía subiendo a tranvías con Ada Ida, quién sabe por qué. El tranvía iba por una larga avenida de los barrios pobres. La gente en el tranvía era gris y arrugada, toda amasada como con el mismo polvo.

Ada Ida tiene la manía de hacer observaciones:

-Mira el tic nervioso que tiene ese hombre. Mira cómo se ha empolvado esa vieja.

A mí todo me daba pena y quería que terminara.

-¿Y qué? ¿Y qué? -decía-. Todo lo que es real es racional. -Pero en el fondo no estaba convencido.

Yo también soy real y racional, pensaba, yo que no transiego, yo que construyo esquemas, yo que haré que todo cambie. Pero para cambiar todo hay que partir de ahí, del

hombre del tic nervioso, de la vieja empolvada, no de los esquemas. También de Ada Ida que sigue diciendo. «Acompáñame hasta allí».

-Hemos llegado -dice Ada Ida, y bajamos-. Acompáñame hasta allí, ¿te molesta?

-Todo lo que es real es racional, Ada Ida -le digo-. ¿Hay que tomar otro tranvía?

-No, vivo a la vuelta de aquella calle.

Estábamos en el final de la ciudad. Fortalezas de hierro se alzaban detrás de las paredes de las fábricas; el viento agitaba andrajos de humo en los pararrayos de las chimeneas. Y había un río bordeado de hierba: el Dora.

Yo recordaba una noche de viento, años atrás, junto al Dora, yo caminaba mordiendo la mejilla de una muchacha. Ella tenía cabellos largos y finísimos que de vez en cuando terminaban entre mis dientes.

-Una vez -digo- le mordía una mejilla a una chica. Aquí, al viento. Y escupía cabellos. Es una historia preciosa.

-Bueno -dice Ada Ida- yo he llegado.

-Es una historia preciosa -digo-, larga de contar.

-Yo he llegado -dice Ada Ida-. El ya debe de estar en casa.

-¿Quién, es él?

Vivo con uno que trabaja en la Riv, la fábrica de tornillos. Tiene la manía de la pesca. Me ha llenado la casa de sedales, de moscas artificiales.

-Todo lo que es real es racional, Ada Ida -digo-. Era una historia preciosa. Dime qué tranvía debo coger para regresar.

-El veintidós, el diecisiete, el dieciséis -dice-. Todos los domingos vamos al Sangone. Anteayer, una trucha así.

-¿Estás cantando mentalmente?

-No. ¿Por qué?

-Preguntaba. ¿Veintidós, veintisiete, trece?

-Veintidós, diecisiete, dieciséis. El pescado lo quiere freír él mismo. Ya siento el olor. Es él, que está friendo.

-¿Y el aceite? ¿Os basta el de la tarjeta de racionamiento? Veintiséis, diecisiete, dieciséis.

-Hacemos un canje con un amigo. Veintidós, diecisiete.

-¿Veintidós, diecisiete, once?

-No: ocho, quince, cuarenta y uno.

-Exacto: me olvido siempre. Todo es racional. Chao, Ada Ida.

Llego a casa después de una hora de camino al viento, equivocando todos los tranvías y discutiendo los números con los conductores. Vuelvo y encuentro guisantes y un plato roto en el pasillo, la empleada gorda se ha encerrado con llave en su cuarto, y grita.

Como un vuelo de patos

Se despertó al oír los disparos y saltó del camastro; en la tremolina alguien abría las puertas de las celdas, la suya también. Un rubio barbudo se asomó, moviendo una pistola; le dijo: «Hala, lárgate corriendo que estás libre». Natale se alegró sin entender, recordó que estaba desnudo, en camiseta, enfundó las piernas en un par de pantalones militares, su única indumentaria, maldiciendo porque no se deslizaban.

En ese momento entró el del bastón, dos metros de altura; tenía un ojo estrábico y movía las aletas de la nariz gruñendo: «¿Dónde están? ¿Dónde están?». Natale vio en lo alto de su cabeza el bastón que ya le caía encima. Fue como si una bandada de patos alzara el vuelo desde su cerebro; una rociada roja le quemó en mitad del cráneo. Cayó en un pozo de algodón, insensible al mundo.

Uno de los militares que estaban de acuerdo con ellos desde antes, vino y gritó:

-¿Qué has hecho? ¡Era un prisionero!

En seguida se juntaron muchos alrededor del hombre en el suelo que perdía sangre por la cabeza. El del bastón no entendía:

-¡Como para saberlo! ¡Con esos pantalones de fascista!

Pero había que darse prisa, de un momento a otro podían llegar los camisas negras de refuerzo. Se trataba de recoger las ametralladoras, los cargadores, las bombas, quemar todo el resto, especialmente los mapas; de vez en cuando alguno soltaba un grito a los rehenes:

Vamos, ¿todos preparados?

Pero aquéllos estaban muy excitados; el general, en camisa, daba vueltas por la celda.

Ahora me visto -decía.

El farmacéutico con su corbata de anarquista pedía consejo al cura; la abogada, en cambio, ya estaba lista.

Además no había que perder de vista a los milicianos prisioneros, dos viejos con pantalones de suavo que estaban siempre ahí, hablando sin parar de la familia y de los hijos, y el sargento mudo en un rincón, con la cara llena de venas amarillas.

Al final el general empezó a decir que ellos estaban allí como rehenes, que tenían la seguridad de que los liberarían en seguida, que en cambio si salían quién sabe qué iba a pasar. La abogada, de unos treinta años, robusta, habría aceptado salir, pero el cura y el farmacéutico estuvieron de acuerdo con el general y se quedaron todos.

Daban las dos de la mañana cuando los partisanos, unos por una calle, otros por otra, se largaron hacia las montañas, y, junto a ellos, los dos soldados de guardia que los habían ayudado a entrar, algún muchacho liberado de las celdas y, a empujones de metralleta en la espalda, los tres fascistas prisioneros. El alto del bastón envolvió la cabeza del herido en una toalla y lo cargó al hombro.

Apenas habían doblado la esquina oyeron un tiroteo al otro lado de la ciudad. Era el loco de Gek que en mitad de la plaza soltaba ráfagas al aire para que los camisas negras perdieran tiempo acudiendo.

Librodot

En el campamento el único desinfectante era la pomada de sulfamidas para las llagas de las piernas: hubiese hecho falta el tubo entero para llenar el agujero que Natale tenía en la cabeza. Por la mañana habían mandado a dos hombres a buscar medicamentos a casa de un doctor que había sido evacuado en las tierras de abajo.

Corrió la noticia, la gente estaba contenta por el golpe de la noche al cuartel de los milicianos; durante el día los partisanos habían conseguido mucho material para limpiarle la cabeza con desinfectantes y ponerle un turbante de gasa, esparadrapo y vendas. Pero Natale, con los ojos cerrados y la boca abierta, seguía haciéndose el muerto, y no se sabía si se quejaba o si roncaba. Después, poco a poco, alrededor de aquel punto del cráneo siempre atrozmente vivo, empezaron a cobrar forma colores, sensaciones, pero cada vez era como un desgarrón dentro de la cabeza, un vuelo de patos en los ojos que le hacía apretar los dientes y articular algo entre quejidos. Al día siguiente Paulín, que hacía de cocinero, enfermero y sepulturero, dio la buena noticia:

-¡Se está curando! ¡Soltó una blasfemia!

Después de las blasfemias vinieron las ganas de comer, empezó a echarse al estómago escudillas de potaje espeso como si lo bebiera, manchándose de caldo hasta los pies. Entonces sonreía con una cara redonda y satisfecha, de animal entre las vendas y el esparadrapo, gruñendo Dios sabe qué.

-Pero ¿en qué habla? -preguntaban los otros, mirándolo-. ¿De qué pueblo viene?

-Preguntadle a él -contestaban los compañeros de cárcel y los ex soldados de guardia.

-Eh, paisano, ¿de qué pueblo eres?

Natale entrecerraba los ojos para pensar, pero después lanzaba un quejido y volvía a balbucear frases incomprensibles.

-¿Se ha vuelto tonto -preguntaba el Rubio, que era el jefe-, o ya lo era?

Los otros no lo sabían.

-Claro que el golpe fue fuerte -decían-. Si no lo era, ahora lo es. Con una cara como el fondo de una sartén, redonda, chata y negra, Natale andaba dando vueltas por el mundo desde que, muchos años antes, lo habían llamado a filas. De su casa no había sabido nada más porque de escribir no era capaz y de leer tampoco. A veces le daban permiso de salida, pero se equivocaba de tren y terminaba en Turín. Después del 8 de septiembre había ido a parar a la Todt y seguía dando vueltas, medio desnudo, con su escudilla atada a la cintura. Después lo habían metido en chirona. De pronto venían a liberarlo y le daban unos palos en la cabeza. Para él esto era perfectamente lógico, como todas las otras historias de su vida.

El mundo era para él un conjunto de colores verdes y amarillos, de ruidos y de gritos, de ganas de comer y de dormir. Un mundo bueno, lleno de cosas buenas, aunque no se entendiera nada, y si uno trataba de entender sentía aquella punzada en mitad del cráneo, aquel vuelo de patos en el cerebro, los palos que recibía en la cabeza.

Los hombres del Rubio estaban destinados a las acciones en la ciudad; vivían en los primeros bosques de pinos, en lo alto de los suburbios, en una zona de casitas donde en los buenos tiempos iban a veranear las familias burguesas. Como ahora la zona estaba en manos de ellos, los partisanos habían salido de las cuevas y las cabañas y acampado en algunas villas de los jerarcas, llenando de piojos los colchones e instalando las metralletas sobre las cómodas. En las casas había botellas, algunas provisiones, gramófonos. El Rubio era un muchacho duro, implacable con los enemigos, despótico con los compañeros, pero cuando podía, trataba de que sus hombres lo pasaran bien. Hicieron algunas fiestas, unas muchachas subieron.

Natale estaba contento con ellos. Ya no llevaba ni esparadrapos ni vendas; de la herida sólo le quedaba una gran equimosis en medio del pelo rubio, un aturdimiento que le parecía que no estaba en él sino en todas las cosas. Los compañeros le hacían toda clase de bromas, pero él no se enfadaba, gritaba insultos en su dialecto incomprensible y se quedaba satisfecho. O se ponía a luchar con alguien, incluso con el Rubio: siempre se la daban, pero no dejaba de estar contento.

Librodot

Una noche los compañeros decidieron gastarle una broma: mandarlo con una de las chicas para ver qué pasaba. Entre las muchachas eligieron a Margherita, una regordeta de carne suave, blanca y roja, que se prestó al juego. Empezaron a trabajar a Natale, a picarle la curiosidad, a decirle que Margherita se había enamorado de él. Pero Natale era cauto; no pisaba terreno conocido. Se pusieron a beber todos y la sentaron a su lado para provocarlo. Natale viendo que lo miraban con ojos tiernos, que le apretaban la pierna debajo de la mesa, estaba cada vez más confundido. Los dejaron solos y se escondieron detrás de la puerta para espiarlos. El se reía, aturdido. Ella se atrevió un poco a provocarlo. Entonces Natale se dio cuenta de que la risa de ella era falsa; parpadeaba. Se olvidó de los palos, los patos, la equimosis: la atrapó y la echó sobre la cama. Ahora entendía todo perfectamente: entendía lo que quería la mujer debajo de él, blanca y rosa y suave, entendía que no era un juego, entendía por qué no era un juego sino una cosa de los dos, de él y de ella, como comer y beber.

De pronto los ojos de la mujer, hasta ese momento brillantes, se volvieron, en un parpadeo, obstinados, coléricos, sus brazos le resistían, desde debajo ella se soltaba, gritaba:

-¡Socorro, que me la mete!

Vinieron los otros entre risotadas, gritando, le arrojaron agua. Entonces todo fue como antes, aquel dolor coloreado en el fondo del cráneo; Margherita, que se acomodaba el escote del vestido y soltaba risas forzadas, Margherita, que cuando estaba debajo tenía la mirada brillante y la boca húmeda, ahora se había puesto a gritar y a llamar a los otros, no se entendía por qué. Y Natale, con todos los compañeros alrededor, retorciéndose de risa en las camas y disparando al aire, rompió a llorar como un niño.

Una mañana los alemanes se despertaron todos a la vez: llegaron en camiones cargados, hicieron una batida en la zona, matorral por matorral. El Rubio, que se había despertado con los disparos, no tuvo tiempo de escapar y lo abatieron de una ráfaga en mitad del prado. Natale se salvó acurrucado en un matorral, clavando la cabeza en el suelo cada vez que silbaba una bala. Después de la muerte del Rubio el comando se deshizo: algunos murieron, otros cayeron prisioneros, otros traicionaron y se pasaron a los camisas negras, otros siguieron deambulando por la zona entre una y otra batida, otros subieron a la montaña con las brigadas partisanas.

Natale fue uno de estos últimos. En la montaña la vida era más dura: Natale tenía que ir de un valle a otro cargado como un mulo, hacer los turnos de guardia y las fajinas; era como el servicio militar, cien veces peor y cien veces mejor. Y los compañeros que se reían de él y se burlaban eran como los compañeros que se reían de él y se burlaban en el servicio militar, pero también otra cosa que seguramente hubiera entendido si no fuese por ese aleteo de patos en el cráneo.

Logró entenderlo todo en el momento en que se encontró con los alemanes que subían por la carretera a la Golletta y disparaban con los spitfire entre los matorrales. Entonces, tendido en tierra, empezó a soltar andanadas con su mosquete y entendió por qué. Entendió que aquellos hombres allí abajo eran los milicianos que lo habían arrestado porque no tenía los papeles en regla, eran los vigilantes del Todt que le marcaban las horas, eran el teniente de piquete que le hacía barrer las letrinas, eran todas esas cosas juntas pero eran también el amo que antes de su servicio militar lo obligaba a zapar toda la semana, eran los muchachos que lo hacían tropezar en la acera cuando iba a la ciudad para la feria, eran también su padre, cuando le dio un revés. Y eran también Margherita, Margherita que ya estaba por aceptarlo y después se había resistido, no precisamente Margherita sino eso que había hecho que Margherita se resistiera: éste era un pensamiento todavía más difícil que los otros, pero en ese momento él comprendía. Después pensó por qué aquellos hombres allí abajo disparaban contra él, gritaban contra él, caían bajo sus disparos. Y comprendió que eran hombres como él, tratados a trompadas por el padre cuando fueron niños, obligados por los amos a zapar la tierra, burlados por los tenientes, y que ahora la habían tomado con él; estaban locos, tomarla con él que no tenía nada que ver, por eso disparaba, pero si hubieran estado todos con él no

habría disparado contra ellos sino contra los otros, no sabía bien contra quién, y Margherita lo hubiese aceptado. Pero ¿cómo hacían los enemigos para ser éstos y los otros, buenos y malos, como él y contra él?; ¿por qué él estaba aquí, en lo justo, ellos allá, en el error?: eso Natale no lo entendía: era el vuelo de patos; era eso, nada más.

Cuando faltaban pocos días para el fin de la guerra, los ingleses se decidieron a soltar paquetes desde sus aviones. Los partisanos pasaron al Piamonte, andando dos días, y encendieron hogueras, por la noche, en medio de los prados. Los ingleses arrojaban capotes con botones dorados, aunque ya era primavera, y manojos de inútiles fusiles italianos de la primera guerra de Africa. Los partisanos los cogieron y se pusieron a hacer payasadas alrededor de las hogueras como negros. Natale bailaba y gritaba entre ellos, contento.

El regimiento extraviado

Un regimiento de un poderoso ejército tenía que desfilar por las calles de la ciudad. Desde las primeras luces del alba las tropas se habían dispuesto en el patio del cuartel en formación de parada.

El sol ya estaba alto en el cielo y las sombras se acortaban al pie de los delgados arbolitos del patio. Bajo los cascos recién barnizados, los soldados y los oficiales goteaban sudor. Desde lo alto de su caballo blanco, el coronel hizo una señal: redoblaron los tambores, toda la fanfarria empezó a tocar y la cancela del cuartel giró lentamente sobre sus goznes.

Afuera se abrió la vista de la ciudad bajo un cielo celeste atravesado por suaves nubes, la ciudad con sus chimeneas que perdían bigotes de humo, las terrazas con sus cuerdas erizadas de pinzas para colgar la ropa, los reflejos de los rayos de sol que golpeaban en los espejos de las cómodas, las cortinas cazamoscas que se enganchaban en los pendientes de las señoras cargadas con la cesta de la compra, un carrito de heladero con su sombrilla y la caja de vidrio para los cucuruchos, y a ras del suelo una cometa con la cola de anillas de papel rojo que unos niños arrastraban por un largo cordel y que subía poco a poco por el Aire y se enderezaba contra las delicadas nubes del cielo.

El regimiento había empezado a avanzar al ritmo de los tambores, con gran batir de suelas en el empedrado y zangoloteos de la artillería; pero viéndose delante de aquella ciudad tranquila, cordial, atenta a sus cosas, cada uno de los militares se sintió como indiscreto, inoportuno, y el desfile saltó a los ojos de todos como algo fuera de lugar, desentonado, algo de lo que verdaderamente se podía prescindir.

Uno de los tambores, un tal Prè Gio Batta, fingió que continuaba el redoble empezado y en cambio apenas rozó la piel del instrumento. Salió un modesto repiqueteo, pero no sólo de él: fue general, porque en el mismo momento todos los otros tambores habían hecho lo que Prè. Después las trompetas soltaron sólo un solfeo de suspiros, porque nadie soplaba con fuerza. Los soldados y los oficiales, echando miradas incómodas a su alrededor, se detuvieron con una pierna en el aire y después la bajaron muy despacio y reanudaron la marcha de puntillas.

La larguísima columna, sin que nadie hubiese impartido orden alguna, avanzaba así de puntillas con movimientos lentos y flojos, y un arrastrado, amortiguado pataleo. Los encargados de las piezas de artillería, al verse junto a aquellos cañones tan fuera de lugar, sintieron un repentino pudor: algunos quisieron demostrar indiferencia, caminar sin mirar nunca del lado de las piezas, como si pasaran por allí por pura casualidad; otros se mantenían

Librodot

lo más cerca posible, como para esconderlas, ahorrando a las gentes aquella visión tan desagradable y descortés, o les echaban encima cubiertas, mantas, para que pasaran inadvertidas o que por lo menos no llamaran la atención; otros adoptaban una actitud de broma afectuosa hacia los cañones, daban manotazos en las cureñas, en las recámaras, los señalaban con una semisonrisa, todo para demostrar que no era su intención servirse de ellos con finalidades mortíferas, sino llevarlos a la vista como grotescas herramientas, grandes y raras. Aquel confuso sentimiento se había adueñado también del ánimo del coronel Clelio Leontuómini, que instintivamente bajaba la cabeza a la altura de la del caballo. El caballo, por su parte, había empezado a mover las patas pausadamente, con la cautela de las bestias de tiro. Pero bastó un momento de reflexión para que el coronel y el caballo reanudaran su marcha marcial. Percatándose inmediatamente de la situación, Leontuómini lanzó una orden seca:

-¡Paso de parada!

Los tambores redoblaron, después empezaron a dar golpes cadenciosos. El regimiento se había recompuesto velozmente y ahora avanzaba pisando el suelo con agresiva seguridad.

«Bueno», se dijo el coronel mirando a hurtadillas su formación, «es realmente un ejército en marcha».

En la acera algunos transeúntes se detenían a mirar el desfile y observaban con el aire de quien quisiera interesarse y hasta complacerse con semejante despliegue de energía, pero sentían dentro algo que no entendían bien, una vaga sensación de alarma, y de todas maneras tenían cosas demasiado serias en la cabeza para ponerse a pensar en sables y cañones.

Sintiéndose mirados, la tropa y los oficiales experimentaron nuevamente aquella leve, inexplicable turbación. Siguieron marchando, sacando pecho, a paso de parada, pero no podían quitarse del corazón la duda de estar molestando a aquellos buenos ciudadanos. Para que esa presencia no lo distrajera, el soldado de infantería Marangón Remigio mantenía los ojos siempre bajos: cuando se marcha en columna las únicas preocupaciones son la formación y el paso; en todo lo demás, los que piensan son los superiores. Pero cientos y cientos de soldados hacían lo que Marangón; más aún, se puede decir que todos ellos, oficiales, alféreces, coronel, avanzaban sin levantar nunca los ojos del suelo, siguiendo confiados la columna. Así fue como se vio al regimiento, a paso de parada, fanfarra a la cabeza, inclinarse hacia un lado de la calle salir del suelo asfaltado, perderse en un cantero de los jardines públicos y adentrarse decidido pisoteando ranúnculos y lilas.

Los jardineros estaban regando el césped ¿y qué ven? Un regimiento que avanza hacia ellos a ciegas pisoteando la hierba con las suelas. Los pobres no sabían cómo sujetar las mangueras para no dirigir los chorros de agua contra los militares. Terminaron por mantenerlos verticales, pero en un largo surtidor los chorros caían en direcciones insospechadas; uno regó de la cabeza a los pies al coronel Clelio Leontuómini, que avanzaba erguido, también él con los ojos cerrados.

Al recibir aquella ducha el coronel se estremeció y prorrumpió en un grito:

-¡Inundación! iInundación! ¡Movilización de socorro! -De pronto comprendió y retomó el comando del regimiento para sacarlo de los jardines públicos.

Pero había quedado un poco decepcionado. Aquel grito «¡Inundación! ¡Inundación!» había traicionado una secreta, casi inconsciente esperanza suya: que de pronto se produjera un cataclismo natural, sin víctimas pero peligroso, que mandara por los aires el desfile y permitiera al regimiento prodigarse en obras útiles para la población: construcción de puentes, salvamentos. Sólo así se hubiese quedado con la conciencia tranquila.

Al salir del parque, el regimiento se encontró en otra zona de la ciudad, no la de las anchas avenidas donde se había dispuesto que desfilase, sino un barrio de calles más cortas, recogidas y tortuosas. El coronel decidió que cortaría por aquellas callejuelas para llegar a la plaza sin más pérdida de tiempo.

Una animación insólita reinaba en aquel barrio. Los electricistas, encaramados en altas escaleras desmontables, reparaban las farolas y subían y bajaban los cables del teléfono. Los

Librodot

agrimensores de ingeniería civil medían las calles con sus piquetes y sus metros enrollables. Los gasistas, armados de picos, abrían grandes agujeros en el empedrado. Los colegiales paseaban en fila. Los albañiles se pasaban los ladrillos al vuelo gritando: «¡Hop! ¡Hop!». Los ciclistas, lanzando largos silbidos, transportaban a hombros las escalas de mano. Y en todas las ventanas de las casas las criadas, retorciendo trapos mojados en grandes cubos, limpiaban los cristales de pie sobre los antepechos.

El regimiento tenía que continuar así el desfile por aquellas calles tortuosas, abriéndose paso en una maraña de hilos de teléfono, cintas métricas, escalas de mano, agujeros en el pavimento, estudiantas pechugonas, y cogiendo al vuelo ladrillos: «¡Hop! ¡Hop! ¡Hop!», esquivando trapos mojados y cubos que criadas conmovidas dejaban caer desde lo alto del cuarto piso.

El coronel Clelio Leontuómini tuvo que admitir que se había equivocado de calle. Se inclinó desde el caballo hacia un transeúnte y preguntó:

-Disculpe, ¿cuál es el camino más corto para llegar a la plaza?

El transeúnte, un hombrecito con gafas, se quedó pensando un momento:

-Es una vuelta complicada; pero si me dejan que los guíe, los llevo a través de un patio a otra calle y se ahorran por lo menos un cuarto de hora.

-¿Podrá pasar todo el regimiento por ese patio? -preguntó el coronel.

El hombrecito echó una ojeada e hizo un gesto inseguro:

-Bueno, es cuestión de probar -y los precedió metiéndose por un portón. Desde las barandillas oxidadas de las galerías, todas las familias de aquella casa de vecindad se asomaban a mirar al regimiento que trataba de entrar con caballos y artillería en el patio.

-¿Dónde está el portón por el que se sale? -preguntó el coronel al hombrecito.

-¿Portón? -preguntó el hombrecito-. Quizá no me he explicado bien. Hay que subir hasta el último piso y desde allí se pasa a la escalera de una casa vecina, cuyo portón da justamente sobre la otra calle.

El coronel quería seguir a caballo incluso en aquellas angostas escaleras, pero después de dos rellanos decidió dejar el caballo atado al pasamanos y seguir a pie. Los cañones también decidieron dejarlos en el patio, y un zapatero remendón se comprometió a echarles una mirada. Los soldados subían en fila india y en cada rellano se abría alguna puerta y un niño gritaba:

-¡Mamá! Ven a ver. ¡Pasan los soldados! ¡Está desfilando el regimiento!

En el quinto piso, para pasar de aquella escalera a otra secundaria que llevaba a las buhardillas, tuvieron que recorrer una parte de la galería. Las ventanas daban a alguna habitación desnuda con muchos jergones donde vivían familias llenas de niños.

-Entrad, entrad -decían los papás y las mamás a los militares-. ¡Descansad un poco, estaréis fatigados! ¡Pasad por aquí que la calle es más corta! Pero los fusiles dejadlos fuera; hay niños, y ya se sabe...

El regimiento se dispersaba así por las calles, los corredores. Y en aquella confusión, al hombrecito que conocía el camino no hubo modo de encontrarlo.

Cayó la noche y las compañías y los pelotones seguían dando vueltas por escaleras y galerías. En lo alto del tejado, encaramado en la cumbrera, estaba el coronel Leontuómini. Veía abrirse debajo la ciudad espaciosa y límpida, con su cuadrícula de calles y la gran plaza vacía. Con él, a cuatro patas sobre las tejas, había una escuadra de soldados, armados de banderines, disparadores de cohetes, trapos de colores relampagueantes.

-Transmítase -decía el coronel-. Rápido, transmítase: Zona impracticable... Imposible avanzar... Esperamos órdenes...

Librodot

Ojos enemigos

Aquella mañana Pietro iba por la calle cuando tuvo una sensación de molestia. Hacía un rato que la sentía, sin darse bien cuenta: era la sensación de tener a alguien detrás, alguien que lo estuviese mirando sin ser visto.

Volvió la cabeza de golpe; estaba en una calle un poco apartada, con setos en las verjas y empalizadas de madera cubiertas de una costra de carteles desgarrados. No pasaba casi nadie; Pietro se sintió contrariado por haber cedido a aquel tonto impulso de volverse; y continuó, decidido a retomar el hilo interrumpido de sus pensamientos.

Era una mañana de otoño con un poco de sol; el aire no tenía que ver con una alegría particular, pero tampoco con una opresión en el pecho. Sin embargo, a pesar suyo, aquella incomodidad seguía pesándole: a veces parecía que se concentraba en su nuca, en sus hombros, como un ojo que no lo perdiese de vista, como la proximidad de una presencia de alguna manera hostil.

Para combatir el nerviosismo sintió la necesidad de estar entre gentes: se encaminó a una calle más frecuentada, pero en la esquina, todavía, se detuvo para mirar atrás. Pasó un ciclista, una mujer cruzó la calle, pero él no conseguía descubrir vínculo alguno entre las personas, las cosas de alrededor y la ansiedad que lo reconcomía. Al volverse, su mirada se encontró con la de otro transeúnte que también volvía la cabeza en ese momento. Apartaron

Librodot

en seguida y al mismo tiempo los ojos el uno del otro, como si ambos estuvieran buscando algo. Pietro pensó: «Quizás ese hombre se sintió mirado por mí. Quizá no soy el único que experimenta esta mañana esta irritante exasperación de la sensibilidad; quizá sea el tiempo, el día, que nos pone nerviosos».

Estaba en una calle transitada, y con esa idea en la cabeza observaba a la gente y advertía menudas sacudidas, manos que se alzaban casi hasta la cara en movimientos de desagrado, frentes que se arrugaban como presas de súbita preocupación o de un recuerdo molesto. «¡Qué día del demonio!» se repetía Pietro, ¡qué día del demonio!», y en la parada del tranvía advirtió que los otros, como él, no podían tener quietos los pies, releían el cartel de las líneas tranviarias como buscando algo que no estaba escrito.

En el tranvía el inspector se equivocaba al dar el cambio y se enfadaba; el conductor apretaba con dolorosa obstinación la campanilla contra los peatones y las bicicletas, y los pasajeros aferraban con los dedos las agarraderas como náufragos en el mar.

Pietro reconoció la figura robusta de Corrado, sentado, que no lo veía; miraba absorto del otro lado de los cristales y se rascaba la mejilla con una uña.

-¡Corrado! -lo llamó por encima de su cabeza.

El amigo se sobresaltó.

-¡Ah, eres tú! No te había visto. Estaba abstraído.

-Te noto nervioso -dijo Pietro, y comprendiendo que no quería sino reconocer en los otros su estado, añadió-: Yo también estoy bastante nervioso, hoy.

-¿Y quién no? -dijo Corrado, y por su ancha cara pasó esa sonrisa paciente e irónica que incitaba a todos a escucharlo y confiar en él.

-¿Sabes qué impresión tengo? -dijo Pietro-. La impresión de que hay ojos que me están mirando.

-¿Qué ojos?

-Ojos de alguien ya visto pero que no recuerdo. Ojos fríos, hostiles.

-¿Ojos que casi no te ven, pero que no puedes dejar de tener en cuenta?

-Sí... Ojos como...

-¿Como los alemanes? -dijo Corrado.

-Eso, como ojos de alemán.

-Ah, se comprende -dijo Corrado y abrió el diario que tenía en la mano-, con estas noticias... -Señaló los títulos: «Kesselring amnistiado... Reuniones de los SS... Los americanos financian el neonazismo...»-. Los sentimos de nuevo encima...

-Ah, eso... Crees que es eso... ¿Y por qué lo sentimos sólo ahora...? Kesselring, los SS ya estaban antes, hace un años, dos... Tal vez estuvieran todavía presos, pero sabíamos bien que existían, nunca los habíamos olvidado...

-La mirada -dijo Corrado-. Me dijiste que sentías como una mirada. Hasta ahora esa mirada no la tenían: seguían con los ojos bajos, y nos habíamos desacostumbrado... Eran ex enemigos, odiábamos lo que habían sido, no a ellos, hoy. Pero en este momento vuelven a tener la mirada de antes... la mirada de hace ocho años hacia nosotros... Nosotros nos acordamos, empezamos a sentirla encima...

Tenían muchos recuerdos en común, Pietro y Corrado, de aquellos tiempos. Y no eran recuerdos alegres, en general.

El hermano de Pietro había muerto en un *lager*. Pietro vivía con su madre, en la vieja casa. Volvió al caer la tarde. La cancela lanzó su viejo chirrido, el pedregullo crujía bajo los zapatos como en la época en que uno prestaba atención al ruido de cada paso.

¿Por dónde caminaba en ese momento el alemán que había llegado aquella noche? Tal vez atravesaba un puente, costeaba un canal, una hilera de casas bajas iluminadas, allá, en una Alemania llena de carbón y de ruinas; iba vestido de paisano con un capote negro abotonado hasta el cuello, un sombrero verde, gafas, y miraba, lo miraba a él, Pietro.

Abrió la puerta.

-¡Eres tú! -dijo la voz de su madre-. ¡Por fin!

Librodot

-Sabías que volvería a esta hora -dijo Pietro.

-Sí, pero no veía el momento -dijo-, todo el día con palpitaciones... No sé por qué... Esas noticias... Esos generales que vuelven a mandar... A decir que tenían razón ellos...

-¡Tú también! -exclamó Pietro-. ¿Sabes qué dice Corrado? Que todos sentimos encima los ojos de aquellos alemanes... Por eso estamos todos nerviosos... -y se rió como si fuesen sólo ideas de Corrado.

Pero su madre se pasaba una mano por la cara.

-Dime Pietro, ¿habrá guerra? ¿Volverán?

«Es eso», pensó Pietro, «hasta ayer, cuando oíamos hablar del peligro de una nueva guerra, no conseguíamos imaginarnos nada definido porque la vieja guerra había tenido la cara de ellos, y ésta no se sabe cómo sería. Ahora en cambio lo sabemos: la guerra ha recuperado una cara, y es de nuevo la de ellos.»

Después de la cena Pietro salió; llovía.

-Dime, Pietro -dijo la madre.

-¿Qué?

-Salir con este tiempo...

-¿Y qué?

-Nada... No vuelvas tarde...

-Ya soy bastante mayor, mamá...

-Sí... Adiós...

La madre cerró la puerta, se quedó escuchando los pasos en el pedregullo, el golpe de la cancela. Oía la lluvia que caía. Alemania estába lejos, detrás de los Alpes. Tal vez también allá lloviera. Kesselring pasaba en coche salpicando barro: el SS que se había llevado a su hijo iba a una reunión, con un impermeable negro brillante, el viejo impermeable militar. Claro, esa noche era tonto estar ansiosa; mañana por la noche también: quizá tambien dentro de un año. Pero no sabía cuándo podría dejar de estar ansiosa; también en tiempos de guerra había noches en que se podía no estar ansiosa, pero aquí una estaba ansiosa por la noche que vendría.

Estaba sola, se oía afuera el rumor de la lluvia. A través de una Europa con lluvia, los ojos de los antiguos enemigos rasgaban la noche, hasta ella.

«Veo sus ojos», pensó la madre, «pero también ellos verán los nuestros.» Y se quedó quieta, mirando fijo en la oscuridad.

Un general en la biblioteca

En Panduria, nación ilustre, una sospecha se insinuó un día en la mente de los altos oficiales: la de que los libros contenían opiniones contrarias al prestigio militar. En realidad, de procesos y encuestas se desprendía que esta costumbre ya tan difundida de considerar a los generales como gente que también puede equivocarse y aun provocar desastres, y las guerras como algo a veces diferente de las radiantes cabalgatas hacia destinos gloriosos, era compartida por gran cantidad de libros modernos y antiguos, pandurios y extranjeros.

El Estado Mayor de Panduria se reunió para hacer un balance de la situación. Pero no sabían por dónde empezar, porque en materia de bibliografía ninguno de ellos era muy ducho. Se nombró una comisión investigadora, al mando del general Fedina, oficial severo y escrupuloso. La comisión examinaría todos los libros de la biblioteca más grande de Panduria.

Estaba esta biblioteca en un antiguo palacio lleno de escaleras y columnas, desconchado y decrépito por aquí y por allá. Sus frias salas estaban atestadas de libros, repletas, en parte impracticables; sólo los ratones podían explorarlas en todos sus rincones. El presupuesto del Estado pandurio, sobrecargado con ingentes gastos militares, no podía proporcionar ninguna ayuda. Los militares tomaron posesión de la biblioteca una mañana lluviosa de noviembre. El general se apeó de su caballo, retacón, sacando pecho, con su gruesa nuca afeitada, las cejas fruncidas sobre el *pince-nez*; de un automóvil bajaron cuatro tenientes larguiruchos, el mentón alto y los párpados bajos, cada uno con su portafolios en la mano. Después venía una cuadrilla de soldados que acamparon en el antiguo patio con mulos, balas de heno, tiendas, cocinas, radios de campaña y estandartes.

Se pusieron centinelas en las puertas y un cartel que prohibía la entrada, «debido a las grandes maniobras y mientras duraran las mismas». Era un expediente para que la investigación se pudiera realizar en el mayor secreto. Los estudiosos que solían llegar a la biblioteca todas las mañanas, con los abrigos puestos, bufandas y pasamontañas para no congelarse, tuvieron que volverse atrás. Perplejos, se preguntaban:

-¿Cómo?, ¿grandes maniobras en una biblioteca? ¿No irán a desordenarla? ¿Y la caballería? ¿Y harán también ejercicios de tiro?

Del personal de la biblioteca sólo quedó un viejecito, el señor Crispino, reclutado para que explicase a los oficiales la localización de los volúmenes. Era un tipo bajito, con el cráneo calvo como un huevo y ojos como cabezas de alfiler detrás de las gafas con patillas.

El general Fedina se preocupó ante todo de la organización logística, porque las órdenes eran que la comisión no saliera de la biblioteca antes de haber llevado a su término la investigación; era un trabajo que requería concentración y no debían distraerse. Se procuraron

Librodot

suministros de víveres, alguna estufa del cuartel, una provisión de leña, a la que se añadió alguna colección de viejas revistas consideradas poco interesantes. Nunca había hecho tanto calor en la biblioteca en aquella estación. En lugares seguros, rodeados de trampas para los ratones, se colocaron los catres donde el general y sus oficiales dormirían.

Después se procedió a la adjudicación de las tareas. Se asignó a cada uno de los tenientes determinada rama del saber, determinados siglos de historia. El general controlaría la clasificación de los volúmenes y los sellos diferentes aplicados según el libro fuera declarado legible para los oficiales, los suboficiaies, la tropa, o bien denunciado al Tribunal Militar.

Y la comisión comenzó su servicio. Todas las noches la radio de campaña transmitía el informe del general Fedina al comando supremo. «Examinados, tantos volúmenes. Considerados sospechosos, tantos.» Rara vez aquellas frías cifras iban acompañadas de alguna comunicación extraordinaria: la petición de un par de gafas de présbita para un teniente que había roto las suyas, la noticia de que un mulo se había comido un raro códice de Cicerón que había quedado sin custodia.

Pero iban madurando acontecimientos de mucha mayor importancia, de los que la radio de campaña no transmitía noticias. La selva de libros, antes que ralear, parecía cada vez más enmarañada e insidiosa. Los oficiales se habrían perdido si no hubiese sido por la ayuda del señor Crispino. Por ejemplo, el teniente Abrogati se ponía de pie como movido por un resorte y arrojaba sobre la mesa el volumen que estaba leyendo:

-¡Pero es inaudito! ¡Un libro sobre las guerras púnicas que habla bien de los cartagineses y critica los romanos! ¡Hay que hacer en seguida la denuncia!

(Es preciso decir que los pandurios, con razón o sin ella, se consideraban descendientes de los romanos.) Con paso silencioso en sus pantuflas afelpadas, se le acercaba el viejo bibliotecario.

-Y eso no es nada -decía-. Lea aquí, siempre sobre los romanos, lo que se escribe, podrá dejar constancia en el informe también de esto. Y esto, y esto -y le sometía una pila de volúmenes.

El teniente empezaba a hojear los volúmenes, nervioso, después, más interesado, leia, tomaba notas. Y se rascaba la cabeza, farfullando:

-¡Demonios! ¡Pero cuántas cosas se aprenden! ¡Quién lo hubiera dicho!

El señor Crispino se desplazaba hacia el teniente Lucchetti que cerraba un tomo con furia, diciendo:

-¡Muy bonito! Aquí tienen el coraje de expresar dudas sobre la pureza de los ideales de las Cruzadas! ¡Sí señor, de las Cruzadas! Y el señor Crispino, sonriendo:

-Ah, mire que, si tiene que hacer un informe sobre ese tema, puedo sugerirle algún otro libro donde encontrará más detalles, -y le bajaba medio anaquel.

El teniente Lucchetti arremetía y durante una semana se lo oía hojear y murmurar:

-¡Pero hay que ver, estas Cruzadas, qué historia!

En el comunicado vespertino de la comisión, la cantidad de libros examinados era cada vez mayor, pero ya no se transmitía ningún dato sobre los veredictos positivos o negativos. Los sellos del general Fedina quedaban sin usar. Si, tratando de controlar el trabajo de los tenientes, preguntaba a uno de ellos: «¿Pero cómo has dejado pasar esta novela? ¡La tropa queda mejor parada que los oficiales! ¡Es un autor que no respeta el orden jerárquico!», el teniente le contestaba citando otros autores enredándose en razonamientos históricos, filosóficos y económicos. Se producían discusiones generales que duraban horas y horas. El señor Crispino, silencioso en sus pantuflas, casi invisible con su guardapolvo gris, intervenía siempre en el momento justo, con un libro que a su entender contenía detalles interesantes sobre el tema en cuestión, y que siempre producía el efecto de poner en crisis las convicciones del general Fedina.

Entre tanto los soldados poco tenían que hacer y se aburrían. Uno de ellos, Barabasso, el más instruido, pidió a los oficiales un libro para leer. Quisieron darle sin más uno de los

Librodot

pocos que ya habían sido declarados legibles para la tropa; pero pensando en los miles de volúmenes que aún quedaban por examinar, al general no le pareció bien que las horas de lectura del soldado Barabasso fueran horas perdidas para los fines del servicio, y le dio un libro que estaba por examinar, una novela que parecía fácil, aconsejada por el señor Crispino. Una vez leído, Barabasso debía informar al general.

Otros soldados también pidieron y consiguieron lo mismo. El soldado Tommasone leía en voz alta a un camarada analfabeto, y éste daba su parecer. En las discusiones generales empezaron a participar también los soldados.

Sobre la consecución de los trabajos de la comisión no se conocen muchos detalles: lo que sucedió en la biblioteca durante las largas semanas invernales no fue objeto de informe. El hecho es que al Estado Mayor de Panduria llegaban cada vez menos informes radiofónicos del general Fedina, hasta que llegó el momento en que dejaron de llegar por completo. El comando supremo empezó a alarmarse; transmitió la orden de concluir la investigación cuanto antes y de presentar una relación exhaustiva.

La orden llegó a la biblioteca cuando en el alma de Fedina y de sus hombres luchaban sentimientos encontrados: por un lado descubrían a cada momento nuevas curiosidades que satisfacer, iban tomando gusto a aquellas lecturas y aquellos estudios como jamás lo hubieran imaginado; por otro lado no veían la hora de volver con las gentes, de retomar contacto con la vida que les parecía ahora mucho más compleja, casi renovada ante sus ojos; y por otro más, al acercarse el día en que deberían abandonar la biblioteca, se sentían llenos de aprensión, porque debían rendir cuentas de su misión, y con todas las ideas que les brotaban en la cabeza ya no sabían cómo salir del atolladero.

Por la noche miraban desde los vitrales los primeros brotes en las ramas iluminadas por el crepúsculo, y las luces de la ciudad que se encendian, mientras uno de ellos leía en voz alta los versos de un poeta. Fedina no estaba con ellos: había dado orden de que lo dejaran solo en su mesa, porque debía redactar la relación final. Pero de vez en cuando se oía sonar la campanilla y la voz que llamaba: «¡Crispino! ¡Crispino!». No podía seguir adelante sin la ayuda del viejo bibliotecario, y terminaron por sentarse a la misma mesa y redactar juntos la relación.

Por fin una buena mañana la comisión salió de la biblioteca y fue a informar al comando supremo; y Fedina ilustró los resultados de la investigación delante del Estado Mayor reunido. Su discurso fue una especie de compendio de la historia de la humanidad, desde los origenes hasta nuestros días, en la que todas las ideas más indiscutibles para los bien pensantes de Panduria eran criticadas, las clases dirigentes denunciadas como responsables de las desventuras de la patria, el pueblo exaltado como víctima heroica de guerras y políticas equivocadas. Fue una exposición un poco confusa, con afirmaciones a menudo simplistas y contradictorias, como ocurre a quien ha abrazado hace poco nuevas ideas. Pero sobre el significado general no cabían dudas. La asamblea de los generales de Panduria palideció, desencajó los ojos, recuperó la voz, gritó. El general no pudo terminar siquiera. Se habló de degradación, de proceso. Después, por temor a escándalos más graves, el general y los cuatro tenientes fueron declarados en retiro por motivos de salud, debido a «un grave agotamiento nervioso contraído durante el servicio». Vestidos de paisano, se los veía entrar a menudo, con sus abrigos y arropados para no congelarse, en la vieja biblioteca donde los esperaba el señor Crispino con sus libros.

Librodot

El collar de la reina

Las páginas que siguen proceden de una novela en la que trabajé durante los años 52, 53 54 y que no he continuado. A través de las peripecias de un collar de perlas perdido la novela pretendía dar una visión satírica de los diferentes ambientes sociales de una sociedad industrial, en los años de tensión de la posguerra. (N.del A.)

Pietro y Tommaso discutían siempre. Al amanecer, el chirrido de sus viejas bicicletas y las voces, cavernosa y nasal la de Pietro, aguda y por momentos afónica la de Tommaso, eran los únicos sonidos en las calles vacías. Iban juntos a la fábrica donde eran obreros. Por entre las tablillas de las persianas aún se sentían el sueño y la oscuridad que pesaban en las habitaciones. Las amortiguadas campanillas de los despertadores iniciaban de una casa a otra un diálogo ralo que se espesaba en la periferia para tornarse por fin, a medida que la ciudad se transformaba en campo, en un diálogo de gallos.

Este primer despertar diario de los sonidos pasaba inadvertido a los dos obreros, ocupados en discutir a grandes voces, porque eran sordos los dos: Pietro un poco duro de oído desde hacía unos años, Tommaso con un silbido continuo en una oreja desde la primera guerra mundial.

-Así están las cosas, amigo -tronaba Pietro, un hombrón de unos sesenta años que vacilaba en su vehículo bamboleante, dirigiéndose a Tommaso, un lustro mayor, pero bajo y ya un poco encorvado-. Tú no tienes confianza, amigo. Lo sé tan bien como tú que, hoy por hoy, tener hijos quiere decir tener hambre, pero mañana no se sabe, no sabes de qué lado se inclinará la balanza, mañana tener hijos puede querer decir abundancia. Así es como veo yo las cosas.

Tommaso, sin alzar la mirada hasta su interlocutor revolviendo los bulbos amarillos de los ojos, lanzaba chillidos agudos que de pronto se volvían afónicos:

-¡Síií! ¡Síií! Hay que decírselo al obrero que funda una familia: ¡vas a echar al mundo más individuos para aumentar la miseria y el desempleo! ¡Seguro! ¡Que lo sepa! ¡Seguro! ¡Lo digo y lo repito!

Esa mañana la discusión se refería a un problema general: si el aumento de la población beneficiaba o perjudicaba a los trabajadores. Pietro era optimista y Tommaso pesimista. En el fondo de este contraste de opiniones estaba el proyectado matrimonio del hijo de Pietro con la hija de Tommaso. Pietro era favorable y Tommaso contrario.

-¡Y por ahora, hijos no tienen! -saltó de pronto Pietro-. ¡Caramba! ¡No faltaría más! ¡Lo que discutimos es el noviazgo, no los niños!

Tommaso gritó:

-¡En cuanto se casan los tienen!

-¡En el campo! ¡Donde naciste tú! -le replicó Pietro. Estuvo a punto de ensartar la rueda en una vía del tranvía. Soltó una palabrota.

-¿Cóóómo...? -dijo Tommaso que pedaleaba delante.

Pietro sacudió la cabeza y calló. Avanzaron un poco en silencio.

-¡Y ya se sabe -dijo Pietro. Concluyendo en voz alta un razonamiento interior-, cuando llegan, llegan!

Habían dejado la ciudad a sus espaldas; iban por un camino sobreelevado entre campos sin cultivar. Flotaba una última niebla. La fábrica asomaba en el limitado horizonte gris.

Detrás de ellos resonó un motor; apenas tuvieron tiempo de arrimarse al borde, y un gran automóvil de lujo los dejó atrás.

El camino no estaba asfaltado, el polvo que había levantado el coche envolvió a los dos ciclistas y desde la espesa nube se alzaba la voz de Tommaso:

Y en beneficio exclusivo deee... ¡Oj, oj, oj!...

El polvo le provocó un acceso de tos y de la nube emergía su corto brazo señalando hacia el coche, para dar a entender el interés de la clase patronal. Y Pietro congestionado, tosiendo y tratando de hablar en medio de la tos, decía:

-Guac... Nooo... Guac... Máaas... -indicando el automóvil con un amplio gesto negativo para expresar la idea de que el futuro no estaba en manos de los usuarios de los coches fuera de serie.

El automóvil corría cuando se le abrió una portezuela. Empujada por una mano, se golpeó hacia atrás y la sombra de una mujer estuvo por arrojarse fuera del coche. Pero el que conducía frenó en seguida; la mujer se apeó de un salto y en la neblina de la mañana los obreros la vieron correr y cruzar la carretera. Tenía el pelo claro, un largo vestido negro y una capa de zorros azules bordeada de sus colas.

Del auto bajó un hombre con abrigo gritando:

-Pero ¡estás loca! ¡Estás loca!

La mujer salió del camino volando entre los matorrales y el hombre la siguió hasta que desaparecieron.

A los lados del camino los terrenos bajos estaban sembrados de espesas manchas de arbustos y los dos obreros veían aparecer y desaparecer a la señora a pasitos veloces por la escarcha. Con una mano se alzaba la falda y con movimientos de los hombros esquivaba las ramas que se enganchaban en las colas de los zorros. Más aún, tiraba de las ramas y las proyectaba hacia atrás, hacia el hombre que la seguía sin demasiada prisa y, se hubiera dicho, sin ganas. La señora parecía una loca en aquellos campos, lanzaba carcajadas estridentes y hacía que el rocío le cayera en el pelo. Hasta que él, siempre tranquilo, en lugar de seguirla, cortó camino y la sujetó por los codos; y parecía que ella se soltaba y lo mordía.

Los dos obreros seguían la cacería desde el terraplén del camino sin dejar de pedalear y atentos a su meta, callados, el entrecejo fruncido y la boca abierta, con una gravedad más

Librodot

desconfiada que curiosa. Estaban por alcanzar el auto detenido que había quedado con las portezuelas abiertas, cuando el hombre del abrigo volvió sujetando a la señora, que lo obligaba a empujarla lanzando un grito casi infantil. Se encerraron en el coche y partieron; y los ciclistas volvieron a encontrar el polvo.

-Cuando para nosotros empieza la jornada -dijo tosiendo Tommaso- los borrachos terminan la suya.

-Objetivamente -aclaró el amigo, deteniéndose para mirar atrás-, el hombre no estaba borracho. Mira qué frenada.

Estudiaron las huellas de las ruedas.

-Pero qué... qué cosa... Con un coche así... -replicaba Tommaso-. ¡Cómo se les ocurre! Pero no saben que un automóvil como ése te bloquea...

No terminó la frase; sus miradas, errando por el suelo de su alrededor, se habían detenido en un lugar fuera del camino. Había algo que brillaba en un matorral. Los dos exclamaron, en voz baja:

-¡Ey!

Se apearon, apoyaron las bicis en un recantón.

-La gallina puso un huevo -dijo Pietro y saltó al campo con una ligereza que no se hubiera esperado de él. En el matorral había un collar de cuatro sartas de perlas.

Los dos obreros tendieron las manos y con delicadeza, como si cogieran una flor, desprendieron el collar de la rama. Lo sujetaban los dos con ambas manos, palpando las perlas entre las yemas de los dedos, pero muy suavemente, y las iban acercando a los ojos.

Después, al mismo tiempo, como rebelándose contra la fascinada timidez que les inspiraba el objeto, bajaron los puños, pero ninguno de los dos soltó el collar. Pietro sintió que había que hablar, resopló y dijo:

-Has visto qué tipo de corbatas está de moda...

-¡Es falso! -le gritó al oído Tommaso, inmediatamente, como si estuviera reventando de ganas de decirlo, más aún, como si hubiera sido lo primero que había pensado al ver el collar, y sólo esperase una señal de complacencia de parte de su amigo para poder replicarle así.

Pietro alzó la mano que empuñaba el collar y tiraba del brazo de Tommaso.

-¿Qué sabes?

-Lo que sé es que tienes que creer lo que te digo: las joyas verdaderas las guardan siempre en la caja de caudales.

Pasaban las grandes manos duras y rugosas por el collar, hacían girar los dedos entre sarta y sarta, y metían las uñas en los intersticios entre las perlas. Las perlas filtraban una luz débil como las gotas de rocío en las telarañas, una luz de mañana invernal que no convence de la existencia de las cosas.

-Verdaderas o falsas... -dijo Pietro-, yo, sabes... Trataba de provocar en su amigo una espera hostil de lo que estaba por decir.

Tommaso, que quería ser el primero en llevar la conversación en esa dirección, comprendió que lo había precedido y trató de recuperar la ventaja, mostrando que desde hacía rato seguía pensando lo mismo.

Ah, lo siento por ti -dijo con aire irritado-, yo, lo primero que...

Estaba claro que eran los dos de la misma opinión, y sin embargo se miraban llenos de hostilidad. Los dos gritaron en el mismo momento y lo más rápido que podían:

-¡Restitución!

Pietro alzando la barbilla con la solemnidad de una sentencia, Tommaso con la cara roja y los ojos desorbitados como si todas sus fuerzas estuvieran puestas en pronunciar la palabra antes que su amigo.

Pero el gesto los había excitado y enorgullecido: súbitamente apaciguados, intercambiaron una mirada satisfecha.

-¡Nosotros no nos ensuciamos las manos! -gritó Tommaso.

Librodot

-¡Ah! -rió Pietro-, una lección de dignidad, eso es lo que les damos!

-¡Nosotros -proclamó Tommaso- no recogemos sus desperdicios!

-¡Ajá! ¡Somos pobres -dijo Pietro- pero más señores que ellos!

-¿Y sabes qué más hacemos? -se iluminó Tommaso, feliz de haber logrado superar por fin a Pietro-. ¡Rechazamos la propina!

Miraron una vez más el collar; seguía allí, colgando de sus manos.

-No te has fijado en el número del coche -dijo Pietro.

-No, ¿por qué? ¿Tú te fijaste?

-¿Y quién lo iba a pensar?

-¡Ah! ¿Qué haremos?

-Eh, buen follón.

Entonces los dos al mismo tiempo, como si de pronto se hubiera encendido nuevamente en ellos una llamarada de inquina:

-La oficina de objetos perdidos. Lo llevaremos allí.

El horizonte se aclaraba y la fábrica ya no era sólo sombra sino que se revelaba coloreada por una engañosa tonalidad rosada.

-¿Qué hora será? -dijo Pietro-. Me temo que vamos a marcar tarde la entrada.

-Esta mañana nos pondrán una multa -dijo Tommaso-, lo de siempre: ¡los otros parrandean y nosotros pagamos!

Los dos habían alzado la mano con aquel collar que los unía como detenidos con esposas. Lo sopesaban en la palma de la mano como si los dos estuvieran por decir: «Bueno, te lo confío». Pero ninguno de los dos lo decía; sentían el uno por el otro una estima incondicional, pero estaban demasiado acostumbrados a disputar como para que el uno pudiera conceder al otro un punto cualquiera de ventaja.

Había que montar rápidamente en las bicicletas y todavía no habían enfrentado la cuestión: ¿quién de los dos guardaría el collar antes de entregarlo o de decidir algo? Siguieron inmóviles y callados, mirando el collar como si de él pudiera salir la respuesta. En realidad salió: el pequeño broche que sujetaba las cuatro sartas de perlas, en la pelea o al caer, casi se había roto. Bastó torcerlo un poco para que se rompiera del todo.

Pietro se quedó con dos sartas y Tommaso con las otras dos, en el entendimiento de que cualquiera que fuese la decisión que tomasen, primero se pondrían de acuerdo. Arrollaron las preciosas zarandajas, las escondieron entre sus ropas, volvieron a subir a las bicicletas callados, sin mirarse, y reanudaron el pedaleo chirriante hacia la fábrica, bajo el cielo que se iba llenando de nubes blancas y humo negro.

Apenas se habían alejado cuando de detrás de un gran cartel publicitario, a un lado del camino, apareció un hombre. Seco, alto y mal vestido, hacía unos minutos que observaba desde lejos a los dos obreros. Era Fiorenzo, el parado, que se pasaba los días buscando objetos utilizables entre los desechos de la periferia. En esta categoría de hombres alienta siempre, tenaz y devastadora como una enfermedad profesional, la esperanza de encontrar un tesoro. Al llegar a esos campos en su habitual recorrido matutino, Fiorenzo había divisado el auto que arrancaba, los obreros que bajaban desde el terraplén y recogían el objeto, y de pronto comprendió que aquella ocasión tan rara que sólo se presenta una vez en la vida de un hombre, él la había perdido por menos de un minuto.

De la comisión interna que recibiría el doctor Starna, también formaba parte Tommaso. Sordo, testarudo, de mentalidad a la antigua, espíritu de contradicción, todo lo que se quiera, pero en las votaciones internas de la fábrica Tommaso resultaba siempre elegido. Era uno de los obreros más antiguos de la empresa, todos lo conocían, una bandera, y aunque sus compañeros de la comisión pensaban desde hacía tiempo que en su lugar estaría mejor alguien más hábil en la discusión, mejor orientado y más rápido, reconocían sin embargo que Tommaso contaba por su parte con el prestigio de la tradición y en ese sentido lo respetaban y le repetían al oído que no silbaba las frases más importantes de las discusiones.

Librodot

El día anterior una hermana de Tommaso que vivía en el campo e iba a verlo de vez en cuando, le había traído un conejo como regalo de cumpleaños, que en realidad había sido un mes antes. Un conejo muerto, naturalmente, que había que meter en seguida en la cacerola. Hubiera estado bien esperar al domingo para cocinarlo y hacer una comida con toda la familia reunida alrededor de la mesa; pero quizás el conejo se echara a perder, de modo que las hijas de Tommaso lo guisaron y él se llevó su ración a la fábrica, dentro de un pan.

Cualquiera que fuese la comida del almuerzo: tripa, bacalao, tortilla, las hijas de Tommaso (era viudo) abrían un pan por el medio y lo rellenaban; él metía el pan en la cartera, colgaba la cartera en el chasis de la bicicleta y partía, por la mañana temprano, para su jornada de trabajo. Pero aquel día, el bocadillo de conejo, que hubiera sido el consuelo de tantas preocupaciones, ni siquiera pudo llevárselo a la boca. Al desvestirse, no sabiendo dónde esconder el bendito collar, se le había ocurrido la mala idea de aplastarlo en el pan entre la carne de conejo guisado.

A las once habían ido a avisarle, junto a Fantino, Criscuolo, Zappo Ortica y todos los demás, que el doctor Starna aceptaba la reunión y los esperaba. Se lavan, se cambian rápida y apresuradamente, y suben en el ascensor. En el quinto piso, espera que te espera: llega la hora de la interrupción del trabajo para comer, y el doctor Starna todavía no los ha recibido. Por fin la secretaria, una rubia de buen cuerpo y fea cara de campeón de ciclismo sale a decir que el doctor no puede ahora, que vuelvan a sus respectivas secciones con los demás que en cuanto esté libre los mandará llamar.

En la cantina todos los compañeros los esperaban expectantes:

-¿Y qué? ¿Qué? -pero en el comedor estaba prohibido hablar de cuestiones sindicales.

-Nada, volvemos esta tarde.

Y era ya la hora de reanudar el trabajo: los de la comisión apenas se sentaron a las mesas de zinc para comer apresuradamente un bocado, porque les marcarían los minutos de retraso.

-Pero para mañana, ¿qué se decide? -preguntaban los otros, al salir del comedor. -Apenas hayamos tenido la reunión, os informaremos y decidiremos qué se hace.

Tommaso sacó de su cartera una cabeza de coliflor hervida, un tenedor, una botellita de aceite, vertió un poco en el plato de aluminio y comió la coliflor, y mientras tanto acariciaba con la mano en el bolsillo de la chaqueta el panzón pan flauta lleno de carne y perlas que la presencia de los compañeros le impedía sacar. Y en un acceso de glotonería recordando el conejo, maldecía las perlas que lo condenaban a una dieta de coliflor durante toda la jornada, y que lo alejaban de la plena confianza con sus compañeros, imponiéndole un secreto que en ese momento no era más que una molestia.

De pronto se encontró delante, de pie del otro lado de la mesa, a Pietro, que antes de volver a su sección quería hacerle un gesto de saludo. Allí estaba, alto, gordo, con un mondadientes girándole en la boca y entrecerrando un ojo en un guiño ostentoso. Al ver allí a Pietro bien comido, despreocupado -por lo menos era lo que parecía- mientras él, Tommaso, engullía bocados casi impalpables de coliflor hervida, le dio tal rabia que el plato de aluminio empezó a temblar en el zinc de la mesa como en una sesión de espiritismo. Pietro se encogió de hombros y se marchó. Ahora los últimos obreros abandonaban deprisa el comedor y Tommaso, con los labios engrasados pegados a una botellita de gaseosa llena de vino, salió también corriendo.

La actitud de los obreros hacia el perro danés que había entrado en la sala de espera de la dirección -todos se habían vuelto de golpe hacia la puerta creyendo que era finalmente el doctor Gigi Starna- fue alegre por parte de algunos y de otros hostil. Los primeros veían en el danés un animal fraterno, una vigorosa, libre criatura que estaba prisionera, un compañero de servidumbre; los segundos sólo un alma condenada de la clase dirigente, uno de sus instrumentos o adminículos, uno de sus lujos. En una palabra, las mismas opiniones opuestas que los obreros manifiestan a veces a propósito de la clase intelectual.

Librodot

En cambio la actitud de Guderian fue reservada e indiferente tanto para quienes le decían: «¡Guapo! ¡Ven aquí! ¡Dame la pata!», como para quien le decía: «¡Sal de aquí!». Con un leve aire de desafío que se expresaba mediante superficiales contactos olfativos y un uniforme, lento meneo de la cola, dio la vuelta completa alrededor de los presentes: no se dignó a echar una mirada al rizado y pecoso Ortica -alguien que lo sabía todo y que al entrar había plantado los codos en la mesa para hojear algunas revistas publicitarias y que al ver al perro lo miró de arriba abajo y lo dijo todo sobre la raza la edad los dientes el pelo-, ni al lampiño Criscuolo de mirada perdida en lontananza que, chupando su tagarnina apagada, intentó soltarle un puntapié. Fantino, que había sacado del bolsillo un diario arrugado, un diario prohibido en la fábrica y sintiéndose en ese momento protegido por una especie de inmunidad diplomática, aprovechaba el tiempo de espera para leerlo, dado que por la noche, en su casa, lo vencía en seguida el sueño-, vio aparecer el hocico ahumado del perro con sus brillantes ojos rojos sobre su hombro e instintivamente, hombre no acostumbrado a dejarse intimidar, desplegó las páginas para ocultar la cabezota. Al llegar junto a Tommaso, Guderian se detuvo, se sentó sobre las patas traseras y pennaneció con las orejas paradas y la nariz levantada.

Tommaso, aunque no era un tipo de los que se ponen a juguetear ni con animales ni con personas, con cierta timidez provocada por aquel ambiente pulido, imponente, se creyó obligado a tratar al perro con blanda cordialidad, chasqueando la lengua o soltando un suave silbido que de pronto, en sus incontroladas reacciones de sordo, resultó agudísimo. Trató en resumen de restablecer aquella espontánea confianza entre hombre y perro que lo remitía a su juventud campesina, a los perros de campo, mansos y orejudos, sabuesos o perdigueros, y gruñones cuzcos guardianes. Pero la disparidad social entre aquellos perros suyos y éste, tan lustroso, bien atusado y patronal, le saltó en seguida a la vista y se sintió como intimidado. Sentado con las manos en las rodillas, movía la cabeza con pequeñas sacudidas laterales, la boca abierta, como en mudo ladrido, para invitar al perro a decidirse, a moverse, a quitarse de allí. Pero Guderian permanecía frente a él, inmóvil aunque jadeante, y por fin estiró el hocico hacia un faldón de la chaqueta del viejo.

-¡Tenías un amigo en la dirección, Tommaso, y nunca nos lo dijiste! -bromeaban sus compañeros.

Pero Tommaso palidecía: había comprendido en aquel momento que lo que el perro husmeaba era el conejo guisado.

Guderian pasó al ataque. Apoyó una pata en el pecho de Tommaso y estuvo a punto de derribarlo junto con la silla, le dio una lamida en la cara llenándosela de saliva, y el viejo para rechazarlo hacía el gesto de quien arroja una piedra, de quien apunta a un tordo, de quien salta un foso, pero el perro no entendía la mímica o no caía en la trampa, y él no se lo quitaba de encima, más aún, preso como de un súbito acceso de alegría, el perro saltaba alzando las patas anteriores por encima de los hombros del obrero y volvía a apuntar el hocico en dirección al bolsillo de la chaqueta.

-¡Fuera, guapo, vamos, fuera! ¡Vamos, guapo, mal rayo te parta! -decía entre dientes Tommaso, con los ojos inyectados en sangre, y en mitad de sus fiestas Guderian sintió que le llegaba un seco puntapié en un flanco. Se le arrojó encima mostrando los dientes, a la altura de la cara de Tommaso, y de pronto clavó los colmillos en el faldón de la chaqueta y tiró. Tommaso apenas tuvo tiempo de sacar el pan para que no le arrancara el bolsillo.

-¡Vaya, un bocadillo! -dijeron los compañeros-. ¡Muy bien, te guardas la comida en el bolsillo, cómo no han de seguirte los perros! ¡Deberías dárnosla a nosotros cuando te sobra!

Tommaso, alzando todo lo que podía su corto brazo, trataba de salvar el pan de los asaltos del danés.

-¡Vamos, aflójaselo! ¡No te lo podrás quitar de encima! ¡Aflójaselo! -decían los compañeros.

-¡Pásamelo! ¡Pásamelo a mí! ¿Por qué no me lo pasas? -decía Criscuolo, batiendo palmas, dispuesto a cogerlo al vuelo como un jugador de baloncesto.

Librodot

Pero Tommaso no se lo pasó. Guderian dio un salto más alto que los otros y fue a echarse en un rincón con el bocadillo entre los dientes.

-Déjaselo, Tommaso, ¿qué quieres hacerle ahora? ¡Terminará por morderte! -le decían sus compañeros, pero el viejo, acurrucado junto al danés, parecía tratar de convencerlo.

-¿Y ahora qué quiere? ¿Recuperar un pan medio comido? -se preguntaban los compañeros, pero en esas estaban cuando se abrió la puerta y apareció la secretaria:

-¿Quieren pasar? -y todos la siguieron en seguida.

Tommaso se dispuso a pasar detrás de los otros, pero no se resignaba a abandonar el collar. Trató de que el perro lo siguiera, después pensó que verlo aparecer delante del doctor Starna con el collar en la boca era peor y se agachó de nuevo para susurrarle (tratando de componer en su cara colérica una inútil, grotesca sonrisa).

-¡Dame eso, guapo, dame eso, maldito animal!

La puerta se había cerrado. En la sala de espera no quedaba nadie. El perro transportó su presa hasta un rincón, detrás de un sillón. Tommaso se retorció las manos; su sufrimiento se debía más que a la pérdida del collar (¿no había dicho siempre que no le atribuía ningún valor?), a sentirse en falta frente a Pietro, a tener que contarle qué había pasado, a justificarse... y también a que no sabía ahora cómo despegarse de allí, a que perdía el tiempo en aquella situación tan estúpida e incomprensible para los demás...

«¡Yo se lo arranco!», decidió. «Si me muerde, reclamo daños y perjuicios.» Y se puso también a cuatro patas, detrás del sillón, y estiró una mano hacia la boca del perro. Pero el perro, abundantemente alimentado y educado en la escuela dilatoria de su amo, no comía el pan, se limitaba a mordisquear una punta, y tampoco reaccionaba con la ciega ferocidad característica del carnívoro al que se le quiere arrancar la comida; en cambio jugaba con él como con cierta inclinación felina que en un perrazo adulto y taurino era una señal bastante grave de decadencia.

Los otros de la comisión no advirtieron que Tommaso no los había seguido. Fantino pronunciaba su discurso, y al llegar al punto en que decía:

-Y están aquí presentes entre nosotros hombres de cabellos blancos que han dado a la empresa más de treinta años de sus vidas... -quiso señalar a Tommaso, y primero indicó a la derecha, después a la izquierda, y todos se dieron cuenta de que Tommaso no estaba. ¿Se habría sentido mal? Criscuolo se volvió de puntillas y fue a buscarlo a la habitación donde habían estado antes. No vio a nadie. «Se sentiría cansado, pobre viejo», pensó, «y se habrá vuelto a casa. ¡Paciencia! ¡De todos modos es sordo!, pero ¡podía habérnoslo dicho!». Y regresó a la habitación de la comisión, sin ocurrírsele mirar detrás del sillón.

Acurrucados en el fondo, el viejo y el perro jugaban: Tommaso con lágrimas en los ojos y Guderian mostrando los dientes en una risa canina. La obstinación de Tommaso tenía un fundamento preciso: estaba convencido de que Guderian era estúpido y de que hubiese sido una vergüenza ceder. En realidad, cuando aprovechando sus complacencias felinas, consiguió dar un manotazo al bocadillo para hacer volar la parte de arriba, el perro dio un salto hacia el medio bocadillo que volaba por el aire, y Tommaso tuvo en la mano la otra mitad con las perlas y el conejo. Atrapó el collar, lo liberó de los pedazos de conejo metidos entre las perlas, se lo guardó en el bolsillo y se metió en la boca la carne después de reflexionar brevemente que los mordiscos del perro al bocadillo habían sido sólo marginales y no habían tocado el relleno.

Después, de puntillas, hizo su entrada en el despacho del doctor Starna, la cara morada, la boca llena, el silbido ensañándose agudísimo en su oído, y se unió al grupo de compañeros que le lanzaron oblicuas miradas de interrogación. Gigi Starna, que durante el informe de Fantino no había alzado los ojos de las gráficas que examinaba sobre la mesa, como concentrándose en las cifras, oyó un ruido como de alguien que comiera a su lado. Levantó la mirada y se encontró con una cara más que no había visto antes: arrugada, cianótica, con dos globos oculares desorbitados, amarillos y venosos, y que se movía masticando con un rabioso ruido de mandíbulas. Y se quedó tan confundido que bajó la

mirada a sus números y no se atrevió a alzarla de nuevo, y no entendía cómo diablos aquel hombre había ido a comer allí, en su presencia, y trataba de sacárselo de su mente para poder refutar con energía y astucia el informe de Fantino, pero comprendía que buena parte de su seguridad se había evaporado.

Todas las noches antes de acostarse, la señora Umberta se untaba la cara con crema de pepino vitaminado. El haberse metido en la cama aquella mañana no recordaba bien cómo, después de una noche en blanco, sin crema de pepino, sin masajes, sin gimnasia para combatir los pliegues del vientre, en suma, sin todo su acostumbrado ritual estético, no podía sino provocarle un sueño intranquilo. Al hecho de haber descuidado esas operaciones, no a la cantidad de bebidas alcohólicas, atribuía la agitación... el dolor de cabeza, la boca amarga, estragos resultantes de sus escasas horas de sueño. Sólo la costumbre de dormir boca arriba, en observancia de una regla de belleza que se había convertido en actitud ante la vida, hacía que la inquietud de su descanso se expresara en formas armoniosas y siempre, en cierto modo -era bien consciente de ello- atrayentes para un observador imaginario, tal como aparecían entre las retorcidas volutas de la sábana.

En aquel despertar e incomodidad, en aquella sensación de cosas olvidadas, sintió de repente una confusa alarma. Veamos, había vuelto a casa, había arrojado la capa de zorros sobre un sillón, se había quitado el vestido de noche... pero entre las lagunas de la memoria quedaba algo que le molestaba: el collar, ese collar que debía considerar más precioso que su propio cuello suave y liso, no recordaba para nada habérselo quitado, y menos todavía haberlo devuelto a la gaveta secreta de su tocador.

Se levantó de la cama en un revuelo de sábanas, ropas de organza y peinado deshecho, cruzó la habitación, echó una ojeada a la cómoda, al tocador, donde quiera que pudiese haber dejado el collar, se miró velozmente en el espejo con una mueca de desaprobación ante su aire abatido, abrió un par de gavetas, se miró una vez más en el espejo tratando de desmentir la primera impresión, entró en el cuarto de baño y miró los estantes, se puso una *liseuse*, miró cómo le quedaba en el espejo del lavabo y después en el de cuerpo entero, abrió la gaveta secreta, la cerró, se revolvió el pelo, primero a ciegas, después con cierta complacencia. Había perdido el collar de cuatro sartas de perlas. Fue hasta el teléfono.

-Póngame con el arquitecto... Enrico, sí, ya estoy levantada... Sí, estoy bien, pero oye, el collar, el collar de perlas... Lo llevaba cuando salimos de allá, estoy segura de que lo llevaba... Y no, que no lo tengo... No sé... Sí que he buscado bien... ¿Tú no te acuerdas?

Enrico, que había llegado tarde al estudio, muerto de sueño (había dormido dos horas), nervioso, fastidiado, y el joven dibujante que mientras fingía calcar un proyecto estaba allí parando la oreja, y el humo del cigarrillo que le irritaba los ojos, dijo:

-Bueno, harás que te regalen otro...

Le respondió un chillido en el micrófono que sobresaltó incluso al dibujante:

-¡Pero estás locooo! ¡Es el que mi marido me había prohibido usar, compreeendes...! ¡Es el que cuesta... no, no puedo decirlo por teléfonooo! ¡Consíguelooo! ¡Si llega a saber que me lo puse me echa de casa! ¡Y si llega a saber que lo he perdido... Me mata!

-Estará en el coche -dijo Enrico, y ella se calmó como por arte de magia.

-¿Te parece?

-Me parece.

-¿Pero recuerdas si lo tenía?... Te acuerdas que bajamos, en cierto momento... ¿dónde era?

-Cómo quieres que me acuerde... -decía Enrico pasándose una mano por la cara, y con un tedio enorme volvía a pensar en el momento en que ella corría entre los matorrales y medio se habían enredado, y reflexionaba que el collar muy bien podía habérsele caído allí, y ya sentía el fastidio de tener que ir a buscarlo, de explorar palmo a palmo aquella extensión baldía. Sentía un asomo de náusea-. Quédate tranquila: es tan grande, lo encontraremos...

Librodot

Mira en el coche... ¿Se lo has dejado al hombre del garaje? -(El coche era de ella. El garaje también.)

-Sí. Es Leone, está con nosotros desde hace muchos años.

-Llámale por teléfono en seguida para que mire.

-¿Y si no está?

-Vuelve a llamarme. Iré a buscarlo...

-Querido, tesoro...

-Sí.

Colgó el auricular. El collar. Hizo una mueca con los labios. Quién sabe la tira de millones que costaba. Y el marido de Umberta dejaba vencer los pagarés. Bonita historia. Podía terminar en una bonita historia. En la hoja dibujó un collar de cuatro vueltas y lo terminó minuciosamente, perla por perla. Tenía que mantener los ojos abiertos. En el dibujo transformó las perlas en ojos, cada uno con su iris, su pupila, sus cejas. No había tiempo que perder. Tenía que ir a aquellos campos a buscar. Que Umberta le telefonease en seguida. Cómo iba a estar en el coche.

-Continuaré contigo ese trabajo -dijo al dibujante-, tengo que salir de nuevo.

-¿Va a ver al empresario? Recuerde ese trámite...

-No no, me voy al campo. A coger fresas -y llenó con el lápiz el collar convirtiéndolo én una enorme fresa, con sus sépalos y su pedúnculo-. Mira, una fresa.

-Siempre las mujeres, ingeniero -dijo el muchacho con una risita sardónica.

-Cerdo -dijo Enrico. Sonó el teléfono-. Ah, sí, no había nada. Tranquilízate. Ahora voy para allá. ¿Le recomendaste al del garaje que no diga nada? ¡Absolutamente nada a él, diablos, al tipo, a su majestad! Bien. Claro que me acuerdo del lugar... Después te llamo... Chao, tranquilízate... -colgó, silbó, se puso el abrigo, salió, montó en su scooter.

La ciudad se le abrió como una ostra, como un mar límpido. Cuando se es joven ocurre, sobre todo cuando corres por una ciudad que ves cómo se te abre de pronto, aunque sea conocida y ya cerrada y tan lisa que parece invisible. Es el sabor de la aventura: el único que aún conservaba de su juventud Enrico, arquitecto prematuramente escéptico.

Resulta que ir en busca de collares perdidos era divertido, no aburrido como había creído al principio. Quizá porque el collar le importaba tan poco. Si lo encontraba, bien, y si no, paciencia: los dramas de Umberta eran dramas de ricos, que cuanto mayor es la suma en que se evalúan más leves parecen.

Y además, ¿qué era lo que le podía importar a Enrico? Nada en el mundo. Pero esta ciudad por la que ahora corría despreocupado y a la ventura, había sido para él una espeue de lecho de faquir, que donde mirase era un chillido, un salto, un clavo puntiagudo: casas viejas, casas nuevas, alojamientos populares o residencias señoriales, ruinas o andamios de obras en construcción, en un tiempo la ciudad había sido para él una selva de problemas: el Estilo, la Función, la Sociedad, la Medida Humana, *La especulación inmobiliaria*... Ahora su mirada pasaba con la misma complacida ironía histórica por el neoclásico, el liberty, el novecientos, y con la objetividad de quien constata fenómenos naturales pasaba revista a las viejas aglomeraciones insalubres, los nuevos rascacielos, las oficinas racionaies, los florones de moho en las paredes sin ventanas; y ya no sentía aquellos sones como de trompetas de Jericó que en un tiempo acompañaban sus pasos, los de alguien que castigaría en la ciudad monstruosa las culpas de la burguesía, de alguien que destruiría y reedificaría para una humanidad nueva. Por entonces, cuando un desfile de obreros con pancartas y empujando las bicicletas por el manillar llenaba las calles en dirección a la prefectura, Enrico se les unía, y sobre aquella multitud austera le parecía que se liberaba, como una nube geométrica, la imagen de la Ciudad Futura, blanca y verde, que él la construiría para ellos.

Enrico había sido un revolucionario en aquellos tiempos: esperaba que el proletariado tomase el poder y le confiase la construcción de la Ciudad. Pero el proletariado tardaba en vencer, y además parecía no compartir la exclusiva pasión de Enrico por los muros desnudos y los tejados planos. Comenzó para el joven arquitecto la estación agria y difícil en que

amaina todo entusiasmo. Para expresar su rigor estilístico descubrió otra vía: aplicarlo a proyectos de casas a orillas del mar que proponía, honor inmerecido, a millonarios filisteos. También ésa era una batalla: un asedio, por caminos internos, del enemigo. Para reforzar sus posiciones había que llegar a ser el arquitecto de moda- Enrico tuvo que empezar a plantearse seriaménte el problema de su «tren de vida»: ¿cómo es que andaba todavía en scooter. Ya no pensaba en nada que no fuera acaparar los trabajos rentables, cualesquiera que fuesen. Los planos de la Ciudad Futura amarilleaban enrollados en los rincones de su estudio y de vez en cuando le caía uno en las manos, mientras buscaba un trozo cualquiera de papel de dibujo para trazar, en el reverso, el primer esbozo de una sobreelevación.

Aquel día al pasar en el scooter por los barrios de la periferia Enrico no retomaba sus viejas reflexiones sobre la sordidez de los inmuebles para obreros, sino que husmeaba, como un cervatillo en busca de hierba tierna, el olor de las zonas edificables.

Justamente una zona edificable era lo que había querido ir a ver, aquella mañana temprano, con el coche de Umberta. Salían de una fiesta, ella estaba borracha y no quería volver a casa. Llévame allí, llévame allá, entre tanto en la cabeza de Enrico rondaba aquella idea: ya que daban tantas vueltas, más valía ir a echar una ojeada a un lugar donde el sabía que a aquella hora no había nadie, para ver bien qué posibilidades tenía. Era una zona de la que era propeetario el marido de Umberta, los terrenos alrededor de su fábrica. Enrico esperaba que mediante el apoyo de ella, le adjudicaran el contrato para una enorme construcción. Cuando iban hacia allí, Umberta estuvo a punto de saltar del coche en marcha. Discutían; ella quería pasar por más borracha de lo que estaba.

-¿Y dónde me llevas ahora? -lloriqueaba. Y Enrico:

Junto a tu marido. Me tienes harto. Te llevo a su fábrica. ¡No ves que vamos para allá!

Ella canturrea cualquier cosa, después abre la portezuela. El frena de golpe y ella salta del coche. Así había perdido el collar. Ahora, encontrarlo: fácil decirlo.

A sus pies se extendía una cuesta yerma y zarzosa. Sabía que estaba en el mismo lugar de aquella mañana sólo porque la carretera polvorienta y poco frecuentada conservaba la huella de la frenada del auto: por lo demás, todo el paisaje del entorno era informe y la expresión catastral «terreno baldío» nunca había estado cargada en la mente de Enrico de un significado tan preciso y sutilmente angustioso. Dio unos pasos alrededor echando una mirada al terreno encostrado, entre las ramas de los arbustos, en contacto con ese suelo miserable y abyecto, sordo a las improntas, sembrado de desechos, huidizo e incognoscible, con estrías brillantes como baba de caracol, el gusto por la aventura remitía, así como se contrae y retira la disposición amorosa en quien recibe una impresión de frio o de fealdad o de incomodidad. La náusea, que por momentos lo había acompañado desde el despertar, ahora recomenzaba.

Empezó la exploración convencido de que no encontraría nada. Tal vez hubiera debido establecer antes un método preciso: delimitar el espacio donde era probable que se hubiese movido Umberta, subdividirlo en sectores y explorarlo palmo a palmo. Pero todo parecía tan inútil e incierto que Enrico seguía andando desordenadamente, apartando apenas las ramas. Al levantar la vista vio a un hombre.

Estaba con las manos en los bolsillos, en mitad del campo, y los matorrales le llegaban a las rodillas. Debía de haberse acercado en silencio, no se entendía de dónde. Era alto, flaco, afilado como una cigüeña; llevaba una vieja gorra militar calada, con las bandas del pasamontañas colgando como orejas de perro de caza, y una chaqueta también militar, con charreteras como pingajos. Estaba inmóvil, como si lo esperara.

Hacía varias horas que lo esperaba: aun antes de que Enrico supiera que tenía que venir. Era Fiorenzo, el parado. Sosegado el primer impulso de rabia viendo que se le escapaba delante de las narices el probable tesoro que habían recogido los dos obreros, se dijo que debía quedarse allí. La partida todavía no podía considerarse terminada: si el collar era realmente valioso, tarde o temprano volvería a buscarlo quien lo hubiese perdido; y en la estela de un tesoro siempre hay la esperanza de recoger algo.

Librodot

Al ver al desconocido allí, inmóvil, prestó nuevamente atención. Se detuvo, encendió un cigarrillo. Enrico empezaba a interesarse en aquella historia. Era uno de esos tipos que creen fundarse en cosas e ideas, y en realidad no tienen otra razón de vida que las cambiantes, intrincadas relaciones con el prójimo; frente a la vasta naturaleza o al mundo seguro de los objetos o al orden de las cosas pensadas, se pierden y sólo recobran la confianza cuando pueden olfatear los movimientos de un posible adversario o amigo; así de tantos planes, el arquitecto no sacaba nada ni para los demás ni para sí mismo.

Después de ver a Fiorenzo, para estudiar mejor sus movimientos, Enrico siguió buscando inclinado, moviéndose en una línea recta que lo acercaba, pero que no llegaba hasta él. Él hombre, al cabo de un momento, empezó también a moverse, con intención de cruzarse con el camino de Enrico.

Se detuvieron a un paso de distancia. El parado tenia una descarnada cara de pájaro, con manchas de barba descuidada. Fue el primero que habló.

-¿Busca algo? -dijo.

Enrico se llevó el cigarrillo a los labios. Fiorenzo fumaba su propio aliento, una nubecita densa en el frío del aire.

Andaba mirando -dijo vagamente Enrico, haciendo un gesto a su alrededor. Esperaba que el otro se descubriera. «Si encontró el collar», pensó, «tanteará el terreno para saber cuánto vale».

-¿Lo perdió aquí? -dijo Fiorenzo.

Y Enrico, rápido:

-¿Qué?

El otro hizo una pausa de un momento y después:

-Lo que anda buscando.

-¿Cómo sabe que busco algo? -preguntó Enrico, brusco. Durante un momento estuvo reflexionando si convenía apostrofarlo con el «tú» intimidatorio que usa la policía con la gente mal vestida, o con el «usted» de la formal e igualitaria urbanidad ciudadana; decidió que el «usted» daba mejor ese tono intermedio entre presión y negociación que quería dar a sus relaciones.

El hombre reflexionó un instante, soltó otro poco de aliento, se volvió y dio señales de irse.

«Se considera el más fuerte», pensó Enrico, «¿lo habrá encontrado realmente?» Claro, ahora el desconocido estaba en posición de ventaja. Lo llamó: «¡Eh!», y tendió el paquete de cigarrillos. El hombre se volvió.

-¿Fuma? -preguntó Enrico, tendiendo el paquete, pero sin moverse. El hombre se giró, dio unos pasos, tomó un cigarrillo del paquete, y en el esfuerzo por sacarlo con las uñas gruñó algo como un gracias. Enrico guardó el paquete en el bolsillo, sacó el encendedor, lo probó, encendió lentamente el cigarrillo del hombre.

-Primero dígame qué busca usted -dijo- y después le contestaré.

-Hierba -dijo el hombre, y señaló una cestita apoyada en el borde del camino.

-¿Para los conejos?

Habían subido la cuesta. El hombre cogió la cestita.

-Para comer nosotros -dijo y se metió en la carretera.

Enrico montó su scooter y empujándolo lentamente se puso a su lado.

-¿Así que se da una vuelta todas las mañanas por estos sitios en busca de hierba, no? -y quería llegar a decir: «Este es un poco tu reino, éno? i5on lugares donde no puede caer una hoja sin que se te pase por alto!». Pero Fiorenzo le previno:

-Son lugares de todos.

Estaba claro que había entendido su juego y que, hubiese o no encontrado el collar, no soltaría prenda. Enrico decidió descubrir sus cartas:

-Esta mañana se perdió un objeto justamente ahí -dijo deteniéndose-. ¿Usted lo encontró?

y calló esperando que el otro le preguntase: «Qué objeto». En realidad lo preguntó, pero primero se quedó pensándolo un poco, quizá demasiado.

-Un collar -dijo Enrico torciendo la boca con el aire del que se refiere a cosas poco importantes; y al mismo tiempo hizo un gesto como del que tiende de una mano a otra una cuerdecita, un lacito, una cadenita de niño-. Es un recuerdo, importante para nosotros. Démelo, se lo pago -e hizo el gesto de llevar la mano a la billetera.

El parado Fiorenzo tendió una mano como diciendo: «No lo tengo», pero se cuidó de decirlo y se quedó con la mano tendida diciendo en cambio:

-Es un trabajo difícil, buscar algo en medio... se precisarán varios días. El campo es grande. Podemos empezar a mirar, entre tanto...

Enrico volvió a apoyar las manos en el manillar.

-Creí que ya lo había encontrado. Lástima. Paciencia. Lo siento sobre todo por usted.

El parado arrojó la colilla.

-Me llamo Fiorenzo -dijo-, podemos ponernos de acuerdo.

-Soy el arquitecto Enrico Pré. Estaba seguro de que empezaríamos a tratarnos en serio.

-Podemos ponernos de acuerdo -repitió Fiorenzo-, un tanto por día, y después un tanto a la entrega del objeto, cuando sea.

Enrico giró el torso casi de golpe y mientras se movía no sabía aún si lo atraparía por la chaqueta o si sólo queria probar una vez más las reacciones. El hecho es que Fiorenzo se detuvo sin intentar defenderse, tendiendo con un irónico aire de desafío su cara de pájaro desplumado. Y a Enrico le pareció imposible que en los bolsillos de aquella chaqueta informe y raquítica pudiera haber cuatro sartas de perlas: suponiendo que el hombre supiera algo del collar, quién sabe dónde lo habría metido.

-¿Y cuánto tiempo piensas rastrear ese campo? -preguntó. Había pasado al tú.

-¿Y quién le dice que todavía esté en el campo? -dijo Fiorenzo.

-Si no está en el campo, está en tu casa.

-Mi casa es aquélla -dijo el hombre y señaló un lugar fuera del camino-. Venga.

Allí donde los primeros inmuebles dispersos de la periferia se vuelven la espalda entre campos neblinosos, estaban los confines del pastizal de Fiorenzo. Y cerca del confín, como suelen situarse las capitales de los reinos más lejanos, estaba su casa. Habían concurrido a formarla muchas vicisitudes y cataclismos históricos: las bajas paredes de mampostería semiderruidas eran de una antigua caballeriza militar, suprimida al declinar el arma ecuestre; el retrete a la turca y una indeleble inscripción mural provenían de la siguiente utilización como armeria de los cursos premilitares; una ventana enrejada procedía del siniestro uso de prisión a que se había destinado en tiempos de guerra civil; y para desalojar al último pelotón de militares fue necesario el incendio que casi la había destruido; el pavimento y las tuberías pertenecían a la época en que había sido primero campamento de damnificados y después de prófugos, seguido por un prolongado saqueo invernal de leña para quemar, tejas y ladrillos que la dejaron ñuevamente desmantelada; hasta que llegó con sus colchones y sus muebles, expulsada del último alojamiento, la familia de Fiorenzo. La mitad del techo, finalmente, había sido sustituida por una vieja persiana metálica que había quedado retorcida en una explosión, y encontrada allí cerca. De modo que Fiorenzo, su mujer Inés y sus cuatro hijos sobrevivientes volvieron a tener una casa donde poder colgar en las paredes los retratos de los parientes y los recibos del impuesto familiar, y esperar el nacimiento del quinto hijo con algunas esperanzas de que sobreviviera.

Si no se podía decir que el aspecto de la casa hubiera mejorado mucho desde el día en que la familia se había instalado, se debía a que el ánimo de Fiorenzo al habitarla era más parecido al del primitivo que se refugia en una gruta natural, que al del industrioso náufrago o pionero que se dedica a hacer revivir en torno algo de la civilización que dejó en la patria. De la civilización Fiorenzo tenía a su alrededor todo lo que podía desear, pero le era enemiga y prohibida. Después del despido, rápidamente olvidado el poco oficio en que de algún modo había logrado calificarse -pulidor de tuberías de cobre-, la mano afectada por un trabajo que

Librodot

también duró poco, expulsado de un día para otro -con la familia a sus espaldas- del gran circuito de la circulación del dinero, no tardó en remontar el curso de la historia: ahora, perdida la idea de que las cosas necesarias se construyen, se cultivan, se hacen, sólo tenía en cuenta lo que se puede recoger o cazar.

La ciudad se había convertido para Fiorenzo en un mundo del que no podía formar parte, del mismo modo como el cazador no piensa en convertirse en bosque sino sólo en arrancarle una presa salvaje, una baya madura, un reparo para la lluvia. Así para el parado la riqueza de la ciudad estaba en los troncos de col que quedan en el pavimento de los mercados de barrio cuando se desmontan los tenderetes; en las hierbas comestibles que bordean las vías de los tranvías interurbanos; en la madera de los bancos públicos que se pueden serrar trozo por trozo para quemarlos en la estufa; estaba en los gatos que de noche, enamorados, se metían en los terrenos comunales y no volvían. Existía para él toda una ciudad desechada, de segunda o tercera mano, semisepulta, excrementicia, hecha de zapatos rotos, de colillas, de varillas de paraguas. Y allí abajo, al nivel de esas polvorientas riquezas se encontraba sin embargo un mercado, con oferta y demanda, especulación, monopolios. Fiorenzo vendía botellas vacías, trapos, pieles de gato, y así lograba sacar todavía algún fugaz bocado de la circulación monetaria. La actividad más fatigosa pero más rentable era la de los descubridores de minas, que cavan la tierra de la demolición de alguna fábrica buscando chatarra entre los desechos y a veces desentierran en un día muchos kilos de metal por trescientas liras. La ciudad tenía irregulares estaciones y vendimias: después de las elecciones estaban todas las paredes cubiertas de estratos de carteles que había que despegar capa por capa con el diligente y sañudo raspar de un viejo cuchillo; los niños también ayudaban y llenaban los sacos de guiñapos multicolores que eran pesados en las avaras romanas de los comerciantes de papeles viejos.

En éstas y otras expediciones seguían a Fiorenzo los dos niños mayores. Crecidos en aquella vida, no imaginaban otras posibles y corrían por la periferia salvajes y voraces, hermanos de los ratones con los que compartían alimentos y juegos. En cambio Inés se había convertido en una leona; no se movía de la cueva, lamía al recién nacido, había perdido la costumbre doméstica de ordenar y limpiar, se arrojaba ávida sobre el botín que llevaban a casa el hombre y los hijos, ayudaba a veces a hacerlo comerciable descosiendo los pedazos de capellada para venderlos como remiendos a los zapateros o desmenuzando el tabaco de las colillas; y se había vuelto, a pesar del hambre, gorda y amondongada y, a su manera, tranquila. El otro mundo, el de las medias y el cine, no la atraía más desde los grandes carteles que para ella no representaban ya nada inteligible sino sólo enormes charadas indescifrables. La fotografia de Fiorenzo con ella vestida de blanco y el velo del día de la boda, cuyo vidrio seguía desempolvando cada día, ya no sabía si era suya o de una bisabuela. Los reumatismos la habían habituado a estar siempre acostada aunque no le dolieran. En la cama en pleno día en la casa desaliñada, con el niño al lado, miraba el cielo espeso y neblinoso y se ponía a entonar un viejo tango. Al acercarse a la covacha, Enrico oyó cantar; cosa cada vez más infrecuente.

Con ojo experto observó la inclinación del techo ondulado, los ángulos irregulares de las paredes con las marcas onduladas de los incendios. Recordó el discurso pronunciado una vez en un congreso de urbanismo: «No del palacio sino del tugurio, colegas, partirá nuestro camino...».

Librodot

La gallina de la sección

Adalberto, el guardián, tenía una gallina. Adalberto formaba parte del cuerpo de guardia interno de una gran empresa; y la gallina estaba en un pequeño patio de la fábrica; el jefe de guardianes se lo había permitido. Le hubiera gustado llegar a tener, con el tiempo, todo un gallinero; y había empezado por comprar aquella gallina que le habían garantizado que era buena ponedora y animal silencioso, que nunca se hubiese atrevido a turbar con su cacareo la severa atmósfera industrial. En realidad no podía considerarse descontento: le ponía por lo menos un huevo por día y, de no ser por algún débil borboteo, se hubiera dicho que era absolutamente muda. El permiso que tenía Adalberto era, a decir verdad, para criarla en jaula, pero como el terreno del patio -conquistado desde no hacía muchos años para la civilización mecánica- era rico no sólo en tornillos oxidados sino también en lombrices, a la gallina le estaba permitido tácitamente andar picoteando por allí. De modo que iba y venía por las secciones, reservada y discreta, bien vista por los obreros y, por su libertad e irresponsabilidad, envidiada.

Un día Pietro, el viejo tornero, descubrió que su coetáneo Tommaso, el verificador, llegaba a la fábrica con los bolsillos llenos de maíz. Recordando sus orígenes campesinos, el verificador no tardó en valorar las dotes productivas del volátil y uniendo esta apreciación a un deseo de desquitarse de las vejaciones sufridas, emprendió una cautelosa maniobra para conquistar a la gallina del guardián e inducirla a poner sus huevos en un cajón de escombros que había junto a su banco de trabajo.

Cada vez que descubria una astucia secreta de su amigo, Pietro se sentía mortificado, porque estaba siempre lejos de esperárselo, y en seguida trataba de no quedarse atrás. Desde que iban a ser parientes (a su hijo se le había metido en la cabeza casarse con la hija de Tommaso), se pasaban el tiempo peleando. Se proveyó él también de maíz, preparó una caja con virutas de hierro y, en la medida en que se lo permitían las máquinas que debía vigilar, trataba de atraer a la gallina. De modo que esta partida, cuya apuesta no era tanto un huevo como un desquite moral, se jugaba más entre Pietro y Tommaso que entre ellos dos y Adalberto, pobrecillo, que revisaba a los obreros al entrar y al salir, hurgaba en bolsos y camisetas y no sabía nada.

Pietro estaba solo en un rincón de la sección limitado por un trozo de pared que formaba como un local en sí o «salita», con una puerta de cristal que daba a un patio. Hasta pocos años antes en esa salita había dos máquinas y dos obreros: él y otro. En un determinado momento el otro había pedido licencia de enferinedad por una hernia y Pietro tuvo que ocuparse provisionalmente de las dos máquinas. Aprendió a regular sus movimientos como era necesario: bajaba la palanca de una máquina e iba a sacar la pieza terminada en la otra. Al herniado lo operaron, y volvió, pero lo habían destinado a otra sección. Pietro se quedó de6nitivamente con las dos máquinas; más aún, para que entendiera bien que no era un olvido casual, vino un cronometrador a medir los tiempos e hizo que le añadieran una tercera: había

Librodot

calculado que entre las operaciones de una y otra todavía le quedaban algunos segundos libres. Después, en una revisión general del trabajo a destajo, le tocó, para ajustar no se sabe qué cuentas, ocuparse de una cuarta. A los sesenta años cumplidos había tenido que aprender a cuadruplicar su trabajo en el mismo lapso de tiempo, pero como su salario no cambiaba, su vida no sufrió grandes contragolpes, salvo un asma bronquial controlada y el vicio de quedarse dormido apenas se sentaba, cualquiera que fuese la compañía o el ambiente en que se hallara. Pero era un viejo robusto y sobre todo lleno de fuerza de ánimo y siempre confiaba en encontrarse en vísperas de grandes cambios.

Durante ocho horas al día Pietro circulaba entre las cuatro máquinas, cada vez con la misma progresión de gestos, tan sabidos ya que había llegado a limar de ellos todo sobrante superfluo y a regular con precisión la cadencia del asma al ritmo del trabajo. Incluso sus pupilas se movían siguiendo un trazado preciso como el de los astros, porque cada máquina exigía que se la mirara en ciertos momentos, a fin de controlar que no se trababa echando al traste su cuota de trabajo.

Al cabo de la primera media hora de labor, Pietro ya estaba cansado, y en sus tímpanos los ruidos de la fábrica se empastaban en un único zumbido de fondo sobre el cual resaltaba el ritmo combinado de sus máquinas. Impulsado por este ritmo, avanzaba casi atontado, hasta que, dulce como el perfilarse de la costa para el náufrago, advertía el gemido de las correas de transmisión que aminoraban la marcha y se detenían por una avería o por el final del horario.

Pero tan inagotable es la libertad del hombre que aun en estas condiciones el pensamiento de Pietro conseguía tejer una telaraña entre una máquina y otra, en un fluir continuo como el hilo en la boca de la araña, y en medio de aquella geometría de pasos, gestos, miradas y reflejos se descubría por momentos dueño de sí y tranquilo como un abuelo campesino que se instala, al final de la mañana, bajo la pérgola, y mira el sol, y silba al perro, y vigila a los nietos que se mecen en las ramas, y observa cómo maduran los higos día a día.

Claro, a esta libertad de pensamiento sólo se llegaba a través de una técnica especial, aprendida lentamente: bastaba por ejemplo saber interrumpir el curso del pensamiento en el momento en que la mano debía acompañar la pieza bajo el torno, y seguirlo en cambio casi apoyándolo en la pieza que avanzaba para la acanaladura, y aprovecharse sobre todo del momento en que había que caminar, porque nunca se piensa tan bien como cuando se recorre un tramo bien conocido, aunque se tratara aquí de dos pasos solamente: uno-dos, pero cuántas cosas más se podían pensar en el trayecto: una vejez feliz, toda de domingos pasados en las plazas para escuchar discursos, cerca de los altavoces, prestando gran atención, un empleo para el hijo parado, y de pronto encontrarse con una camada de nietos pescadores en las noches de verano todos con su sedal en los murallones del río y una apuesta que proponer al amigo Tommaso sobre ciclismo o la crisis del gobierno, pero tan importante que le quitaría por un tiempo las ganas de ser tan testarudo y a la par acudir con la mirada a la correa de transmisión para que no se saliese de la rueda en aquel punto habitual.

«Si en ma... (¡levanta la palanca!) yo mi hijo se casa con la hija de ese palurdo... (¡ahora sigue la pieza bajo el torno!) vaciamos la habitación grande... (y dando dos pasos) para que el domingo por la mañana marido y mujer puedan mirar desde la cama las montañas que se ven por la ventana... (¡y ahora baja aquella palanca!) y yo y mi vieja nos arreglamos en la habitación pequeña... (¡acomoda esas piezas!) total, aunque nosotros por la ventana sólo veamos el gasómetro, da igual», y de ahí pasando a otro orden de razonamientos, como si la imagen del gasómetro cerca de la casa lo hubiese reclamado a la realidad cotidiana, o tal vez porque un tropiezo momentáneo del torno le había inspirado una actitud combativa: «Si la sección laminadora llama a manifestar por el problema del trabajo a destajo, nosotros podríamos... (¡atención, ha quedado torcido!) seguirlos... (¡atención!) con la reivin... Con la reivindicación (¡funciona, diablos!) del paso de categoría de nuestras espe... cia... liza... ciones...».

Librodot

Así el movimiento de las máquinas condicionaba y a la vez suspendía el de los pensamientos. Y dentro de esa armadura mecánica, el pensamiento se iba adaptando poco a poco, ágil y suave, como el cuerpo delgado y musculoso de un joven caballero del Renacimiento se adapta a su armadura, y consigue tender y aDojar los bíceps para desentumecer el brazo dormido, estirarse, frotar el omóplato que le pica contra el respaldo de hierro, contraer las nalgas, desplazar los testículos aplastados contra la silla y separar el dedo gordo del pie del segundo: así se desplegaba y articulaba el pensamiento de Pietro en aquella prisión de tensión nerviosa, de automatismo y de cansancio.

Porque no hay cárcel sin resquicios. Y aun en el sistema que pretende utilizar hasta las más ínfimas fracciones de tiempo, se llega a descubrir que con cierta organización de los propios gestos hay un momento en que se nos abren por delante unas maravillosas vacaciones de unos segundos, que nos permiten dar por cuenta propia unos pasos adelante o atrás, a rascarnos la barriga, o canturrear: «Po, po, po...», y si el jefe de la oficina no está allí fastidiando, hay tiempo entre una operación y otra de decir dos palabras a un compañero.

De modo que al aparecer la gallina Pietro podía hacer «clo... clo... clo» y comparar mentalmente su propio girar sobre sí mismo entre las cuatro máquinas, él tan gordo y pieplano, con los movimientos de la gallina; y empezaba a dejar caer la estela de granos de maíz que, continuando hasta la caja de las virutas de hierro, persuadiría al volátil de poner el huevo para él y no para el alcahuete de Adalberto ni para el amigo-rival Tommaso.

Pero ni el nido de Pietro ni el de Tommaso le inspiraban confianza a la gallina. Parecía que su huevo lo ponía al alba, en la jaula cle Adalberto, antes de empezar su vuelta por las secciones. Y. Tanto el tornero como el verificador se acostumbraron a atraparla y tantearle el abdomen apenas la veían. La gallina, de índole doméstica como un gato, se dejaba hacer, pero estaba siempre vacía.

Debe decirse que desde hacía algunos días Pietro había dejado de estar solo entre aquellas cuatro máquinas. Es decir, el control de las máquinas seguía siendo exclusivamente suyo pero se había decidido que cierto número de piezas necesitaban una terminación, y un obrero armado de una escofina tomaba de vez en cuando un puñado y lo ilevaba a una mesita instalada allí cerca y frinfrin, fron-fron, tranquilo tranquilo las rascaba unos diez minutos. A Pietro no le significaba una ayuda, más bien le estorbaba tenerlo siempre entre los pies, y estaba claro que sus verdaderas tareas eran otras. (Era un tipo que los obreros conocían bien, y además tenía un sobrenombre: Giovannino la Peste.)

Era flacucho, muy muy moreno, peludo, con rizos con una nariz para arriba que arrastraba consigo el labio. De dónde había salido, no se sabe; se sabe que el primer empleo que le tocó en la fábrica, apenas conchabado, fue el de encargado de la limpieza de los retretes; pero en realidad debía pasarse allí todo el día para escuchar y transmitir. Que hubiera algo tan importante que escuchar en los serveuos, nunca se supo bien; parece que dós de la Comisión Interna, o de quién sabe qué otro demonio de sindicato, como no había modo de decir una palabra en otro lugar sin ser despedido de inmediato, cambiaban ideas de un reducto al otro, fingiendo que estaban allí para hacer sus necesidades. No es que los retretes de los obreros de una fábrica sean lugares tranquilos, siendo como son sin puertas o con una portezuela baja que deja al descubierto la cabeza y el torso para que nadie pueda encerrarse a fumar, y con los guardianes que vienen a ver de vez en cuando que nadie se quede demasiado si estás allí para defecar o para descansar, pero de todas maneras, en comparación con el resto de la empresa, son lugares serenos y acogedores. El hecho es que aquellos dos fueron acusados de hacer política en las horas de trabajo y licenciados: debía de haber alguien que los había denunciado y no llevó mucho identificar a Giovannino la Peste, como lo llamaron a partir de entonces. Se quedaba allí encerrado, era primavera, y él escuchaba todo el día ruidos de agua, salpicaduras, baques y soñaba con torrentes libres y con aire puro. Ahora nadie hablaba en los retretes. Y lo sacaron de allí. Hombre sin oficio, se le destinaba ya a una cuadrilla ya a otra, con obligaciones sumarias y de evidente inutilidad, y con secretas misiones de vigilancia, manejado por los desordenados temores de dirigentes siempre

Librodot

alarmados; y en todas partes sus compañeros de trabajo le volvían en silencio la espalda y no se dignaban a echar una mirada a las superfluas tareas que él trataba de realizar como podía.

Terminó pisando los talones de un obrero viejo, sordo y solitario. ¿Qué podía averiguar? ¿También había llegado al último peldaño, antes de que lo arrojaran a la calle, como a las víctimas de sus denuncias? Y Giovannino la Peste se devanaba los sesos por descubrir una pista, una sospecha, un indicio. Era el buen momento; toda la fábrica estaba en ascuas, los obreros bullían, la dirección se erizaba. Y desde hacía poco a Giovannino le daba vueltas en la cabeza una idea. Todos los días, a cierta hora, entraba en la sección una gallina. Y Pietro el tornero la tocaba. La atraía con dos granos de maíz, se le acercaba y le metía una mano justo debajo. ¿Qué querría decir? ¿Era un sistema para pasarse mensajes de una sección a otra? Giovannino estaba convencido. El gesto de Pietro con la gallina era el de quien busca o espera algo entre las plumas del ave. Y un día, Giovannino la Peste, cuando Pietro dejó la gallina, la siguió. La gallina atravesó el patio, se subió a un montón de vigas de hierro -y Giovannino la siguió tratando de conservar el equilibrio-, se escondió en un pedazo de tubería -y Giovannino la siguió a cuatro patas-, recorrió otra parte del patio y entró en la sección de control. Allí había otro viejo que parecía esperarla: estaba en la entrada espiando su aparición y apenas la vio dejó martillo y atornillador y salió a su encuentro. La gallina también estaba familiarizada con él, tanto que se dejó levantar por las patas y ¡también aquí! tocar debajo de la cola. Ahora Giovannino estaba seguro de que había descubierto algo gordo. «El mensaje», pensó, «es transmitido todos los días de Pietro a éste. Mañana, apenas la gallina se separe de Pietro, la hago detener y revisar.»

Al día siguiente, Pietro, después de haber palpado sin convicción una vez más la gallina y de haberla dejado melancólicamente en el suelo, vio que Giovannino la Peste soltaba su escofina y salía casi corriendo.

A la voz de alarma, el servicio de guardia se dispuso a la captura. Sorprendida en el patio mientras picoteaba larvas de insectos entre los tornillos dispersos en el polvo, la gallina fue conducida a la oficina del jefe de vigilancia.

Adalberto aún no sabía nada. Como no estaba excluida su connivencia en el asunto, la operación se desarrolló sin que él lo supiera. Convocado ante la dirección, apenas vio sobre el escritorio del jefe la gallina inmovilizada entre las manos de dos de sus colegas, casi se le llenaron los ojos de lágrimas.

-¿Qué ha hecho? ¿Qué pasa? ¡Yo la tenía siempre encerrada en su jaula! -empezó a decir, pensando que lo acusaban de dejarla deambular por la fábrica. Pero las acusaciones eran mucho más graves, no tardó en cemprenderlo. El jefe del servicio lo acribilló a preguntas. Era un ex comandante de carabineros retirado, y seguía ejerciendo sobre los ex carabineros de la guardia la autoridad de la relación jerárquica del arma. En el interrogatorio, más que el amor por la gallina, más que las esperanzas del futuro avicultor, pudo en Adalberto el miedo de comprometerse. Tomó sus precauciones, trató de justificarse por haber dejado suelta el ave, pero a las preguntas sobre las relaciones entre la gallina y los sindicatos no se atrevió a comprometerse disculpándola o excusándola. Se atrincheró tras una serie de «no sé, no tengo nada que ver», sólo preocupado de que quedara excluida cualquier responsabilidad suya en la historia.

La buena fe del guardián fue reconocida; pero él, con la garganta apretada y lleno de remordimiento, miraba a la gallina abandonada a su destino.

El comandante ordenó que la inspeccionaran. Uno de los agentes se echó atrás diciendo que le revolvía el estómago, y otro, después de una serie de picotazos, se alejó chupándose un dedo ensangrentado. Al final aparecieron los inevitables expertos, muy ufanos de dar pruebas de celo. El ovoducto resultó libre de misivas contrarias a los intereses de la fábrica o de otro tipo. Experto en las diversas técnicas de guerra, el comandante ordenó que se hurgase debajo de las alas, donde el Cuerpo de Colombófilos suele ocultar sus mensajes en estuches sellados especiales. Hurgaron, sembraron de plumas y plumón y cagarrutas el escritorio, pero no encontraron nada.

Librodot

No obstante, considerándola demasiado sospechosa y peligrosa para ser inocente, la gallina fue condenada. En el triste patio dos hombres de uniforme negro la sujetaron por las patas mientras un tercero le retorcía el pescuezo. Lanzó un largo, desgarrador último grito, un lúgubre cacareo, ella tan discreta que nunca se había atrevido a hacerlo alegremente. Adalberto se cubrió la cara con la mano. Su humilde sueño de un gallinero bullicioso, apenas comenzado se había hecho trizas. Así la máquina de la opresión se vuelve siempre en contra de quien la sirve. El propietario de la empresa, preocupado porque tenía que recibir a la comisión de obreros que protestaban por los despidos, oyó desde su despacho el grito de muerte de la gallina y tuvo un triste presentimiento.

La gran bonanza de las Antillas

Teníais que oír a mi tío Donald, que había navegado con el almirante Drake, cuando empezaba a contar una de sus aventuras.

-¡Tío Donald, tío Donald! -le gritábamos al oído cuando veiamos el fulgor de una mirada asomarse entre sus párpados perennemente entrecerrados-, ¡cuéntanos qué pasó la vez aquella de la gran bonanza de las Antillas!

-¿Eh? Ah, bonanza, sí, sí, la gran bonanza... -empezaba con voz temblorosa-. Estábamos en el mar de las Antillas, avanzábamos como un caracol, por el mar liso como de aceite, con todas las velas desplegadas para atrapar algún raro soplo de viento. Y entonces nos encontramos a tiro de cañón con un galeón español. El galeón estaba parado, nosotros también nos paramos y allí, en medio de la gran bonanza, empezamos a desafiarnos. Nosotros no podíamos pasar, ellos no podían pasar. Pero ellos, a decir verdad, no tenían la menor intención de seguir adelante: estaban allí a propósito para no dejarnos pasar. En cambio nosotros, la flota de Drake, habíamos hecho un camino tan largo únicamente para no dar tregua a la flota española y arrebatar de aquellas manos de papistas el tesoro de la Gran Armada y ponerlo en las de Su Graciosa Majestad Británica la Reina Isabel. Pero ahora, frente a los cañones de aquel galeón, con nuestras pocas culebrinas no podíamos aguantar, y nos guardábamos bien de disparar un tiro. Eh, sí, muchachos, así era la relación de fuerzas, ya

Librodot

comprenderéis. Aquellos malditos del galeón tenían provisión de agua, de frutas de las Antillas, abastecimientos fáciles desde sus puertos; podían quedarse allí cuanto quisieran; pero ellos también se cuidaban de disparar, porque para los almirantes de Su Majestad Católica aquella guerra de pacotilla con los ingleses marchaba como ellos querían y si las cosas tomaban otro giro, por una batalla naval ganada o perdida, todo el equilibrio volaría por los aires, hubiera habido cambios, claro está, y ellos no querían cambios. Pasaban así los remolinos, la bonanza continuaba, nosotros seguíamos aquí y ellos allá, inmóviles en el mar de las Antillas...

-¿Y cómo terminó la cosa? ¡Dinos, tío Donald! -dijimos, viendo que el viejo lobo de mar ya dejaba caer el mentón sobre el pecho y volvía a dormitar.

-¿Ah? ¡Sí, sí, la gran bonanza! Duró semanas. Veíamos con los catalejos a aquellos papistas reblandecidos, aquellos marineros de pega, bajo las sombrillas con flecos, un pañuelo entre el cráneo y la peluca para enjugar el sudor, comiendo helados de piña. Y nosotros que éramos los marineros más valientes de todos los océanos, nosotros, cuyo destino era conquistar para la Cristiandad todas las tierras que vivían en el error, nosotros teníamos que estar allí, de brazos cruzados, pescando con anzuelo desde la borda, mascando tabaco. Hacía meses que habíamos puesto rumbo al Atlántico, nuestras municiones estaban averiadas y reducidas al mínimo, todos los días el escorbuto se llevaba a alguno que se hundía en el mar metido en un saco mientras el contramaestre gruñía apresuradamente dos versículos de la Biblia. Desde allí, desde el galeón, los enemigos espiaban con sus catalejos cada saco que se hundía en el mar y hacían gestos con los dedos como ocupados en contar nuestras pérdidas. Los maldecíamos: antes moriríamos todos, nosotros que habíamos pasado a través de tantos huracanes, algo más que la bonanza de las Antillas...

-Pero, ¿cómo pudisteis salir del paso, tío Donald?

-¿Cómo? ¿Qué? ¿Salir del paso? Bueno, nos lo preguntábamos sin cesar durante todos los meses de bonanza... Muchos de los nuestros, sobre todo los más viejos y los más tatuados, decíamos que la nuestra siempre había sido una nave de corso, buena para acciones rápidas, y recordábarnos los tiempos en que nuestras culebrinas desguarnecían las arboladuras de las más poderosas naves españolas, abrían brechas en las bordas, giraban con bruscas viradas... Claro que sí, en la marinería de corso habíamos sido seguramente excelentes, sólo que entonces había viento, se avanzaba rápido... Pero en aquella gran bonanza, los relatos de tiroteos y abordajes eran sólo una manera de entretenernos esperando no se sabe qué: un viento del sudoeste, una borrasca, incluso un tifón... Por eso las órdenes eran que no había que pensarlo siquiera; y el capitán había explicado que la verdadera batalla naval era estarse allí quietos, estudiando una vez más los planes de las grandes batallas navales de Su Majestad Británica, y el reglamento del manejo de las velas y el manual del perfecto timonel y las instrucciones para el uso de las culebrinas, porque las reglas de la flota del almirante Drake eran en todo y por todo las reglas de la flota del almirante Drake: si uno empezaba a cambiar, no se sabía dónde...

-¿Y entonces, tío Donald? ¡Eh, tío Donald! ¿cómo conseguisteis moveros?

-Hum... Hum... ¿qué estaba diciendo? Ah, sí, ¡ay si no se respetaba la más rígida disciplina y la obediencia a las reglas náuticas! En otras naves de la flota de Drake había habido cambios de oficiales e incluso motines, sublevaciones: ya se estilaba otra manera de andar por los mares, eran simples tripulantes, marineros de bajura e incluso galopines que se habían hecho prácticos y algo sabían de navegación... Esto era considerado por los oficiales y los contramaestres como el peligro más grave, por eso ay si oían los argumentos de los que querían estudiar desde el principio el reglamento naval de Su Majestad la Reina Isabel. Nada, teníamos que seguir lustrando las espingardas, levar el puente, verificar el funcionamiento de las velas que colgabán flojas en el aire sin viento, y en las horas libres de las largas jornadas, en el combés la distracción que se consideraba más sana era la de los habituales tatuajes en el pecho y los brazos que ensalzaban nuestra flota, dueña de los mares. Y en las discusiones uno terminaba por ignorar a los que se negaban a otra esperanza que no fuese una ayuda del cielo,

como un huracán que tal vez nos mandara a todos a pique, amigos y enemigos, más bien que a quienes querían encontrar una manera de mover el navío en las condiciones del momento... El caso es que un gaviero, un tal Slim, John Slim, no sé si porque había sufrido una insolación o por otra cosa, empezó a entretenerse con una cafetera. Si el vapor levanta la tapa de la cafetera, deúa John Slim, entonces nuestra nave, si estuviese hecha como una cafetera, también podría andar sin velas... Era un razonamiento un poco inconexo, hay que reconocerlo, pero tal vez estudiándolo un poco más se le podía encontrar algún sentido. Pero qué va: le arrojaron al mar la cafetera, y poco faltó para que lo arrojasen a él también. Esas historias de cafeteras, empezaron a decir, eran poco menos que ideas de papistas... en España es donde café y cafeteras son una costumbre, no entre nosotros... Bueno, yo no entendía nada, pero con tal de que se movieran y aquel escorbuto que seguía liquidando gente...

-Y entonces, tío Donald -exclamábamos nosotros los ojos brillantes de impaciencia, tomándolo de las muñecas y sacudiéndolo-, sabemos que os salvasteis, que derrotasteis al galeón español, ¡pero explícanos cómo fue, tío Donald!

-¡Ah, sí, en el galeón tampoco es que fueran todos del mismo parecer, ni en sueños! Se veía, observándolos con el catalejo, que también allí estaban los que querían moverse, unos contra nosotros a cañonazos, y los que habían comprendido que no había otro camino más que unírsenos, porque la superioridad de la flota de isabel haría renacer un comercio de un tiempo a esta parte languideciente... Pero tampoco allí los oficiales del almirantazgo español querían que se moviese nada, ¡por favor! Sobre ese punto, los jefes de nuestra nave y los de la nave enemiga, aun odiándose a muerte, estaban completamente de acuerdo. De modo que como la bonanza no daba señales de terminar, se empezaron a mandar mensajes con los banderines de una nave a la otra, como si se quisiera abrir un diálogo. Pero no se iba más allá de un «¡Buenos días! ¡Buenas noches! iBuen tiempo tenemos, eh!» y otras cosas por el estilo...

-¡Tío Donald! ¡Tío Donald! ¡No te duermas, por favor! ¡Dinos cómo empezó a moverse la nave de Drake!

-¡Eh, eh, que no soy sordo! Entendedme, fue una bonanza que nadie se esperaba que durase tanto, incluso años, allí en el mar de las Antillas, y con un bochorno, un cielo pesado, bajo, que parecía que iba a estallar en un huracán. Nosotros chorreábamos sudor, todos desnudos, trepados a las jarcias, buscando un poco de sombra bajo las velas recogidas. Todo estaba tan inmóvil que incluso los más ansiosos de cambio y novedad estaban también inmóviles, uno en lo alto del mástil de juanete, otro en el palo mayor, otro montado en el penol, hojeando en cuclillas atlas o cartas de navegación...

-¡Y entonces, tío Donald! -nos arrojamos de rodillas a sus pies, le suplicábamos con las manos juntas, lo sacudíamos por los hombros, gritando-: ¡Dinos cómo terminó, en nombre del cielo! ¡No podemos esperar más! ¡Continúa tu cuento, tío Donald!

COMENTARIO DEL AUTOR A ESTE CUENTO VEINTIDOS AÑOS DESPUES

He releído «La gran bonanza de las Antillas». Tal vez sea la primera vez que releo este cuento desde entonces. No lo encuentro envejecido, y no sólo porque se sostiene como cuento en sí, independientemente de la alegoría politica, sino porque el contraste paradójico entre lucha enearnizada e inmovilidad forzada es una situación típica, tanto político-militar como épico-narrativa, tan vieja por lo menos como la Ilíada, y resulta natural referirla a la propia experiencia histórica. Como alegoría de la política italiana, pensando que han pasado veintidós años y que los dos galeones están siempre ahí, enfrentándose, la imagen resulta aún más angustiosa. Es cierto que estos veintidós años no han sido en modo alguno de inmovilismo para la sociedad italiana, que se ha transformado más que en los cien años precedentes. Y la época en que vivimos no se puede definir ciertamente como de «bonanza». En este sentido no se puede decir que la metáfora corresponda ya a la situación; pero, ¡cuidado!, también entonces sólo forzando un poco las cosas se podía hablar de bonanza: eran años de una tensión social dura, de luchas arriesgadas, de discriminaciones, de dramas

Librodot

colectivos e individuales. La palabra «bonanza» tiene un tono bonachón que en nada condice con el clima de entonces ni con el de ahora; pero sí condice con la atmósfera pesada, amenazadora, enervante de las bonanzas oceánicas para los barcos de vela tal como las representan las novelas de Conrad y de Melville, de las que evidentemente deriva mi cuento. Por lo tanto la suerte que tuvo mi metáfora en el periodismo político italiano se explica por el hecho de que dice algo más que cualquier término del lenguaje político por ejemplo «inmovilismo». Es el impasse de una situación de lucha, de antagonismo irreconciliable, a la que corresponde un inmovilismo en el interior de los dos campos connatural al campo «español», por cuanto coincide con sus programas y sus fines; mientras que en el campo «pirata» se da la contradicción entre la vocación de la «guerra de corsarios» con su correspondiente ideología («las normas de navegación de la flota del almirante Drake») y una situación en la que recurrir a cañonazos y abordajes, además de imposible, sería contraproducente, suicida... En el cuento yo no proponía soluciones -así como no podria proponerlas hoy- pero trazaba una especie de catálogo de las actitudes posibles. Había dos estados mayores antagonistas, unidos en la voluntad de mantener la situación con un mínimo de cambios posibles (por motivos opuestos pero en modo alguno carentes de fundamento) en el interior de las respectivas naves sobre todo, y fuera, en el equilibrio de fuerzas. (En este sentido, desde luego, no se puede negar que los ha habido, sobre todo en el Partido Comunista y en la izquierda en general, pero también en la Democracia Cristiana, si no por otra cosa, por decocción.) Además estaban los partidarios del choque, de un lado y del otro, movidos por motivaciones más temperamentales que estratégicas; y los partidarios del diálogo, de un lado y del otro. (La evolución de estas dos polaridades corresponde a cuanto se ha verificado en la realidad, ya sea como política de los grandes entendimientos, ya como presión revolucionaria, siempre sin desplazar mucho la situación pero dando sin embargo una ilusión de actividad.) Está también la perspectiva apocalíptica (¡un huracán que quizá nos mandara a todos a pique!), alusión a las discusiones sobre la perspectiva de una guerra atómica que justamente en ese momento separaba a los soviéticos, que la presentaban como el fin de la civilización, de los chinos que tendían a minimizar sus peligros. Característico también del momento en que fue escrito el cuento es la referencia al desarrollo tecnológico del que se esperaba entonces que viniera una solución (se hablaba mucho de «automatización» como algo que cambiaría radicalmente los datos del problema). Pero la invención de la máquina de vapor que yo evocaba tal vez haya quedado en la etapa del pirata que juega con la cafetera.

Algunas precisiones «históricas»: no puedo establecer ahora la fecha exacta en que escribí el cuento; recuerdo que el número de *Città Aperta* tardó mucho en salir, por lo tanto el cuento es fechable unos meses antes, cuando todavía estaba yo en lo vivo de las discusiones internas para la renovación del Partido Comunista Italiano. Dentro del mundo implicado en este debate, mi cuento encontró en seguida aceptación entre los panidarios de un revisionismo, tanto de derecha como de izquierda: lo mismo «revolucionarios» que «reformistase, veían en él sus propias razones; pero es preciso decir que por entonces los dos campos no estaban siempre claramente delineados. Cuando salió el número de *Città Aperta*, mi cuento apareció en el Espresso y tuvo una difusión general. Y Avanti le dedicó un artículo de fondo, a continuación una publicación de extrema izquierda, *Azione Comunista*, presentó una parodia del cuento, relacionándolo con situaciones y personas precisas. A esta parodia, y en el mismo tono de polémica personal, Maurizio Ferrara respondió con otra parodia en Rinascita firmando «Little Bald». Pero entre tanto, en el verano de 1957, yo había presentado al Partido Comunista mi dimisión y «La gran bonanza» fue considerado una especie de mensaje que la acompañaba, lo cual no era así porque correspondía a una fase anterior.

Librodot

La tribu que mira al cielo (1957)

Las noches son espléndidas y los misiles atraviesan el cielo de verano.

Nuestra tribu vive en cabañas de paja y barro. Al oscurecer, después de recoger los cocos, cansados, nos quedamos en los umbrales, unos sentados sobre los talones, otros en una estera, los niños de barrigas redondas como globos juegan en el suelo, y contemplamos el cielo. Desde hace mucho tiempo, quizá desde siempre, los ojos de nuestra tribu, nuestros pobres ojos inflamados por el tracoma, están clavados en el cielo, pero especialmente desde que en la bóveda estrellada, sobre nuestra aldea, corren nuevos cuerpos celestes: aviones de reacción con su estela blanquecina, discos voladores, cohetes, y ahora esos misiles atómicos teledirigidos, tan altos y veloces que ni siquiera se ven o se oyen, pero prestando mucha atención se puede percibir en el centelleo de la Cruz del Sur algo como un estremecimiento, un sollozo, y entonces los más expertos dicen: «Por ahí ha pasado un misil a veinte mil kilómetros por hora; un poco más lento, si no me equivoco, que el que pasó el jueves».

Y desde que ese misil está en el aire, muchos de nosotros sienten una extraña euforia. Algunos de los brujos de la aldea han dado a entender, muy por lo bajo, que estos bólidos surgen del otro lado del Kilimanjaro, y que ese es el signo anunciado por la Gran Profecía, y por eso la hora prometida por los dioses se acerca, y tras siglos de semdumbre y de miseria, nuestra tribu reinará en todo el valle del Gran Río, y la sabana inculta dará sorgo y maíz. Por lo tanto -parecen sobrentender estos brujos- no hay que ponerse a soñar con nuevos sistemas para salir de nuestra situación: confiemos en la Gran Profecía, reunámonos en torno a sus únicos verdaderos intérpretes, sin pedir más.

Es preciso decir, sin embargo, que aunque seamos una pobre tribu de cosechadores de cocos, estamos bien informados de todo lo que sucede: sabemos qué es un misil atómico, cómo funciona, cuánto cuesta; sabemos que no sólo las ciudades de los sahibs blancos serán segadas como campos de sorgo, sino que a poco que se pongan a dispararlós, toda la corteza de la Tierra quedará rajada y esponjosa como una termitera. Que el misil es un arma diabólica nadie lo olvida jamás, ni siquiera los brujos; más aún, continúan. según la enseñanza de los Dioses, proferiendo maldiciones contra él. Pero esto no quita que sea cómodo considerarlo también, en el buen sentido, como el bólido de la profecía; tal vez sin detener demasiado el

Librodot

pensamiento en él, pero dejando en la mente una rendija abierta a esa posibilidad, porque así desaparece también toda preocupación.

Lo malo es que -ya lo hemos visto muchas veces- después de aparecer en el cielo de nuestra aldea, desde hace un tiempo, alguna cosa diabólica que proviene del otro lado del Kilimanjaro, como quiere la profecía, aparece otra desde el lado opuesto, todavía peor, y sale disparada para desaparecer del otro lado de la cresta del Kilimanjaro: señal infausta, pues, y las esperanzas de la proximidad de la Gran Hora quedan defraudadas. Así, con sentimientos alternados, escrutamos el cielo cada vez más armado y mortífero, como en otros tiempos leíamos el destino en el curso sereno de los astros o de errantes cometas.

En nuestra tribu no se discute más que de cohetes teledirigidos y mientras tanto seguimos armados de rústicas hachas y lanzas y cerbatanas. ¿Por qué preocuparse? Somos la última aldea en el confín de la jungla. Aquí entre nosotros nada cambiará antes de que suene la Gran Hora de los profetas.

Y sin embargo también aquí ha pasado el tiempo en que de vez en cuando un comerciante blanco venía en su piragua a comprar cocos, y a veces nos estafaba en el precio, a veces éramos nosotros los que le hacíamos lo propio; ahora está la Coccobello Corporation que compra toda la cosecha en bloque e impone los precios, y estamos obligados a recoger cocos a ritmo acelerado, en cuadrillas que se alternan día y noche para llegar a la producción prevista en el contrato.

No obstante, hay entre nosotros quien dice que los tiempos prometidos por la Gran Profecía están más maduros que nunca, y no por obra de los presagios celestes sino porque los milagros anunciados por los dioses son ahora otros tantos problemas técnicos que sólo nosotros podremos resolver y no la Coccobello Corporation. ¡Nada más que eso! ¡Entre tanto, quién toca a la Coccobello! Sus agentes, en las oficinas de los dochs a orillas del Gran Río con los pies apoyados en la mesa y el vaso de whisky en la mano parece que sólo tuvieran miedo de que este nuevo misil fuese más grande que el otro, en fin, que también ellos es de lo único que hablan. Hay coincidencia, en eso, entre lo que dicen ellos y lo que dicen los brujos: ien la potencia de los bólidos celestes es donde reside todo nuestro destino!

También yo, sentado en el umbral de la cabaña, miro estrellas y cohetes que aparecen y desaparecen, pienso en las explosiones que envenenan los peces del mar, y en las reverencias que se hacen, entre una explosión y otra los que deciden las explosiones. Quisiera entender más: ciertamente la voluntad de los dioses se manifiesta en estas señales, y en ellas está incluida también la ruina o la fortuna de nuestra tribu... Pero hay una idea que nadie me quita de la cabeza: que a una tribu que se fia sólo de la voluntad de los bólidos celestes, por bien que le vaya, siempre le darán por sus cocos menos de lo que valen.

Librodot

Monólogo nocturno de un noble escocés

En la nota en tercera persona que acompaña la publicación de este cuento en L'Expresso (25-4-1958) se dice, sin duda por sugerencia del autor: «En este apólogo el escritor Italo Calvino da su opinión sobre la situación italiana en vísperas de las elecciones. Se trata de un cuento en clave. En los Mac Dickinson (episcopalianos) están representados los democristianos; en los Mac Connolly (metodistas), los comunistas; en los Mac Ferguson resbiterianos), los laicos. El noble escocés es uno de ellos Hemos pecado, dice en sustancia Calvino, porque siempre nos hemos negado a considerar nuestras guerras como guerras de religión haciéndonos la ilusión de que así era más fácil llegar a un compromiso». (N del E)

El aire que entra por la ventana amenaza constantemente con apagar la vela. Pero no puedo permitir que la oscuridad y el sueño invadan la habitación, y tengo que dejar la ventana abierta para vigilar el brezal que en esta noche sin luna es una informe extensión de sombras. No hay ninguna luz de antorchas o linternas, por lo menos a dos millas de distancia, es seguro, ni se oye otro ruido que el canto del urogallo y el paso de los centinelas en las explanadas de nuestro castillo. Una noche como muchas otras, pero el asalto de los Mac Dickinson podría sorprendernos antes de clarear el alba. He de pasar la noche en vela, retlexionando en la situación en que nos hallamos. Hace un momento subió a verme Dugald, el más viejo y fiel de mis hombres, y me expuso su caso de conciencia: es miembro de la Iglesia episcopaliana, como gran parte de los campesinos de esta región, y su obispo ha obligado a todos los fieles a ponerse en el bando de la familia Mac Dickinson, prohibiendo que empuñen armas a favor de cualquier otro clan. Nosotros los Mac Ferguson pertenecemos a la Iglesia presbiteriana, pero por vieja tradición de tolerancia no hacemos cuestión de religión entre nuestra gente. Contesté a Dugald que lo dejaba libre para obrar según su conciencia y su fe, pero no pude menos que recordarle cuánto deben él y los suyos a nuestra familia. Vi alejarse a aquel rudo soldado con las lágrimas deslizándose por sus blancos bigotes. No sé todavía qué ha decidido. Es inútil ocultárnoslo: la secular rencilla entre nuestra familia Mac Ferguson y el clan de los Mac Dickinson va a desembocar en una guerra de religión.

Librodot

Desde el comienzo de los tiempos los clanes del altiplano arreglan sus cuentas en el respeto de las viejas, buenas usanzas escocesas: toda vez que nos es posible, vengamos el asesinato de nuestros parientes asesinando a miembros de las familias rivales y tratamos unos y otros de ocupar o devastar territorios y castillos ajenos, pero la ferocidad de las guerras de religión había perdonado hasta ahora este rincón de Escocia. Sí, es cierto, todos sabemos que la Iglesia episcopaliano siempre ha apoyado abiertamente a la familia Mac Dickinson, y si hoy estas pobres tierras del altiplano sufren más por los saqueos de los Mac Dickinson que por el granizo, lo debemos al hecho de que el clero episcopaliano siempre ha hecho su real gana. Pero desde el día en que los mayores enemigos de los Mac Dickinson y del Episcopado fueron los Mac Connolly que, como secuaces de la perniciosa secta metodista, piensan que se debe perdonar a los campesinos que no pagan los arriendos y si continúan así, terminaremos distribuyendo tierras y haberes a los pobres, todos los que pertenecemos a los clanes enemigos de los Mac Dickinson preferimos hacer la vista gorda. Desde todos los púlpitos episcopalianos, durante el servicio los ministros prometían el infierno a los Mac Connolly y a quienquiera que hubiese portado sus armas o solamente servido a su linaje, y nosotros los Mac Ferguson, o Mac Stewart, o Mac Burton, buenas familias presbiterianas, lo dejábamos pasar. Es cierto que los Mac Connolly tenían su responsabilidad en este estado de cosas. ¿Acaso no fueron ellos, cuando su clan era mucho más poderoso que ahora, quienes reconocieron al clero episcopaliano los viejos privilegios de los diezmos sobre nuestro territorio? ¿Por qué lo hicieron? Porque -dijeron ellos- según su religión las cosas importantes no eran aquellas (formalidades o poco más) sino otras más sustanciales; o porque -decimos nosotros- creían sabérselas todas, aquellos condenados metodistas, y dar por las narices a todo el mundo. La suerte quiso que al cabo de pocos años las cosas se torcieran para ellos. Nosotros, por nuestra parte, no podemos alzar la voz, claro está. Eramos entonces aliados de los Mac Dickinson, nos ocupábamos de reforzar la potencia de su clan porque eran los únicos que podían hacer frente a los Mac Connolly y sus famosas ideas sobre los tributos de las cosechas de avena. Y cuando veíamos en el centro de una plaza de pueblo a un hombre de los Mac Connolly a quien los episcopalianos habían echado el lazo al cuello como criatura del demonio, no desviábamos nuestros caballos porque eran historias que no nos concernían.

Ahora que las gentes de los Mac Dickinson se enseñorean de cada aldea y de cada hostería con prepotencia y abusos, y ya nadie puede andar por los caminos reales de Escocia sin sus franjas de colores en el faldellín, la Iglesia episcopaliana empieza a lanzar anatemas contra nosotros, familias de recta fe presbiteriana y a instigar contra nosotros a nuestros campesinos y hasta a nuestras cocineras. Ya se sabe a qué apuntan: a aliarse tal vez con los clanes de los Macduff o de los Mac Cockburn, viejos partidarios del rey Jacobo Estuardo, papistas que por ahí andan, sacándolos de sus castillos de la montaña, que compartían cen las cabras, para vivir ahora como bandidos.

¿Será la guerra de religión? Pero no hay nadie, ni siquiera los episcopalianos más beatones, que crea que luchar por esos comebistecs que son los Mac Dickinson, capaces de beber pintas de cerveza incluso el domingo, equivalga a luchar por la fe. Entonces ¿qué quieren? Tal vez piensen que esto entra en los designios de Dios, como el cautiverio en Egipto. ¡Pero a la progenie de Isaac no se le pidió que luchara por los faraones, aunque Dios quería que bajo la férula de los faraones sufrieran tanto tiempo! Nosotros los Mac Ferguson, si llega a haber guerra de religión, la aceptaremos como una prueba para consolidar nuestra fe. Pero sabemos que en esta costa los fieles de la justa Iglesia de Escocia son una minoría selecta, y podría ser que Dios -¡el Señor no lo permita!- lo hubiese elegido para el martirio. He retomado la Biblia, que en estos meses de frecuentes correrías enemigas había descuidado un poco y la voy hojeando a la luz de la vela, sin perder de vista allá abajo el brezal por donde ahora rumorea el viento, como siempre poco antes del alba. No, no, no llego a entenderlo; si Dios se entromete en nuestras cuestiones familiares escocesas -y en el caso de una guerra de religión, tendrá que ocuparse- quién sabe qué pasará; cada uno de nosotros tiene sus intereses y sus pecados, los Mac Dickinson más que nadie, y la Biblia está ahí

Librodot

explicándonos que Dios persigue siempre una finalidad diferente de la que los hombres se esperan.

Tal vez hemos pecado justamente en esto, porque siempre nos hemos negado a considerar nuestras guerras como guerras de religión, ilusionándonos con que así podríamos arreglarnos mejor para aceptar compromisos cuando nos conviniese. Hay demasiado espíritu de acomodo en esta parte de Escocia, no hay clan que no luche sin segundas intenciones. Que nuestro culto se administre a través de la jerarquía de esta iglesia o de aquélla, o en la comunidad de los fieles, o en el fondo de nuestras cenciencias, nunca nos ha importado demasiado.

Ahora veo que allá, en el límite del brezal, las antorchas se multiplican. También nuestros centinelas las han descubierto: oigo el pífano que da la señal de alarma desde lo alto de la torre. ¿Cómo terminará la batalla? Tal vez nos ha llegado a todos la hora de expiar nuestro pecado: no hemos tenido coraje bastante para ser nosotros mismos. La verdad es que entre todos nosotros, presbiterianos episcopalianos metodistas, no hay nadie en esta parte de Escocia que crea en Dios: nadie, digo, nobles o clero o arrendatarios o siervos, que crea de verdad en aquel Dios cuyo nombre está siempre en todos los labios. Ahora las nubes palidecen en oriente. ¡Hola, despertad! ¡Rápido, ensillad mi caballo!

Librodot

Un espléndido día de marzo

Lo que más me turba en esta espera -ahora estamos todos aquí, bajo los pórticos del Senado, cada uno en su lugar, Metello Cimbro con la súplica que debe presentarle, detrás, Casca que asestará el primer golpe, Bruto allí, bajo la estatua de Pompeyo; y es casi la hora quinta, no debería tardar-, lo que más me turba no es este frío puñal oculto aquí bajo la toga, o la ansiedad de saber qué imprevisto podría desbaratar nuestros planes, ni el temor de un espía, ni la incertidumbre del después: es sólo ver que es un espléndido día de marzo, un día de fiesta como todos los otros, y que las gentes salen de paseo, les importa un bledo la república y los poderes de César, las familias van al campo, la juventud asiste a las carreras de carros, las muchachas llevan esas vestiduras que caen rectas, una nueva manera de dejar adivinar con más malicia las formas. Nosotros aquí entre estas columnas silbando, fingiendo discurrir con desenvoltura, tenemos un aire más sospechoso que nunca, me parece a mí; pero ¿a quién se le ocurriría? Todos los que pasan por la calle están a mil leguas de pensar en estas cosas y es un día espléndido, todo está tranquilo.

Cuando nos arrojemos, desenvainados los puñales, allí, sobre el usurpador de las libertades republicanas, nuestros actos tendrán que ser rápidos como relámpagos, secos y al mismo tiempo furiosos. Pero ¿lo conseguiremos? En estos días todo ha cobrado un ritmo tan lento, estirado, aproximativo, fláccido, día a día el Senado va renunciando a sus prerrogativas, César siempre como a punto de ponerse la corona pero sin prisa, la hora decisiva parece estar por sonar a cada momento pero siempre hay un aplazamiento, otra esperanza u otra amenaza. Estamos todos empantanados en el mismo charco, incluso nosotros: ¿por qué hemos esperado a los Idus para llevarlo a la práctica. ¿No podíamos haber actuado ya en las Calendas de marzo? Y si en esas estamos, ¿por qué esperar a las Calendas de abril? Oh, no, no imaginábamos así la lucha contra el tirano, nosotros, jóvenes educados en las virtudes republicanas: recuerdo ciertas noches con algunos que ahora están conmigo bajo este pórtico, Trebonio, Ligario, Decio, cuando estudiábamos juntos, y leíamos la historia de los griegos, y nos veíamos liberando nuestra ciudad de la tiranía: pues bien, eran sueños de días dramáticos, tensos, bajo cielos fulgurantes, de tumultos agitados, de luchas mortales, de este lado o de aquél, por la libertad o por el tirano; y nosotros, los héroes, tendríamos al pueblo de nuestro lado, sosteniéndonos, y después de las rapidísimas batallas, saludándonos vencedores. Pero nada de eso: tal vez los historiadores futuros hablarán, como de costumbre, de quién sabe qué presagios en los cielos tormentosos o en las vísceras de las aves; pero sabemos que es un marzo apacible, con algún chaparrón de vez en cuando, las otras noches un poco de viento que arrancó algún techo de paja en los suburbios. ¿Quién diría que esta mañana mataremos a César (o César a nosotros los dioses no lo permitan)?

¿Quién creería que la historia de Roma está a punto de cambiar (para mejor o para peor, lo decidirá el puñal) en un día perezoso como éste?

El temor que me asalta es que, los puñales apuntando contra el pecho de César, también nosotros empecemos a aplazar, a sopesar el pro y el contra, a esperar su respuesta, a decidir qué contrapropuesta hacemos, y que entre tanto las hojas de los puñales empiecen a colgar blandas como lenguas de perro, que se derritan como serpientes de mantequilla contra el pecho altanero de César.

Pero ¿por qué también a nosotros termina por parecernos tan extraño encontrarnos aquí haciendo lo que debemos hacer? éNo hemos oído repetir toda la vida que las libertades de la república son lo más sagrado? ¿No estaba dirigida toda nuestra vida cívica a vigilar contra quien quisiera usurpar los poderes del Senado y de los cónsules? Y ahora que ha llegado el momento, todos, en cambio, los propios senadores, los tribunos e incluso los amigos de Pompeyo, y los doctos que más venerábamos como el propio Marco Tulio, empiezan a hacer distingos, a decir que sí que César destruye el orden republicano, que se vale de la prepotencia de los veteranos, que perora sobre las dignidades divinas que le

Librodot

corresponderían, pero que es también hombre de glorioso pasado, y que para hacer la paz con los bárbaros tiene más autoridad que nadie, y que la crisis de la república sólo él puede resolverla, y en fin, que entre muchos males, César es el mal menor. Y para la gente, César está muy bien o les importa un rábano, es el primer día de fiesta en que el buen tiempo primaveral empuja a las familias romanas a salir al campo con las cestas de provisiones, el aire es suave. Tal vez ya no sea tiempo para nosotros, amigos de Casio y de Bruto; creíamos pasar a la historia como héroes de la libertad, nos imaginábamos con el brazo alzado en gestos estatuarios, y en cambio no hay más posibilidades, los brazos se nos quedarán entumecidos, las manos se abrirán a medio camino en movimientos cautelosos, diplomáticos. Todo se está prolongando más de lo debido: también César tarda en llegar, nadie tiene ganas de hacer nada esta mañana, esa es la verdad. El cielo está apenas veteado por tenues copos de nubes, y las saetas de las primeras golondrinas giran alrededor de los pinos. En las calles estrechas las ruedas golpean ruidosas el pavimento y chirrían en las curvas.

Pero ¿qué ocurre en aquella puerta? ¿Qué es aquel grupo de personas? ¡Me distraje con mis pensamientos y César ha llegado! Ahora Cimbro le tira de la toga, y Casca, Casca ya retira el puñal rojo de sangre, todos le caen encima, ah, ahora Bruto, que hasta el momento se mantuvo aparte como absorto, se precipita también, parece que todos se desplomaran por los peldaños, César ha caído, el gentío me sostiene, ahora también yo alzo el puñal, golpeo, y veo abrirse Roma abajo con sus muros rojos al sol de marzo, los árboles, los carros pasan veloces sin saber nada, y una voz de mujer canta en una ventana, una tabla anuncia el espectáculo del circo, y al retirar el puñal siento como un vértigo, una sensación de vaúo, de estar solos, no aquí en Roma, hoy, sino de quedamos solos después, en los siglos venideros, el temor de que no entiendan lo que hemos hecho, de que no sepan repetirlo, de que permanezcan lejanos e indiferentes como este espléndido y tranquilo día de marzo.

La noche de los números

Librodot

La oscuridad de la noche se mete en las calles y en las avenidas, llena de negro los intersticios entre las hojas de los árboles, puntúa de chispas el recorrido de las antenas de los tranvías, se abre en un cono difuminado sobre las puntuales farolas, enciende la fiesta de los escaparates y más arriba en las fachadas de las casas subraya la discreción de las cortinas en las ventanas familiares. Pero en los entresuelos y en los primeros pisos, anchos rectángulos de luz sin reparo revelan los misterios de las oficinas de las mil empresas de la ciudad. La jornada de trabajo llega a su término. De los rodillos de las máquinas de escribir alineadas en fila se desenrollan y separan del papel carbón las últimas páginas; en los escritorios de los jefes se depositan los dossiers de la correspondencia por firmar, las dactilógrafas enfundan las máquinas y se encaminan al guardarropa o con los abrigos puestos hacen cola para marcar la hora de salida en el reloj. Todo queda desierto. Las ventanas muestran ahora una serie de salas vacías, inmersas en la blancura de cal de los tubos fluorescentes que reverbera en las paredes divididas en zonas de colores alegres, en los escritorios brillantes y desnudos, en los equipos mecanográficos que terminado el pataleo de sus encarnizados esfuerzos por pensar, duermen de pie como los caballos. Y entonces ese escenario geométrico se puebla repentinamente de mujerucas de mediana edad, empaquetadas en batas de flores verdes y escarlatas, con pañuelos atados a la cabeza, o peinadas con moño, o con pañoletas y faldas demasiado cortas de las que salen piernas hinchadas con medias de lana y pies en pantuflas de fieltro. La noche de la contabilidad engendra brujas. Empuñan escobas y escobillones y se lanzan por aquellas lisas superficies para trazar sus signos cabalísticos.

En el marco de una ventana, la cara pecosa de un chico, con una cresta hirsuta de pelo negro, aparece y pasa corriendo, reaparece en la ventana siguiente, en la próxima, en otra más, como un pez luna en un acuario. Ahora se detiene en el ángulo de una ventana, y en ese momento se desenrolla de golpe la persiana, y en el rectángulo luminoso del acuario desaparece. Una dos tres cuatro, sobre todas las ventanas cae la oscuridad y en cada una lo último que se ve es la mueca de pez luna de su carita.

-¡Paolino! ¿Has bajado todas las persianas?

Aunque por la mañana Paolino tiene que levantarse temprano para ir a la escuela, su madre lo lleva consigo todas las tardes para que ayude un poco y aprenda a trabajar. A esa hora una suave nube de sueño empieza a pesarle en los párpados. Entrar desde las calles ya oscuras en aquellas habitaciones desiertas y llenas de luz le produce una especie de aturdimiento. Incluso las lámparas de mesa han quedado encendidas, inclinando las pantallas verdes en lo alto de los largos cuellos plegables hacia el plano brillante del escritorio. Paolino, al pasar, aprieta el conmutador de cada una para apagarlas y atenuar la claridad.

-¿Qué haces? ¿Te parece que es hora de jugar? ¡Ven a echarme una mano! ¿Has bajado las persianas?

Con un movimiento brusco Paolino suelta las persianas que se desenrollan de golpe. Desaparece la oscuridad de la noche allí afuera, el halo de las farolas, la amortiguada claridad de las ventanas lejanas del otro lado de la avenida y no queda otro mundo que esta caja de luz. A cada crujido de persiana Paolino va como despertando de su sopor: pero es como cuando uno sueña que despierta y no hace sino entrar en otro sueño más profundo todavía.

-Mamá, ¿puedo ir a hacer Ia ronda de las papeleras?

-¡Sí, muy bien, coge la bolsa y anda!

Paolino coge la bolsa y va a hacer la ronda de las oficinas para vaciar los cestos de papeles. La bolsa es más grande que él y Paolino la arrastra haciéndola deslizar por el pavimento. Camina despacio para que la ronda dure lo más posible: en toda la noche es el mejor momento para Paolino. Delante de sus oJos se abren salones con filas de máquinas calculadoras y clasificadores todos iguales, habitaaones con escritorios prèstigiosos cargados de teléfonos e interfonos y teclados. Le gusta dar vueltas solo hasta identifìcarse con aquellos útiles metálicos, en aquellas esquinas en ángulo recto, hasta olvidar todo lo demás, y sobre todo no tener en las orejas la charla de su madre y la señora Dirce.

Librodot

La diferencia entre la señora Dirce y la madre de Paolino es que la señora Dirce está muy compenetrada con el hecho de que hace la limpieza en las oficinas de la Sbav, mientras que a la madre de Paolino le da igual limpiar una empresa o una cocina o una trastienda.

La señora Dirce conoce los nombres de todas las oficinas.

-Y ahora vamos a contabilidad, señora Pensotti -le dice a la mamá de Paolino.

-¿Qué hay allí? -pregunta la señora Pensotti, una mujer baja y gorda que ha llegado hace poco de su pueblo.

En cambio la señora Dirce es alta y flaca, llena de gravedad, y lleva una especie de quimono. De la empresa conoce todos los secretos, y la madre de Paolino la escucha con la boca abierta.

-Mire qué desordenado es el doctor Bertolenghi, parece imposible -dice-, ¿cómo no han de ir mal las exportaciones, con esta confusión...

La madre de Paolino le tira de una manga:

-¿Pero quién es.... Pero deje así... ¿Qué está tocando, señora Dirce? ¿No sabe que en las mesas, si no está despejado, no tenemos que limpiar? Apenas un plumerazo al teléfono para quitar lo más gordo...

La señora Dirce mete la nariz hasta en los papeles, coge una carta, se la acerca a los ojos porque es miope y dice:

-Oiga, escuche un poco, trescientos mil dólares dice aquí... ¿Sabe cuánto son trescientos mil dólares, señora Pensotti?

A Paolino las dos mujeres le parecen algo disonante, una ofensa a la compostura de la oficina. Le atacan los nervios, tanto la una como la otra: la señora Dirce es una petulante, ridícula cuando para desempolvar las teclas del interfono o los tiradores de los cajones se sienta en el sillón de un jefe y allí, moviendo su trapo, le da por adoptar una expresión de jefe que atiende a una tarea importante; y también su madre, siempre la misma campesina que desempolva las calculadoras como si acomodara a los animales en el establo.

Cuanto más se aleja de ellas y se mete en las oficinas desiertas, los ojos de Paolino achicados por el sueño dilatan aquel horizonte desnudo y cuadriculado, y le gusta pensarse como una hormiga, un ser casi invisible que recorre una tierra desierta y lisa de linóleo, entre brillantes montañas cortadas a pico y bajo un cielo chato y blanco. Entonces siente una desazón y para darse ánimo busca alrededor señales de vida humana, siempre diversa e inarmónica. Debajo del vidrio de una mesa -seguramente de una empleada- hay una fotografia de Marlon Brando; en un alféizar otra tiene un cacharrito con bulbos de narciso; en una cesta hay una revista ilustrada; en otra un cuaderno de notas lleno de monigotes dibujados a lápiz; el taburete de una dactilógrafa huele a violetas, en un cenicero hay papelitos plateados de bombones de licor. Así es, basta atender a estos detalles y el temor de ese desierto geométrico desaparece, pero Paolino se siente casi humillado, como si fuera una cobardía suya, porque justamente es lo que más le impresiona lo que quiere y debe hacer suyo.

Hay una sala llena de máquinas. Ahora están todas paradas, pero una vez Paolino las vio trabajar con un zumbido continuo y soltar constantemente espesos pliegos perforados como élitros de insectos; y un hombre con un guardapolvo blanco de cirujano que manejaba las máquinas se detuvo a hablar con Paolino.

-Llegará el día en que las oficinas funcionarán sólo así -le había dicho, sin necesidad de nadie, ni siquiera de mí.

Paolino corrió en seguida hasta la señora Dirce.

-¿Sabe qué fabrican esas máquinas? -le preguntó, esperando cogerla en falta; el hombre del guardapolvo blanco acababa de explicarle justamente que esas máquinas no fabrican nada, pero dirigen todos los negocios de la firma, controlan las cuentas, saben todo lo que ha sucedido y lo que va a suceder.

Librodot

-¿Esas? -había dicho la señora Dirce-. Esas no sirven ni siquiera como trampas para ratones, lo digo yo. ¿Quieren que les cuente una cosa? La representación de esas máquinas la tiene el cuñado del ingeniero Pistagna, que las hizo comprar a la firma. Eso mismo...

Paolino se había encogido de hombros: estaba claro que una vez más la señora Dirce no entendía nada: no sabía siquiera que esas máquinas conocen el pasado y el futuro, y que ellas solas harán funcionar las oficinas, desiertas y vacías como ahora, de noche. Y Paolino, arrastrando la bolsa de papeles, trata de imaginarse cómo será, de concentrarse en esa idea, lo más lejos posible de su madre y de la señora Dirce, pero siempre hay algo que se lo impide, como una presencia desentonada. ¿Qué es?

Está entrando en una oficina para vaciar las papeleras, cuando se oye un «¡Ah!» de miedo. Un empleado y una empleada, que se han quedado a trabajar fuera de horario, han visto asomar en el vano de la puerta su pelambre hirsuta como un puercoespín y ven venir al chiquillo de jersey a rayas rojas y verdes, arrastrando una gran bolsa. Paolino comprende con dolor que allí la presencia fuera de lugar es justamente la suya.

En cambio los empleados parecen en armonía con el ambiente. De los dos que se han quedado a hacer horas extraordinarias, ella es pelirroja, con gafas, él tiene el pelo reluciente de brillantina. El le dicta unos números y ella los escribe a máquina. Paolino se detiene a mirarlos. Para dictar el empleado siente la necesidad de caminar, pero se mueve entre las mesas como en un laberinto hecho de ángulos rectos. Vuelve a acercarse a la señorita, se aleja; los números llueven como una seca granizada, las teclas levantan y bajan los martillitos de la máquina, las manos del empleado tocan nerviosas el calendario de mesa, las bandejas, los respaldos de la sillas y todo lo que encuentran es metal. En cierto momento la señorita se equivoca, se detiene a borrar sobre el rodillo y entonces durante un instante todo adquiere un aire más suave, casi acariciante; el empleado repite lento la cifra, apoya una mano en el respaldo de la silla de ella, y ella arquea la espalda hasta rozar la mano de él, y sus miradas atenúan la fijeza de la atención continua y se demoran un momento la una en la otra. Pero la borradura ha terminado; ella vuelve al martilleo de las teclas, él a ametrallar con números; se separan, todo vuelve a ser como antes. Paolino tiene que ir a buscar la papelera; para fingir seguridad se pone a silbar. Los dos se interrumpen, alzan la mirada. Paolino señala la papelera. «Sí, ve.» Paolino se acerca poniendo la boca como si silbara, pero sin emitir ningún sonido. Involuntariamente los dos, mientras él se acerca a la papelera, hacen una pausa, y en esa pausa se van aproximando, sus manos se rozan, sus miradas en lugar de ir como flechas de aquí para allí se vuelven hasta encontrarse. Paolino abre lentamente la boca de la bolsa, levanta la papelera, el muchacho y la chica están por sonreírse. Con un gesto seco Paolino vuelca la papelera, da un manotazo en la base para hacer caer los papeles en la bolsa: el empleado y la señorita ya han vuelto a trabajar furiosamente, él a dictar rápido rápido, ella inclinada sobre la máquina con el pelo rojo cubriéndole la cara.

-¡Paolinol ¡Paolino! ¡Ven a aguantarme la escalera!

La madre de Paolino, subida a una escala de tijera, limpia los cristales. Paolino se acerca a sostenerle la escalera. La señora Dirce, moviendo el lampazo en el suelo hacia adelante y hacia atrás, encuentra criticable la falta de felpudos:

-A una empresa como ésta, ¿qué les costaba poner unos cuantos felpudos para que no entraran en las oficinas con los zapatos embarrados...? Pero para qué, si total aquí estamos siempre nosotras deslomándonos, y ay si no queda el suelo brillante...

-Bah, total el sábado enceramos, señora Dirce, ya verá qué bien queda... -dice la señora Pensotti.

-Oh, no le echo la culpa al doctor Uggero, sabe, señora Pensotti, hablo del ingeniero Pistagna, aquí en confianza...

Paolino no la escucha. Piensa en el muchacho y en la señorita. Cuando hacen horas extraordinarias después de la cena, entre hombres y mujeres se crea una atmósfera como si pasaran juntos por una prueba fuera de lo común. Trabajan fuerte, se diria, pero ponen en ello

Librodot

algo tenso, secreto. Paolino no sabría decirlo con palabras, pero hay algo que ha observado en los ojos de aquellos dos, y quisiera volver a verlos.

-Y sujétame la escalera, ¿estás dormido? ¿O quieres que me caiga?

Paolino empieza a mirar las gráficas colgadas en las paredes. Arriba abajo, arriba, arriba, un poco abajo, de nuevo arriba. ¿Qué representan? Tal vez se puedan leer silbando: una nota que sube sube, después una que baja, después una alta más larga. Trata de silbar el diseño de una gráfica: «Fi-fiii-fiii...», después de otra, de otra más. El resultado es una bonita melodía.

-¿Qué estás silbando, eres tonto? -grita la madre-. ¿Quieres que te dé una bofetada?

Paolino va ahora con la caja de basuras a vaciar todos los ceniceros. Vuelve a la oficina de aquellos dos. Ya no se oye el repiqueteo de la máquina. ¿Se habrán marchado? Paolino asoma la cabeza. La señorita se ha levantado, tiende hacia el Joven de la brillantina una mano curva como una garra con sus afiladas uñas pintadas; él estira un brazo como si quisiera cogerla por la garganta. Paolino se pone a silbar: le viene a los labios el motivo inventado poco antes. Se recomponen. «Oh, ¿eres siempre tú?» Ya se han puesto el abrigo y de pie se muestran ciertos papeles de un trabajo para el día siguiente.

-¡El cenicero! -dice Paolino.

Pero ellos no le hacen caso, dejan los papeles y se van. En el fondo del pasillo, él la toma del brazo.

A Paolino no le gusta que se hayan ido. Ahora no queda absolutamente nadie: sólo se oye el zumbido de la lustradora y la voz de su madre. Paolino atraviesa el salón del consejo de administración con su mesa de caoba brillante como un espejo, y los sillones de piel alrededor. Le gustaría tomar impulso, lanzarse de bruces sobre la mese, cruzarla de una punta a la otra resbalando, hundirse en un sillón y dormirse. Pero se limita a restregarla con uñ dedo y a mirar la huella húmeda como la estela de un barco, y a borrarla después frotándola con el codo del jersey.

El gran salón de contabilidad está dividido en muchos compartimentos. Se oye un repiqueteo que viene del fondo. Debe de haber todavía alguien que hace horas extraordinarias. Paolino va pasando de un compartimento a otro, pero es como un laberinto de pasillos todos iguales y el repiqueteo parece venir cada vez de un lugar diferente. Al final, en el último compartimiento descubre, inclinado sobre una vieja máquina de sumar, a un contable larguirucho, vestido con un jersey y una visera de celuloide verde en mitad del oblongo cráneo calvo. Para dar en las teclas el contable alza los codos con el movimiento de un pájaro batiendo las alas: parece exactamente un gran pájaro encaramado allí, con esa visera que es como un pico. Paolino está por vaciar el cenicero, pero el contable fuma y deja el cigarrillo en el borde justo en ese momento.

-Hola -dice el contable.

-Buenas noches -dice Paolino.

-¿Qué andas haciendo a estas horas? -El contable tiene una larga cara blanca, con la piel seca, como si nunca viese el sol.

-Vacío los ceniceros.

-De noche los chicos tienen que dormir.

-Estoy con mi madre. Somos de la limpieza. Empezamos ahora.

-¿Hasta qué hora estáis?

-Las diez y media, las once. A veces hacemos horas extraordinarias, por la noche.

-Lo contrario de nosotros, horas extraordinarias por la mañana.

-Sí, pero sólo una vez o dos por semana, cuando se encera. -En cambio, yo, horas extraordinarias, siempre. No terminare nunca.

-¿Qué?

-Las cuentas, hasta que den el resultado justo.

-¿No lo dan?

-Nunca.

Librodot

Quieto, empuñando la manivela de la sumadora, con los ojos en el angosto papel que se desenrolla hasta el suelo, el contable parece esperar algo de la fila de números que sube del rodillo, como sube el humo del cigarrillo apretado entre los labios en un hilo recto delante de su ojo derecho y encuentra la visera, se desvía, sigue subiendo hasta el globo de la lamparilla y forma una nube debajo de la pantalla.

«Ahora se lo digo», piensa Paolino. Y pregunta:

-Perdone, ¿pero no hay máquinas electrónicas que hacen todos los cálculos solas?

El contable guiña el ojo irritado por el humo.

-Todos equivocados -dice.

Paolino ha dejado el trapo y la caja de basuras y se apoya en la mesa del contable.

-¿Se equivocan esas máquinas?

El hombre de la visera menea la cabeza.

-No, desde antes, todo está equivocado desde antes. -Se levanta, el jersey es demasiado corto y la camisa le hace una arruga alrededor de la cintura. Coge la chaqueta del respaldo de la silla y se la pone-. Ven conmigo.

Paolino y el contable caminan entre los compartimentos. El contable es de paso largo y Paolino tiene que trotar detrás. Reconen todo el corredor; al llegar al fondo, el contable levanta una cortina: hay una escalera de caracol que baja. Está oscuro, pero el contable sabe dónde está el interruptor y enciende una débil lamparilla. Ahora bajan por la escalera de caracol a los subterráneos de la empresa. En los subterráneos hay una puertecita cerrada con un candado: el contable tiene la llave, abre. Dentro no debe de haber instalación eléctrica porque el contable prende un fósforo y sin buscar encuentra una vela y la enciende. Paolino no distingue bien, pero comprende que está en un lugar estrecho, en una especie de celda, y alrededor, amontonados en pilas que llegan hasta el techo, hay cartapacios, registros, papeles polvorientos, y seguramente de allí sale ese olor de moho.

-Todos estos son los viejos libros mayores de la firma -dice el contable- en cien años de su existencia. -Se estira para encaramarse a un taburete y abre un cuaderno angosto y largo, apoyado en un escritorio-. ¿Ves? Esta es la caligrafía de Annibale de Canis, el primer contable de la firma, el contable más diligente que jamás haya habido: mira cómo llevaba los registros.

Paolino recorre con la mirada las columnas de números en bella caligrafía inclinada, con pequeños rizos.

-Sólo a ti te muestro estas cosas: los otros no lo entenderían. Y alguien tiene que verlo: yo soy viejo.

-Sí, señor contable -dice Paolino, con un hilo de voz.

-Nunca hubo un contable como Annibale de Canis -y el hombre de la visera verde desplaza la vela, iluminando, sobre una pila de registros, junto a un viejo ábaco con sus varillas desvencijadas, la fotografia de un señor de bigotes y perilla, posando junto a un perro lobo-. Y sin emargo este hombre infalible, este genio, mira, el 16 de noviembre de 1884 -y pasa las páginas del libro mayor, abre donde hay como señal una pluma de ganso reseca-, aquí está: un error, un grosero error de cuatrocientas diez liras en una suma. -Al pie de la página, la cifra de la suma está ródeada por un garabato de lápiz rojo-. Nadie lo advirtió jamás, sólo yo lo sé, y eres la primera persona a quien se lo digo: ¡guárdatelo para ti y no lo olvides! Y aunque vayas por ahí diciéndolo, eres un niño y nadie te hará caso... Pero ahora sabes que todo está equivocado. En tantos años ese error de cuatrocientas diez liras, ¿sabes en qué se ha convertido? ¡En miles de millones! ¡Miles de millones! ¡Es inútil que hagan funcionar las calculadoras, los cerebros electrónicos y todo lo demás! ¡El error está en el fondo, en el fondo de todos sus números, y aumenta, aumenta, aumenta! -Habían cerrado el cuartito, subían por la escalera de caracol, recorrían de nuevo el corredor-. La firma se ha vuelto grande, enorme, con miles de accionistas, centenares de firmas asociadas, representaciones en el exterior de nunca acabar y todos mueven cifras equivocadas, no hay nada verdadero en ninguna de sus cuentas. Media ciudad está construida sobre estos errores,

Librodot

qué digo media ciudad: ¡media naciónl ¿Y las importaciones y exportaciones? ¡Todas equivocadas, todo el mundo arrastra este error, el único error cometido en su vida por el contable De Canis, aquel maestro, aquel gigante de la contabilidad, aquel genio!

El hombre se acerca al perchero y se pone el abrigo. Sin la visera verde, su cara se ve por un momento todavía más deslavada y triste, después queda a la sombra del ala del sombrero calado sobre los ojos.

-¿Y sabes qué te digo? -dice, inclinándose, en voz baja-, iestoy seguro de que lo hizo a propósito!

Se endereza, mete las manos en los bolsillos.

-Nosotros dos nunca nos hemos visto ni conocido -le dice a Paolino entre dientes.

Se vuelve, se encamina hacia la salida con un paso que quiere ser erguido, pero sale torcido, canturreando: *«La donna è mobile...»*

Suena un teléfono.

-¡Diga! ¡Diga! -se oye la voz de la señora Dirce. Paolino acude.

-Sí, sí, la firma Sbav. ¿Cómo dice? ¿Cómo dice? ¡Do Brasil? Oiga, telefonean de Brasil. Sí, pero ¿qué quiere? No entiendo... ¿Sabe, señora Pensotti? Están hablando en brasileño, ¿quiere escuchar un poco usted también?

Debía de ser un cliente del otro lado del mundo que se había confundido al calcular los husos horarios y telefoneaba a esa hora.

La mamá de Paolino árranca el receptor de la mano de la señora Dirce:

-Aquí no hay nadie, no hay nadie, ¿sabe? -se pone a gritar-. ¡Que llame mañana por la mañana! ¡Estamos sólo nosotras, somos de la limpieza, ¿sabe?, las de la limpieza!

Cuentos y diálogos 1968-1984

La memoria del mundo

Es por eso por lo que le he mandado llamar, Müller. Ahora que mi dimisión ha sido aceptada, usted será mi sucesor: su nombramiento como director es inminente. No finja que se cae de las nubes: hace tiempo que el rumor circula entre nosotros, y seguramente habrá llegado también a sus oídos. Por lo demás, no hay duda de que entre los ovenes cuadros de nuestra organización usted, Müller, es el más preparado, el que conoce -se puede decir- todos los secretos de nuestro trabajo. Por lo menos en apariencia. Permítame que se lo diga: no le hablo por iniciativa mía, sino por encargo de nuestros superiores. Sólo de algunas cuestiones

Librodot

no está aún al corriente y ha llegado el momento de que lo sepa, Müller. Usted cree, como todos los demás, claro está, que nuestra organización está preparando desde hace muchos años el centro de documentación más grande que jamás se haya proyectado, un fichero que recoja y ordene todo lo que hoy se sabe de cada persona y animal y cosa, con vistas a un inventario general no sólo del presente sino también del pasado, de todo lo que ha habido desde los orígenes, en resumen una historia general de todo contemporáneamente, o mejor un catálogo de todo, momento por momento. En efecto, en esto trabajamos y podemos decir que hemos avanzado bastante: no sólo el contenido de las bibliotecas más importantes del mundo, de los archivos y los museos, de las colecciones anuales de los diarios de todos los países está ya en nuestras fichas perforadas, sino también una documentación recogida *ad hoc*, persona por persona, lugar por lugar. Y todo este material pasa a través de un proceso de reducción a lo esencial, condensación, miniaturización, que no sabemos todavía en qué punto se detendrá; así como todas las imágenes existentes y posibles son archivadas en minúsculas bobinas de microfilmes, y microscópicos carretes de hilo magnético encierran todos los sonidos registrados y registrables. Lo que intentamos es construir una memoria centralizada del género humano, tratando de almacenarla en un espacio lo más reducido posible, del tipo de las memorias individuales de nuestros cerebros.

Pero es inútil que le repita estas cosas a usted que entró en nuestra casa por haber ganado el concurso de admisión con el proyecto «Todo el British Museum en una castaña». Usted está con nosotros desde hace relativamente pocos años, pero conoce ya el funcionamiento de nuestros laboratorios tanto como yo, que ocupo el puesto de director desde la fundación. Nunca hubiera abandonado este puesto, se lo aseguro, si me acompañaran las fuerzas. Pero después de la misteriosa desaparición de mi mujer, padezco una crisis depresiva de la que no consigo restablecerme. Es justo que nuestros superiores -aceptando por lo demás lo que es también deseo mío- hayan pensado en sustituirme. Me corresponde pues ponerle al tanto de los secretos de oficina que hasta ahora le estaban vedados.

Lo que usted no conoce es la verdadera finalidad de nuestro trabajo. Es para el fin del mundo, Müller. Trabajamos con vistas al próximo fin de la vida sobre la Tierra. Para que todo no haya sido inútil, para transmitir todo lo que sabemos a otros que no sabemos quiénes son ni qué saben.

¿Puedo ofrecerle un cigarro? La previsión de que la Tierra no seguirá siendo habitable por mucho tiempo más -al menos para el género humano- no puede causarnos demasiada impresión. Ya sabíamos todos que el Sol ha llegado a la mitad de su vida: por bien que vaya, dentro de cuatro o cinco mil millones de años todo habrá terminado. En fin, de aquí a un tiempo el problema de todos modos se plantearía; la novedad es que los plazos son mucho más cercanos, que no tenemos tiempo que perder, eso es todo. La extinción de nuestra especie es desde luego una perspectiva triste, pero llorar por ella es un consuelo vano, como recriminar una muerte individual. (Sigo pensando siempre en la desaparición de mi Angela, perdone mi emoción.) En millones de planetas desconocidos viven seguramente seres semejantes a nosotros; poco importa que para recordarnos o continuarnos estén sus descendientes en lugar de los nuestros. Lo importante es comunicarles nuestra memoria, la memoria general puesta a punto por la organización de la que usted, Müller, está a punto de ser nombrado director.

No se asuste; el ámbito de su trabajo seguirá siendo el que ha sido hasta ahora. E1 sistema para comunicar nuestra memoria a los otros planetas es estudiado por otra rama de la organización; nosotros tenemos ya qué hacer, y ni siquiera nos concierne si se idearán medios ópticos o acústicos más idóneos. Incluso puede ser que no se trate de transmitir los mensajes, sino de depositarlos en lugar seguro, bajo la corteza terrestre: los despojos de nuestro planeta errante en el espacio podrían ser recogidos y explorados un día por arqueólogos extragalácticos. Ni siquiera el código o los códigos que se escogerán previamente son asunto nuestro: hay sin embargo una rama que estudia sólo esto, el modo de hacer inteligible nuestro *stock* de informaciones, cualquiera que sea el sistema lingüístico que utilicen los otros. Para

Librodot

usted, ahora que lo sabe, no ha cambiado nada, se lo aseguro, salvo la responsabilidad que le incumbe. De esto quería hablarle un poco.

¿Qué será el género humano en el momento de la extinción? Cierta cantidad de información sobre sí mismo y sobre el mundo, una cantidad finita, dado que ya no podrá renovarse y aumentar. Durante cierto tiempo el universo ha tenido una oportunidad especial de recoger y elaborar información; y de crearla, de hacer saltar información allí donde no hubiera nada que informar sobre nada: esto ha sido la vida sobre la Tierra y en especial el género humano, su memoria, sus invenciones dignas de comunicar y recordar. Nuestra organización garantiza que esta información no se dispersará, independientemente de que sea o no recibida por otros. Será preocupación del director hacer que no quede nada fuera, porque lo que queda fuera es como si nunca hubiese existido. Y al mismo tiempo será preocupación suya hacer como si nunca hubiese existido todo aquello que terminaría por embrollar o dejar en la sombra otras cosas más esenciales, es decir, todo lo que en lugar de aumentar la información crearía un desorden y una confusión inútiles. Lo importante es el modelo general constituido por el conjunto de informaciones, del cual podrán extraerse otras informaciones que nosotros no damos y que ojalá no tengamos. En suma, no dando ciertas informaciones se dan más de las que se darían dándolas. El resultado final de nuestro trabajo será un modelo en el que todo cuenta como información, incluso lo que no existe. Sólo entonces se podrá saber, de todo lo que ha sido, qué es lo que realmente contaba, o sea, qué es lo que verdaderamente ha sido, para que el resultado final de nuestra documentación sea al mismo tiempo lo que es, ha sido y será, y todo el resto, nada.

Claro que hay momentos en nuestro trabajo -usted también los habrá tenido, Müller- en que uno está tentado de pensar que sólo lo que escapa a nuestro registro es importante, que sólo lo que pasa sin dejar trazas existe verdaderamente, mientras que todo lo que nuestros ficheros conservan es la parte muerta, las rebabas, la escoria. Llega el momento en que un bostezo, una mosca que vuela, una picazón nos parecen el único tesoro, justamente porque es absolutamente inutilizable, dado de una vez por todas y de inmediato olvidado, sustraído al destino monótono del almacenamiento en la memoria del mundo. ¿Quién puede descartar que el universo consista en la red discontinua de los instantes no registrables y que nuestra organización no controle sino la reproducción en negativo, el marco de vacío y de insignificancia? Pero nuestra deformación profesional es ésta: apenas nos fijamos en algo, queremos incluirlo en seguida en nuestros ficheros; y así es como me ha sucedido con frecuencia, lo confieso, catalogar bostezos, forúnculos, asociaciones de ideas indecentes, silbidos, y esconderlos en el paquete de las informaciones más calificadas. Porque el puesto de director que usted estará llamado a ocupar tiene este privilegio: el de poder dejar una impronta personal en la memoria del mundo. Sígame, Müller: no le estoy hablando de una arbitrariedad o de un abuso de poder, sino de un componente indispensable de nuestro trabajo. Una masa de informaciones fríamente objetivas, incontrovertibles, correría el riesgo de proporcionar una imagen alejada de la verdad, de falsear lo más específico de cada situación. Supongamos que nos llegue de otro planeta un mensaje de puros datos fácticos, de una claridad francamente obvia: no le prestaríamos atención, ni siquiera lo advertiríamos; sólo un mensaje que contuviese algo inexpresado, dudoso, parcialmente indescifrable forzaría el umbral de nuestra conciencia, obligaría a recibirlo e interpretarlo. Debemos tener en cuenta esto: es tarea del director marcar el conjunto de datos recogidos y seleccionados por nuestras oficinas con esa leve impronta subjetiva, ese elemento opinable, de riesgo que necesitan para ser verdaderos. Quería advertirle de esto antes de ponerlo en su cargo: en el material recogido hasta ahora se nota aquí y allá la intervención de mi mano -de una extrema delicadeza, entendámonos-; hay dispersos juicios, reticencias, hasta mentiras.

La mentira sólo en apariencia excluye la verdad; como usted sabe, en muchos casos las mentiras -por ejemplo, para el psicoanalista, las de los pacientes- son tanto o más indicativas que la verdad; y así será para los que tengan que interpretar nuestro mensaje. Müller, al decirle lo que ahora le digo, no hablo ya por encargo de nuestros superiores, sino a partir de

Librodot

mi experiencia personal, de colega a colega, de hombre a hombre. Escúcheme: la mentira es la verdadera información que hemos de transmitir. Por eso no he querido abstenerme de un uso discreto de la mentira, siempre que no complicara el mensaje sino que, por el contrario, lo simplificase. En las noticias acerca de mí, sobre todo, me consideré autorizado a abundar en detalles no verdaderos (no creo que la cosa perturbe a nadie). Por ejemplo, mi vida con Angela: la he descrito como hubiera querido que fuese, una gran historia de amor en la que Angela y yo apareciéramos como los eternos enamorados, felices en medio de adversidades de todo tipo, apasionados, fieles. No ha sido exactamente así, Müller: Angela se casó conmigo por interés y en seguida se arrepintió, nuestra vida fue una sucesión de mezquindades y subterfugios. ¿Pero qué importa lo que ha sido el día a día? En la memoria del mundo la imagen de Angela es definitiva, perfecta, nada puede hacerle mella y yo seré para siempre el marido más envidiable que jamás haya existido.

En principio no tenía más que proceder a un embellecimiento de los datos que me proporcionaba nuestra vida cotidiana. En cierto momento esos datos que tenía bajo los ojos al observar a Angela día a día (y después espiándola, siguiendo al final sus pasos) empezaron a ser cada vez más contradictorios, ambiguos, hasta justificar sospechas infamantes. ¿Qué debía hacer, Müller? ¿Confundir, hacer ininteligible esa imagen de Angela tan clara y transmisible, tan amada y amable, oscurecer el mensaje más resplandeciente de todos nuestros ficheros? Eliminaba esos datos día a día, sin vacilar, pero temiendo siempre que en torno a la imagen definitiva de Angela quedase algún indicio, algún sobrentendido, una traza de la que se pudiera deducir lo que ella -lo que la Angela en la vida efímera- era y hacía. Me pasaba días en el laboratorio seleccionando, borrando, omitiendo. Estaba celoso, Müller: no celoso de la Angela efímera -esa ya era para mí una partida perdida- sino celoso de aquella Angela-información que sobreviviría mientras durase el universo.

La primera condición para que la Angela-información no fuese tocada por ninguna mancha era que la Angela viviente no siguiera superponiéndose a su imagen. Entonces fue cuando Angela desapareció y todas las búsquedas fueron vanas. Sería inútil que yo le contara ahora, Müller, cómo conseguí deshacerme del cadáver trozo a trozo. Pero tranquilícese, estos detalles no tienen ninguna importancia para los fines de nuestro trabajo, porque en la memoria del mundo yo sigo siendo el marido feliz y después el viudo inconsolable que todos ustedes conocen. Pero no encontré la paz: la Angela-información seguía formando parte de un sistema de informaciones, algunas de las cuales podían prestarse a ser interpretadas -por perturbaciones en la transmisión, o por malignidad del descodificador- como suposiciones equívocas, insinuaciones, inferencias. Decidí destruir en nuestros ficheros cualquier presencia de personas con las que Angela podía haber tenido relaciones íntimas. Me fue muy desagradable, porque de algunos de nuestros colegas no quedará traza alguna en la memoria del mundo, como si nunca hubiesen existido.

Usted piensa que le digo estas cosas para pedirle su complicidad, Müller. No, la cuestión no es esa. Debo informarle de las medidas extremas que estoy obligado a tomar para que la información sobre cualquier amante posible de mi mujer quede excluida de los ficheros. No me preocupan las consecuencias que tenga para mí; los años que me quedan por vivir son pocos respecto de la eternidad con la que me he acostumbrado a echar cuentas; y lo que he sido en realidad ya lo he establecido de una vez por todas y consignado en las fichas perforadas.

Si en la memoria del mundo no hay nada que corregir, lo único que queda por hacer es corregir la realidad allí donde no concuerde con la memoria del mundo. Así como he borrado la existencia del amante de mi mujer en las fichas perforadas, así debo borrarlo a usted del mundo de las personas vivas. Y por eso saco ahora la pistola, le apunto con ella a usted, Müller, aprieto el gatillo, lo mato.

Librodot

La decapitación de los jefes

Las páginas que siguen son esbozos de capítulos de un libro que proyecto dede hace hempo, y que quisiera proponer un nuevo modelo de sociedad, es decir, un sistema político basado en la matanza ritual de toda la clase dirigente a intervalos de tiempo regulares. Todavía no he decidido qué forma tendrá el libro. Cada uno de los capítulos que ahora presento podría ser el comienzo de un libro diferente; la numeración que llevan no implica una sucesión. (N. Del A.)

1

El día en que llegué a la capital debía de ser víspera de fiesta. En las plazas se construían palcos, se izaban banderas, bandas, palmas. Se oía martillear por todas partes.

-¿La fiesta nacional? -pregunté al del bar.

Señaló la fila de retratos a sus espaldas.

-Nuestros jefes -respondió-. Es la fiesta de los jefes.

Pensé que era una proclamación de los nuevos elegidos.

-¿Nuevos? -pregunté.

Entre los martillazos, la prueba de los altavoces, el chirrido de las grúas que levantaban catafalcos, tenía que lanzar frases breves, casi gritando, para hacerme oír.

El hombre del bar hizo un gesto negativo: no se trataba de nuevos jefes, ya estaban desde hacía un tiempo.

Pregunté:

-¿El aniversario de la asunción del mando?

Librodot

-Algo así -explicó un parroquiano a mi lado-. Periódicamente llega el día de la fiesta y les toca a ellos.

-¿Les toca qué?

-Subir al palco.

-¿Qué palco? He visto muchos, uno en cada cruce de calles.

-A cada uno le toca un palco. Nuestros jefes son muchos.

-¿Y qué hacen? ¿Discursos?

-No, discursos no.

-¿Suben y qué hacen?

-¿Qué quiere que hagan? Esperan un poco, lo que duran los preparativos, después la ceremonia termina en dos minutos.

-¿Y ustedes?

-Miramos.

En el bar había un ir y venir: carpinteros, operarios que descargaban de los camiones objetos para decorar los palcos -hachas, cepos, cestas- y se detenían a beber una cerveza. Yo hacía preguntas a alguien y siempre me contestaba otro.

-En una palabra, ¿es una especie de reelección? ¿Una confirmación de los cargos, de los mandatos, digamos?

-¡No, no -me corrigieron-, no lo ha entendido usted! Es el plazo, ha expirado el plazo.

-¿Y entonces?

-Entonces dejan de ser jefes, de estar arriba: caen.

-¿Y por qué suben a los palcos?

-En los palcos se ve bien cómo cae la cabeza, el salto que da, el tajo limpio, y cómo termina en la cesta.

Yo empezaba a entender, pero no estaba muy seguro.

-¿Quiere decir la cabeza de los jefes? ¿En la cesta?

Hacían un gesto afirmativo.

-Eso mismo. La decapitación. Justamente eso. La decapitación de los jefes.

Yo acababa de llegar, no sabía nada, no había leído nada en los diarios.

-¡Así que mañana, de golpe?

-Al que le toca, le toca -decían-. Esta vez cae en mitad de la semana. Es día de fiesta. Todo cerrado.

Un viejo añadió, sentencioso:

-Cuando está maduro el fruto se recoge, el jefe se decapita. ¿Dejarías podrir el fruto en el árbol?

Los carpinteros adelantaban su trabajo: en algunos palcos instalaban los armazones de pesadas guillotinas; en otros fijaban sólidamente los cepos para la degollación con hacha, adosados a cómodos reclinatorios (uno de los ayudantes hacía la prueba de apoyar el cuello en el cepo para verificar si estaba a la altura justa); en otros preparaban especies de bancos de carnicero, con canaladuras para que corriera la sangre. En la tarima de los palcos se extendía un hule y ya estaban preparadas las esponjas para limpiar las salpicaduras. Todos trabajaban con brío; se les oía reír, silbar.

-¿Entonces están contentos? ¿Los odiaban? ¿Eran jefes malos?

-No, ¿quién ha dicho eso? -se miraron entre ellos sorprendidos-. Buenos. En fin, ni mejores ni peores que otros. Ya se sabe cómo son: jefes, dirigentes, comandantes... El que llega a esos puestos...

-Sin embargo -dijo uno de ellos-, a mí éstos me gustaban.

-A mí también. También a mí -hicieron eco otros-. Yo nunca he tenido nada en contra.

-¿Y no les sabe mal que los maten? -dije.

-¿Qué vamos a hacer? El que acepta ser jefe ya sabe cómo termina. ¡No pretenderá morir en su cama!

Los otros rieron.

-¡Sería cómodo! Uno dirige, dirige y después, como si nada, abandona, y vuelve a su casa.

Uno dijo:

-¡Entonces, lo que yo digo, todos querrían ser jefes! ¡También yo estaría dispuesto, aquí me tienen!

Yo también, yo también -dijeron muchos riendo.

-En cambio yo no -dijo alguien con gafas-, así no: ¿qué sentido tendría?

-Es cierto. ¿Qué gusto daría ser jefe de esa manera? -intervinieron varias voces-. Una cosa es hacer ese trabajo sabiendo lo que te espera, y otra es... fpero cómo se podría hacer, si no?

El de las gafas, que debía de ser el más culto, explicó:

-La autoridad sobre los demás y el derecho que tienen los demás de hacerte subir al palco y matarte, en un día no muy lejano, son una sola cosa... ¿Qué autoridad tendría un jefe, si no estuviese envuelto en esa espera? ¿Y si no se leyera en sus ojos, los de él, esa espera, durante todo el tiempo de su cargo, segundo por segundo? Las instituciones civiles reposan sobre este doble aspecto de la autoridad; jamás se vio una civilización que adoptara otro sistema.

-Sin embargo -objeté-, yo podría citar casos...

-Digo: verdadera civilización -insistió el de las gafas-, no hablo de los intervalos de barbarie que han durado más o menos en la historia de los pueblos...

El viejo sentencioso, el que antes había hablado de los frutos en las ramas, refunfuñaba algo para sí. Exclamó:

-El jefe manda hasta que lo pillan por el cuello.

-¿Qué quieres decir? -le preguntaron los otros-. ¿Quieres decir que suponiendo que un jefe supere el plazo, pongamos por caso, y no se le corta la cabeza, se quedará allí dirigiendo toda la vida?

-Así eran las cosas -asintió el viejo- en los tiempos en que no estaba claro que quien escoge ser jefe escoge ser decapitado en breve plazo. El que tenía el poder no lo soltaba...

Aquí yo hubiera podido intervenir, citar ejemplos, pero nadie me hacía caso.

-¿Y entonces? ¿cómo hacían? -le preguntaban al viejo.

Tenían que decapitar a los jefes a la fuerza, por las malas, contra su propia voluntad. ¡Y no en fechas fijas, sino sólo cuando no podían más! Esto sucedía antes de que las cosas se reglamentaran, antes de que los jefes aceptasen...

-¡Ah, nos gustaría ver que no aceptaran! -dijeron los otros-. ¡Quisiéramos verlo!

-Las cosas no son como decís -intervino el de las gafas-. No es cierto que los jefes estén obligados a sufrir las ejecuciones. Si decimos esto perdemos el sentido verdadero de nuestro reglamento, la verdadera relación que vincula a los jefes con el resto de la población. Sólo los jefes pueden ser decapitados, de modo que no se puede querer ser jefe sin querer al mismo tiempo el tajo del hacha. Sólo quien siente esta vocación puede convertirse en jefe, sólo el que se siente decapitado desde el momento mismo en que asume un puesto de mando.

Poco a poco fueron escaseando los parroquianos del bar, cada uno volvía a su trabajo. Comprendí que el hombre de las gafas sólo me hablaba a mí.

-El poder es eso -continuó-, esta espera. Toda la autoridad de la que alguien goza no es sino el preanuncio de la hoja que silba en el aire y cae con un tajo limpio, todos los aplausos no son sino el comienzo del aplauso final que acoge el rodar de la cabeza sobre el hule del palco.

Se quitó las gafas para limpiarlas con el pañuelo. Comprendí que tenía los ojos llenos de lágrimas. Pagó la cerveza y salió.

El hombre del bar me dijo al oído.

-Es uno de ellos -dijo-. ¿Ve? -Sacó una pila de retratos que guardaba bajo el mostrador. Mañana tengo que quitar aquéllos y colgar estos otros. -El retrato más alto era el del hombre de las gafas, una mala ampliación de una fotografia de carnet-. Fue elegido para

suceder a los que dejan el cargo. Mañana asumirá su puesto. Ahora le toca a él. A mí me parece que hacen mal en decírselo el día antes. ¿Vio en qué tono hablaba? Mañana asistirá a las ejecuciones como si ya fuese la suya. Todos hacen así, los primeros días; se impresionan, se exaltan, les parece Dios sabe qué. La «vocación»: ¡que palabreja sacaba a relucir!

-¿Y después?

-Se resignará, como todos. Tienen tanto que hacer, no lo pensarán más hasta que llegue el día de la fiesta también para ellos. En todo caso: ¿quién puede leer en el corazón de los jefes? Hacen como si no lo pensaran. ¿Otra cerveza?

2

La televisión ha cambiado muchas cosas. Hubo un tiempo en que el poder permanecía distante, figuras lejanas, engalladas en un palco, o retratos con gesto de arrogancia convencional, símbolos de una autoridad difícil de referir a individuos de carne y hueso. Ahora, con la televisión, la presencia fisica de los hombres políticos es algo cercano y familiar; sus caras, agrandadas en el televisor, visitan cotidianamente las casas de los ciudadanos privados; cualquiera puede, tranquilamente instalado en su sillón, relajado, escrutar el más mínimo movimiento de los rasgos, el batir de los párpados incomodados por la luz de los reflectores, los labios nerviosamente humedecidos entre una palabra y la otra... En las convulsiones de la agonía, especialmente, el rostro, ya muy conocido por haber sido encuadrado muchas veces en ocasiones solemnes o festivas, en posturas oratorias o en desfiles, se expresa cabalmente: en ese momento, más que en ningún otro, es cuando el simple ciudadano siente suyo al gobernante, algo que le pertenece para siempre. Pero ya desde antes, durante todos los meses anteriores, cada vez que lo veía aparecer en la pantalla pequeña con ocasión del cumplimiento de alguna de sus obligaciones -por ejemplo inaugurando unas excavaciones arqueológicas, colgando medallas en el pecho de quienes las merecen, o bajando las escalerillas de un avión y agitando la mano abierta- ya estudiaba en ese rostro las posibles contracciones de dolor, trataba de imaginar los espasmos que precederían el *rigor mortis*, de distinguir en la pronunciauón de los discursos y de los brindis los acentos que caracterizarian el estertor final. En esto consiste justamente el ascendiente del hombre público sobre la multitud: es el hombre que tendrá una muerte pública, el hombre a cuya muerte estamos seguros de asistir, todos juntos, y por eso le rodea en vida nuestro interés ansioso, anticipatorio. Ahora no conseguimos imaginar cómo era antes, en tiempos en que los hombres públicos morían escondidos; hoy nos reímos al escuchar que algunas de las reglamentaáones de entonces definían la democracia; para nosotros la democracia sólo empieza el día en que se tiene la seguridad de que en la fecha establecida las telecámaras encuadrarán la agonía de nuestra clase dirigente en su totalidad, y al final del mismo programa (pero muchos de los espectadores apagan en ese momento) la instalación del nuevo personal que permanecerá en el cargo (y en vida) por un período equivalente. Sabemos que también en otras épocas el mecanismo del poder se basaba en matanzas, en hecatombes, unas veces lentas otras súbitas, pero los sacrificados eran, salvo raras excepciones, personas oscuras, subalternas, difícilmente idenbficables; las masacres se hacían a menudo en silencio, eran ignoradas oficialmente o justificadas con motivos especiosos. Sólo esta conquista, hoy definitiva, la unificación de los papeles del verdugo y de la víctima en una rotación continua, ha permitido extinguir en los ánimos todo resto de odio y de piedad. El primer plano de las mandíbulas que se estiran, se abren, la carótida que se debate en el cuello echado hacia atrás, la mano que sube contraída y rasga el pecho donde centellean las condecoraciones, son contemplados por millones de espectadores con sereno recogimiento, como quien observa los

Librodot

movimientos de los cuerpos celestes en su cíclica repetición, espectáculo que cuanto más extraño tanto más tranquilizador nos parece.

3

-¿Pero no querréis matarnos ahora mismo?

Esta frase, pronunciada por Virguili Ossipovich con un leve temblor que contrastaba con el tono casi protocolar, aunque cargado de ásperos acentos polémicos, en que se había desarrollado la discusión hasta ese momento, rompió la tensión de la asamblea del movimiento Volia i Raviopravie. Virguili era el miembro más joven del Comité directivo; un vello fino le sombreaba el labio prominente; guedejas rubias llovían sobre sus alargados ojos grises; aquellas manos de nudillos enrojecidos cuyas muñecas asomaban siempre de las mangas de camisa demasiado cortas, no habían temblado al activar la bomba debajo del carruaje del Zar.

Los militantes de base ocupaban todos los lugares en torno al recinto bajo y humoso del subsuelo, los más, sentados en bancos y escaños, algunos acuclillados en el suelo, otros de pie, de brazos cruzados, apoyados en las paredes. El Comité directivo estaba sentado en el centro ocho muchachos encorvados en torno a la mesa cubierta de papeles, como un grupo de compañeros de curso dedicados al esfuerzo final antes de los exámenes de verano. A las interrupciones de los militantes que llovían de todas partes, respondían sin levantarse y sin alzar la cabeza. Por momentos una ola de protesta o de aprobación se levantaba de la asamblea y -como muchos se ponían de pie y se adelantaban- parecía converger desde las paredes hacia la mesa para sumergir las espaldas del Comité directivo.

Libori Serapionovich, el hirsuto secretario, ya había pronunciado varias veces la máxima lapidaria a la que recurría a menudo para calmar las divergencias irreductibles: «Allí donde el compañero se separa del compañero, el enemigo se une al enemigo», y la asamblea replicaba rítmicamente a coro: «La cabeza que esté a la cabeza después de la victoria, victoriosa y con honra al día siguiente caerá», advertencia ritual que los militantes del Yolia i Raviopravie no dejaban de hacer a sus dirigentes cada vez que les hablaban, y que los dirigentes mismos intercambiaban entre sí como expresión de saludo.

El movimiento luchaba por instaurar, sobre las ruinas de la autocracia y de la Duma, una sociedad igualitaria en la que el poder estuviera regulado por la matanza periódica de los jefes electivos. La disciplina del movimiento, tanto más necesaria cuanto más dura la represión de la policía imperial, requería que todos los militantes estuviesen obligados a seguir sin discusión las decisiones del directivo; al mismo tiempo la teoría recordaba en todos sus textos que toda función de mando sólo era admisible si quien la ejercía renunciaba a gozar de los privilegios del poder, y si virtualmente no se le podía considerar ya entre el número de los vivos.

Los jóvenes jefes del movimiento no pensaban nunca en la suerte que les reservaba un futuro todavía utópico: por el momento la represión zarista era la que facilitaba una renovación desdichadamente cada vez más rápida de los cuadros; el peligro de los arrestos y de la horca era demasiado real y cotidiano como para que las conjeturas de la teoría cobraran forma en la fantasía de cada uno. Un gesto juvenilmente irónico, despectivo, servía para cancelar de la conciencia el aspecto más destacado de la doctrina. Los militantes de base sabían todo esto, y así como compartían con los miembros del directivo riesgos y molestias, también comprendían su espíritu; no obstante custódiaban el sentido oscuro de su destino de justicieros, que había de ejercerse no sólo sobre los poderes constituidos sino también sobre los futuros, e incapaces de expresarlo de otra manera, ostentaban en las asambleas una actitud proterva que aunque se limitaba a un comportamiento formal, no dejaba de cernirse sobre los jefes como una amenaza.

Librodot

-Mientras el enemigo que tenemos delante sea el Zar -había dicho Virguili Ossipovich- necio sería quien buscara al Zar en el compañero, -afrmación tal vez inopor tuna y sin duda mal recibida por la ruidosa asamblea.

Virguili sintió que una mano estrechaba la suya; sen tada en el suelo a sus pies estaba Evguenia Ephraimovna, las rodillas juntas bajo la falda plegada, los cabellos su jetos en la nuca y colgando a los lados del rostro como las curvas de una madeja leonada. Una mano de Evguenia había subido por las botas de Virguili hasta encon trar la mano del joven cerrada en un puño, había roza do el dorso en una caricia consoladora y después le había clavado las uñas agudas arañándolo lentamente hasta hacerle sangrar. Virguili comprendió que lo que se movía ese día en la asamblea era una determinación obstinada y precisa, algo que les incumbía directamente a ellos, los dirigentes, y que se revelaría poco después.

-Ninguno de nosotros olvida nunca, compañeros -intervino para calrnar los ánimos Ignati Apollonovich, el más viejo del comité que pasaba por el espíritu más conciliador lo que no se debe olvidar... De todos modos, es justo que vosotros nos lo recordéis de vez en cuando... Aunque -añadió, riendo para sí- ya piensan bastante en recordárnoslo el conde Galitzin y los cascos de sus caballos... -Aludía al comandante de la guardia imperial que con una carga de caballería había desbaratado poco antes una manifestación de protesta en el puente del Picadero.

Una voz, quién sabe de dónde, lo interrumpió:

-¡Idealista!

E Ignati Apollonovich perdió el hilo.

-¿Y por qué? -preguntó, desconcertado.

-¿Crees que basta custodiar en la memoria las palabras de nuestra doctrina? -dijo, desde otro lugar de la sala, un larguirucho que se había hecho notar entre los más agitados de la última leva-. f5abes por qué nuestra doctrina no puede confundirse con las de todos los otros movimientos?

-Claro que lo sabemos. ¡Porque es la única doctrina que cuando haya conquistado el poder no podrá ser corrompida por el poder! -rezongó inclinada sobre los papeles, la cabeza rapada de Femia, a quien llamaban «el ideólogo».

-¿Y por qué esperar a ponerla en práctica -insistió el larguirucho- el día en que hayamos conquistado el poder, palomitas mías?

-¡Ahora! ¡Aquí! -se oyó gritar desde distintos lugares.

Las hermanas Marianze, llamadas «las tres Marías», se abrieron paso entre los escaños diciendo con voces cantarinas: «¡Pardon! ¡Pardon!» y enzarzándose con sus largas trenzas. Llevaban en los brazos manteles doblados y apartaban a los muchachos empujándolos, como si estuvieran preparando las mèsas para tomar un refresco en la veranda de su casa de Ismáilovo.

-¡La diferencia con nuestra doctrina -el larguirucho continuaba su prédica- es que sólo puede escribirse con el tajo de una hoja afilada sobre la persona fisica de nuestros amados dirigentes!

Hubo un movimiento de escaños volcados porque muchos de los presentes se habían levantado y se adelantaban. Las que daban más empujones y alzaban la voz eran las mujeres:

-¡Sentaos, hermanitos míos! ¡Queremos ver! ¡Qué prepotencia, madre santa! ¡Desde aquí no se ve absolutamente nada! -y asomaban entre las espaldas de los varones sus caras de maestritas a quienes el pelo corto bajo la gorra de visera quería dar un aire resuelto.

Una sola cosa podía hacer vacilar el córaje de Virguili: cualquier signo de hostilidad del lado femenino. Se había levantado, chupándose la sangre de los arañazos de Evguenia en el dorso de la mano, y apenas se le había escapado aquella frase:

-¿Pero no querréis matarnos ahora mismo? -cuando se abrió la puerta y entró la comitiva con delantales blancos empujando los carritos cargados de brillantes instrumentos quirúrgicos. A partir de ese momento algo cambió en la actitud de la asamblea. Empezaron a llover tandas de frases:

Librodot

-Pero no... ¡quién habló de mataros!... A vosotros, nuestros dirigentes... Con el afecto que os tenemos y todo lo demás... ¿qué haremos sin vosotros?... queda todavía un largo camino... siempre estaremos cerca de vosotros... -y el larguirucho, las muchachas, todos lo que antes parecían constituir la oposición, no sabían cómo alentar a los jefes, en tono tranquilizador, casi protector. Es sólo una cosita de nada, de gran significado pero en sí nada grave, oy oy oy, un poco dolorosa, seguramente, pero es para que se os pueda reconocer como verdaderos jefes, nuestros jefes queridos, una mutilación, sólo eso, una vez hecha ya está, una pequeña mutilación de vez en cuando, no os enfadaréis con nosotros por tan poco, esto es lo que distingue a los jefes de nuestro movimiento, ¿qué otra cosa, si no?

Los miembros del directivo habían sido inmovilizados por decenas de brazos robustos. En la mesa se disponían las gasas, las cubetas con el algodón, los cuchillos dentados. El olor del éter impregnaba el ambiente. Las muchachas rápidas, diligentes, lo disponían todo como si cada una de ellas se hubiera estado preparando desde hacía tiempo para esta tarea.

Ahorá el doctor os explicará todo con detalle. ¡Anda, Tolia!

Anatol Spiridionóvich, oyente de medicina, se adelantó, las manos con guantes de goma roja apoyadas en el estómago ya obeso. Era un extraño tipo este Tolia, que tal vez para disimular su timidez se defendía con una cómica mueca infantil y una sarta de chistes sin gracia.

-La mano... Eh, la manita... la mano es un órgano prensil... eh, eh... Muy útil... por eso tenemos dos... y los dedos generalmente son diez... Cada dedo se compone de tres segrnentos óseos llamados falanges... por lo menos en nuestro país les llaman así... falange falangina falangeta...

-¡Basta! ¡Nos tienes hartos! ¡No vas a explicarnos ahora la lección! -gritaba la asamblea. (Este Tolia en el fondo no le caía simpático a nadie)-. ¡A los hechos! ¡Hala! ¡Empecemos!

Primero trajeron a Virguili. Cuando entendió que sólo le amputarían la primera falange del anular recobró el coraje y soportó el dolor con una fuerza digna de él. En cambio otros gritaron: hubo que sujetarlos entre varios; afortunadamente en cierto momento casi todos se desmayaban. Las amputaciones se practicaban en dedos distintos según la persona, pero en general no más de dos falanges para los dirigentes más importantes (las otras se cortarían después, poco a poco; era preciso prever que estas ceremonias se repetirían muchas veces en años sucesivos). La sangre perdida era más de la prevista; las muchachas, atentas, la enjugaban.

Los dedos amputados, en fila sobre el mantel, parecían pececitos degollados por el anzuelo y tendidos en la orilla. En seguida se encogían y ennegrecían, y después de una breve discusión sobre la oportunidad de conservarlos en un estuche, los arrojaban a la basura.

El sistema de la poda de los jefes tuvo éxito. Con un daño físico relativamente modesto se obtenían notables resultados morales. El ascendiente de los jefes aumentaba con las mutilaciones periódicas. Cuando una mano de dedos mochados se alzaba sobre las barricadas, los manifestantes formaban una barrera y los ulanos a caballo no lograban dispersar a la multitud vociferante que los sumergía. Los cantos, los batacazos, los relinchos, los gritos: «¡Volia i Raviopravie!», «¡Muerte al Zar!», «¡Victoriosa y honrada, mañana caerá!» corrían por el aire helado, sobrevolaban las orillas del Neva, ilegaban a la fortaleza de Pedro y Pablo, se escuchaban incluso en las celdas más profundas donde los compañeros presos marcaban el ritmo con sus cadenas y pasaban los muñones entre las rejas.

4

Los jóvenes dirigentes, cada vez que adelantaban la mano para firmar un documento o para subrayar con un gesto seco una frase de un informe, encontraban ante sus ojos los dedos mochados y esto tenía una eficacia mnemónica inmediata, estableciendo una asociación de ideas entre el órgano de mando y el tiempo que se acortaba. Era sobre todo un sistema

Librodot

práctico: las amputaciones podían ser ejecutadas por simples estudiantes y enfermeros, en salas operatorias improvisadas, con un instrumental precario; si la policía, siempre tras ellos, los descubría y arrestaba, las penas previstas para una simple mutilación eran ligeras o en todo caso no comparables a las que hubieran sufrido de haber seguido al pie de la letra lo prescrito por la teoría. Eran todavía tiempos en que ni las autoridades ni la opinión pública habían comprendido la muerte pura y simple de los jefes; los ejecutores habrían sido condenados como asesinos, se buscaría el móvil en alguna rivalidad o venganza.

En cada organización local y en cada instancia del movimiento, un grupo de militantes, diferente del grupo dirigente, y cuyos meembros cambiaban constantemente, se encargaba de las amputaciones; establecía los plazos, las partes del cuerpo, la compra de los desinfectantes y, con el consejo de algunos expertos, hacía personalmente uso de los instrumentos. Era una especie de comité de prohombres que no influía en las decisiones politicas, rígidamente centralizadas en el directivo.

Cuando empezaron a escasear los dedos de los jefes, se estudió el modo de introducir alguna variante anatómica. Lo primero que atrajo la atención fue la lengua: no sólo se prestaba a la ablación sucesiva de tajaditas o fibrillas, sino que como valor simbólico y mnemónico era de lo más indicado: cada pequeño corte incidía directamente en la fonación y en las virtudes oratorias. Pero las dificultades técnicas inherentes a la delicadeza del órgano fueron superiores a lo previsto. Después de una primera serie de intervenciones, las lenguas se dejaron de lado, y hubo un repliegue a mutilaciones más vistosas pero menos comprometidas: orejas, narices, algunos dientes. (En cuanto a la ablación de los testículos, aunque sin excluirlo del todo, casi siempre se evitó, porque se prestaba a alusiones sexuales.)

El camino es largo. La hora de la revolución aún no ha sonado. Los dirigentes del movimiento siguen sometiéndose al bisturí. ¿Cuándo llegarán al poder? Por tarde que sea, serán los primeros jefes que no defrauden las esperanzas puestas en ellos. Ya los vemos desfilar por las calles embanderadas el día de la entronización: arrancando con la pierna de madera quien tenga todavía una pierna entera; o empujando la silla de ruedas con un brazo quien tenga todavía un brazo para empujarla, las caras ocultas por máscaras emplumadas para esconder las escarnaduras más repugnantes a la vista, algunos ostentando el propio escalpo como un trofeo. En ese momento estará claro que sólo en ese mínimo de carne que les queda podrá encarnarse el poder, si es que para entonces el poder todavía existe.

El incendio de la casa abominable

Dentro de pocas horas el asegurador Skiller vendrá a pedirme los resultados del ordenador, y yo todavía no habré insertado las órdenes en los circuitos electrónicos que deberán reducir a un polvillo de bits los secretos de la viuda Roessler y de su poco recomendable pensión. Allí donde se levantaba la casa, en una de aquellas dunas baldías entre desvíos y depósitos de hierros viejos que la periferia de nuestra ciudad deja tras sí como montoncitos de desperdicios que escapan a la escoba, ahora sólo han quedado algunos escombros fuliginosos. Podía haber sido una casita coquetona, en sus comienzos, o no haber tenido otro aspecto que el de una covacha espectral: los informes de la compañía de seguros no lo dicen; ahora se ha quemado desde el tejado inclinado hasta el sótano, sobre los cadáveres incinerados de sus cuatro habitantes no se ha encontrado traza alguna que sirva para reconstruir los antecedentes de la solitaria carnicería.

Más que los cuerpos habla un cuaderno encontradó entre las ruinas, enteramente quemado, salvo la tapa protegida por un forro de plástico. En el frontispicio está escrito:

Librodot

RELACION DE LOS ACTOS ABOMINABLES REALIZADOS EN ESTA CASA, y en el reverso un índice analítico comprende doce términos en orden alfabético: Acuchillar Amenazar con pistola, Atar y amordazar, Difamar, Drogar, Espiar, Estrangular, Extorsionar, Inducir al suicidio, Prostituir, Seducir, Violar.

No se sabe qué habitante de la casa redactó este siniestro informe, ni qué fines se proponía: ¿denuncia, confesión, defensa propia, contemplación fascinada del mal? Todo lo que nos queda es este índice que no da los nombres de los reos ni los de las víctimas de las doce acciones -delictuosas y por lo tanto culpables- y tampoco da noticia del orden en que se cometieron, que ayudaría a reconstruir una historia: los términos en orden alfabético remiten a números de páginas tachados por unas rayas negras. Para que el elenco esté completo falta un verbo. Incendiar, desde luego el acto final de este torvo itinerario. ¿realizado por quién? ¿Para esconder, para destruir?

Aun admitiendo que cada una de las doce acciones haya sido cumplida por una sola persona en perjuicio también de otra sola persona, reconstruir los acontecimientos es tarea ardua: si los personajes en cuestión son cuatro, tomados de dos en dos pueden configurar doce relaciones diferentes para cada uno de los doce tipos de relaciones enumeradas. Las soluciones posibles son pues doce a la decimosegunda potencia, es decir, que es preciso escoger entre un número de soluciones que asciende a ochomilochocientossetentaycuatro miles de millones, doscientosnoventayséis millones, seiscientossetentaydosmildoscientoscincuentayséis. No es de sorprender que nuestra harto atareada policía haya preferido archivar la investigación por la buena razón de que, por muchos que puedan haber sido los delitos, los reos han muerto junto con las víctimas.

Sólo la compañía de seguros tiene prisa por conocer la verdad, a causa sobre todo de una póliza de incendios estipulada por el propietario de la casa. El hecho de que ahora también el joven Iñigo haya muerto entre las llamas no hace sino más espinosa la cuestión: su poderosa familia, pese a haber desheredado y excluido a este hijo degenerado, notoriamente no se inclina demasiado a renunciar a algo que le conesponde. Es posible anticipar las peores conjeturas (incluidas o no en el índice abominable) respecto de un joven, miembro hereditario de la Cámara de los Pares, que arrastraba un título ilustre por las gradas de las plazas que sirven de diván a una juventud nómada y contemplativa, y que se enjabonaba los largos cabellos bajo el chorro de las fuentes municipales. La casita alquilada a la vieja casera era el único inmueble qne seguía siendo de su propiedad, y allí había sido acogido como subinquilino de su inquilina, a cambio de una reducción del ya modesto alquìler. Si el incendiario fue él, Iñigo, reo y víctima de ún plan criminal ejecutado con la imprecisión y el descuido que al parecer eran caracterisbcos de su comportamiento, las pruebas del delito exirnirian a la compañía del pago de los daños y perjuicios.

Pero ésta no es la única póliza que la compañía está obligada a pagar después de la catástrofe: la propia viuda Roessler renovaba cada año un seguro de vida a favor de su hija adoptiva, la modelo bien conoada por quien hojeé las revistas de alta costura. Pero también Ogiva está muerta, incinerada junto con la colección de pelucas que transformaban su rostro de una fascinación sobrecogedora -tcómo definir de otro modo a una joven bella y delicada, de cráneo completamente calvo?- en el de aentos de personajes diferentes y exquisitamente asimétricos. Pero resulta que Ogiva tenía un hijo de tres años, confiado a ciertos parientes de Sudáfrica que no tardarán en reclamar los frutos del seguro, a menos que se pruebe que fue ella quien mató (¿Acuchilló? ¿Estranguló?) a la viuda Roessler. Más aún, como la propia Ogiva se había preocupado de asegurar su colección de pelucas, los tutores del niño puedcn reclamar también esta indemnización, salvo en caso de que ella sea responsable de la destrucción.

Del cuarto personaje desaparecido en el incendio, el gigantesco luchador uzbeko Belindo Kid, se sabe que había encontrado en la viuda Roessler no sólo una diligente casera (él era el único inquilino de la pensión que pagaba) sino también un avisado empresario. En los últimos meses la vieja se había decidido a financiar la tournée estacional del ex campeón

Librodot

de mediopesados, con la garantía de un seguro por el riesgo de que enferinedad o incapacidad o desgracia le impidieran cumplir con sus contratos. Ahora un consorcio de organizadores de torneos de lucha libre reclama la indemnización por los daños cubiertos por el seguro; pero si la vieja ha inducido al suicidio a Belindo, quizá difamándolo o extorsionándolo o drogándolo (el gigante era conocido en las arenas internacionales por su carácter sugestionable), la compañía podrá fácilmente evadirlos.

No puedo impedir que los lentos tentáculos de mi mente adelanten una hipótesis a la vez, que exploren laberintos de consecuencias que las memorias magnéhas recorren en una milésima de segundo. De mi ordenador espera Skiller una respuesta, no de mí.

Claro está, cada uno de los cuatro catastróficos personajes se presenta como el más apto para asumir el papel de sujeto de algunos verbos contenidos en la lista, y el papel de objeto de otros verbos. fPero quién puede excluir que los casos en apariencia más improbable no sean los únicos que se hayan de retener? Tomemos la que apareceria como la más inocente de las relaciones, seducir. ¿Quién ha seducido a quién? Es inútil que me concentre en mis fónnulas: un flujo de imágenes sigue arremolinándose en mi mente, deriumbándose, recomponiéndose como en un caleidoscopio. Veo los largos dedos de uñas esmaltadas de verde y violeta de la fotomodelo rozando el mentón desganado, el vello herbáceo del joven señor harapiento, o cosquilleando el cogote coriáceo y rapaz del campeón uzbeko que conmovido por una remota sensación agradable curva los deltoides como un gato ronroneante. Pero en seguida veo también a la lunar Ogiva que se deja seducir, hechizada por los elogios taurinos del mediopesado o por la devoradora introversión del muchacho a la deriva. Y veo asimismo a la vieja viuda, visitada por apetitos que la edad puede desalentar pero no extinguir, acicalarse y enjaezarse para engatusar a una presa o a la otra (o a las dos) y vencer resistencias diferentes por el peso, pero en cuanto a la voluntad, igualmente lábiles. 0 bien la veo a ella misma objeto de seducción perversa, sea por la disponibilidad de los deseos juveniles que lleva a confundir las estaciones, sea por turbio cálculo. Y entonces para completar el diseño interviene la sombra de Sodoma y Gomorra y desencadena la rueda de los amores entre sexos no opuestos.

¿El abanico de los casos posibles se restringe tal vez para los verbos más criminales? No está dicho: cualquiera puede acucbillar a cualquiera. Ahí está Belindo Kid atravesado a traición por la hoja de puñal en la nuca truncándole la médula espinal como al toro en la arena. Puede haber asestado la exacta puñalada tanto la delgada muñeca de Ogiva, tintineante de brazaletes, en un frío arrebato sanguinario, como los dedos juguetones de Iñigo que curvan el puñal tomándolo por la hoja, lo lanzan al aire con inspirado abandono en una trayectoria que da en el blanco casi por casualidad; o bien la garra de la l.ady Macbeth casera que aparta en la noche los cortinajes de las habitaciones y se inclina sobre la respiración de los durmientes. No son sólo éstas las imágenes que se agolpan en mi mente: Ogiva o la Roessler degüellan a Iñigo como a un cordero cortándole el gaznate; Iñigo u Ogiva arrancan de la mano de la viuda el gran cuchillo con que corta el bacon y la descuartizan en la cocina; la Roessler o Iñigo seccionan como cirujanos el cuerpo desnudo de Ogiva que se debate (¿atada y amordazada?). En cuanto a Belindo, si el gran cuchillo habia llegado a su mano, si en ese momento había perdido la paciencia, si alguien tal vez lo había enconado contra otro, para despedazarlos a todos precisaba poco. ¿Pero qué necesidad tenía él, Belindo Kid, de acucbillar, cuando tenía a su disposición, anotado en el índice del cuaderno y en sus circuitos sensoriomotores, un verbo como estrangular, tanto más conforme a sus aptitudes fisicas y a su adiestramiento técnico? Un verbo, por otra parte, del cual él sólo podía ser sujeto y no objeto: ¡quisiera ver a los otros tres tratando de estrangulur al mediopesado del cuadrilátero, con esos deditos que ni siquiera consiguen aferrar un cuello como tronco de árbol!

Este es pues un dato que el programa debe tener en cuenta: Belindo no acuchilla sino que preferentemente estrangula; y no puede ser estrangulado; sólo amenazándolo con pistola se lo puede atary amordazar; una vez atado y amordazado le puede ocurrir de todo, incluso ser violado por la ávida vieja o la impasible fotomodelo o el joven excéntrico.

Librodot

Empecemos a establecer precedencias o exclusiones. Alguien puede primero amenazar con pistola a otro y después atarlo y amordazarlo; sería cuando menos superfluo atar primero y amenazar después. En cambio el que acuchilla o estrangula, si al mismo tiempo amenazase con pistola, cometería un acto incómodo y redundante, imperdonable. El que conquista el objeto de sus deseos seduciéndolo no necesita violarlo; y viceversa. El que prostituye a otra persona puede haberla seducido o violado antes; hacerlo después sería una pérdida inútil de tiempo y energía. Se puede espiar a alguien para extorsionarlo, pero si ya se lo ha dfamado la revelación escandalosa no lo asustará; por lo tanto el que difama no tiene interés en espiar, ni le quedan argumentos para extorsionar. No está excluido que quien acucbilla a una víctima no es trangule a otra, o que la induzca al suicidio, pero es improbable que las tres acciones mortíferas se ejerzan sobre la misma persona.

Siguiendo este método puedo volver a poner a punto mi organigrama: establecer un sistema de exclusiones sobre cuya base el ordenador podrá descartar miles de millones de secuencias incongruentes, reducir el número de las concatenaciones plausibles, aproximarse a seleccionar aquella solución que se imponga como verdadera.

¿Pero se llegará alguna vez? En parte me concentro en la construcción de modelos algebraicos en los que factores y funciones sean anónimos e intercambiables alejando de mi mente los rostros, los gestos de aquellos cuatro fantasmas; en parte me identifico con los personajes, evoco las escenas de un cinematógrafo mental hecho de disoluciones y metamorfosis. En torno al verbo drogar tal vez gire la rueda dentada que engrana todas las otras ruedas: en seguida la mente asocia a aquel verbo la cara exangüe del último Iñigo de una rancia prosapia; la forma reflexiva drogarse no entrañaría ningún problema: que el joven se drogara es sumamente probable, hecho que no me concierne; pero la forma transitiva drogar presupone un drogador y un drogado, este último consintiente o ignorante o forzado.

Es igualmente probable que Iñigo se deje drogar y que trate de hacer prosélitos de los estupefacientes; me imagino cigarrillos filiformes pasando de su mano a la de Ogiva o de la vieja Roessler. ¿Fue el joven noble quien transformó la desolada pensión en un fumadero poblado de alucinaciones cambiantes? ¿O fue la casera quien lo atrajo para gozar de su propensión al éxtasis? Tal vez es Ogiva la que procura la droga a la vieja opiómana, e Iñigo espiándola ha descubierto el escondrijo e irrumpe amenazando con pistola o extorsionando; la Roessler llama en su ayuda a Belindo y dfamu a Iñigo acusándolo de haber seducido y prostituido a Ogiva, casta pasión del uzbeko que se venga estrangulándolo; para salir del follón no le queda a la casera más que inducir al suicidio al luchador, tanto más cuanto que el seguro paga los daños y perjuicios, pero Belindo, perdido por perdido, viola a Ogiva, la ata y la amordaza y enciende el fuego de la hoguera exterminadora.

Despacio, despacio: no puedo tener la pretensión de ganar en velocidad al ordenador electrónico. La droga podria también estar relacionada con Belindo: viejo luchador sin aliento, no puede subir al ring sino atiborrado de estimulantes. La Roessler es quien se los suministra metiéndoselos en la boca con una cuchara sopera. Iñigo espía por el agujero de la cerradura: ávido de psicofármacos se acerca y exige una dosis. Ante la negativa, extorsiona al luchador amenazándolo con hacer que lo descalifiquen del campeonato; Belindo lo ata y lo amordaza, después lo prostituye por unas guineas a Ogiva, quien desde hacía tiempo estaba enamorada del huidizo aristócrata- Iñigo, indiferente al eros, sólo puede ponerse en condición amatoria si está a punto de ser estrangulado; Ogiva le oprime la carótida con sus ahusados dedos; tal vez Belindo le echa una mano; bastan dos dedos de la suya para que el pequeño Lord revuelva los ojos y se quede seco; ¿qué hacer con el cadáver? Para simular un suicidio lo acucbillan. Alt! Hay que rehacer toda la programación: debo borrar la instrucción almacenada en la memoria central, según la cual el que es estrangulado no puede ser acuceilludo. Las anillas de ferrita se desmagnetizan y vuelven a magnetizarse; yo sudo.

Empiezo otra vez desde el principio. ¿cuál es la operación que el cliente espera de mí? Disponer en un orden lógico cierto número de datos. Lo que estoy manejando es información, no vidas humanas con lo que tengan de bueno y de malo. Por alguna razón que no me

Librodot

concierne, los datos de que dispongo se refieren sólo al mal y el ordenador ha de ponerlos en orden. No el mal, que tal vez no se pueda poner en orden, sino la información sobre el mal. A partir de esos datos, contenidos en el índice analítico de los Actos abominables, tengo que reconstruir la Relación perdida, fuese verdadera o falsa.

La Relación presupone alguien que la escribió. Sólo reconstruyéndola sabremos quién es: pero ya podemos establecer algunos datos de su ficha. El autor de la Relación no puede haber muerto acuchillado ni estrangulado, porque no hubiera podido insertar en el relato su propia muerte; en cuanto al suicidio, podría haber sido decidido antes de la compilación del cuaderno testamento y después puesto en acción; pero quien está convencido de ser inducido al suicidio por una voluntad ajena no se suicida; toda exclusión del papel de víctima del autor del cuaderno aumenta áutomáticamente las probabilidades de que se le puedan atribuir papeles de culpable: por lo tanto podría ser al mismo tiempo autor del mal y de la información sobre el mal. Esto no plantea problema alguno para mi trabajo: el mal y la información sobre el mal coinciden, tanto en el libro quemado como en el fichero electrónico.

La memoria ha almacenado otra serie de datos que se han de relacionar con la primera: son las cuatro pólizas de seguros estipuladas con Skiller por Iñigo, Ogiva y dos de la viuda, una a su favor y otra para Belindo. Un hilo oscuro une quizá las pólizas a los *Actos abominables* y las células fotoeléctricas deben recorrerlo en una vertiginosa gallina ciega, buscando su vida en las minúsculas perforaciones de las fichas. Incluso los datos de las pólizas, traducidos en código binario, tienen el poder de evocar imágenes en mi mente: es de noche, hay niebla; Skiller llama a la puerta de la casa en la duna; la casera lo acoge como nuevo inquilino; él extrae de su cartera los prospectos de los seguros; está sentado en el salón; toma el té; necesita más de una visita para hacer firmar los cuatro contratos; lo que establece con la casa y sus cuatro habitantes es una asidua familiaridad. Veo a Skiller ayudando a Ogiva a cepillar las pelucas de la colección (y de paso roza con los labios el cráneo desnudo de la modelo); lo veo cuando con gesto seguro como un médico y solícito como un hijo mide la presión arterial de la viuda ciñéndole el brazo blando y blanco con el esfigmógrafo; ahora trata de interesar a Iñigo en la manutención de la casa, le señala averías en las tuberías, las vigas portantes que ceden y paternalmente le impide que se coma las uñas- ahora lee con Belindo las revistas de deportes, comentando con manotazos en la espalda el cumplimiento de sus pronósticos.

Este Skiller no me es nada simpático, debo reconocerlo. Una telaraña de complicidad se extiende donde quiera que él anude sus hilos; si tanto poder tenía en la pensión Roessler, si era el factótum, el deus ex machina, si nada de lo que ocurría entre aquellas paredes podía serle ajeno, ¿por qué ha venido a pedirme la solución del misterio? ¿Por qué me ha traído el cuademo quemado? ¿Fue él quien encontró el cuaderno entre los escombros? ¿O fue él quien lo puso? ¿Fue él, el que trajo esta cantidad de información negativa, de entropía irreversible, quien la introdujo en la casa, como ahora en los circuitos del ordenador?

La matanza de la pensión Roessler no tiene cuatro personajes: tiene cinco. Traduzco en perforaciones puntiformes los datos del asegurador Skiller y los añado a los otros. Los actos abominables pueden ser tanto suyos como de cualquiera de los otros: puede haber Acuchillado, Difamado, Drogado, etcétera, o mejor todavía puede haber hecho Prostituir, Degollar y todo lo demás. Los miles de millones de combinaciones aumentan, pero tal vez empiezan a cobrar forma. A mero título de hipótesis podria construir un modelo en el que todo el mal sea obra de Skiller, y en que antes de su entrada la pensión planee en una inocencia angélica: la vieja Roessler toca un Lied en el piano Bechstein que el buen gigante transporta de una habitación a la otra para que los inquilinos puedan escuchar mejor, Ogiva riega las petunias, Iñigo pinta petunias en el cráneo de Ogiva. Suena el timbre: es Skiller. ¿Busca un bed and breakfast. No, viene a proponer seguros ventajosos: vida, desgracias, incendios, patrimonios muebles e inmuebles. Las condiciones son buenas; Skiller los invita a reflexionar; reflexionan; piensan en cosas en las que nunca habían pensado; se sienten tentados; la tentación inicia su camino de impulsos electrónicos por los canales cerebrales...

Librodot

Advierto que estoy influyendo en la objetividad de las operaciones con antipatías subjetivas. En el fondo, ¿qué sé yo de Skiller? Tal vez su alma sea candorosa, tal vez él sea el único inocente en esta historia, cuando todos los resultados definen a la Roessler como una avara sórdida, a Ogiva como una narcicista implacable, a Belindo condenado a la brutalidad muscular por falta de modelos alternativos... Ellos son los que han llamado a Skiller, cada uno de ellos con un lóbrego plan en perjuicio de los otros tres y de la compañía aseguradora. Skiller es como una paloma en un nido de serpientes.

La máquina se detiene. Hay un error y la memoria central lo ha advertido; borra todo. No hay inocentes que salvar en esta historia. Volvamos a empezar.

No, no era Skiller el que había llamado a la puerta. Afuera llovizna, hay niebla, no se distingue la fisionómía del visitante. Entra en el recibidor, se quita el sombrero mojado, se suelta la bufanda de lana. Soy yo. Me presento. Waldemar, programador-analista de ordenadores electrónicos. ¿Sabe que la encuentro muy bien, señora Roessler? No, nunca nos habíamos visto, pero tengo presentes los datos del convertidor analógico-digital, y los reconozco perfectamente a los cuatro. ¡No se esconda, señor Iñigo! ¡Nuestro Belindo Kid siempre en forma! ¿Es la señorita Ogiva esa cabellera violeta que veo asomarse por las escaleras? Aquí estamos todos reunidos; bien; la finalidad de mi vida es ésta. Les necesito a ustedes, justamente a ustedes tal como son, para un proyecto que desde hace años me tiene clavado en la consola de programación. Los trabajos ocasionales para terceros ocupan mis horas laborales, pero por la noche, encerrado en mi laboratorio, me dedico a estudiar un organigrama que transformará las pasiones individuales -agresividad, intereses, egoísmos, vicios- en elementos necesarios al bien universal. Lo accidental, lo negativo, lo anormal, en una palabra, lo humano podrán desarrollarse sin provocar la destrucción general, integrándose en un diseño armonioso... Esta casa es el terreno ideal para verificar si estoy en el buen camino. Por eso les pido que me acojan ustedes como inquilino, como amigo.»

La casa se ha quemado, todos están muertos pero en la memoria del ordenador yo puedo disponer los hechos según una lógica diferente, entrar yo mismo en la máquina, insertar un Waldemar-programa, elevar a seis el número de personajes, expandir nueva galaxias de combinaciones y permutaciones. Entonces de las cenizas renace la casa, todos los habitantes vuelven a la vida, yo me presento con mi maleta de fuelle, con mis palos de golf, pregunto por una habitación en alquiler...

La señora Roessler y los demás me escuchan en silencio. Desconian. Sospechan que yo me ocupo de seguros, que me envía Skiller...

No se puede negar que estas sospechas tengan un fundamento. Trabajo para Skiller, es verdad. Podría haber sido él quien me pidiese que me ganara la confianza de ellos, que estudiase su comportamiento, previera las consecuencias de sus malas intenciones, clasificara estímulos pulsiones, gratificaciones, que las cuantificase, las almacenase en el ordenador...

Pero si este Waldemar-programa no es sino un duplicado del Skiller-programa, insertarlo en los circuitos es una operación inútil. Es preciso que Skiller y Waldemar sean antagonistas, el misterio se decide en una lucha entre nosotros dos.

En la noche lluviosa dos sombras se rozan en el puente oxidado que lleva a lo que alguna vez habrá sido un barrio residencial suburbano del que ahora sólo queda una casita torcida en una duna entre cementerios de automóviles; las ventanas iluminadas de la pensión Roessler asoman en la niebla como en la retina de un miope. Skiller y Waldemar todavía no se conocen. Ignorantes el uno del otro dan vueltas alrededor de la casa. ¿A quién le toca el primer movimiento? Es indiscutible que el asegurador tiene derecho de precedencia.

Skiller ilama a la puerta.

-Les ruego que me disculpen, pero estoy haciendo para mi compañía una investigación sobre los determinantes ambientales de las catástrofes. Esta casa ha sido escogida como muestra representativa. Si me lo permiten, quiseera poder observar el comportamiento de ustedes. Espero no molestarles demasiado: se tratará de llenar de vez en cuando algunos

Librodot

formularios. Como compensación la compañía les ofrece la posibilidad de contratar en condiciones especiales seguros de varios tipos: de vida, de bienes inmuebles...

Los cuatro escuchan en silencio; cada uno de ellos ya está pensando cómo puede sacar partido de la situación, va maquinando un plan...

Pero Skiller miente. Su programa ya ha previsto lo que hará cada uno de los habitantes de la casa. Skiller tiene un cuaderno con la lista de una serie de actos de violencia o prevaricación y lo único que falta es verificar su probabilidad. Sabe ya que se producirán una serie de siniestros dolosos, pero que la compañía no tendrá que pagar ninguna indemnización, porque los beneficiarios se destruirán mutuamente. Todas estas previsiones le han sido proporcionadas por un ordenador: no por el mío, debo suponer la existencia de otro programador, cómplice de Skiller en una maquinación criminal. La maquinación ha sido concebida de la siguiente manera: un fichero recoge los nombres de nuestros conciudadanos animados por impulsos destructivos y fraudulentos; son varios cientos de miles; por un sistema de condicionamientos y de controles llegarán a ser clientes de la compañía, asegurarán todo lo asegurable, producirán siniestros dolosos y se asesinarán recíprocamente. La compañía habrá dispuesto previamente el registro de las pruebas a su favor, y como quien hace el mal siempre tiende a exagerar, la cantidad de información comportará un fuerte porcentaje de datos inútiles que servirá de cortina de humo a la responsabilidad de la compañía. Más aún, este coeficiente de entropía ya ha sido programado: no todos los Actos abominables del índice tienen una función en la historia; algunos crean simplemente un efecto de «ruido». La operauón de la penseón Roessler es el primer experimento práctico que intenta el diabólico asegurador. Una vez acaecida la catástrofe, Skiller recunirá a otro ordenador cuyo programador ignore todos los precedentes, para controlar si de las consecuencias es posible remontarse a los determinantes. Skiller proporcionará a este segundo programador todos los datos necesarios junto con una cantidad tal de «ruido» que se produzcan atascamientos en los canales y se degrade la información: el delito de los asegurados quedará suficientemente probado, pero no el del asegurador. El segundo programador soy yo. Skiller ha jugado bien. Las cuentas son exactas. El programa estaba fijado con anticipación, y la casa, el cuaderno, mi organigrama y mi ordenador no tenían más que ejecutarlo. Estoy aquí clavado introduciendo-emitiendo datos de una historia que no puedo cambiar. Es inútil que me arroje a mí mismo en el ordenador: Waldemar no subirá a la casa en la duna, no conocerá a los cuatro misteriosos habitantes, no será él el sujeto (como había esperado) del verbo seducir (objeto: Ogiva). Por lo demás también Skiller sea quizás un canal de admisión-emisión: el verdadero ordenador está en otra parte.

Pero la partida que se juega entre dos ordenadores no la gana el que juega mejor que el otro, sino el que comprende cómo hace el adversario para jugar mejor que él. Mi ordenador ha almacenado el juego de. Adversario ganador: ¿por lo tanto ha ganado?

Llaman a la puerta. Antes de abrir tengo que calcular rápidarnente cuáles serán las reacciones de Skiller cuando sepa que su plan ha sido descubierto. A mí también me ha convencido Skiller de que debo firmar un contrato de seguro contra incendio. Skiller ya tiene previsto matarme e incendiar el laboratorio: destruirá las fichas que lo acusan y demostrará que he perdido la vida intentando un incendio criminal. Oigo acercarse la sirena de los bomberos: los he llamado a tiempo. Le quito el seguro a la pistola. Ahora puedo abrir.

Librodot

La gasolinera

Tendría que haberlo pensado antes; ahora es tarde. Han pasado las doce y media y no me he acordado de cargar gasolina; los distribuidores están cerrados hasta las tres. Cada año dos millones de toneladas de bruto son extraídas de la corteza terrestre que las conservaba desde hacía millones de siglos en los pliegues de las rocas sepultas entre estratos de arena y arcilla. Si salgo ahora me arriesgo a quedarme en panne en el camino; hace rato que el indicador me señala que el nivel ha llegado al límite. Hace tiempo que nos advierten que las reservas mundiales del subsuelo podrán durar aproximadamente veinte años. Tuve todo el tiempo necesario para pensarlo, soy el inconsciente de siempre: cuando en el tablero empieza a encenderse la lucecita roja no hago caso, o si no, espero, me digo que todavía queda la reserva entera por consumir y después se me borra de la cabeza. No, tal vez me sucedía esto en otros tiempos, esto de no fijarme de olvidarme: cuando la gasolina aún parecía un bien ilimitado como el aire. Ahora la señal luminosa que se enciende me transmite un sentimiento de alarma, de amenaza, indefinido, ominoso; éste es el mensaje que recibo, que registro entre las muchas señales de angustia que se depositan en los pliegues de mi conciencia y se disuelven en un estado de ánimo que llevo conmigo sin extraer ninguna consecuencia práctica precisa, como seria llenar el depósito en la primera gasolinera que encuentre. O si no, lo que me invade es un instinto de ahorro, un reflejo de avaricia: así como sé que mi depósito está a punto de quedarse seco, así siento que se adelgazan las reservas de las refinerías, el fluir de los oleoductos, la carga de los petroleros que surcan los mares; las sondas hurgan las profundidades de la tierra y sólo sacan agua sucia; mi pie en el acelerador se vuelve consciente de que a la más ligera presión se queman los últimos chorros de la energía

Librodot

acumulada de nuestro planeta; mi atención se concentra en degustar poco a poco las restantes oleadas de carburante; aprieto el pedal como si el depósito fuera un limón que hay que exprimir sin desperdiciar una gota; aminoro la marcha; no: acelero, la reacción instintiva es que cuanto más corro más kilómetros gano en este tirón que podría ser el último.

No me fo de salir de la ciudad sin haber llenado el depósito; no puede ser que no encuentre un distribuidor que funcione. Empiezo a registrar los viales, a lo largo de las aceras y los canteros donde florecen los carteles coloreados de las marcas de gasolina, ahora menos agresivos que los de antes, en los tiempos en que tigres y otros animales míticos insuflaban llamas en los motores. Me dejo engañar cada vez por el cartel «Abierto» que sirve solamente para advertir que esa estación hoy está abierta a las horas de servicio y por lo tanto cerrada en las horas de cierre. A veces el encargado de la gasolinera sentado en una silla plegable come un bocadillo o dormita: estira los brazos, el reglamento es el mismo para todos, mis gestos de interrogación son inútiles; ya lo sabía. La época en que todo parecía fácil se ha acabado, la época en que podías creer que las energías humanas estaban ilimitadamente a tu servicio como las energías naturales. Cuando las gasolineras brotaban en tu camino, invitándote, todas en fila y el hombre de mono verde o azul o a rayitas, con la esponja chorreando lista para purificar el vidrio contaminado por la masacre de enjambres de mosquitos.

0 mejor dicho: entre el fin de los tiempos cuando en ciertos oficios se trabajaba sin horario y el fin de los tiempos en que nos hacíamos la ilusión de que ciertos bienes de consumo no se consumirían nunca, hay en medio toda una era histórica cuya duración varía según los países y las experiencias individuales. Diré entonces que estoy viviendo en este mismo momento simultáneamente el ascenso la culminación la declinación de las sociedades llamadas opulentas, así como una sonda rotatoria pasa de un instante a otro a través de milenios perforando las rocas sedimentarias de plioceno. Del cretáceo, del triásico.

Voy precisando mi situación en el espacio y en el tiempo, confirmando los datos que me cornunica el cuentakilómetros desde hace un momento en cero, el indicador del carburante detenido también en el cero, el reloj con la flecha corta todavía alta en el cuadrante del mediodía. En las horas meridianas, cuando la Tregua del Agua acerca al tigre y al ciervo sedientos al mismo espejo de agua barrosa, mi coche busca inútilmente dónde saciarse, y la Tregua de la Gasolina lo rechaza de una gasolinera a otra. En las horas meridianas del cretáceo los seres vivos fluctuaban en la superficie del mar, cardúmenes de algas minúsculas y finas conchillas de plancton, suaves esponjas y afilados corales, rehogándose al calor solar que seguirá actuando a través de ellos en el largo periplo que la vida enfrenta más allá de la muerte, cuando reducidos a una lluvia ligera de detritos vegetales y animales se depositen en los bajos fondos marinos y formen una masa en el fango, y en el transcurso de los cataclismos sean masticados por las mandíbulas de las rocas calcáreas, digeridos en los pliegues anticlinales y sinclinales, licuefactos en densos aceites que remonten por las oscuras porosidades subterráneas y de pronto broten en surtidores en mitad del desierto y se inflamen trayendo a la superficie de la tierra una vaharada del mediodía primordial.

Y en ese momento en mitad del desierto del mediodía ciudadano divisé una estación de servicio abierta: alrededor flota un enjambre de mosquitos. No hay personal; es uno de esos distribuidores que funcionan como self-service. Los automovilistas se afanan desenvainando los tubos cromados de las bombas, se detienen en mitad de un gesto para leer las instrucciones, manos un poco inseguras aprietan botones, serpientes de goma curvan sus espirales retráctiles. Mis manos se agitan en torno a una bomba, mis manos que han crecido en una época de transición, habituadas a esperar que otras manos cumplan los gestos más indispensables para mi supervivencia. Que ese estado de cosas no era definitivo siempre lo supe, en teoría; en teoría mis manos no esperaban más que recuperar sus gestos para cumplir todas las acciones manuales del hombre, como cuando la naturaleza inclemente rodeaba al hombre armado de sus solas manos, así como hoy nos rodea el mundo mecánico, sin duda más fácil de manipular que la naturaleza bruta: el mundo donde de ahora en adelante las

Librodot

manos de cada uno tendrán que volver a arreglárselas solas, sin poder pedir a manos ajenas el trabajo mecánico del que depende la vida de cada día.

En la práctica están un poco decepcionadas mis manos: el funcionamiento de la bomba es tan simple que nos preguntamos cómo es que el uso del sefseruice no se ha generalizado hace tiempo, pero la satisfacción de actuar uno mismo no es mucho mayor que la que da un distribuidor automático de caramelos o cualquier otro aparato tragamonedas. Las operaciones que requieren cierta atención son las que tienen que ver con el pago de la tarifa; basta introducir un billete de mil en una gaveta en la posición justa de modo que un ojo fotoeléctrico reconozca la efigie de Giuseppe Verdi o quizá sólo el fino hilo metálico que atraviesa cada billete. El valor de las mil liras parece concentrarse enteramente en ese hilo; cuando el billete es tragado se enciende una lamparita y yo debo apresurarme a insertar la trompa de la bomba en la boca del depósito, haciendo salir el chorro que vibra compacto en su transparencia irisada, apresurarme a gozar de ese don inapetecible para mis sentidos pero ávidamente codiciado por esa parte de mí mismo que es mi medio de locomoción. Apenas tengo tiempo de pensar en todo esto y con un chasquido seco se interrumpe el tlujo, las lampellas se apagan, el complicado dispositivo que se puso en marcha unos segundos antes se queda inmóvil e inerte, el despertar de las fuerzas telúricas que mis ritos habían conseguido evocar ha durado un instante. Por mis mil liras reducidas a un hilo la bomba sólo concede un hilo de asolina. Once dólares el barril es el precio del crudo.

Debo recomenzar la operación desde el principio, embocar otro billete, después otro más, de mil liras cada vez. El dinero y el mundo subterráneo mantienen un viejo vínculo de parentesco; su historia se desenvuelve a través de cataclismos unas veces lentísimos otras súbitos; mientras me reaprovisiono en el sefservice una burbuja de gas se hincha en un negro lago sepulto bajo el fondo del golfo Pérsico, en silencio un emir se lleva al pecho las manos escondidas en las anchas mangas blancas, en un rascacielos un ordenador de la Exxon muele números, en alta mar una flota de cargueros recibe la orden de cambiar de ruta, yo hurgo en mis bolsillos, el filiforme poder del papel moneda se desvanece.

Miro a mi alrededor: me he quedado solo en la estación desierta. Inesperadamente el ir y venir de los coches ha cesado alrededor del único proveedor abierto a esta hora, como si justamente a esta hora en que convergen lentos cataclismos se hubiese producido el repentino cataclismo final, tal vez el agótamiento simultáneo de pozos oleoductos cisternas gasolineras carburadores tanques de petróleo. El progreso tiene sus riesgos, lo importante es poder decir que han sido previstos. Hace tiempo que estoy acostumbrado a imaginar el futuro sin parpadear, veo filas de coches abandonados invadidos de telarañas, la ciudad reducida a desechos de plástico, gente que corre llevando bolsas al hombro seguida por los ratones.

De golpe lo único que quiero es escapar: ¿para ir adónde? no sé, no importa; tal vez sólo para quemar lo poco de energía que nos queda y cerrar el ciclo. Desentierro un último billete de mil para obtener una dosis más de carburante.

Un coche deportivo se detiene en la gasolinera. La conductora, envuelta en la espiral de su largo pelo lacio, su bufanda. Del cuello alto de su jersey, saca de ese ovillo una naricita y dice:

-Lleno de súper.

Yo me quedo allí con la manguera en el aire; da igual que le dedique a ella los últimos octanos para que se quemen dejando atrás por lo menos un recuerdo de colores agradables a la vista, en un mundo en el que todo es tan poco atrayente: operaciones que realizo, materiales que empleo, formas de salvación que puedo esperar. Desenrosco la tapa del depósito del coche deportivo, meto el pico oblicuo de la bomba, aprieto el botón y, al oír el chorro que penetra, finalmente asoma en mi algo como el recuerdo de un placer lejano, un dispendio de fuerza vital mediante el cual se establece una relación, una fluida corriente pasa ahora entre la desconocida al volante y yo.

Se ha vuelto para mirarme, levanta la gran montura de las gafas, tiene ojos verdes de un transparencia irisada.

Librodot

-Pero usted no es el encargado de la gasolinera... Pero qué hace... Pero por qué... Yo quisiera hacerle entender que el mío es un extremo acto de amor, quisiera implicarla en el último arrebato que el género humano todavía puede hacer propio, un acto de amor que es también un acto de violencia, un estupro, un abrazo mortal de las fuerzas del subsuelo.

Con un gesto le indico qué calle y señalo hacia arriba con la mano en el aire como para advertir que el milagro podría interrumpirse de un momento a otro, después hago un movimiento circular como para decir que no hay diferencia, y quiero decir que a través de mí un negro Plutón se asoma desde los infiernos para raptar a través de ella a una llameante Proserpina, y que así la Tierra, devoradora despiadada de sustancias vivientes, renueva su ciclo.

Ella se ríe. Descubre dos jóvenes incisivos puntiagudos. No sabe. En la prospección de un yacimiento en California han aparecido esqueletos de animales de especies extinguidas hace cincuenta mil años, entre ellos un tigre de dientes corvos, atraído sin duda por un espejo de agua extendido sobre la superficie del negro lago de pez que lo enviscó y se lo tragó.

Pero el breve tiempo que me había sido concedido se ha terminado; la corriente se bloquea, la bomba queda inerte, el abrazo se interrumpe. Hay un gran silencio, como si todos los motores de explosión se hubieran callado. y la vida rodante del género humano se hubiese detenido. El día que la corteza terrestre reabsorba las ciudades, el sedimento de plancton que ha sido el género humano quedará cubierto por estratos geológicos de asfalto y cemento y dentro de millones de años se adensará en yacimientos oleosos, no sabemos en provecho de quién.

La miro a los ojos: no entiende, tal vez sólo ahora empieza a tener miedo. Cuento hasta cien; si este silencio continúa, la cogeré de la mano y echaremos a correr.

El hombre de Neanderthal

Entrevistador: Les hablo desde el pintoresco valle de Neander, en las proximidades de Düsseldorf. A mi alrededor se extiende un anfractuoso paisaje de rocas calcáreas. Mi voz resuena contra las paredes tanto de cavernas naturales como de canteras abiertas por la mano del hombre. Durante los trabajos de esta cantera, en 1856, fue cuando tuvo lugar el hallazgo de uno de los más antiguos habitantes de este valle, donde se había establecido hace unos treinta y cinco mil años. El hombre de Neanderthal: así, por antonomasia, se ha convenido en llamarlo. He venido a Neanderthal precisamente para entrevistarlo. El señor Neander -me dirigiré a él durante esta entrevista con este apelativo simplificado-, el señor Neander, como quizás ustedes sepan, tiene un carácter un poco desconfiado y hasta ceñudo, dada también su avanzada edad, y no parece importarle demasiado la fama internacional de que goza. A pesar de ello ha accedido cortésmente a responder a algunas preguntas para nuestro programa. Aquí viene, con su característico paso un poco bamboleante, y me examina desde debajo de su prominente arco superciliar. Aprovecho en seguida para hacerle una pregunta indiscreta, que desde luego corresponde a una curiosidad de muchos de nuestros oyentes. Señor Neander, ¿se imaginaba usted que llegaría a ser tan famoso? Quiero decir: por lo que se sabe, usted jamás hizo en su vida nada especial y de pronto resulta ser un personaje importante. ¿Cómo se lo explica?

Librodot

Neander: Eso es lo que tú dices. ¿Tú estabas? Yo sí que estaba allí. Tú no.

Entrevistador: De acuerdo, usted estaba aquí. Bueno, ¿le parece suficiente?

Neander: Yo ya estaba.

Entrevistador: Esta precisión me parece útil. El mérito del señor Neander no sería simplemente el hecho de estar aquí, sino de estar ya, de estar entonces, antes que muchos otros. La prioridad es en realidad una prerrogativa que nadie discutirá al señor Neander. Aunque... todavía antes, como lo han demostrado, y como usted mismo puede confirmar, no es cierto, ¿señor Neander? se observaron huellas, incluso numerosas y presentes en varios continentes, de seres humanos, que eran ya realmente humanos...

Neander: Mi papá...

Entrevistador: Remontándose hasta un millón de años atrás...

Neander: Mi abuela...

Entrevistador: Por lo tanto su prioridad, señor Neander, nadie puede negarla, pero se trataría de una prioridad relativa: digamos que usted es el primero...

Neander: Siempre antes que tú...

Entrevistador: De acuerdo, pero no es ésa la cuestión. Quiero decir que él fue el primero que creyó ser el primero de los que vinieron después.

Neander: Eso te lo crees tú. Primero está mi papá...

Entrevistador: No sólo él, sino...

Neander: Mi abuela...

Entrevistador: ¿Y antes? ¡Atención, señor Neander; la abuela de su abuela...!

Neander: No.

Entrevistador: ¿Cómo que no?

Neander: ¡El oso!

Entrevistador: ¡El oso! ¡Un antepasado totémico! Como han escuchado, ¡el señor Neander pone como fundador de su genealogía al oso, seguramente el animal-tótem que simboliza su clan, su familia!

Neander: ¡La tuya! Primero está el oso, después el oso va y se come a mi abuela... Después estoy yo, después yo voy y al oso lo mato... Después al oso me lo como.

Entrevistador: Permítame un momento que yo comente para nuestros oyentes las preciosas informaciones que nos está dando, señor Neander. ¡Primero está el oso! Usted lo ha dicho muy bien, afirmando con gran claridad la prioridad de la naturaleza bruta, del mundo biológico que sirve de escenario, ¿no es cierto, señor Neander? que sirve de suntuoso escenario al advenimiento del hombre, y cuando el hombre se asoma por así decir a las candilejas de la historia es cuando se inicia la gran aventura de la lucha con la naturaleza, primero enemiga y después poco a poco sometida a nuestra voluntad, un proceso multimilenario que el señor Neander ha evocado tan sugestivamente en la dramática escena de la caza del oso, casi un mito de la fundación de nuestra historia...

Neander: Yo era el que estaba allí. No tú. Estaba el oso. Donde yo voy, viene el oso. El oso está siempre alrededor de donde yo estoy, si no, no.

Entrevistador: Eso es. Me parece que el horizonte mental de nuestro señor Neander comprende sólo la parte del mundo que entra en su percepción inmediata, excluyendo la representación de acontecimientos lejanos en el espacio y en el tiempo. El oso está donde yo veo al oso, dice él, si yo no lo veo, no está. Este es desde luego un límite que tendremos que tener en cuenta en la continuación de nuestra entrevista, evitando plantearle preguntas que salgan de los límites, ¿verdad?, de las capacidades intelectuales de un estadio evolutivo todavía rudimentario...

Neander: Serás tú. ¿De qué estás hablando? ¿Tú qué sabes? La comida, ¿no?, es la misma comida la que busco yo y la que busca el oso. Los animales rápidos, yo soy el que mejor los atrapa; los animales grandes, el oso es el que mejor los atrapa. ¿No? Y después o es el oso el que me los quita a mí o soy yo el que se los quita al oso. ¿No?

Librodot

Entrevistador: Está clarísimo, de acuerdo, señor Neander, no hay motivo para que se ponga usted nervioso. Es un caso, digamos, de simbiosis entre dos especies, una especie del género *homo* y una especie del género *ursus*; o mejor, es una situación de equilibrio biológico, si se quiere: en medio de la ferocidad despiadada de la lucha por la supervivencia, se establece algo como un entendimiento tácito...

Neander: Y después, o el oso me mata a mí, o soy yo el que mata al oso...

Entrevistador: Eso es, eso es, la lucha por la supervivencia vuelve a desencadenarse, el más apto triunfa, es decir no sólo el más fuerte -y el señor Neander aunque tenga las piernas un poco cortas, es muy musculoso-, sino sobre todo el más inteligente, y el señor Neander, a pesar de la curvatura cóncava, casi horizontal, de su frente, manifiesta facultades mentales sorprendentes... Esta es la pregunta que quería hacerle, señor Neander: ¿hubo un momento en que usted temió que el género humano sucumbiese? ¿Me entiende, señor Neander, que desapareciese de la faz de de la tierra?

Neander: Mi abuela... Mi abuela por tierra...

Entrevistador: El señor Neander vuelve a ese episodio que debe de haber sido una experiencia digamos traumática de su pasado... Más aún: de nuestro pasado.

Neander: El oso por tierra. Yo me comí al oso... Yo: no tú.

Entrevistador: Justamente quería preguntarle también eso: hubo un momento en que usted tuvo la neta sensación de la victoria del género humano, la certeza de que serían los osos los que se extinguirían, no nosotros, porque nadie podría cerrarnos el camino, y que usted, señor Neander, un día merecería nuestra gratitud, digo de parte de la humanidad en lo más alto de su evolución, gratitud que yo le expreso hoy desde este micrófono...

Neander: Mmm... Yo si hay que caminar camino... si hay que pararse me paro... si hay que comer al oso me paro y me como al oso... Después yo camino y el oso se queda quieto, un hueso por aquí, en el suelo, un hueso por allá, en el suelo... Detrás de mí están los otros que vienen, caminando hasta donde está el oso, inmóvil, los otros se paran, se comen el oso... Mi hijo muerde un hueso, otro hijo mío muerde otro hueso... otro hijo mío muerde otro hueso...

Entrevistador: Es uno de los momentos culminantes de la vida de un clan de cazadores el que el señor Neander nos hace revivir en este momento: el banquete ritual después de una afortunada batida de caza...

Neander: Mi cuñado muerde otro hueso, mi mujer muerde otro hueso...

Entrevistador: Como han podido escuchar directamente por boca del señor Neander, las mujeres eran las últimas que se servían en el banquete ritual, lo que equivale a admitir la inferioridad social en que se tenía a la mujer...

Neander: ¡La tuya! Primero yo le llevo el oso a mi mujer, mi mujer enciende el fuego debajo del oso, después yo voy a cortar la albahaca, después vuelvo con la albahaca y digo: Dime, ¿dónde está la pata del oso? y mi mujer dice: Me la comí, ¿no? para ver si todavía estaba crudo, ¿no?

Entrevistador: Ya regía en la comunidad de los cazadores y recolectores -esto es lo que resulta del testimonio del señor Neander- una neta división del trabajo entre hombre y mujer...

Neander: Después voy a recoger la mejorana después vuelvo con la mejorana y digo: Dime, ¿dónde está la otra pata del oso? y mi mujer dice: me la comí, ¿no?, para ver si no se había quemado, ¿no? Y le digo: Oye, el orégano ¿sabes quién va a recogerlo? vas tú, le digo, tú eres la que va por el orégano, ¿eh?

Entrevistador: De esta breve y sabrosa escena familiar muchos son los datos concretos que podemos extraer sobre la vida del hombre de Neanderthal: primero, el conocimiento del fuego y su empleo en la cocina; segundo, la recogida de hierbas aromáticas y su uso gastronómico; tercero, el consumo de la carne en grandes porciones separadas, lo que presupone el empleo de verdaderos y auténticos instrumentos cortantes, es decir un estadio avanzado de la elaboración del sílex. Pero escuchemos directamente del entrevistado si tiene

Librodot

algo que decirnos sobre este punto. Formularé la pregunta de manera de no influir en la respuesta; señor Neander, usted con las piedras sí, con esos bonitos guijarros, pedruscos, como muchos que se encuentran aquí alrededor, ¿nunca ha intentado, no sé, jugar con ellos, golpear un poco el uno con el otro, ver si son realmente tan resistentes?

Neander: ¿Pero qué estás diciendo del guijarro? ¡Ya sabes qué se hace con el guijarro! ¡Dang! ¡Dang! Yo con el guijarro: ¡dang! Coges el guijarro, ¿no?, lo pones sobre la piedra grande, coges ese otro guijarro, le das fuerte, seco, ¡dang! ¿Sabes dónde se da el golpe seco? ¡Ahí! ¡Ahí se da!: ¡dang! ¡el golpe seco! ¡ahí va! ¡ay! ¡te machucas el dedo! Después te chupas el dedo, después das unos saltos, después coges el otro guijarro, vuelves a poner el guijarro sobre la piedra grande, ¡dang! Ves que se ha partido en dos, una astilla gruesa y una astilla fina, una curvada por aquí, la otra curvada por allí, tomas en la mano esta que se sujeta bien en la mano, por aquí, así, y con la otra mano, por allá, así, y haces: ¡deng! ves que haces deng allí en ese punto, ¡ahí va! ¡ay! ¡te clavaste la punta en la mano! Después te chupas la mano, después das una vuelta sobre un solo pie, después coges de nuevo la astilla en la mano, la otra astilla en la otra mano, ¡deng!, te salta una pequeña astilla, ¡ay! ¡en un ojo! te frotas el ojo con la mano, das un puntapié a la piedra grande, vuelves a coger la astilla grande y la astilla fina, ¡deng! haces saltar otra astilla pequeña muy muy cerca, ¡deng! otra, ¡deng! otra más, y ves que donde han saltado queda una muesca bien profunda, redonda y después otra muesca, y después otra muesca, así arriba y abajo todo alrededor, y después del otro lado, ¡deng! ¡deng! mira cómo queda todo alrededor, muy muy fino, muy muy afilado...

Entrevistador: Agradecemos a nuestro...

Neander:... después das unos golpecitos así, ¡ding! ¡ding! y haces saltar astillas muy muy pequeñas, ¡ding! ¡ding! y ves que quedan muchos dientes muy muy pequeños, ¡ding! ¡ding!

Entrevistador: Hemos entendido muy bien. Agradezco en nombre de los oyentes...

Neander: ¿Pero qué has entendido? Ahora es cuando puedes dar un golpe aquí: ¡dong!, y así después puedes dar otro del otro lado: ¡dung!

Entrevistador: Dung, exacto, pasemos a otra...

Neander:... así puedes coger bien en la mano ese guijarro trabajado por todas partes y después empieza el trabajo en serio, porque coges otro guijarro y lo pones sobre la piedra grande, ¡dang!

Entrevistador: Y así sucesivamente, clarísimo, lo importante es cómo se empieza. Pasemos...

Neander: Y no, una vez que empiezo, ya no puedo dejar, siempre hay en el suelo un guijarro que parece mejor que el primero y entonces arrojo el de antes y cojo éste y ¡deng! ¡deng! y de las astillas que saltan hay muchas que no sirven y muchas que son todavía mejores para trabajar, y entonces les doy a aquéllas, ¡ding! ¡ding! y resulta que puedo conseguir todo lo que quiero de todos esos pedazos de piedra y cuantas más muescas hago más muescas puedo hacer donde hice una hago dos, y después dentro de esas dos muescas hago otras dos muescas y al final se desmenuza todo y lo arrojo al montón de astillas desmenuzadas que crece y crece de este lado, pero del otro lado todavía tengo toda la montaña de roca para hacer astillas.

Entrevistador: Ahora que el señor Neander nos ha descrito el trabajo extenuante, monótono...

Neander: ¡Más monótono serás tú! ¿Tú sabes hacer muescas en la piedra, muescas todas iguales, sabes hacer muescas monótonas? No, ¿entonces de qué estás hablando? ¡Yo sí que las sé hacer! Y desde que me puse, desde que vi que tengo pulgar, ¿ves el pulgar? El pulgar lo pongo aquí y los otros dedos los pongo allá y en medio hay una piedra, en la mano, bien apretada para que no se escape, desde que vi que tenía la piedra en la mano y le daba golpes, así, o así, entonces lo puedo hacer con todo, con los sonidos que me salen de la boca, puedo hacer sonidos así, a a a, p p p, ñ ñ ñ, y entonces no paro de hacer sonidos, me pongo a hablar, a hablar y no paro más, me pongo a hablar de hablar, me pongo a trabajar piedras que

Librodot

sirven para trabajar piedras, y mientras tanto empiezo a pensar, pienso en todas las cosas que podría pensar cuando pienso, y me dan ganas también de hacer algo para que los otros entiendan algo, por ejemplo pintarme franjas rojas en la cara, nada más que para que entiendan que me hice franjas rojas en la cara, y a mi mujer me dan ganas de hacerle un collar de dientes de jabalí, sólo para que vean que mi mujer tiene un collar de dientes de jabalí y la tuya no, qué te crees que tienes tú que no tuviera yo, no me faltaba realmente nada, todo lo que se hizo después ya lo hacía yo, todo lo que se dijo y pensado y significado ya estaba en lo que yo decía pensaba y significaba, toda la complicación de la complicación ya estaba allí, basta que yo coja este guijarro con el pulgar y el hueco de la mano y los otros cuatro dedos que se doblan encima y ya está todo, tenía todo lo que después se tuvo, todo lo que después se supo y pudo yo lo tenía, no porque fuera mío, sino porque estaba, porque ya estaba, porque estaba allí, mientras que después se lo fue teniendo y sabiendo y pudiendo cada vez menos, cada vez menos de lo que podía ser, de lo que era antes, de lo que yo tenía antes, de lo que yo era antes, realmente yo estaba entonces en todo y por todo, no como tú, y todo estaba en todo y por todo, todo lo que se necesita para ser en todo y por todo, incluso toda la torpeza que vino después ya estaba en aquel ¡deng! ¡deng! ¡deng! ¡ding! ¡ding!, entonces qué vienes a decirme, qué te crees que eres, qué te crees que eres y que en realidad no eres, si estás aquí es sólo porque yo sí que estaba y estaba el oso y las piedras y los collares y los martillazos en los dedos y todo lo que se necesita para ser y que, cuando es, es.

Moctezuma

Yo: ¡Majestad!... ¡Santidad!... ¡Emperador!... ¡General!...

No sé cómo llamaros, me veo obligado a recurrir a términos que sólo en parte reflejan las atribuciones de vuestro cargo, apelativos que en mi lengua de hoy han perdido mucho de su autoridad, que suenan como ecos de poderes desvanecidos... Así como se ha desvanecido vuestro trono, que se alzaba en el altiplano de México, el trono desde el cual reinasteis sobre los aztecas como el más augusto de sus soberanos, también el último, Moctezuma... Aun llamaros por vuestro nombre me es difícil. Motecuhzoma, así pa rece que sonaba realmente vuestro nombre, que en los libros de nosotros los europeos, aparece diversamente deformado: Moctezuma, Montezuma... Un nombre que según algunos autores quería decir «hombre triste». En verdad merecíais este nombre, vos que presenciasteis el desmoronamiento de un imperio próspero y ordenado como el de los aztecas, invadido por seres incomprensibles, armados de instrumentos de muerte jamás vistos. Habrá sido como si aquí en nuestras ciudades cayeran de pronto invasores extraterrestres.

Pero ese momento nosotros nos lo hemos imaginado de todos los modos posibles; por lo menos así lo cree mos. ¿Y vos? ¿Cuándo empezasteis a entender que lo que estabais viviendo era el fin de un mundo? Moctezuma: El fin... El día rueda hacia el crepúsculo... El verano se pudre en un otoño fangoso... Asi cada día, cada verano... No está dicho que volverán cada vez. Para ello el hombre debe congraciarse con los dioses. Para que el sol y las estrellas sigan girando sobre los campos de maíz un día, un año más... Yo: ¿Queréis decir que el fin del mundo está siempre en suspenso y que de todos los acontecimientos extraor dinarios de que fue testigo vuestra vida, el más ex traordinario era que todo continuase, no que todo se tuera desmoronando? Moctezumu: No siempre los mismos dioses reinan en el cielo, no siempre los mismos imperios recaudan las contribuciones en las ciudades y en los campos. Durante toda mi vida honré a dos dioses, uno presente y otro ausente: el Colibrí Azul Huitzilopochtli que nos guiaba en la guerra a los aztecas, y el dios expul sado, la Serpiente Emplumada Quetzalcóatl, exiliado del otro lado del océano, en las tierras desconocidas de Occidente. Un día el dios ausente volvería a México y se vengaria de los otros dioses y de los pue blos que les eran fieles. Yo temía la amenaza que se cemía sobre mi imperio, el cataclismo del que nace ria la era de la Serpiente Emplumada, pero al mismo tiempo la esperaba, sentía en mí la impaciencia por el cumplimiento de aquel destino, aun sabiendo que

Librodot

traería consigo la ruina de los templos, la matanza de los aztecas, mi muerte... Yo: ¿Y creísteis de veras que el dios Quetzalcóatl desem barcaba a la cabeza de los conquistadores, reconocis teis a la Serpiente Emplumada bajo el yelmo de hierro y la barba negra de Hernán Cortés? Moctezuma: un quejido. Yo: Perdonadme, rey Moctezuma: ese nombre vuelve a abrir una herida en vuestra alma... Moctezuma: Basta... Esta historia ha sido contada demasiadas veces. Que aquel dios era representado en nuestras tradiciones con el rostro pálido y barbudo y que al ver (lanza un gemido) a Cortés pálido y barbudo lo reconocimos como al dios... No, no es tan sencillo. Las correspondencias entre los signos nunca son seguras. Todo ha de ser interpretado: la escritura transmitida por nuestros sacerdotes no está hecha de letras como la vuestra, sino de figuras. Yo: ¿Queréis decir que vuestra escritura pictográfica y la realidad se leían de la misma manera: ambas debían ser descifradas... Moctezuma: En las figuras de los libros sagrados, en los bajorrelieves de los templos, en los mosaicos de plu mas, cada línea, cada friso, cada franja coloreada puede tener un sentido... Y en los hechos que se producen, en los acontecimientos que se desenvuelven delante de nuestros ojos, cada detalle nimio puede tener un sentido que nos indica las intenciones de los dioses: un ropaje que se agita, una sombra que se dibuja en el polvo... ¡Si es así con todas las cosas que tienen un nombre, piensa cuántas me salieron al encuentro que nó tenían un nombre y sobre cuyo sentido debía interrogarme continuamente! En el mar aparecen casas de madera flotantes con alas de tela hinchadas de viento... Los centinelas de mi ejército tratan de expre sar con palabras todo lo que divisan, pero ¿cómo decir lo que todavía no se sabe qué es? En las playas des embarcan hombres vestidos de un metal gris que cen tellea al sol. Montan bestias jamás vistas, semejantes a robustos ciervos sin cuernos que dejan en el suelo huellas en forma de media luna. En vez de arcos y lanzas llevan especies de trompetas con las que des encadenan el relámpago y el trueno, y quebrantan los huesos desde lejos. ¿Qué era más extraño: las figuras de nuestros libros sagrados, sus pequeños dioses terribles, todos de perfil con sus tocados flameantes, o esos seres barbudos, sudorosos, malolientes? Avanzaban en nuestro espacio de todos los días, robaban las gallinas de nuestros gallineros, las asaban, les mondaban los huesos igual que nosotros, y sin embargo eran tan distintos de nosotros, incongruentes, inconcebibles. ¿Qué podíamos hacer, qué podía yo que había estudiado tanto el arte de interpretar las antiguas figuras de los templos y las visiones de los sueños, sino tratar de interpretar esas nuevas apariaones? No es que éstas se asemejasen a aquéllas, pero las preguntas que podía plantearme frente a lo inexplicable que estaba viviendo, eran las mismas que me hacía mirando a los dioses que rechinaban los dientes en los pergaminos pintados, o esculpidos en bloques de cobre revestidos de láminas de oro e incrustados de esmeraldas. Yo: ¿Pero qué había en el fondo de vuestra incertidumbre, rey Moctezuma? Cuando visteis que los españoles no dejaban de avanzar, que enviar a su encuentro embajadores con regalos suntuosos no servía más que para excitar su avidez de metales preciosos, que Cortés se aliaba con las tribus hartas de vuestras vejaciones y las sublevaba contra vosotros, y masacraba las tribus que a instigación vuestra le tendían emboscadas, entonces lo acogisteis por fin como huésped en la capital, con todos sus soldados, y dejasteis que de huesped se transformase rápidamente en amo, aceptando que se proclamara defensor de vuestro trono en peligro y que, con esta excusa, os retuviera prisionero... No me diréis que podíais creer en Cortés... Moctezuma: Los blancos no eran inmortales, yo lo sabía; seguramente no eran los dioses que esperábamos. Pero tenían poderes que parecían más allá de lo humano: las flechas se doblaban contra sus corazas, sus cerbatanas incendiadas -o lo que diablos fuesen- proyectaban dardos siempre mortales. Y sin embargo, sin embargo, no se podía excluir una superioridad nuestra que quizá pudiese equilibrar la balanza. ¡Cuando lvs llevé a visitar las maravillas de nuestra capital su asombro fue tan grande! Aquel día el verdadero triunfo fue nuestro sobre los zafios conquistadores de ultramar. Uno de ellos dijo que ni siquiera leyendo sus libros de aventuras habían imaginado jamás semejante esplendor. Después Cortés me tomó como rehén en el palacio donde yo lo había hospedado; no contento con todos los regalos que le hacía, mandó excavar una galería hasta la cámara del tesoro y la

Librodot

saqueó; mi destino era retorcido y espinoso como un cactus. Pero la soldadesca que montaba guardia se pasaba los días jugando a los dados y trampeando, hacía ruidos obscenos, se disputaba los objetos de oro que yo les arrojaba como propina. Y yo seguía siendo el rey. Lo demostraba cada día: era superior a ellos, yo era el vencedor, no ellos. Yo: ¿Esperabais todavía torcer el destino? Moctezuma: Quizás en el cielo se estaba librando una batalla entre los dioses. Entre nosotros se había estable cido una especie de equilibrio, como si los destinos estuvieran en suspenso. En nuestros lagos circundados de jardines blanqueaban las velas de los bergantines construidos por ellos; desde las orillas sus arcabuces disparaban salvas. Había días en que una repen tina feltcidad se adueñaba de mí y me reía hasta las lágrimas. Y días en que no hacía más que lagrimear, entre las carcajadas de mis carceleros. La paz resplandecía por momentos entre las nubes cargadas de guerra. No olvidar que a la cabeza de los extranje ros había un mujer, una mujer mexicana de una tribu enemiga pero de nuestra misma raza. Vosotros decís: Cortés, Cortés, y creéis que Malitzin -doña Marina, como la llamáis- les servía sólo de intérprete. No, el cerebro, o por lo menos la mitad del cerebro de Cortés, era ella: dos eran las cabezas que guiaban la expedición española; el plan de la Conquista nacía de la unión de una majestuosa princesa de nuestra tierra y un hombrecito pálido y peludo. Tal vez fuese posi ble -yo la veía posible- una nueva era en la que se juntaran las cualidades de los invasores -que yo creía divinas- y nuestra civilización tanto más ordenada y refinada. Quizá los absorberiamos nosotros, con todas sus armaduras, caballos, espingardas, quizá nos adue ñanamos de sus poderes extraordinarios, quizá con siguiéramos que los dioses de ellos se sentaran al ban quete de nuestros dioses y lo compartieran... Yo: ¿Así os ilusionabais, Moctezuma, para negaros a ver los barrotes de vuestra prisión! Y sin embargo sabíais que había otro camino: resistir, batallar, vencer a los españoles. Este era el camino escogido por vuestro so brino que había urdido una conjuración para liberaros... y vos lo traicionasteis, prestasteis a los españo les lo que quedaba de vuestra autoridad para sofocar la rebelión de vuestro pueblo... Y sin embargo en aquel momento Cortés tenía sólo cuatrocientos hombres ais lados en un continente desconocido, y por añadidura estaba en pugna con las autoridades mismas de su go bierno de ultramar.» Ciertamente, a favor de Cortés o contra Cortés, la amenaza de la flota y del ejército de España, del Imperio de Carlos V, se cernía sobre el Nuevo Continente... ¿Era su intervención lo que te míais? ¿Comprendíais que la relación de fuerzas era aplastante, que el desafío a Europa era desesperado? Moctezuma: Sabía que no éramos iguales, pero no como tú dices, hombre blanco, la diversidad que me dete nía no se podía pensar, medir... No era como cuando entre dos tribus del altiplano -o entre dos naciones de vuestro continente- una quiere dominar a la otra y lo que decide la. suerte es el coraje y la fuerza en el combate. Para batirse con un enemigo hay que moverse en su mismo espacio, existir en su mismo tiempo. Y nosotros nos examinábamos desde dimensiones diferentes, sin rozarnos. Cuando lo recibí por primera vez, Cortés, violando todas las sagradas reglas, me abrazó. Los sacerdotes y los dignatarios de mi corte se cubrieron el rostro escandalizados. Pero a mí me parece que nuestros cuerpos no se tocaron. No porque mi cargo me pusiese más allá de cualquier contacto extraño, sino porque pertenecíamos a dos mundos que nunca se habían encontrado ni podían encontrarse. Yo: Rey Moctezuma, aquel era el primer encuentro ver dadero de Europa con los otros. El Nuevo Mundo había sido descubierto por Colón hacía menos de treinta años y hasta entonces se había tratado sólo de islas tropicales aldeas de chozas... Esta era la primera expedición colonial de un ejército de blancos que encontraba no a los famosos salvajes sobrevivientes de la Edad de oro de la prehistoria sino una civilización compleja y opulenta. Y justo en aquel primer en cuentro entre nuestro mundo y el vuestro -digo vuestro mundo como ejemplo de cualquier otro mundo posible- fue cuando sucedió algo irreparable. Esto es lo que me pregunto, lo que os pregunto, rey Moctezuma. Frente a lo imprevisible demostrasteis prudencìa, pero también indecisión, sumisión... Y así fue como no evitasteis a vuestro pueblo y a vuestra tierra las masacres, la ruina que se perpetúa a través de los siglos. Quizás hubiese bastado que os opusierais con resolución a los primeros conquistadores para que la relación entre mundos diferentes se estableciese sobre otras bases,

Librodot

tuviese otra continuación. Quizá los europeos, advertidos por vuestra resistencia, hubieran sido más prudentes y respetuosos. Quizás estabais todavía a tiempo para extirpar de las cabezas europeas la planta maligna que apenas despuntaba: la convicción de tener el derecho de destruir todo lo que es diferente, de saquear las riquezas del mundo, de expandir en los continentes la mancha uniforme de una triste miseria. Entonces la historia del mundo habría tomado otro curso, entendéis, rey Moctezuma, entiendes Moctezuma lo que te dice un europeo de hoy que está viviendo el final de una supremacía en la que tantas energías extraordinarias se han desviado hacia el mal, en la que todo lo que habíamos pensado y realizado convencidos de que era un bien universal lleva el sello de una limitación... Responde, Moctezuma, a quien se siente, como tú, víctima y como tú, responsable... Moctezuma: Tú también hablas como si estuvieras leyendo un libro ya escrito. Para nosotros, entonces, lo único escrito era el libro de nuestros dioses, las pro fecías que se podían leer de mil maneras, todo había que descifrarlo, cada hecho nuevo teníamos que in sertarlo primeramente en el orden que sostiene el mundo y fuera del cual nada existe. Cada uno de nuestros gestos era una pregunta que esperaba una respuesta. Y para que cada respuesta tuviera una contra prueba segura, yo debía formular mis preguntas de dos maneras, una en un sentido y otra en sentido contrario. Preguntaba en la guerra y preguntaba en la paz.

Por eso estaba a la cabeza del pueblo que resistía y al mismo tiempo estaba junto a Cortés que lo sometía cruelmente. ¿Dices que no nos batimos? La ciudad de México se rebeló contra los españoles; llovían piedras y flechas de todos los tejados. Entonces, en el momento en que Cortés me mandó a apaciguarlos, fue cuando mis súbditos me mataron a pedradas. Después los españoles recibieron refuerzos; los insurrectos fueron masacrados; nuestra incomparable ciudad quedó destruida. La respuesta de aquel libro que yo iba descifrando fue: no. Por eso ves mi sombra encorvada merodeando desde entonces entre estas ruinas. Yo: Pero también para los españoles vosotros erais los otros, los diferentes, los incomprensibles, los inimaginables. También los españoles tenían que descifraros. Moctezuma: Vosetros os adueñáis de las cosas; el orden que rige vuestro mundo es el de la apropiación; todo lo que sabíais era que nosotros poseíamos algo más digno de ser poseído que cualquier otra cosa y que para nosotros era sólo una materia graciosa destinada a collares y ornamentos: el oro. Vuestros ojos buscaban oro, oro, oro; vuestros pensamientos giraban como buitres en torno a aquel único objeto de deseo. Para nosotros en cambio el orden del mundo consistía en dar. Dar para que los dones de los dioses siguieran colmándonos, para que el sol siguiera saliendo todas las mañanas, abrevándose en la sangre que mana... Yo: ¡La sangre, Moctezuma! No me atrevía a mencionártela, y eres tú quien la nombra, la sangre de los sacrificios humanos... Moctezuma: Otra vez la sangre... Porque vosotros, en cambio... hagamos la cuenta, hagamos la cuenta de las víctimas de vuestra civilización y las de la nuestra... Yo: No, no, Moctezuma, el argumento no vale, sabes que no he venido a justificar a Cortés y a los suyos, no seré yo quien subestime los delitos que nuestra civilización ha cometido y sigue cometiendo, ¡pero ahora estamos hablando de vuestra civilización! Aquellos jóvenes yacentes en los altares, los cuchillos de piedra partiendo el corazón, la sangre salpicándolo todo... Moctezuma: ¿Y qué? ¿Qué? En todos los tiempos y en todos los lugares, los hombres se mueven por un solo afán: sujetar al mundo para que no se deshaga. Sólo la manera varía. En nuestra ciudad de lagos y jardines el sacrificio de la sangre era necesario, como zapar la tierra, como canalizar el agua de los ríos. En vuestra ciudad de ruedas y jaulas, la vista de la sangre es horrenda, lo sé. ¡Pero cuántas más vidas trituran vuestros engranajes! Yo: De acuerdo, toda cultura se entiende desde dentro eso lo he comprendido, Moctezuma, ya no estamos en los tiempos de la Conquista que destruyó vuestros templos y vuestros jardines. Sé que vuestra cultura era, bajo muchos aspectos, un modelo, pero quisiera que tú también reconocieses sus aspectos monstruosos: que los prisioneros de guerra tuviesen que sufrir esa suerte... Moctezuma: ¿Qué necesidad hubiéramos tenido, si no, de hacer la guerra? Nuestra guerra era amable y jubilosa, un juego comparada con la vuestra. Pero un juego con una finalidad necesaria: decidir a quién le tocaba tenderse boca ariiba sobre el altar en las fiestas del sacrificio y ofrecer el pecho al

Librodot

cuchillo de obsidiana blandido por el Gran Sacrificador. A cualquiera le podía tocar aquella suerte, para bien de todos. Vuestras guerras, ¿para qué sirven. Las motivaciones que dais en cada caso son pretextos triviales: las conquistas, el oro.

Yo: ¡O bien no dejarse dominar por los otros, no terminar como terminasteis con los españoles! Si hubieseis matado a los hombres de Cortés, más aún, escucha bien lo que te digo, Moctezuma, si los hubieseis degollado uno por uno en el altar de los sacrificios bueno, en ese caso habría comprendido, porque estaba en juego vuestra supervivencia como pueblo, como continuidad histórica...

Moctezuma: ¿Ves cómo te contradices, hombre blanco?

Matarlos... Yo quería hacer algo más importante to davía: pensarlos. Si conseguía pensar a los españoles, hacerlos entrar en el orden de mis pensamientos, estar seguro de su verdadera esencia, dioses o demonios malignos, da igual, o seres como nosotros sujetos a de seos divinos o demoníacos, en una palabra, hacer de ellos -de inconcebibles que eran- algo en que el pen samiento pudiera detenerse y apresarlo, entonces, sólo entonces hubiese podido hacerlos aliados míos o ene migos, reconocerlos como perseguidores o como víctimas.

Yo: Para Cortés, en cambio, todo era claro. Esos proble mas él no se los planteaba. El español sabía lo que quería. Moctezuma: Para él era como para mí. La verdadera victoria que se esforzaba por obtener sobre mí era ésa: pensarme. Yo: ¿Y lo consiguió? Moctezuma: No. Puede parecer que hizo de mí lo que quería: me engañó muchas veces, saqueó mis tesoros, se sirvió de mi autoridad como escudo, me hizo morir lapidado por mis súbditos, pero no consiguió tener me. Lo que yo era quedó fuera del alcance de sus pensamientos, inasequible. Su razón no pudo envolver mi razón en sus redes. Por eso vuelves a encontrarme entre las ruinas de mi imperio, de vuestros imperios.

Por eso vienes a interrogarme. A más de cuatro siglos de mi derrota, no estáis seguros de haberme vencido.

La verdadera guerra y la verdadera paz no suceden sobre la tierra sino entre los dioses. Yo: Moctezuma, ahora me has explicado por qué era im posible que vencierais. La guerra entre los dioses quiere decir que detrás de los aventureros de Cortés estaba la idea de Occidente, la historia que no se detiene, que avanza englobando las civilizaciones para las cuales la historia se ha detenido. Moctezuma: También tú superpones tus dioses a los he chos. ¿Qué es eso que llamas historia? Quizá sólo sea la falta de un equilibrio. Mientras que allí donde la convivencia de los hombres encuentra un equili brio duradero, dices que la historia se ha detenido.

Si con vuestra historia hubierais conseguido llegar a ser menos esclavos, ahora no vendrías a reprocharme que no os haya detenido a tiempo. ¿Qué buscas de mí? Te has dado cuenta de que ya no sabes qué es vuestra historia y te preguntas si no hubiera podido seguir otro curso. Y según tú, ese otro curso debería habérselo dado yo. ¿Y cómo? ¿poniéndome a pensar con vuestra cabeza? También vosotros necesitáis cla sificar bajo los nombres de vuestros dioses cada cosa nueva que perturba vuestros horizontes, y no estáis nunca seguros de si son verdaderos dioses o espíritus malignos, y no tardáis en caer prisioneros de ellos.

Las leyes de las fuerzas materiales os parecen claras, pero no por eso dejáis de esperar que en su reverso se os revele el dibujo del destino del mundo. Sí, es cierto, en aquel comienzo de vuestro siglo dieciséis la suerte del mundo tal vez no estuviese echada. Vuestra civilización del movimiento perpetuo no sabía aún adónde iba -como hoy no sabe ya adónde ir nosotros, la civilización de la permanencia y del equilibrio, aún podíamos englobarla en nuestra armonía. Yo: ¡Era tarde! ¡Tendríais que haber sido vosotros, los aztecas, quienes desembarcaran en Sevilla, invadieran Extremadural ¡La historia tiene un sentido que no se puede cambiar! Moctezuma: ¡Un sentido que quieres imponerle tú, hombre blanco! Si no, el mundo se desmorona bajo tus pies. Yo también tenía un mundo que me sostenía, un mundo que no era el tuyo. Yo también quería que el sentido de todo no se perdiese. Yo: Sé por qué te importaba. ¡Porque si el sentido de tu mundo se perdía, entonces las montañas de calaveras apiladas en los osarios de los templos dejaban de tener sentido, y la piedra de los altares se

Librodot

convertía en un mostrador de carnicero embadurnado de sangre humana inocente! Moctezuma: Así ves hoy tus matanzas, hombre blanco.

Antes de que respondas

Espero que te hayas quedado junto al teléfono, que si alguien te llama le ruegues que cuelgue en seguida para dejar libre la línea: sabes que puedes recibir una llamada mía de un momento a otro. Tres veces marqué tu número pero mi ilamada se ha perdido en los atascos del circuito, no sé todavía si aquí, en la ciudad desde la que te estoy llamando, o allá, en las redes de tu ciudad. Las líneas están cargadas en todas partes. Toda Europa está telefoneando a toda Europa.

Han pasado pocas horas desde que me despedí de ti precipitadamente; el viaje es siempre el mismo, y lo hago cada vez maquinalmente, como en trance: un taxi me espera en la calle, un avión me espera en el aeropuerto, un auto de la compañía me espera en otro aeropuerto, y aquí estoy, a muchos cientos de kilómetros de ti. El momento que para mí cuenta es éste: apenas dejo las maletas, todavía no me he quitado el abrigo y ya descuelgo el auricular, marco el prefijo de tu ciudad, después tu número.

Mi dedo acompaña cada cifra lentamente, hasta el tope que detiene el disco, me concentro en la presión de la yema como si de ella dependiera la exactitud del recorrido que cada impulso debe acertar a través de una serie de pasajes obligados muy separados entre sí y de nosotros, hasta desencadenar la campanilla a la cabecera de tu cama. Es raro que la operación salga bien la primera vez: no sé cuánto durarán las esfuerzos del índice clavado en el disco, las incertidumbres de la oreja pegada a la oscura caracola. Para dominar la impaciencia recuerdo el tiempo no lejano en que incumbía a las invisibles vestales de la central la tarea de asegurar la continuidad de este frágil flujo de chispas, de librar invisibles batallas contra fortalezas invisibles: cada pulsión interior que me llevaba a comunicar era mediada, diferida, filtrada, por un procedimiento anónimo y desalentador. Hoy, cuando una red de conexiones automáticas se extiende por continentes enteros y cada usuario puede llamar inmediatamente a cada usuario sin pedir ayuda a nadie, debo resignarme a pagar esta extraordinaria libertad con un dispendio de energía nerviosa, repetición de gestos, tiempos muertos, frustraciones crecientes. (A pagarla por unidades a peso de oro, pero entre el acto de telefonear y la experiencia de las crueles tarifas no hay una relación directa: las facturas llegan al cabo de un trimestre, cada llamada interurbana automática se anega en una cifra global que provoca el estupor de las catástrofes naturales contra las cuales nuestra voluntad encuentra en seguida la coartada de lo inevitable.) La facilidad de llamar por teléfono constituye una tentación tal que telefonear es cada vez más difícil, por no decir imposible. Todos telefonean a todos a todas horas, y nadie consigue hablar con nadie, las llamadas siguen errando de aquí para allá por los circuitos de las centralitas automáticas, agitando las alas como mariposas enloquecidas, sin poder meterse en una línea libre, cada usuario sigue

Librodot

ametrallando con números los registradores, convencidos de que se trata solamente de una avería momentánea y local. Es verdad que la mayoría de las llamadas se hacen sin que se tenga nada que decir, por lo tanto obtener o no la comunicación carece de gran importancia y perjudica, cuando más, a los pocos que realmente tendrían algo que decirse.

Desde luego no es mi caso. Si tengo tanta prisa por telefonearte al cabo de pocas horas de ausencia, no es porque me haya quedado algo indispensable que decirte, no es nuestra intimidad interrumpida en el momento de la partida lo que estoy impaciente por restablecer. Si tratara de sostener algo parecido, en seguida se me presentaria tu sonrisa sarcástica, o escucharía tu voz tratándome de mentiroso con total frialdad. Tienes razón: las horas que preceden a mi partida están llenas de silencios y de incomodidad entre nosotros; mientras estoy a tu lado la distancia es infranqueable. Pero justamente por eso no veo la hora de llamarte: porque sólo con una llamada interurbana, o mejor internacional, podemos confiar que alcanzaremos esa manera de estar que se define habitualmente como «estar juntos». Este es el verdadero motivo de mi viaje, de todos mis desplazamientos continuos por la geografía, digo: la justificación secreta, la que me doy a mí mismo sin la cual mis obligaciones profesionales de inspector de asuntos europeos de una empresa multinacional me parecerían una rutina sin sentido: me voy para poder telefonearte cada día, porque yo siempre he sido para ti y tú siempre has sido para mí la otra punta de un hilo, más aún, un cabo conductor coaxial de cobre, el otro polo de una sutil coniente de frecuencia modulada que se desliza por el subsuelo de los continentes y por el fondo de los océanos. Y cuando entre nosotros no se tiende este hilo para establecer el contacto, cuando nuestra opaca presencia física es la que ocupa el campo sensorial, en seguida todo se vuelve entre nosotros trillado superfluo automático, gestos palabras expresiones del rostro reacciones recíprocas de agrado o de intolerancia, todo lo que un contacto directo puede transmitir entre dos personas y que como tal puede decirse también que es perfectamente transmitido y recibido, teniendo siempre en cuenta los mecanismos rudimentarios de que disponen los seres humanos para comunicarse entre sí; en una palabra, nuestra presencia será algo formidable para los dos, pero desde luego no se puede comparar con la fiecuencia de vibraciones que pasa a través de las conexiones electrónicas de las grandes redes telefónicas y con la intensidad de emociones que puede suscitar entre nosotros.

Las emociones son tanto más fuertes cuanto más precaria azarosa insegura es la relación. Lo que no nos satisface de nuestras relaciones cuando estamos cerca, no es que anden mal sino al contrario, que anden como deben andar. Mientras que ahora estoy con el aliento cortado y sigo desgranando la serie de cifras en el disco giratorio, aspirando con el oído los fantasmas de sonidos que se asoman al receptor: un tamborilleo de *ocupado*. Como en segundo plano, tan vago que cabe la esperanza de que sea una interferencia fortuita, algo que no nos concierne; o bien una amortiguada crepitación de descargas que podría anunciar el éxito de una complicada operación, o por lo menos de una fase intermedia, o, si no, el despiadado silencio del vacío y la oscuridad. En algún punto inidentificable del circuito mi llamada ha errado el camino.

Descuelgo y vuelvo a la línea, pruebo nuevamente con redoblada lentitud las primeras cifras del prefijo que sirven sólo para encontrar una vía de salida de la red urbana y después de la red nacional. En algunos países una tonalidad especial advierte entonces que esa primera operación ha llegado a buen puerto; si no se oye zumbar una musiquita es inútil soltar las otras cifras: hay que esperar que una línea se desbloquee. En nuestro país es a veces un brevísimo silbido que se deja oír al final del prefijo o en la mitad. Pero no para todos los prefijos y no en todos los casos. En una palabra, se haya oído o no ese silbidito, certeza no hay ninguna: emitida la señal de vía libre, la línea puede permanecer sorda o muerta, o bien revelarse inesperadamente activa sin haber dado antes señal alguna de vida. Por eso conviene no desalentarse en ningún caso, marcar el número hasta la última cifra y esperar. Siempre que no estalle la señal de ocupado en metad del número, indicando que es esfuerzo inútil. Por otro lado, mejor así: puedo colgar en seguida ahorrando una nueva espera y volver a intentarlo.

Librodot

Pero las más de las veces, después de haberme lanzado a la extenuante empresa de marcar una docena de cifras en las rotaciones del disco, me quedo sin noticias del resultado de mis esfuerzos. ¿Dónde navegará en este momento mi llamada? ¿Estará todavía inmóvil en el registrador de la central de partida, esperando su turno, haciendo cola con otras llamadas? ¿Habrá sido traducida ya en órdenes a los selectores, dividida en grupos de cifras que se sueltan para buscar la entrada de las sucesivas centrales de tránsito? ¿O ha volado sin rozar obstáculos hasta la red de tu ciudad, de tu barrio, y ha quedado allí atrapada como una mosca en una telaraña, tendiéndose hacia tu teléfono inalcanzable?

Del auricular no me llega ninguna noticia, y no sé si debo darme por vencido y colgar, o si de pronto una ligera descarga crujiente me advertirá que mi pedido ha encontrado vía libre, ha partido como una flecha y dentro de pocos segundos despertará como un eco la señal de tu campanilla.

En este silencio de los circuitos te estoy hablando. Sé bien que, cuando por fin nuestras voces consigan encontrarse en el hilo, nos diremos frases genéricas e insulsas; no te estoy llamando para decirte algo, ni porque crea que tienes algo que decirme. Nos telefoneamos porque sólo en este llamarnos a larga distancia, en este buscarnos a tientas a través de cables de cobre sepultos, relés enredados, remolino de escobillas de selectores atascados, en este sondeo del silencio y en la espera del retorno de un eco, se perpetúa la primera llamada desde la lejanía, el grito de cuando la primera gran resquebrajadura de la deriva de los continentes se abrió bajo los pies de una pareja de seres humanos y los abismos del océano se hendieron para separarlos mientras uno en una orilla y el otro en la otra, arrastrados y alejándose velozmente, trataban con su grito de tender un puente sonora que siguiera manteniéndolos juntos, debilitándose cada vez más hasta que el estruendo de las olas lo arrollase sin esperanza.

Desde entonces la distancia es la urdimbre que sostiene la trama de todas las historias de amor, así como de todas las relaciones entre los vivos, la distancia que los pájaros tratan de colmar lanzando al aire de la mañana las finas arcadas de sus gorjeos, como nosotros lanzando en las nervaduras de la tierra ramalazos de impulsos eléctricos traducibles en órdenes para los sistemas de relés: única manera que les queda a los seres humanos de saber que se están llamando por necesidad de llamarse y punto. Claro que los pájaros no tienen mucho más que decirse de lo que tengo que decirte yo, que insisto en meter el dedo en el disco machacanúmeros, esperando que un impulso más afortunado que los otros haga resonar tu campanilla.

Como un bosque ensordecido por los gorjeos de los pájaros, nuestro planeta telefónico vibra de conversaciones realizadas o intentadas, de trinos de campanillas, del tintinear de una línea interrumpida, del silbido de una señal, de tonalidades, de metrónomos; y el resultado de todo esto es un piar universal que nace de la necesidad de cada individuo de manifestar a algún otro la propia existencia, y del miedo de comprender al final que sólo existe la red telefónica, y que el que llama y el que responde tal vez no existan.

Una vez más he equivocado el prefijo, desde las profundidades de la red me llega una especie de canto de pájaros, después fragmentos de conversaciones ajenas, después un disco en una lengua extranjera que repite «El abonado ha cambiado de número. Consulte la guía telefónica», después el acosador «ocupado» viene a cerrar cualquier rendija. Me pregunto si también tú en este momento intentas llamarme y tropiezas con los mismos obstáculos, das manotazos a ciegas, te pierdes en el mismo laberinto espinoso. Hablo como nunca te hablaría si estuvieras escuchando; cada vez que bajo el interruptor borrando la frágil sucesión de números, borro también todo lo que he dicho o pensado como en un delirio: en ese buscarse ansioso inseguro frenético está el principio y el fin de todo; nunca sabremos el uno del otro más que este frufrú que se aleja por el hilo y se pierde. Una inútil tensión del oído concentra la carga de las pasiones, los furores del amor y del odio, como yo -durante mi carrera de cuadro de una gran compañía financiera, en mis días reglamentados por un empleo preciso

Librodot

del tiempo- nunca he tenido oportunidad de experimentarlo salvo de un modo superficial y distraído.

Está claro que conseguir la comunicación a esta hora es imposible. Mejor que me rinda, pero si renuncio a hablar contigo tengo que volver en seguida a enfrentarme con el teléfono como con un instrumento completamente diferente otra parte de mí mismo a la que corresponden otras funciones: debo confirmar cón urgencia una serie de citas de negocios, tengo que interrumpir el circuito mental que me une a ti e insertarme en el que corresponde a mis inspecciones periódicas de las empresas controladas por mi grupo o de participación cruzada; o sea, he de operar una conmutación no en el teléfono, sino en mí mismo, en mi actitud hacia el teléfono.

Antes quiero hacer una última tentativa, repetiré una vez más la serie de números que ahora ocupa el lugar de tu nombre, de tu cara, de ti. Si funciona, bien; si no, interrumpo. Entre tanto puedo seguir pensando cosas que nunca te diré, pensamientos dirigidos más al teléfono que a ti, que se refieren a la relación que tengo contigo a través del teléfono, más aún, a la relación que tengo con el teléfono cuyo pretexto eres tú.

En la ronda de pensamientos que acompaña el rodar de lejanos mecanismos, se me presentan las caras de otras destinatarias de llamadas interurbanas, vibran voces de timbre diferente, el disco combina y descompone acentos, actitudes y humores, pero no consigo fijar la imagen de una interlocutora ideal para mi manía de uniones a larga distancia. En mi mente todo empieza a confundirse: las caras, los nombres, las voces, los números de Amberes, de Zurich, de Hamburgo. No es que espere de un número algo más que de otro: ni por la probabilidad de obtener la comunicación, ni por lo que -una vez obtenido el número- podría decir o sentir. Pero eso no me disuade de insistir en las tentativas de establecer un contacto con Amberes o Zurich o Hamburgo o cualquiera que sea tu ciudad: ya lo he olvidado en la ronda de los números que voy alternando sin suerte desde hace una hora.

Hay cosas que, sin que mi voz te llegue, siento la necesidad de decirte: y no importa si me dirijo a ti en Amberes, o a ti en Zurich, o a ti en Hamburgo. Has de saber que el momento de mi verdadero encuentro contigo no es cuando, en Amberes, o en Zurich, o en Hamburgo, te encuentro por la noche después de mis reuniones de negocios; ése es sólo el aspecto descontado, inevitable de nuestra relación. Las desavenencias, las reconciliaciones, los rencores, los altibajos del interés; en cada ciudad y con cada interlocutora se repite el ritual que me es habitual contigo. Así como es un número de Gotemburgo, o de Bilbao, o de Marsella, al que espasmódicamente Ilamaré (o trataré de llamar) apenas esté de regreso en tu ciudad, antes de que tú te enteres de mi llegada: un número que ahora me sería fácil obtener con una llamada urbana aquí en la red de Gotemburgo, o de Bilbao, o de Marsella (ya no recuerdo dónde estoy). Pero ahora no quiero hablar con ese número; ahora quiero hablar contigo.

Esto es lo que -como no puedes escucharme- te digo. Hace una hora que pruebo sucesivamente una serie de números, todos tan inexpugnables como el tuyo, en Casablanca, en Salónica, en Vaduz: lamento que estéis todas esperándome junto al teléfono; el servicio está cada vez peor. En cuanto escuche a una de vosotras diciendo «¡Diga!» tendré que estar atento para no equivocarme, recordar a quién de vosotras corresponde el último número al que he llamado. ¿Reconoceré todavía las voces? Hace tanto que espero escuchando el silencio.

Da lo mismo decíroslo ahora, decírtelo a ti y a todas vosotras, dado que ninguno de vuestros teléfonos responde: mi gran proyecto es transformar la red mundial entera en una extensión de mí mismo que propague y atraiga vibraciones amorosas, usar este aparato como un órgano de mi persona por medio del cual se pueda consumar un acto de amor con todo el planeta. Estoy por conseguirlo. Esperad junto a vuestros aparatos. ¡Os lo digo también a vosotras, en Kioto, en Sao Paulo, en Riad!

Desgraciadamente mi teléfono sigue comunicando aunque cuelgue y levante, aunque golpee el interruptor de la horquilla. Ahora no se escucha absolutamente nada, se diría que

Librodot

estoy desconectado de todas las líneas. Tranquilizaos. Debe de ser una avería momentánea. Esperad.

La glaciación

¿Con hielo? ¿Sí? Voy un momento a la cocina a buscar el hielo. Y de pronto la palabra «hielo» se dilata entre ella y yo, nos separa, o quizá nos une, como la frágil costra de hielo que une las orillas de un lago.

Si hay algo que detesto es preparar el hielo. Me obliga a interrumpir la conversación apenas iniciada, en el momento crucial en que le pregunto: ¿te sirvo un poco de whisky?, y ella: gracias, apenas así, y yo: ¿con hielo? Y ya me encamino a la cocina como al exilio, ya me veo luchando con los cubitos de hielo que no se despegan de la bandeja.

Naturalmente, digo es cosa de un instante, yo también tomo siempre el whisky con hielo. Es verdad, el tintineo del vaso me hace compañía, me separa del barullo de los otros en las fiestas donde hay tanta gente, me impide perderme en la fluctuación de las voces y los sonidos, esa fluctuación de la que ella se separó cuando apareció por primera vez en mi campo visual, en el anteojo invertido de mi vaso de whisky. Sus colores se adelantaban por aquel corredor entre dos habitaciones llenas de humo y de música a todo volumen, y yo estaba allí con mi vaso sin ir ni para aquí ni para allá y ella también me veía en una sombra deformada a través de la trans parencia del vidrio del hielo del whisky, no sé si oía lo que yo le decía porque había todo aquel ruido y tam bién porque tal vez yo no hablé, sólo mostré el vaso y el hielo flotando hacía dlin dlin, y ella también dijo algo sobre la campanilla de vidrio y de hielo, todavía no me imaginaba por cierto que vendría a mi casa esta noche.

Abro el freezer, no, cierro el freezer, primero tengo que buscar el recipiente para el hielo. Ten paciencia un momento, vuelvo en seguida. El freezer es una caverna polar, centelleante de carámbanos, la bandeja está pegada por una costra de hielo a la chapa, la arranco con esfuerzo, las yemas de los dedos se ponen blancas. En el iglú la esposa esquimal espera al cazador de focas perdido en el pach. Ahora basta una ligera presión para que los cubitos se separen de las paredes de sus compartimientos: pero no, es un bloque compacto, aunque invierta la bandeja no caen, la pongo bajo el grifo de la pila, abro el agua caliente, el chorro chirría en la chapa cubierta de escarcha, mis dedos blancos se ponen rojos. Me he mojado un puño de la camisa, es muy molesto, si hay algo que detesto es sentir alrededor de la muñeca la tela pegada, informe.

-Pon un disco entre tanto, yo vuelvo en seguida con el hielo, ¿me oyes? -No me oye hasta que cierro el grifo: siempre hay algo que impide que nos oigamos y veamos. Incluso en aquel pasillo hablaba a través del pelo que le cubría la mitad de la cara, hablaba sobre el borde del vaso y yo oía reír los dientes sobre el vidrio, sobre el hielo, repetía: ¿gla-cia-ción? como si de todo lo que le había dicho sólo le hubiese llegado aquella palabra, yo también tenía el pelo cayéndome sobre los ojos y hablaba en el hielo que se derretía lentísimo.

Golpeo el extremo de la bandeja contra el borde de la pila, un solo cubito se separa, cae fuera de la pila, formará un charco en el suelo, tengo que recogerlo, ha ido a parar debajo del aparador, tengo que arrodillarme, estirar debajo una mano, se me escurre entre los dedos, por fin lo atrapo y lo arrojo en la pila, vuelvo a pasar la bandeja invertida por debajo del grifo.

Yo le había hablado de la gran glaciación que está por cubrir nuevamente la Tierra, toda la historia humana se ha desarrollado en el intervalo entre dos glaciaciones que ahora toca a su fin, los rayos ateridos del sol apenas consiguen llegar a la corteza terrestre centelleante de escarcha, los granos de malta acumulan la fuerza solar antes de que se pierda, y la hacen fluir otra vez en la fermentación del alcohol, en el fondo del vaso el sol libra todavía su batalla con los hielos, en el curvo horizonte del maelstrom giran los icebergs.

Librodot

De improviso tres o cuatro pedazos de hielo se desprenden y caen en la pila, antes de que yo tenga tiempo de enderezar la bandeja han caído todos tamborileando en el zinc. Manoteo en la pila para atraparlos y ponerlos en el recipiente, ya no distingo el trocito que se había ensuciado al caer al suelo, para recuperarlos todos es mejor lavarlos un poco uno a uno, con el agua caliente, no con la fría, ya se están derritiendo, en el fondo del cubo del hielo se forma un laguito nevoso.

A la deriva en el mar ártico los icebergs forman un blanco encaje a lo largo de la corriente del golfo, la dejan atrás, avanzan hacia los trópicos como una bandada de cisnes gigantes, obstruyen la entrada de los puertos, remontan los estuarios de los ríos, altos como rascacielos ensartan sus espolones afilados entre los rascacielos, rechinando contra las paredes de vidrio. El silencio de la noche boreal está atravesado por el estruendo de las grietas que se abren tragando metrópolis enteras, después, por un roce de avalanchas que amortiguan apagan acolchan.

¿Qué estará haciendo allá, tan silenciosa? No da señales de vida, bien podria venir a echarme una mano, bendita muchacha, ni siquiera se le ha ocurrido decirme: ¿Quieres que te ayude? Por suerte ya he terminado, me seco las manos con esta bayeta, pero no quisiera que me quedase el olor de la bayeta, es mejor que me lave las manos de nuevo, y ahora ¿dónde me seco? El problema es si la energía solar acumulada en la corteza terrestre bastará para mantener el calor de los cuerpos durante la próxima era glacial, el calor solar del alcohol del iglú de la esposa esquimal.

Vuelvo a su lado y podremos beber nuestro whisky tranquilos. ¿Sabes qué hacía allí, tan calladita? Se ha quitado la ropa, está desnuda sobre el diván de piel. Quisiera acercarme a ella pero la habitación ha sido invadida por el hielo: cristales de un blanco deslumbrante se amontonan sobre la alfombra, sobre los muebles; estalactitas translúcidas cuelgan del cielo raso, se pegan en columnas diáfanas, mientras entre ella y yo se ha levantado una losa vertical compacta, somos dos cuerpos prisioneros en el espesor del iceberg, apenas si conseguimos vernos a través de una pared llena de puntas afiladas que centellea bajo los rayos de un sol lejano.

Librodot

La llamada del agua

Extiendo el brazo hacia la ducha, apoyo la mano en la llave de paso, la muevo lentamente haciéndola girar hacia la izquierda.

Acabo de despertarme, tengo todavía los ojos llenos de sueño, pero soy perfectamente consciente de que el gesto que realizo para inaugurar mi día es un acto decisivo y solemne que me pone en contacto con la cultura y la naturaleza al mismo tiempo, con milenios de civilización humana y con el alumbramiento de las eras geológicas que han dado forma al planeta. Lo que le pido a la ducha es sobre todo que me confirme como amo del agua, como perteneciente a esa parte de la humanidad que ha heredado de los esfuerzos de generaciones la prerrogativa de llamar al agua para que le llegue con la simple rotación de un grifo, como detentador del privilegio de vivir en un siglo y en un lugar en los que se puede gozar en cualquier momento de la más generosa profusión de aguas límpidas. Y sé que para que este milagro se repita cada día tienen que darse una serie de condiciones complejas, por lo cual la apertura de un grifo no puede ser un gesto distraido y automático, sino que requiere una concentración, una participación interior.

Así es como, al llamarla, el agua sube por las tuberias, presiona los sifones, levanta y baja los flotadores que regulan el aflujo en los depósitos, en cuanto una diferencia de presión la atrae, acude, propaga su llamada a través de los empalmes, se ramifica por la red de colectores, descolma y vuelve a colmar los depósitos, presiona contra los diques de las cuencas, se desliza desde los filtros de las depuradoras, avanza a lo largo de todo el frente de las tuberías que la encaminan a la ciudad, después de haberla recogido y acumulado en una fase de su ciclo sin fin, tal vez vertida gota a gota desde las embocaduras de los glaciares para correr por abruptos torrentes, tal vez aspirada por las napas subterráneas, escurriéndose a través de las vetas de la roca, absorbida por las grietas del suelo, bajando del cielo en un espeso telón de nieve lluvia granizo.

Mientras con la diestra regulo el mezclador, extiendo la izquierda ahuecada para echarme el primer chorro a los ojos y despertarme definitivamente y, mientras tanto oigo a gran distancia las olas transparentes y frías y sutiles que afluyen hacia mí por kilómetros y kilómetros de acueductos a través de llanuras valles montañas, oigo las ninfas de las fuentes que vienen a mi encuentro por sus propias vías líquidas, y que dentro de poco aquí bajo la ducha me envolverán en sus caricias filiformes.

Pero antes de que una gota se asome a cada agujero de la roseta y se prolongue en un goteo primero inseguro para después de golpe hincharse en un halo de chorros vibrantes, es preciso soportar la espera de un segundo entero, un segundo de incertidumbre en el que nada me asegura que el mundo siga conteniendo agua y no se haya convertido en un planeta seco y polvoriento como los otros cuerpos celestes más próximos, o que en cualquier caso haya agua bastante para que yo pueda recibirla aquí en el hueco de mis manos, alejado como estoy de toda cisterna o manantial, en el corazón de esta fortaleza de cemento y asfalto.

El verano pasado una gran sequía se abatió sobre el norte de Europa; las imágenes en la pantalla mostraban extensos campos de árida corteza resquebrajada, ríos que habían sido caudalosos y descubrían incómodos sus lechos secos, bueyes que hurgaban en el barro con el hocico buscando alivio a la canícula, colas de gente con jarras y tinajas delante de una mezquina fuente. Me asalta la idea de que la abundancia en que he chapoteado hasta ahora sea precaria e ilusoria, de que el agua podria volver a ser un bien escaso, transportado con

Librodot

esfuerzo, ahí llega el aguador con su barrilito en bandolera lanzando su pregón hacia las ventanas para que los sedientos bajen a comprar un vaso de su preciosa mercancía.

Si hace un momento me rozó una tentación de orgullo titánico al apoderarme de la llave de mando de la gnfería, bastó un instante para considerar mi delirio de omnipotencia injustificable y fatuo, y con temor y humildad espío la llegada del borbotón que se anuncia al subir por el caño con un débil estremecimiento. ¿Y si fuera sólo una burbuja de aire que pasa por las canalizaciones vacías? Pienso en el Sahara, que inexorablemente avanza unos centímetros cada año, veo temblar en la calígine el milagro verde de un oasis, pienso en las llanuras áridas de Persia drenadas por canales subterráneos que van a las ciudades con cúpulas de mayólicas azules, recorridas por las caravanas de nómadas que todos los años bajan del Caspio al golfo Pérsico y acampan en tiendas negras donde una mujer en cuclillas, sujetando con los dientes un velo de color vivo, vierte de un odre de cuero el agua para el té.

Alzo la cara hacia la ducha esperando que al cabo de un segundo las salpicaduras me lluevan sobre los párpados entrecerrados liberando mi mirada adormecida que explora en este momento la flor de lata cromada sembrada de agujeritos rodeados de cal, y entonces se me aparece en ella un paisaje lunar cribado de cráteres calcinosos, no, son los desiertos de Irán que miro desde el Avión, salpicados de pequeños cráteres blancos en fila, a distancias regulares, que señalan el viaje del agua en las canalizaciones en funcionamiento desde hace tres mil años: los qanat que se deslizan subterráneos en trechos de cincuenta metros y se comunican con la superficie a través de estos pozos donde un hombre puede meterse, atado a una cuerda, para el mantenimiento del conducto. Entonces yo también me proyecto en esos cráteres oscuros, en un horizonte invertido me dejo caer en los agujeros de la ducha como en los pozos de los qanat hacia el agua que corre invisible con un rumor amortiguado.

Me basta una fracción de segundo para recuperar la noción de alto y bajo: desde lo alto está por llegarme el agua, después de un irregular itinerario en subida. En las civilizaciones sedientas los recorridos artificiales del agua se deslizan bajo tierra o en la superficie, o sea no se diferencian mucho de los recorridos naturales, mientras que el gran lujo de las civilizaciones pródigas de linfa vital consiste en hacer que el agua venza la fuerza de gravedad suba para caer después: y entonces se multiplican las fuentes con juegos de agua y surtidores, los acueductos de altas pilastras. En las arcadas de los acueductos romanos el imponente trabajo de mampostería sirve de sostén a la levedad de un borbotón suspendido allí arriba, una idea que expresa una paradoja sublime: la monumentalidad más maciza y duradera al servicio de lo que es fluido y pasajero e inasible y diáfano.

Presto atención a la jaula de chorros suspendidos que me rodea y se cierne sobre mí, a la vibración que se propaga por el bosque de las tuberías. Siento sobre mí el cielo de la campiña romana surcado por las canalizaciones en lo alto de las arcadas en ligero declive, y todavía más arriba por las nubes que en competición con los acueductos llevan a todo correr inmensas cantidades de agua.

El punto de llegada del acueducto es siempre la ciudad, la gran esponja hecha para absorber y rociar, Nínive y sus jardines, Roma y sus termas. Una ciudad transparente se desliza de continuo en el espesor compacto de las piedras y la cal, una red de hilos de agua envuelve las paredes y las calles. Las metáforas superficiales definen la ciudad como aglomerado de piedra, diamante en facetas o carbón tiznado de hollín, pero todas las metrópolis se pueden ver también como una gran estructura líquida, un espacio delimitado por líneas de aguas verticales y horizontales, una estratificación de lugares sujetos a mareas e inundaciones y resacas, donde el género humano realiza un ideal de vida anfibia que responde a su vocación profunda.

O tal vez sea la vocación profunda del agua la que realiza la ciudad: subir, salpicar, deslizarse de abajo hacia arriba. En la dimensión de la altura es donde se reconoce una ciudad. Un Manhattan que levanta sus cisternas hasta la cima de sus rascacielos, un Toledo que durante siglos debe llenar incesantes barriles en las corrientes del Tajo, allí en el fondo, y cargarlos a lomo de mulo, hasta que para deleite del melancólico Felipe II se pone en

Librodot

movimiento, entre crujidos, «el artificio de Juanelo», que trasvasa subiendo desde el despeñadero del río hasta el Alcázar, milagro de corta duración, el contenido de cangilones oscilantes. Aquí estoy, pues, dispuesto a acoger el agua no como algo que me es naturalmente debido sino como una cita de amor cuya libertad y felicidad es proporcional a los obstáculos que ha tenido que superar. Para vivir en plena confianza con el agua, los romanos habían situado las termas en el centro de la vida pública; hoy, para nosotros, esta confianza es el corazón de la vida privada, aquí bajo esta ducha cuyos arroyuelos he visto tantas veces resbalar por tu piel, náyade nereida ondina, y todavía te veo aparecer y desaparecer en el abanico de hilos, ahora que el agua brota obedeciendo veloz a mi llamada.

El espejo, el blanco

En mi juventud me pasaba horas y horas delante del espejo haciendo muecas. No es que mi cara me pareciese tan bella que no me cansara nunca de mirarla; no, no podía aguantar mi cara, hacer muecas me ofrecía la posibilidad de probar caras diferentes, caras que aparecían sustituidas en seguida por otras caras, de modo que podía creerme otra persona, muchas personas de todo tipo, una multitud de individuos que sucesivamente se convertían en mi persona, es decir, yo me convertía en ellos, es decir, cada uno de ellos se convertía en otro de ellos, y mientras tanto era como si yo no fuese.

A veces después de haber probado tres o cuatro caras diferentes, o tal vez diez o doce, me convencía de que había una entre todas que era la que yo prefería, y trataba de hacerla reaparecer, de mover de nuevo mis facciones para modelarlas en aquella fisionomía que me había salido tan bien. Pero qué va. Una mueca, una vez desaparecida, no había manera de atraparla, de hacer que volviese a coincidir con mi cara. Persiguiéndola, asumía caras diferentes, caras desconocidas, extrañas, hostiles, que parecían alejarme cada vez más de aquella cara perdida. Dejaba de hacer muecas, asustado, y reaparecía mi cara de siempre y me parecía más insípida que nunca.

Librodot

Pero estos ejercicios nunca duraban demasiado. Siempre había una voz que venía a devolverme a la realidad.

-¡Fulgenzio! ¡Fulgenzio! ¿Dónde ha ido a meterse Fulgenzio? ¡Como de costumbre! ¡Yo sé cómo se pasa los días ese idiota! ¡Fulgenzio! ¡Una vez más te hemos pescado delante del espejo haciendo muecasl Frenéticamente improvisaba muecas de culpable atrapado en flagrante delito, de soldado haciendo la venia, de buen niño obediente, de idiota congénito, de gángster, de angelito, de monstruo, una mueca tras otra.

-¡Fulgenzio, cuántas veces hay que decirte que no debes encerrarte en ti mismo! ¡Asómate a las ventanas! ¡Mira cómo la naturaleza lozanea verdea susurra aletea brotal ¡Mira cómo la ciudad hacendosa hierve pulsa se agita forja hornea!

Y cada uno de mis familiares con el brazo en alto me señalaba algo allí en el paisaje, algo que según ellos tendría el poder de atraerme entusiasmarme comunicarme la energía que -siempre según ellos- me faltaba. Yo miraba, miraba seguía con la mirada sus índices puntuales, me esforzaba por interesarme en lo que me proponían padre madre tías tíos abuelas abuelos hermanos mayores hermanas mayores hermanos y hermanas menores primos de primero segundo tercer grado maestros celadores suplentes compañeros de escuela compañeros de vacaciones. Pero en las cosas tal como eran no conseguía encontrar realmente nada extraordinario.

En cambio, detrás de las cosas tal vez se escondieran otras cosas y ésas, ésas si podían interesarme, más aún, me llenaban de curiosidad. De vez en cuando veía aparecer y desaparecer algo, me faltaba tiempo para identificar esas apariciones y de inmediato me abalanzaba para seguirlas. Lo que despertaba mi curiosidad era el reverso de cada cosa, el reverso de las casas, el reverso de los jardines, el reverso de las calles, el reverso de las ciudades, el reverso de los televisores, el reverso de los lavavajillas, el reverso del mar, el reverso de la Luna. Pero cuando conseguía llegar al reverso, comprendía que lo que yo buscaba era el reverso del reverso, más aún el reverso del reverso del reverso; no: el reverso del reverso del reverso...

-Fulgenzio, ¿qué haces? Fulgenzio, ¿qué buscas? ¿Estás buscando a alguien, Fulgenzio? -Yo no sabía qué contestar.

A veces, en el fondo del espejo, detrás de mi imagen, me parecía ver una presencia que no tenía tiempo de identificar y que en seguida se escondía. Trataba de escrutar en el espejo no mi propia cara sino el mundo a mis espaldas: nada me llamaba la atención. Estaba por retirar la mirada y la veía asomar del lado opuesto del espejo. La pescaba siempre de reojo allí donde menos me lo esperaba, pero apenas trataba de mirarla había desaparecido. Pese a la rapidez de sus movimientos esa criatura era fluida y suave como si nadase debajo del agua.

Dejaba el espejo y empezaba a buscar el punto donde la había visto desaparecer.

-¡ Ottilia! ¡Ottilia! -la llamaba, porque ese nombre me gustaba y pensaba que una muchacha que me gustara no podía llamarse sino así-. ¡Ottilia! ¿Dónde te has escondido? -Tenía siempre la impresión de que estaba muy cerca, allí delante, no: allí atrás, no; allí, girando en ángulo, pero llegaba siempre un segundo después de que ella se desplazara-. ¡Ottilia! ¡Ottilia! -Pero si me hubiesen preguntado: ¿quién es Ottilia? no habría sabido decirlo.

-¡Fulgenzio, hay que saber qué quiere uno! ¡Fulgenzio, no puedes ser siempre tan vago en tus propósitos! ¡Fulgenzio, tienes que proponerte una finalidad, un objetivo, un término, una mira, debes avanzar hacia la meta, tienes que vencer en el concurso, debes ganar tanto y ahorrar tanto!

Yo apuntaba al lugar de llegada, concentraba mis fuerzas, ponía en tensión la voluntad, pero el lugar de llegada era el de partida, mis fuerzas eran fuerzas centrífugas, mi voluntad tendía sólo a aflojarse. La ponía entera, me empeñaba en estudiar japonés, en sacar el diploma de astronauta, en ganar el campeonato de levantamiento de pesas, en juntar mil millones en monedas de cien liras.

-¡Sigue tu camino sin desviarte, Fulgenzio! -Y yo tropezaba-. ¡Fulgenzio, no te apartes de la línea que te has trazado! Y yo me confundía yendo en zigzag de aquí para allá y de

Librodot

arriba para abajo-. ¡Supera de un salto los obstáculos, hijo mío! Y los obstáculos se me venían encima.

Terminé por desanimarme hasta tal punto que ni las muecas en el espejo me ayudaban. El espejo ya no reflejaba mi cara y ni siquiera la sombra de Ottilia, sino sólo una extensión de guijarros dispersos como en la superficie de la Luna.

Para fortalecer mi carácter empecé a ejercitarme en el tiro al blanco. Mis pensamientos y mis acciones tenían que llegar a ser como dardos que asaetan el aire recorriendo la línea invisible que termina en un punto exacto, en el centro de todos los centros. Pero yo no tenía puntería. Mis dardos nunca daban en el blanco.

El blanco me parecía lejano como otro mundo, un mundo hecho de líneas precisas, colores netos, regular, geométrico, armonioso. Los habitantes de aquel mundo sólo harían gestos exactos, nerviosos, sin imperfecciones; para ellos sólo existirían las línes rectas, los círculos trazados con compás, los ángulos dibujados con escuadra...

La primera vez que vi a Corinna, comprendí que aquel mundo perfecto había sido hecho para ella, y que yo todavía estaba excluido.

Corinna disparaba al arco y, isblann! isblann! isblann!, las flechas se clavaban una tras otra en el centro.

-¿Eres una campeona?

-Del mundo.

-Sabes tender el arco de muchos modos diferentes y la trayectoria de la flecha termina cada vez en el blanco. ¿cómo lo haces? -Tú piensas que yo estoy aquí y el blanco allá. No: yo estoy aquí y allá, soy la que dispara y soy el blanco que atrae a la flecha, y soy la flecha que vuela y el arco que suelta la flecha.

-No entiendo.

-Si tú llegaras a ser así, lo entenderías.

-¿Yo también puedo aprender?

-Puedo enseñarte.

En la primera lección Corinna me dijo:

-Para dar a tu mirada la firmeza que te falta, tienes que mirar el blanco largo rato, intensamente. Sólo mirarlo fijo, hasta perderte dentro, hasta convencerte de que en el mundo no existe más que el blanco, y que en el centro del centro estás tú.

Yo contemplaba el blanco. Su visión me había comunicado siempre un sentimiento de seguridad: pero ahora, cuanto más lo contemplaba más paso dejaba a las dudas esta certeza. En algunos momentos las zonas rojas me parecían en relieve sobre las zonas verdes, en otros momentos veía las verdes más arriba mientras que las rojas se hundían. Entre las líneas se abrían desniveles, despeñaderos, abismos, el centro estaba en el fondo de un remolino o en la cúspide de una aguja, los círculos abrían perspectivas vertiginosas. Me parecía que por entre las líneas del dibujo saldría una mano, un brazo, una persona... ¡Ottilia!, pensaba en seguida. Pero me apresuraba a alejar de la mente aquel pensamiento. Debía seguir a Corinna, no a Ottilia, cuya imagen bastaba para que el blanco se desvaneciera como una pompa de jabón.

En la segunda lección Corinna me dijo:

-El arco suelta la flecha cuando se afloja, pero para ello primero tiene que estar bien tenso. Si quieres llegar a ser exacto como un arco, has de aprender dos cosas: a concentrarte en ti mismo y a dejar fuera de ti toda tensión.

Yo me tensaba y me aflojaba como la cuerda de un arco. Hacía ¡sblann! pero después hacía también ¡sblinn! ¡sblunn!, vibraba como un arpa, las vibraciones se propagaban en el aire, abrían paréntesis de vacío donde se originaban los vientos. Entre los ¡sblinnl y los ¡sblunn! se mecía una hamaca. Yo subía en espiral girando en el espacio y veía a Ottilia meciéndose en la hamaca entre arpegios. Pero las vibraciones se amortiguaban.

En la tercera lección Corinna me dijo:

-Imagínate que eres una flecha y que corres hacia el blanco.

Librodot

Yo corría, hendía el aire, me convencía de que me asemejaba a una flecha. Pero las flechas a las que me asemejaba eran Dechas que se perdían en todas direcciones salvo en la justa. Corría a recoger las flechas caídas. Me metía en extensiones desoladas y pedregosas. ¿Era mi imagen devuelta por un espejo? ¿Era la Luna?

Entre los guijarros encontraba mis flechas desmochadas, hundidas en la arena, torcidas, desplumadas. Y allí en medio estaba Ottilia. Paseaba tranquila como si anduviera por un jardín recogiendo flores y cazando mariposas. Yo: ¿por qué estas aquí, Ottilia? ¿Dónde estamos? ¿En la Luna? Ottilia: Estamos en el reverso del blanco. Yo: ¿Y todos los tiros errados terminan aquí? Ottilia: ¿Errados? No hay tiros errados. Yo: Pero aquí las flechas no tienen dónde dar. Ottilia: Aquí las flechas echan raíces y se convierten en bosques. Yo: Yo no veo más que hierros viejos, cascajos, escombros. Ottilia: Muchos cascotes uno sobre otro forman un rascacielos. Muchos rascacielos uno sobre otro forman un montón de escombros. Corinna: iFulgenzio! ¿Dónde has ido a parar? ¡El blanco! Yo: Tengo que dejarte, Ottilia. No puedo quedarme aquí contigo. Tengo que apuntar a la otra cara del blanco... Ottilia: ¿Por qué? Yo: Aquí todo es irregular, opaco, informe... Ottilia: Mira bien. Desde muy muy cerca. ¿Qué ves? Yo: Una superficie granulosa, punteada, nudosa. Ottilia: Pasa entre nudo y nudo, granito y granito, veta y veta. Encontrarás la puerta de un jardín, con can teros verdes y cisternas límpidas. Estoy allí en el fondo. Yo: Todo lo que toco es áspero, árido, frío. Oftilia: Pasa lentamente la mano por la superficie. Es una nube suave, como de nata batida... Yo: Todo es uniforme, sordo, compacto... Ottilia: Abre bien los ojos y las orejas. Escucha el hormigueo y la reverberación de la ciudad, ventanas y esca parates iluminados, y las bocinas y el campanilleo, y la gente blanca y amarilla y negra y roja, vestida de verde y azul y anaranjado y azafrán. Corinna: iFulgenzio! ¿Dónde estás?

Ya no podía separarme del mundo de Ottilia, de la ciudad que era también nube y jardín. Aquí las flechas en vez de moverse rectas daban muchas volteretas, a lo largo de líneas invisibles que se enredaban y se desenredaban, se ovillaban y se desovillaban, pero al final daban siempre en el blanco, quizás un blanco diferente del que uno se esperaba.

Lo extraño era esto: cuanto más complicado recortado inextricable encontraba el mundo, más escasas y simples me parecían las cosas que había que entender y pensaba que, de entenderlas, todo me parecería claro como las líneas de un dibujo. Hubiese querido decírselo a Corinna o a Ottilia, pero hacía tiempo que no las encontraba, ni a la una ni a la otra, y otro hecho extraño: en mis pensamientos solía confundir a la una con la otra.

Durante mucho tiempo no volví a mirarme en el espejo. Un día por casualidad al pasar delante de uno, vi el blanco con todos sus bonitos colores. Hice la prueba de ponerme de perfil, de tres cuartos: veía siempre el blanco.

-¡Corinna! -exclamé-. ¡Aquí estoy, Corinna! ¡Mira: soy como querías que fuera!

Pero después pensé que lo que veía en el espejo no era sólo yo seno también el mundo, de modo que a Corinna teníá que buscarla allí, entre aquellas líneas de colores. ¿Y Ottilia? Tal vez también Ottilia estaba allí apareciendo y desapareciendo. ¿Era Corinna o era Ottilia la que, al mirar largo rato el blanco-espejo, veía asomar entre los círculos concéntricos?

A veces me parece encontrar a la una o a la otra, en el ir y venir de la ciudad, y creo que me quiere decir algo, pero esto sucede cuando dos trenes del metro se cruzan veloces en direcciones opuestas, y la imagen de Ottilia -¿o de Corinna?- viene a mi encuentro y huye, y la siguen una serie de caras rapidísimas encuadradas por las ventanillas como las muecas que en un tiempo yo hacía delante del espejo.

Librodot

La otra Eurídice

Ganasteis vosotros, hombres de afuera, y rehicisteis la historia a westro gusto, para condenarnos a nosotros los de adentro al papel que os gusta atribuirnos, de potencias de las tinieblas y de la muerte, y el nombre que nos habéis dado, los infiernos, lo cargáis de acentos funestos. Claro, si todos olvidan lo que ocurrió realmente entre nosotros, entre Eurídice y Orfeo y yo, Plutón, esa historia absolutamente contraria a la que contáis vosotros, si verdaderamente nadie habrá de recordar que Eurídice era de los nuestros y que nunca había vivido en la superficie de la Tierra antes de que Orfeo me la raptase con sus músicas mentirosas, entonces nuestro antiguo sueño de hacer de la Tierra una esfera viviente se perderá definitivamente.

Ya casi nadie recuerda qué quería decir hacer que la Tierra viviera: no lo que creéis vosotros, satisfechos de la polvareda de vida que se ha posado en el confin entre la tierra el agua el aire. Yo quería que la vida se expandiese desde el centro de la Tierra, que se propagara a las esferas concéntricas que la componen, que circulase entre los metales fluidos y compactos. Este era el sueño de Plutón. Sólo así se habría convertido la Tierra en un enorme organismo viviente, sólo así se hubiera evitado esa condición de precario exilio a que ha debido reducirse la vida con el peso opaco de una esfera de piedra inanimada debajo de sí mismo y encima el vacío. No podéis imaginar si quiera que la vida podía ser algo diferente de lo que sucede allí fuera, mejor dicho, casi fuera, dado que por encima de vosotros y de la corteza terrestre existe siempre otra tenue corteza de aire. Pero no hay comparación con la sucesión de esferas en cuyos intersticios nosotros, criaturas de las profundidades, hemos vivido siempre, y de donde seguimos subiendo a poblar vuestros sueños. La Tierra, por dentro, no es compacta: es discontinua, hecha de cáscaras superpuestas de densidades diferentes, hasta el núcleo de hierro y níquel que es también un sistema de núcleos uno dentro

Librodot

del otro hasta el último, y cada uno gira separado del otro según la mayor o menor fluidez del elemento.

Os hacéis llamar terrestres no se sabe con qué derecho, porque vuestro verdadero nombre debería ser extraterrestres, gente que está fuera: terrestre es el que vive dentro, como yo y como Eurídice, hasta el momento en que os la llevasteis, engañándola, a ese vuestro fuera desolado.

El reino de Plutón es éste, porque yo siempre he vivido aquí dentro, junto a Eurídice primero y después solo, en una de estas tierras internas. Un cielo de piedra giraba sobre nuestras cabezas, más límpido que el vuestro, y atravesado, como el vuestro, por nubes, allí donde se adensan suspensiones de cromo o de magnesio. Sombras aladas levantan el vuelo: los cielos internos tienen sus pájaros, concreciones de roca ligera qûe describen espirales deslizándose hacia arriba hasta desaparecer de la vista. El tiempo cambia de repente: cuando caen descargas de lluvia plúmbea o cuando granizan cristales de zinc, no queda otro recurso que infiltrarse en las porosidades de la roca esponjosa. Por momentos surca la oscuridad un zigzag inflamado. No es un rayo, es un metal incandescente que serpentea allí abajo a través de una veta.

Considerábamos que la Tierra era la esfera interna sobre la cual a veces nos posábamos, y el cielo la esfera que circunda esa esfera: igual que vosotros, en una palabra, pero entre nosotros estas distinciones eran siempre provesionales, arbitrarias, dado que la consistencia de los elementos cambiaba continuamente, y en cierto momento nos dábamos cuenta de que nuestro cielo era duro y compacto, una enorme piedra que nos aplastaba, mientras que la Tierra era una cola viscosa, agitada por remolinos, pululante de burbujas gaseosas. Yo trataba de aprovechar los chorreos de elementos más pesados para acercarme al verdadero centro de la Tierra, al núcleo de cada núcleo, y llevaba de la mano a Eurídice guiándola en el descenso. Pero cada infiltración que abria su camino hacia adentro, desalojaba otro material y lo obligaba a subir hacia la superficie: a veces cuando nos hundíamos quedábamos envueltos por la ola que salpicaba hacia los estratos superiores y que nos arrollaba en su rizo. Así recorrimos en sentido inverso el radio terrestre; en los estratos minerales se abrían meatos que nos aspiraban y bajo nuestros pies la roca volvía a solidificarse. Hasta que nos encontrábamos sostenidos por otro suelo y dominados por otro cielo de piedra, sin saber si estábamos más arriba o más abajo del punto del que habíamos partido.

A Eurídice, en cuanto veía que el metal de un nuevo cielo se volvía fluido, le daba por volar. Se zambullía hacia lo alto, atravesaba a nado la cúpula de un primer cielo, de otro, de un tercero, se aferraba a las estalactitas que colgaban de las bóvedas más altas. Yo iba detrás, un poco por seguirle el juego, un poco para recordarle que retomara nuestro camino en sentido opuesto. Naturalmente, también Eurídice estaba convencida, como yo, de que el punto al que debíamos tender era el centro de la Tierra. Sólo habiendo llegado al centro podíamos decir que todo el planeta era nuestro. Eramos los fundadores de la estirpe de la vida terrestre y por eso debíamos empezar por hacer viviente la Tierra desde su núcleo, irradiando poco a poco nuestra condición a todo el globo. A la vida terrestre tendíamos, es decir de la Tierra y en la Tierra; no a la que despunta en la superficie y que vosotros creéis poder llamar vida terrestre, cuando no es sino un moho que dilata sus manchas sobre la piel rugosa de la manzana.

Bajo los cielos de basalto veíamos ya surgir las ciudades plutónicas que fundaríamos, rodeadas de muros de jaspe, ciudades esféricas y concéntricas, navegando en océanos de mercurio, atravesadas por ríos de lava incandescente. Era un cuerpo ciudad-máquina viviente el que queríamos que creciera y ocupase todo el globo, una máquina telúrica que emplearia su energía inmensa para construirse continuamente, para combinar y permutar todas las sustancias y las formas, cumpliendo con la velocidad de una sacudeda sísmica el trabajo que vosotros allí fuera habéis debido pagar con el sudor de siglos. Y esta ciudadmáquina-cuerpo viviente estaría habitada por seres como nosotros gigantes que desde cielos giratorios

Librodot

tenderían sus membrudos brazos para abrazar a gigantas que en las rotaciones de las tierras concéntricas se expusieran en posturas siempre nuevas, haciendo posibles acoplamientos siempre nuevos.

Era el reino de la diversidad y de la tonalidad el que debía originarse en aquellas mescolanzas y vibraciones: era el reino del silencio y de la música. Vibraciones continuas. propagándose con diversa lentitud, según las profundidades y la discontinuidad de los materiales, encresparían nuestro gran silencio, lo transformarían en la múseca incesante del mundo en la que se armonizarían las voces profundas de los elementos.

Digo esto para explicaros cómo habéis errado vuestro camino, vuestra vida, en la que trabajo y placeres se oponen, donde la música y el ruido están separados; lo dego para explicaros cómo desde el comienzo las cosas eran claras, y el canto de Orfeo no fue sino un signo de vuestro mundo parcial y dividido. ¿Por qué cayó Eurídice en aquella trampa? Eurídice pertenecía enteramente a nuestro mundo, pero su carácter quimérico la llevaba a preferir los estados de suspensión, y apenas le era dado lanzarse a volar, a saltar, a escalar chimeneas de volcanes, toda su persona se retorcía, se encorvaba, se encabritaba, se contorsionaba.

Los lugares limítrofes, los pasos de un cstrato terrestre al otro le daban un ligero vértigo. He dicho que la Tieria está hecha de techos superpuestos, como involucros de una inmensa cebolla, y que cada techo remite al techo superior, y todos juntos preanuncian el techo extremo, allí donde la Tierra deja de ser Tierra, donde todo el dentro queda de este lado, y del otro sólo está el fuera. Para vosotros este límite de la Tierra se identifica con la Tierra misma; aeéis que la esfera es la superficie que la ciñe, no el volumen; siempre habéis vivido en esa dimensión chata chata y no imagináis siquiera que se pueda existir en otra parte y de otra manera; para nosotros por entonces ese límite era algo que se sabía que existía pero no nos imaginábamos que podíamos verlo, a menos de salir de la Tierra, perspectiva que nos parecía, más que temible, absurda. Allí era donde se proyectaba en erupciones y surtidores bituminosos y resoplidos, todo lo que la Tierra expelía de sus vísceras: gases, mezclas líquidas, elementos volátiles, materiales de poco valor, desechos de todo tipo. Era el negativo del mundo, algo que no podíamos representar ni siquiera con el pensamiento, y cuya idea abstracta bastaba para provocar un estremecimiento de desagrado. no: de angustia, o mejor, un aturdimiento, un -justamente- vértigo (eso es, nuestras reacciones eran más complicadas de lo que podría pensarse, especialmente las de Eurídice), y en ello se insinuaba una parte de fascinación, como una atracción del vacío, de lo bifronte, de lo final.

Siguiendo a Eurídice en sus caprichos vagabundos, nos metimos en la garganta de un volcán apagado. Sobre nosotros, después de atravesar algo parecido a un estrechamiento de clepsidra, se abrió la cavidad del cráter, grumosa y gris (un paisaje no muy diferente, por su forma y sustancia, de los habituales en nuestras profundidades), pero lo que nos dejó atónitos fue el hecho de que la Tierra se detenía allí, no volvía a gravitar sobre sí misma bajo otro aspecto, y que de allí en adelante empezaba el vacío, o bien una sustancia incomparablemente más tenue que las que habíamos atravesado hasta entonces, una sustancia transparente y vibrante, el aire azul.

Fueron estas vibraciones las que perdieron a Eurídice, tan diferentes de las que se propagan lentas a través del granito y el basalto, diferentes de todos los chasquidos, los retumbos, los sordos rimbombos que recorren torpemente las masas de metales fundidos y las murallas cristalinas. Allí le salían al encuentro como un disparar de chispas sonoras minúsculas y puntiformes que se sucedían a una velocidad para nosotros irresistible desde cualquier punto del espacio. era una especie de cosquilleo que producía un nerviosismo desordenado. Nos acometió -o por lo menos me acometió: de aquí en adelante estoy obligado a distinguir mis estados de ánimo de los de Euridice- el deseo de retraemos en el negro fondo de silencio sobre el cual pasa suavemente el eco de los terremotos para perderse en lontananza. Pero para Euridice. Atraída como siernpre por lo raro y lo temerario, era la impaciencia por apoderarse de algo único, fuese bueno o malo.

Librodot

La trampa se soltó en aquel momento: más allá del borde, del cráter el aire vibró de manera continua, más aún, de una manera continua que contenía diferentes maneras continuas de vibrar. Era un sonido que subía pleno, se amortiguaba, recobraba volumen, y en ese modular seguía un diseño invisible extendido en el tiempo como una sucesión de llenos y vacíos. Otras vibraciones se le superponían y eran agudas y bien separadas la una de la otra, pero formaban un halo ya dulce ya amargo, y contraponiéndose o acompañando el curso del sonido más profundo, imponían algo como un cerco o campo o dominio sonoro.

De repente mi impulso fue sustraerme a aquel cerco, volver a la densidad acolchada: y resbalé dentro del cráter. Pero Eurídice, en el mismo instante, se había precipitado por los despeñaderos en la dirección de donde venía el sonido, y antes de que yo pudiera retenerla, había pasado por encima del borde del cráter. O fue un brazo, algo que podía parecerme un brazo, lo que la asió, serpentino, y la arrastró fuera; llegué a oír un grito, el grito de ella, que se unía al sonido de antes. en armonía con él, en un único canto que ella y el desconocido cantor entonaban escandido en las cuerdas de un instrumento, bajando las laderas exteriores del volcán.

No sé si esta imagen corresponde a lo que vi o a lo que imaginé: ya me iba hundiendo en mi oscuridad, los cielos internos se cerraban uno por uno sobre mí: bóvedas de sílice, techos de aluminio, atmósferas de azufre viscoso; y el abigarrado silencio subterráneo resonaba a mi alrededor con sus retumbos contenidos, con sus truenos en voz baja. El alivio de encontrarme lejos del nauseabundo margen del aire y del suplicio de las ondas sonoras me asaltó al mismo tiempo que la desesperación por haber perdido a Eurídice. Sí. estaba solo: no había sabido salvarla del tormento de ser arrancada a la Tierra, expuesta a la continua percusión de cuerdas tendidas en el aire con que el mundo del vacío se defiende del vacío. Mi sueño de devolver la vida a la Tierra alcanzando con Eurídice el último centro había fracasado. Eurídice estaba prisionera, exiliada en las landas descubiertas del afuera.

Vino después un tiempo de espera. Mis ojos contemplaban los paisajes densamente apretados unos sobre otros que llenan el volumen del globo: cavernas filiformes, cadenas montañosas adosadas en escamas y láminas, océanos estrujados como esponjas: cuanto mayor era mi emoción al reconocer nuestro mundo apiñado, concentrado, compacto, más sufría porque no estaba Eurídice para habitarlo.

Liberarla se convirtió en mi único pensamiento: forzar las puertas del afuera, invadir con lo interno lo externo, reincorporar a Eurídice a la materia terrestre, construir por enuma de ella una nueva bóveda, un nuevo cielo mineral, salvarla del infierno de aquel air. Vibrante. De aquel sonido, de aquel canto. Espiaba la lava que se recogía en las cavernas volcánicas, que ascendía apretada por los conductos verticales de la corteza terrestre: éste era el camino.

Llegó el día de la erupción, una torre de casquito se alzó negra en el aire sobre el Vesubio decapitado, la lava galopaba por las viñas del golfo, forzaba las puertas de Herculano, aplastaba al mulero y su animal contra la muralla, separaba al avaro de sus monedas, al esclavo del cepo, el perro sujeto por el collar arrancaba la cadena y buscaba refugio en el granero. Yo estaba allí en medio: avanzaba con la lava, la avalancha encendida se fraccionaba en lenguas, en arroyuelos, en serpientes, y en la punta que se infiltraba más adelante iba yo corriendo en busca de Eurídice. Sabía -algo me advertía- que todavía era prisionera del desconocido cantor: donde oyera la música de aquel instrumento y el timbre de aquella voz, allí estaría ella.

Yo corría llevado por el río de lava entre huertos hacia los templos de mármol. Escuché el canto y un arpegio; dos voces se alternaban; reconocí la de Eurídice -ipero cuán cambiada!-, a la que seguía la voz desconocida. Una inscripción sobre la arquivolta en caracteres griegos: Orpheos. Derribé la puerta, me expandí del otro lado del umbral. La vi sólo un instante, junto al arpa. El lugar era cerrado y hueco, hecho a propósito -hubiérase dicho- para que la música se recogiese como en una caracola. Una cortina pesada -de cuero, me pareció, y hasta acolchada como una manta- cerraba una ventana, a fin de aislar la música de ellos del mundo circundante. Apenas entré, Eurídice corrió la cortina de golpe, abriendo

Librodot

de par en par la ventana; afuera se extendía el golfo deslumbrante de reflejos y la ciudad y las calles. La luz del mediodía invadió el recinto, la luz y los sonidos: un cencerreo de guitarras se alzaba por todas partes y el ondulante mugido de cien altavoces, mezclándose con un entrecortado chisporroteo de motores y bocinazos. La coraza del ruido se extendía desde allí a toda la corteza del globo: la franja que delimita vuestra vida de superfìcie, con las antenas enarboladas en los techos y transformando en sonido las ondas que recorren invisibles e inaudibles el espacio, con los transistores pegados a los oídos para llenarlos en cada instante con la cola acústica sin la cual no sabéis si estáis vivos o muertos, con los jukebox que almacenan y vierten sonidos, y la ininterrumpida sirena de la ambulancia que recoge hora a hora los heridos de vuestra ininterrumpida carnicería.

Contra este muro sonoro se detuvo la lava. Atravesado por las espinas de la retícula de vibraciones estrepitosas, hice todavía un movimiento hacia el punto donde por un instante había visto a Eurídice, pero ella había desaparecido, desaparecido su raptor: el canto desde el cual y del cual vivían quedó sumergido por la irrupción de la avalancha de ruidos, ya no conseguía distinguir ni a ella ni su canto.

Me retiré remontando el río de lava, subí las laderas del volcán, volví a habitar el silencio, a enterrarme.

Vosotros que vivís fuera, decidme, si por azar llegáis a percibir en la espesa pasta de sonidos que os circunda, el canto de Eurídice, el canto que la guarda prisionera y es a su vez prisionero del no-canto que masacra todos los cantos, sì lográis reconocer la voz de Eurídice donde resuena todavía el eco lejano de la música silenciosa de los elementos, decídmelo, dadme noticias de ella, vosotros extraterrestres, vosotros por ahora vencedores, a fin de que yo pueda volver a mis planes para devolver a Eurídice al centro de la vida terrestre, para restablecer el reino de los dioses del adentro, de los dioses que viven en el espesor denso de las cosas, ahora que los dioses del afuera, los dioses de lós altos Olimpos y del aire enrarecido os han dado todo lo que podían dar, y es evidente que no basta.

Librodot

Las memorias de Casanova

Después de *Las ciudades invisibles*, catálogo de ciudades imaginarias visitadas por un Marco Polo redivivo, Italo Calveno inicia otra serie de breves cuentos también de aventuras atribuidas a otro famoso veneciano, Giacomo Casanova. Se trata también de un «catálogo», pero de situaciones amorosas. (N del A.)

1

Durante toda mi permanencia en ** tuve dos amantes estables: Cate a Ilda. Cate venía a verme todas las mañanas, Ilda por las tardes: por la noche yo haáa vida social y la gente se maravillaba de verme siempre solo. Cate era opulenta, Ilda era delgada; alternándolas yo hacía reverdecer el deseo que tiende tanto a variar como a repetir.

Cuando Cate se marchaba yo escondía todas sus huellas; lo mismo con Ilda; y creo saber que siempre consegui evitar que la una supiese de la otra, en aquel momento y quizá también después.

Naturalmente a veces sucedía que me equivocaba y decía a una de ellas cosas que sólo tenían sentido dichas a la otra: «Hoy encontré en el florista estas fucsias, tu flor favorita», o bien «No olvides otra vez aquí tu collar", causando estupores, iras, sospechas. Pero estos equívocos triviales se produjeron, si bien recuerdo, en los comienzos de la doble relación. Muy pronto aprendí a separar completamente una historia de la otra; cada historia tenía su curso, su continuidad de conversación y de costumbres, y nunca interfería en la otra.

Al principio yo creía (era, como se habrá advertido, muy joven, y trataba de acumular experiencia) que el saber amoroso era transmisible de la una a la otra: ambas sabían mucho más que yo y yo pensaba que las artes secretas que aprendía de Ilda podía enseñarlas a Cate y viceversa. Me engañaba: no hacía más que embrollar lo que sólo vale cuando es espontáneo y directo. Cada una era un mundo en sí, más aun, cada una era un cielo donde yo tenía que ubicar posiciones de estrellas y de planetas, órbitas, eclipses, inclinaciones y conjunciones, solsticios y equinoccios. Cada firmamento se movía según un mecanismo diferente y un ritmo diferente. No podía pretender aplicar al cielo de Ilda las nociones de astronomía que había aprendido observando el cielo de Cate.

Pero debo decir que la libertad de escoger entre dos líneas de comportamiento ni siquiera se me planteaba: con Cate me había adiestrado para actuar de una manera y con Ilda de otra; estaba condicionado en todo por la compañera con la que me hallaba, al punto de que cambiaban incluso mis predilecciones instintivas y mis tics. Dos yoes se alternaban en mí; y no hubiera sabido decir cuál yo era verdaderamente yo.

Lo que he dicho vale tanto para el cuerpo como para el espíritu: las palabras dichas a una no podían ser repetidas a la otra, y en seguida comprendí que tenía que variar incluso los pensamientos.

Cuando estoy en vena de contar y vuelvo a evocar una de las tantas peripecias de mi vida aventurera, suelo recurrir a versiones que ya he probado en sociedad, con pasajes que se repiten al pie de la letra, efectos calculados aun en las divagaciones y en las pausas. Pero ciertas baladronadas que no dejaban de obtener el favor de grupos de personas desconocidas o indiferentes, cara a cara con Cate o con Ilda no me arriesgaba a hacerlas pasar sino con una serie de adaptaciones. Ciertas expresiones que con Cate eran moneda corriente, con Ilda sonaban fuera de lugar; las réplicas ingeniosas que Ilda recogía al vuelo y devolvía, a Cate hubiera tenido que explicárselas con pelos y señales, pero apreciaba otras que a Ilda la dejaban fría; a veces lo que cambiaba de Ilda a Cate era la conclusión que se deducía del episodio, de modo que yo debía tenninar mis relatos de un modo diferente. Así es como iba construyéndome muy despacio dos historias diferentes de mi vida.

Cada día contaba a Cate y a Ilda todo lo que había visto y oído en mi recorrido de la noche anterior por las tertulias y las reuniones de la ciudad: cotilleos, espectáculos,

Librodot

personajes descollantes, vestidos de moda, extravagancias. En mi primer período de tosquedad indiferenciada, el relato que había hecho por la mañana a Cate lo repetía palabra por palabra a Ilda por la tarde: creía ahorrar así la imaginación que es preciso gastar continuamente para mantener vivo el interés. En seguida advertí que el mismo episodio o interesaba a la una y no a la otra, o si interesaba a los dos, los detalles que me pedían eran diferentes y diferentes eran los comentarios y los juicios que de ellos deducían.

Por lo tanto a partir de la misma base yo debía extraer dos relatos muy distintos: y hasta aquí no sería nada; pero también tenía que vivir de dos maneras diferentes cada noche los hechos que contaría al día siguiente: observaba cada cosa o persona según la óptica de Cate y la óptica de Ilda, y juzgaba según los criterios de una y de otra; en las conversaciones intervenía con dos réplicas a la misma frase, una que le hubiera gustado a Ilda, la otra a Cate; cada réplica provocaba contrarréplicas a las que debía responder duplicando una vez más mis intervenciones. El desdoblamiento actuaba en mí no cuando estaba en compañía de una de ellas, sino sobre todo cuando estaban ausentes.

Mi alma se había convertido en el campo de batalla de las dos mujeres. Cate e Ilda, que en la vida exterior se ignoraban, estaban continuamente frente a frente disputándose el territorio dentro de mí, se tiraban de las greñas, se despedazaban. Yo sólo existía para acoger aquella lucha de nvales encarnizadas, de la cual ellas nada sabían.

Esta fue la verdadera razón que me impulsó a marcharme repentinamente de ** para no volver más.

2

Irma me atrajo porque me recordaba a Dirce. Me sentaba cerca de ella: bastaba que volviera un poco el torso hacia mí y escondiese la cara tras una mano (yo le decía cosas en voz baja: ella se reía) para que la ilusión de estar junto a Dirce cobrase fuerza. La ilusión despertaba recuerdos, los recuerdos, deseos. Para transmitirlos de alguna manera a Irma, le así una mano. El contacto y el sobresalto de ella me la revelaron como era, diferente. Esta sensación aventajó a la otra aunque sin borrarla, resultando agradable en sí. Comprendí que me sería posible obtener de Irma un doble placer: el de recuperar a través de ella a la perdida Dirce, y el de dejarme sorprender por la novedad de una presencia desconocida.

Todo deseo traza dentro de nosotros un dibujo, una línea que sube y ondula y a veces se desvanece. La línea que evocaba en mí la mujer ausente podía, un instante antes de declinar, cruzarse con la línea de la curiosidad por la mujer presente y transmitir su impulso en ascenso a ese dibujo que estaba por trazarse. El proyecto merecía ser puesto en práctica: prodigué mis atenciones a Irma, hasta convencerla de que viniera a mi habitación esa noche. Entró. Dejó caer la capa. Llevaba una camisa ligera y blanca, de muselina, que el viento (era primavera, la ventana estaba abierta) agitó. Comprendí en aquel momento que un mecanismo diferente del previsto comandaba mis sensaciones y mis pensamientos. Era Irma la que llenaba todo el campo de mi atención, Irma como persona única e irrepetible, piel y voz y mirada, mientras que las semejanzas con Dirce que de vez en cuando volvían a asomarse a mi mente eran sólo una molestia para mí, tanto que me apresuraba a ahuyentarlas.

De modo que mi encuentro con Irma se convirtió en una batalla con la sombra de Dirce que no cejaba en entrometerse entre nosotros, y cuando me parecía que estaba por atrapar la indefinible esencia de Irma, que había establecido entre nosotros dos una intimidad que excluía cualquier otra presencia o pensamiento, Dirce, la experiencea vivida que era para mí Dirce, imprimía su molde en todo lo que yo estaba viviendo y me impedía sentirlo como nuevo. Ahora Dirce, su recuerdo y su impronta, sólo me inspiraban fastidio. Constricción, tedio.

El alba entraba por las rendijas en filos de luz gris perla, cuando comprendí con claridad que mi noche con Irma no era la que estaba por terminar, sino otra parecida a ésta,

Librodot

una noche todavía por venir en la que buscaría el recuerdo de Irma en otra mujer, y sufriría primero al volver a encontrarla y volver a perderla. y después al no poder liberarme de ella.

3

Volví a ver a Tullia al cabo de veinte años. El azar que entonces había hecho que nos encontrásemos y nos separásemos en el momento en que comprendimos que nos gustábamos, nos permitió finalmente retomar el hilo de la historia en el punto en que se había interrumpido. «No estás nada cambiada-cambiado», nos decíamos mutuamente. ¿Mentíamos? No del todo: «No estoy cambiado-cambiada», era lo que tanto yo como ella queríamos hacer saber a ella y a mí.

La historia tuvo esta vez la continuación que ambos esperábamos. La belleza madura de Tullia ocupó al principio toda mi atención y sólo en un segundo momento me propuse no olvidar a la Tullia de la juventud, tratando de recuperar la continuidad entre las dos. Así, en un juego que resultó espontáneo hablando entre nosotros, fingíamos que nuestra separación había durado veinticuatro horas y no veinte años y que nuestros recuerdos eran cosas de ayer. Era bello pero no era verdadero. Cuando pensaba en mi yo de entonces con la Tullia de entonces, me parecían dos extraños; suscitaban en mí simpatía, todo el afecto que se quiera, ternura, pero todo lo que conseguía imaginar de ellos no tenía relación alguna con lo que éramos ahora Tullia y yo.

Cierto que quedaba en nosotros la añoranza de aquel antiguo encuentro demasiado breve. ¿Era la añoranza natural de la juventud pasada? Pero en mi satisfacción actual me parecía que no tenía nada que lamentar; y además Tullia, tal como iba conociéndola ahora, era mujer demasiado metida en el presente para abandonarse a nostalgias. ¿Añoranza de aquello que no habíamos podido tener entonces? Tal vez un poco, pero no del todo, porque (siempre con el entusiasmo exclusivo por lo que el presente nos daba) me parecía (tal vez equivocadamente) que si aquel deseo nuestro se hubiera apagado en seguida habría podido substraer algo de nuestro contentamiento de hoy. Siempre que la añoranza fuese de lo que aquellos dos pobres jóvenes, aquellos «otros», habían perdido y que se añadía a la suma de las pérdidas que en cada instante el mundo sufre y no recupera. Desde lo alto de nuestra repentina riqueza condescendíamos en echar una mirada compasiva a los excluidos: un sentimiento interesado, porque nos permitía saborear mejor nuestro privilegio.

Dos conclusiones opuestas puedo sacar de mi historia con Tullia. Se puede decir que el haber vuelto a encontrarnos borra la separación de veinte años antes, anulando la pérdida sufrida; y se puede decir, al contrario, que toma definitiva, desesperada aquella pérdida. Aquellos dos (la Tullia y mi yo de entonces) se habían perdido para siempre y no se encontrarían más, y en vano pedirían auxilio a la Tullia y al yo de ahora, que (el egoísmo de los amantes felices no tiene límites) se habían olvidado completamente de ellos.

4

De otras mujeres recuerdo un gesto, una manera de decir, una inflexión, que son una sola cosa con la esencia de la persona y la distinguen como una firma. De Sofía, no. O sea, recuerdo de ella mucho, tal vez demasiado: párpados, tobillos, una cintura, un perfume, muchas predilecciones y obsesiones, las canciones que sabía, una confesión oscura, algunos sueños; cosas todas que mi memoria todavía conserva con cuidado refiriéndolas a ella, pero que están destinadas a perderse porque no encuentro el hilo que las une y no sé cuál de ellas contiene a la verdadera Sofia. Entre un detalle y otro hay un vacío, y tomados uno por uno, podrían atribuirse tanto a Sofia como a otra. En cuanto a la intimidad entre nosotros (nos vimos en secreto durante varios meses), recuerdo que cada vez era diferente de la anterior, y esto sea que debería ser un mérito para alguien que como yo teme el embotamiento de la costumbre, resulta ser ahora un defecto, tan es así que no recuerdo qué era lo que me

Librodot

impulsaba a buscarla justamente a ella para la vez siguiente. En una palabra, no recuerdo absolutamente nada.

Quizá lo que al principio quería entender de Sofia era sólo si me gustaba o no: por eso la primera vez que la vi la asedié con una serie de preguntas, incluso indiscretas. Ella, que hubiera podido retraerse, me hundió a cada pregunta bajo una cantidad de precisiones y revelaciones y alusiones dispersas y divagantes, de modo que yo, esforzándome por seguirla y retener lo que me iba diciendo, me perdía cada vez más. Resultado: era como si no me hubiese contestado una sola palabra.

Para establecer una comunicación en un lenguaje diferente, aventuré una caricia. Los movimientos de Sofia, tendentes todos a contener y a retardar mi ataque, aunque no a rechazarlo, hacían que mi mano, en el momento en que una zona de su cuerpo se le escapaba, pasara rápidamente a otras, de modo que la riña me llevaba a efectuar un reconocimiento de su piel, fragmentario pero extendido. En una palabra, las noticias recogidas por el tacto no eran menos copiosas, aunque igualmente incoherentes, que las registradas por el oído.

No nos quedó más que completar cuanto antes nuestros conocimientos en todos los planos. CPero era una mujer única la que delante de mí se quitaba las ropas visibles y las invisibles impuestas al compoftamiento por los usos del mundo, o eran muchas mujeres al mismo tiempo? Y de éstas, ¿qué mujer me atraía y cuál me repelía? No había ocasión en que no descubriese en Sofia algo que no me esperaba, y cada vez hubiera sido menos capaz de responder a la primera cuestión que me había planteado: ¿me gustaba o no?

Hoy, volviendo con la memoria, tengo otra duda: o soy yo el que si una mujer no esconde nada de sí misma no soy capaz de entenderla; o era Sofia la que ponía en práctica una táctica refinada para no dejarse capturar por mí, manifestándose con tanta abundancia. Y me digo: entre todas, justamente ella consiguió escapárseme, como si nunca la hubiese poseído. ¿Pero realmente la poseí? Y después me pregunto: ta quién he poseído verdaderamente? Y también: ¿poseer a quién?, ¿qué?, ¿qué quiere decir?

5

Conocí a Fulvia en el momento justo: el azar quiso que el primer hombre de su joven vida fuese yo. Desgraciadamente ese afortunado encuentro estaba destinado a ser breve; las circunstancias me obligaban a marcharme de la ciudad; mi barco ya estaba en la rada; el día siguiente era la fecha de la partida.

Los dos éramos conscientes de que no volveríamos a vernos jamás e igualmente conscientes de que eso formaba parte del orden establecido e ineluctable de las cosasde modo que la tristeza, presente en grado diferente en mí y en ella, era gobernada, también en grado diferente, por el razonamiento. Fulvia presentía el vacío que sentiría al interrumpirse nuestra costumbre apenas iniciada, pero también la nueva libertad que se le abría y las múltiples posibilidades que de ello derivarían; yo, en cambio tendía a situar los episodios de mi vida en un diseño en el que el presente recibe luz y sombra del futuro: de esto adevinaba ya todo el arco hasta su declinación. y de ella añticipaba la plena realización de una vocación amorosa que yo había contribuido a despertar.

Así en las últimas indecisiones antes de la despedida yo no podía dejar de verme a mí mismo únicamente como el primero de una larga serie de amantes que seguramente tendría Fulvia, y de ver lo que había ocurrido entre nosotros a la luz de sus experiencias futuras. Comprendí que cada mínimo detalle de un amor que Fulvia había vivido con absoluto abandono, sería recordado y juzgado por la mujer en que se convertiría a la vuelta de unos pocos años. En ese momento Fulvia aceptaba todo de mí sin juzgar, pero en un mañana no lejano estaría en condiciones de compararme con otros hombres; cada recuerdo mío sería sometido por ella a confrontaciones, distingos, juicios. Yo aún tenía delante una muchacha inexperta para la cual representaba todo lo cognoscible, pero al mismo tiempo me sentía observado por la Fulvia de mañana, exigente y desencantada.

Librodot

Mi primera reacción fue de temor ante la comparación. Los futuros hombres de Fulvia se me presentaban como capaces de un enamoramiento total, lo que para mí no había ocurrido. Fulvia me juzgaría antes o después indigno de la suerte que me había tocado; la decepción el sarcasmo mantendrían vivo en ella mi recuerdo. Envidiaba a mis sucesores desconocidos, sentía que ya estaban allí esperando, preparados para arrancarme a Fulvia, los odiaba, y la odiaba también a ella porque la suerte la había destinado a esos hombres...

Para escapar a la angustia, invertía el curso de mis pensamientos, y de la autocrítica pasaba a la autoexaltación. Lo conseguía sin esfuerzo: por temperamento tiendo a formanne un alto concepto de mí mismo. Fulvia había tenido una suerte incalculable al conocerme primero; pero considerándome en adelante como modelo se expondria a crueles desengaños. Los otros hombres que encontraría después de mí le parecerían toscos, Dojos, palurdos, insulsos. En su ingenuidad creía sin duda que mis vinudes estaban ampliamente difundidas entre los individuos de mi sexo; tenía que advertirle que buscando en otros lo que había encontrado en mí no conoceria sino decepciones. Temblaba de espanto ante la idea de que después de una iniciación tan feliz Fulvia cayese en manos indignas que la ofendiesen, la disminuyeran, la degradaran. Los odiaba a todos; y terminaba por odiarla también a ella porque el destino me la arrancaba condenándola a contactos humillantes.

En un sentido o en otro, pienso que la pasión que me había acometido era la que siempre he oído llamar «celos», afección del ánimo a la que creía que las circunstancias me habían vuelto inmune. Dado que era celoso, no me quedaba sino comportarme como celoso. La tomé con Fulvia; dije que no podía soportar su serenidad en vísperas de la separación; la acusé de no ver la hora de traicionarme; fui injusto con ella, cruel. Pero Fulvia (sin duda por obra de la inexperiencia) parecía encontrar natural mi cambio de humor y no se preocupó demasiado. Con buen sentido me aconsejó que no desperdiciara en recriminaciones inútiles el poco tiempo que nos quedaba para estar juntos.

Entonces me arrodillé a sus pies, le supliqué que me perdonase, que no se ensañara demasiado recordándome cuando encontrase un compañero digno de ella; yo no esperaba gracia mayor que la de ser olvidado. Me trató de loco; no permitía que se hablase de lo que había sucedido entre nosotros sino en los términos más lisonjeros; si no, dijo, se echaba a perder el efecto.

Esto bastó para que recobrase la seguridad con respecto a mi imagen, pero entonces me dio por compadecer a Fulvia por su suerte futura: los otros hombres eran gentes mediocres; yo debía advertirle que la plenitud que había conocido conmigo no se repetiría con nadie. Me contestó que también me compadecía, porque nuestra felicidad venía de ella y de mí juntos, y que al separarnos perderíamos los dos; de modo que para conservarla más tiempo debíamos dejarnos embeber de esa felicidad sin pretender definirla desde fuera.

La conclusión a la que llegué desde fuera, mientras en el barco que levaba el ancla agitaba mi pañuelo para ella en el muelle, es ésta: la experiencia que había ocupado enteramente a Fulvia durante todo el tiempo que había pasado conmigo no era el descubrimiento de mí y tampoco el descubrimiento del amor o de los hombres, sino de ella misma; aun en mi ausencia este descubrimiento, ahora iniciado, no tendría fin; yo había sido sólo un instrumento.

Librodot

Henry Ford

Entrevistador: Mister Ford, me han encargado que le someta... El comité del que formo parte tiene el placer de informarle... El proyecto de levantar un monumento al personaje de nuestro siglo que... La elección de su nombre, por unanimidad... Por haber influido como nadie en la historia de la humanidad... en la imagen misma del hombre... Considerando su obra y su pen samiento... ¿Quién si no Henry Ford ha cambiado el mundo, haciéndolo totalmente diferente de lo que era antes que él? ¿Quién más que Henry Ford ha dado forma a nuestro modo de vivir? Por eso quisiéramos que el monumento contase con su aprobación... Quisiéramos que usted nos dijese cómo prefiere que lo representen, con qué fondo... Henry Ford: Como me está viendo... Entre los pajaritos...

Yo tenía quinientas pajareras como ésta... Las llamaba los hoteles de los pájaros; la más grande era la casa de los vencejos, con setenta y seis apartamentos; ve rano e invierno los pájaros encontraban en mi casa re fugio. Alimento y agua para beber. Hacía llenar de comida unos cestitos colgados con alambres de los árboles, durante todo el invierno, y bebederos con un dispositivo eléctrico para que el agua no se helase.

Hacía poner en los árboles nidos artificiales de va rios tipos: los reyezuelos prefieren los nidos que se mecen, que se agitan con el viento; así no hay peligro de que se instalen los gorriones que sólo quieren nidos muy estables. En verano mandaba que dejaran las cerezas en los árboles y las fresas en los matorra les para que los pájaros encontrasen su alimento na tural. Todas las especies de pájaros de Estados Unidos pasaban por mi casa. E importé pájaros de otros países: pinzones, piñoneros, petirrojos, estorninos, chorlitos, grajos, pardillos, alondras... en total unas quinientas especies. Entrevistador: Pero Mister Ford, yo quería hablar... Hen. Ford (súbitamente rígido, tajante, colérico): Porque ¿usted cree que los pájaros son solamente algo gracioso, con sus plumas, sus gorjeos? ¡Los pájaros son necesarios por razones estrictamente económicas! ¡Destruyen los insectos dañinos! ¿Sabe en qué única ocasión movilicé la organización de la Ford para solicitar una intervención del Gobiemo de Estados Unidos? ¡Para la protección de los pájaros migratorios! Había un excelente proyecto de ley de creaaón de reservas que corría el riesgo de empantanarse; los del Congreso nunca encontraban el momento de aprobarlo. Claro está: ¡los pájaros no votan! Entonces pedí a cada uno de los seis mil agen tes de la Ford, dispersos por todo Estados Unidos, que mandaran un telegrama a su propio representante en el Congreso. Y entonces en Washington empezaron a tomar en serio el problema... La ley fue aprobada. Observe que nunca he querido utilizar a la Ford Motor Company con fines políticos: cada uno de nosotros tiene derecho a sus opiniones y la fábrica no debe entrometerse. Aquella vez el fin justificaba los medios, creo, y fue la única excepción. Entrevistador: Pero Mister Ford, quisiera que me explica se: usted es el hombre que ha cambiado la imagen del planeta con la organización industrial, la motorización... ¿Qué tienen que ver los pájaros? Henry Ford: ¿Por qué? ¿Usted también es de los que creen que las grandes fábricas han hecho desaparecer los árboles, las flores, los pájaros, el verde? ¡La verdad es lo contrario! iY sólo si sabemos servirnos de la ma nera más eficaz de las máquinas y de la industria ten dremos tiempo para gozar de la naturaleza! Mi punto de vista es muy sencillo: cuanto más tiempo y más energías malgastamos, menos nos quedarán para gozar de la vida. Yo no considero los coches que llevan mi nombre como simples máquinas: quiero que sirvan para probar la eficacia de mi filosofia... Entrevistador: ¿Usted quiere decir que inventó y fabricó y vendió automóveles para que la gente pudiera ale jarse de las fábricas de Detroit e ir a escuchar el canto de los pájaros en los bosques? Henry Ford: Una de las personas que más he admirado es un hombre que dedicó su vida a observar y describir los pájaros: John Burroghs. ¡Era un enemigo jurado del automóvil! iY de todo el progreso técnico! Pero conseguí hacerle cambiar de idea... El mejor recuerdo de mi vida es el de las semanas de vacaciones que organicé con él, Burroghs, y mis otros maestros y amigos más queridos, el gran Edison, y Firestone, el de los

Librodot

neumáticos... Viajábamos en caravanas de automóviles, a través de las montañas Adirondacks, las Alleghany, dormíamos en tiendas de campaña, contemplábamos los atardeceres, las auroras sobre las cascadas... Entrevistador: ¿Pero no piensa que una imagen como ésta... respecto de lo que se sabe de usted... el fordismo... es ¿cómo decirlo? ¿una desviación... una evasión de todo lo que es esencial? Henry Ford: No, no, esto es lo esencial. La historia de Estados Unidos es una historia de desplazamientos entre horizontes ilimitados, una historia de medios de transporte: el caballo, las carretas de los pioneros, los ferrocarriles... Pero sólo el automóvil dio América a los americanos. Sólo con el automóvil se apoderaron de todo el país, cada individuo dueño de su medio de transporte, dueño de su tiempo, en la inmensidad del espacio... Entrevistador: Debo confesarle que la idea que teníamos para su monumento... era un poco diferente... Con un fondo de fábricase.. De cadenas de montaje... Henry Ford, el creador de la fábrica moderna, de la producción en serie». El primer automóvil como producto de masa: el famoso Ford T... Henry Ford: Si lo que buscan es un epígrafe, esculpan el texto del anuncio con que lancé el Modelo T en el mercado, en 1908. No es que jamás haya necesitado yo de la publicidad para mis coches, ¡atención, siempre he sostenido que la publicidad es inútil, un buen producto no la necesita, se hace publicidad solo! Pero en aquel folleto estaban las ideas que yo quería difundir. ¡En lo que creo es en la publicidad como educación! Lea, lea.

«Construiré un coche para el gran público. Será lo bastante grande para una familia, pero lo bastante pequeño para poder satisfacer las exigencias de un in dividuo. Estará construido con los mejores materiales, por los mejores hombres que se encuentran en el mer cado, siguiendo los proyectos más sencillos que pueda proporcionar la ingeniería. Pero tendrá un precio tan bajo que no haya hombre con un buen sueldo que no esté en condiciones de poseerlo y de gozar con su familia de la bendición de algunas horas de placer en los grandes espacios abiertos de Dios.. Entrevistador: El Modelo T... Durante casi veinte años las fábricas de Detroit han producido sólo ese tipo de automóvil... Usted hablaba de las exigencias de los in dividuos... Pero le atribuyen también esta frase: «Todo cliente puede querer el coche del color que prefiera, con tal de que sea el negro». ¿Usted ha dicho realmente esto, Mister Ford? Henry Ford: Sí, lo he dicho y lo he escrito. ¿cómo cree que conseguí bajar los precios, poner el auto al alcan ce de todos? ¿Cree que lo habria conseguido si hubiese fabricado nuevos modelos por año, como los sombre ritos de las señoras? La moda es una de las formas de derroche que detesto. Mi idea era en coche en el que cada pedazo fuese sustituible, de manera que no envejeciese nunca. Sólo así logré transformar el auto de objeto de lujo, de bien de prestigio, en un ins trumento de primera necesidad, que vale para lo que sirve... Entrevistador: Fue un gran cambio en la mentalidad in dustrial. A partir de entonces los esfuerzos de la indus tria mundial se han dirigido a satisfacer el consumo en masa, a hacer aumentar la demanda del consumo.

Y justamente por eso la industria se orientó hacia los productos que envejeciesen rápidamente, que hubiera que desechar cuanto antes, para poder vender otros...

El sistema que usted inauguró ha dado resultados que van en contra de sus ideas fundamentales: se producen cosas que se echan a perder en seguida, o que pasan de moda, para dejar lugar a otros productos que no valen más que los primeros pero que parecen más nuevos y cuya fortuna depende sólo de la publicidad. Henry Ford: No era eso lo que yo quería. Cambiar tiene un sentido mientras no se ha alcanzado ese único óptimo modo de producir que debe existir para cada cosa, el que garantiza al mesmo tiempo la máxima eco nomía y el mejor rendimiento. Hay un camino y uno solo para hacer cada cosa de la mejor manera posible. Una vez logrado, ¿para qué cambiar? Entrevistador: ¿Su ideal es entonces un mundo de coches todos iguales? Henry Ford: En la naturaleza no hay dos cosas iguales. E incluso la igualdad entre los hombres es una idea equivocada y desastrosa. Yo nunca he adorado la igualdad, pero tampoco la he convertido en un espantajo. Aunque hagamos todo para producir coches idénticos, compuestos de piezas idénticas, de modo que pueda quitarse cada pieza de un coche para montarla en otro, esta identidad es sólo aparente. Cada Ford, una

vez que ha salido a la calle, tiene un comportamiento un poco diferente del de los otros Fords, y un buen conductor, después de haber probado un coche, es capaz de reconocerlo entre todos los otros le basta sentarse al volante, girar la llave... Entrevistador: Pero el mundo que usted ha contribuido a crear... ¿nunca ha tenido miedo de que fuese terrible mente uniforme, monótono? Henry Ford: Lo que es monótono es la pobreza. Y el despilfarro de energías y de vidas. La gente que hacía cola en nuestra oficina de contratación era una multitud de italianos, griegos, polacos, ucranios, emigrantes de todas las provincias del imperio ruso y del imperio austrohúngaro, que hablaban lenguas y dialectos incomprensibles. No eran nadie, no tenían ni oficio ni casa. Yo les di dignidad ante el mundo, les ofrecí a todos un trabajo útil, un salario que los hizo inde pendientes, los convertí en hombres capaces de dirigir sus propias vidas. Les hice aprender el inglés y los valores de nuestra moral: esta era la única condición que yo ponía; si no la aceptaban no tenían más que irse. Pero a quien estaba dispuesto a aprender nunca lo despedí. Se hicieron ciudadanos americanos, ellos y sus familias, al igual que los que habían nacido en familias que estaban aquí desde hacía generaciones. No me importa lo que haya sido un hombre: no le pregunto sobre su pasado, ni de dónde viene, ni qué méritos tiene. ¡No me importa si ha estado en Harvard y no me importa si ha estado en Sing Sing! ¡Me interesa sólo lo que puede hacer, lo que puede llegar a ser! Entrevistador: Sí... llegar a ser conformándose a un modelo... Henry Ford: Comprendo lo que quiere usted decir. La diversidad entre los hombres es el punto de partida que siempre he tenido presente. Fuerza fisica, rapidez de movimientos, capacidad para actuar en situaciones nuevas son elementos que varían de un individuo a otro. Mi idea era ésta: organizar el trabajo de mis es tablecimientos para que el que era inhábil o incapaz pudiera rendir tanto como el obrero más hábil. Hice clasificar las tareas de cada servicio según requiriesen mayor robustez, o fuerza y estatura nonnal, o pudieran ser efectuadas incluso por personas menos dotadas físicamente y menos rápidas. El resultado fue que había 2.637 trabajos que se podían confiar a obreros con una sola pierna (finge ejecutar operaciones mecánicas como si tuviera una sola pierna), 670 a los que les faltaban las dos piernas (procede como antes), 715 a los que tenían un solo brazo (procede como antes), 2 a los que no tenían ningún brazo (procede como antes) y 10 tareas que podían ejecutar los ciegos. Un ciego encargado de contar los cojinetes en el almacén fue capaz de hacer el trabajo de tres obreros con ojos sanos (mímica). ¿Esto es lo que usted llama uniformidad? Yo digo que hice todo lo posible para que cualquier hombre superara sus impedimentos. Incluso los enfermos en mis hospitales podían trabajar y ganarse el jornal. En cama. Atornillando dados en los cojinetes pequeños. Servía también para levantar el ánimo. Se curaban antes. Entrevistador: Pero el trabajo en la cadena de montaje... Estar obligados a concentrar la atención en movimientos repetitivos, siguiendo un ritmo incesante, impuesto por las máquinas... ¿Hay algo más mortificante para el espíritu creador... para la más elemental libertad de disponer de los movimientos del propio cuerpo, del gasto de la propia energía según el ritmo, la respiración de cada uno...? Hacer siempre la misma operación, el mismo gesto, siempre de la misma manera... ¿No es una perspectiva aterradora? Henry Ford: Para mí, sí. Aterradora. Para mí sería inconcebible hacer siempre la misma cosa todo el día y un día tras otro. Pero no es lo mismo para todos. La inmensa mayoría de los hombres no tiene ningunas ganas de hacer trabajos creativos, de tener que pensar, decidir. Está dispuesta simplemente a hacer algo en que pueda empeñar el mínimo de esfuerzo físico y mental. Y para esta inmensa mayoría la repetición mecánica, la participación en un trabajo ya ordenado en sus menores detalles, garantiza una perfecta calma interior. Claro está, no han de ser tipos inquietos.

¿Usted es inquieto? Yo sí, muchísimo. Bueno, pues yo no lo emplearía en un trabajo rutinario. Pero gran parte de las tareas en una gran industria son de rutina, y como tales aceptadas por la inmensa mayoría de la mano de obra. Entrevistador: Son así porque ustedes han querido que fueran así... Tanto las tareas como las personas». Henry Ford: Nosotros hemos conseguido organizar el trabajo de la manera que fuese más fácil para quien lo realizara y más rentable. Hablo de nosotros los «creativos», si quiere llamarnos así, nosotros

Librodot

los inquietos, nosotros, que no nos quedamos tranquilos mientras no hayamos encontrado la manera mejor de hacer las cosas... ¿Sabe cómo se me ocuriió la idea de la cadena que lleva la pieza al obrero sin que él tenga que desplazarse hasta la pieza? De las fábricas de carne enlatada de Chicago, viendo los bueyes descuartizados que pasaban colgados de ganchos, en vías sobreelevadas, para ser salados, cortados, descarnados, desmenuzados. Los bueyes descuartizados que pasaban, bamboléandose... la nube de granos de sal... las hojas de los cuchillos... sac, sac... y vi los chasis del Modelo T deslizándose a la altura de las manos de los obreros que ajustaban los tornillos. Entrevistador: Entonces la creatividad está reservada a unos pocos... A quien proyecta... A quien decide... Henry Ford: ¡No, se amplía! ¿cuántos eran los artistas, los verdaderos artistas, en otros tiempos? ¡Hoy los artistas somos nosotros, nosotros que asumimos riesgos con la producción y con los hombres que producen!

En otros tiempos las funciones creativas se limitaban a juntar colores o notas o palabras en un cuadro, en una partitura, en una página.» ¿Y para quién? ¡Para cuatro holgazanes cansados de la vida, que frecuen tan las galerías y las salas de conciertos! ¡Somos no sotros los verdaderos artistas, los que inventamos el trabajo de las industrias necesarias para millones de personas! Entrevistador: ¡Pero del trabajo manual desaparece la habilidad profesional! Henry Ford: iBasta! ¡Todos repiten la misma historia! La verdad es lo contrario. ¡La habilidad profesional triun fa en la construcción de las máquinas y en la organización del trabajo, y así se pone a disposición incluso del que no es hábil y puede alcanzar el mismo rendimiento que los más dotados! ¿Sabe de cuántas piezas se compone un Ford? Contando los tornillos y los pernos son cerca de cinco mil: piezas grandes, medianas, pequeñas o minúsculas como engranajes de un reloj. Los obreros tenían que andar por la sección en busca de cada pieza, andar para llevarlas hasta la parte que había que montar, andar en busca de la llave inglesa, el destornillador, la soldadora... Las horas del día se pasaban en este ir y venir... Y terminaban siempre por tropezar los unos con los otros, por confundirse en sus movimientos, por juntarse, por amontonarse... ¿Era ésta una manera de trabajar humana, creativa, como a ustedes les gusta? Quise que el obrero no tuviese que correr de un lado a otro por las secciones. ¿Era una idea inhumana? Quise que el obrero no tuviera que levantar y transportar cargas. ¿Era una idea inhumana? Hice colocar los instrumentos y los hombres en el orden de sucesión de las operaciones, utilicé chasis que se desplazaban por vías o líneas suspendidas, de manera que los movimientos de los brazos se redujeran al mínimo. Basta ahorrar diez pasos al día a diez mil personas para ahorrar cien kilómetros de movimientos inútiles y de energías malgastadas. Entrevistador: Resumiendo: usted quiere ahorrar movimientos a las personas que construyen automóviles que permitan a todos vivir en continuo movimiento.» Henry Ford: Ahorro de tiempo, querido amigo, en un caso y en el otro. ¡No hay contradicción! La primera publicidad que hice para convencer a los americanos de que se compraran un automóvil se basaba en el viejo proverbio «El tiempo es oro». Lo mismo ocurre en el trabajo: para cada operación el obrero debe disponer del tiempo justo: ¡ni un segundo más ni un segundo menos! Y toda la jornada del obrero debe inspirarse en los mismos principios: ha de vivir cerca de la fábrica para no perder tiempo en desplazamientos. Por eso me convencí de que las fábricas de tamaño mediano eran preferibles a las mastodónticas... permitían evitar las grandes aglomeraciones urbanas, los slums, la suciedad, la delincuencia, el vicio... Entrevistador: Sin embargo, Detroit... Las masas que se concentraron en el Middle West buscando trabajo en las filiales Ford... Henry Ford. Es verdad, sólo yo podía ofrecer sueldos altos y en aumento, en una época en que ningún industrial quería oír hablar de la cuestión... Fue necesario para sostener e imponer a todo el mundo económico americano mi idea: la de que son los sueldos más altos los que ponen en movimiento el mercado, no las ganancias más altas. Y para ofrecer sueldos altos hay que ahorrar en el sistema de producción. Ese es el único verdadero ahorro que reditúa: ahorrar no para acumular sino para aumentar los sueldos, es decir el poder adquisitivo, es decir la abundancia. El secreto de la abundancia está en un equilibrio entre precios y calidad. Y sólo sobre la abundancia, no sobre la escasez, se puede construir: el primero en entender esto fui

Librodot

yo. El capitalista que trabaja con la esperanza de vivir un día de rentas, es un mal capitalista. Yo siempre he pensado que no poseía nada mío, sino que administraba mi propiedad poniendo los mejores medios de producción al servicio de los demás. Entrevistador: Pero los sindicatos veían las cosas de otra manera. Y usted, durante años, no quiso saber nada de los sindicatos... Todavía en 1937 pagó brigadas de luchadores y de púgiles profesionales para impedir las huelgas por la fuerza... Henry Ford: Eran agitadores que querían crear conflictos entre la Ford y los obreros, conflictos que no podían subsistir lógicamente. ¡Yo lo había calculado todo para que los intereses de los obreros y los de la empresa fueran la misma cosa! Los otros venían con discursos que nada tenían que ver con los míos, con principios que pertenecen al código de la naturaleza. Hay una moral del trabajo, una moral del servicio que no se puede alterar, porque es una ley de la naturaleza. La naturaleza dice: ¡Trabaja! ¡Prosperidad y felicidad sólo se pueden alcanzar a través de la fatiga honrada! Entrevistador: Pero lo que usted llama el fordismo, o por lo menos las ideas sociales suyas que tuvieron más popularidad -el empleo estable, el sueldo seguro. Cierto grado de bienestar- pusieron en movimiento nuevas aspiraciones en la mentalidad de los obreros... ¿se daba usted cuenta, Mister Ford? De una masa informe y fluctuante usted contribuyó a crear una mano de obra que tenía algo que defender, con una dignidad y una conciencia del propio valor, y que por lo tanto pretendía seguridad, garantías, fuerza contractual autonomía para decidir la propia suerte. Fue lo que se dice un proceso irreversible que su paternalismo no podía ya contener ni controlar... Henry Ford: Yo miro siempre hacia el futuro, pero para simplificar, no para complicar las cosas. En cambio, todos los que proyectan el futuro, que proponen reformas parece que no quisieran sino compliar, complicar.

Todos iguales, los reformadores, los teóricos políticos, incluso los presidentes: Wilson. Roosevelt. Tantas veces me quedé solo, luchando contra un mundo inútilmente complicado: la política. las finanzas, las guerras... Entrevistador: No negará usted que las guerras han beneficiado los negocios... Henry Ford: Estos beneficios no estaban en mis planes. Siempre he sido un pacifista, eso nadie podrá negarlo jamás. Siempre he luchado contra la intervención americana, tanto en la primera como en la segunda guerra mundial. En 1915 organicé la Nave de la Paz, crucé el Atlántico hasta Noruega junto con personalidades de las diferentes iglesias, de las universidades, de los periódicos, para pedir a las potencias europeas que suspendieran las hostilidades. No quisieron escucharme. E incluso mi país entró en guerra. Incluso la Ford se puso a trabajar para la guerra. Entonces declaré que no tocaría un centavo de los beneficios de la producción bélica. Entrevistador: Usted prometió restituir esos beneficios al Estado, pero no parece haberlo hecho nunca... Henry Ford: Después de la guerra tuve que hacer frente a una situación fnanciera muy grave. Los bancos... Entrevistador: Los bancos siempre fueron otra de sus bestias negras... Henry Ford: El sistema financiero es otra complicación inútil que obstaculiza la producción en lugar de facilitarla. Para mí el dinero debería venir siempre después del trabajo, como resultado del trabajo, no antes. Mientras me mantuve alejado del mercado financiero, las cosas me fueron bien: en el 29 me salvé de la Gran Crisis porque mis acciones no cotizaban en Bolsa. La finalidad de mi trabajo es la simplicidad. Entrevistador: Pero usted ha tenido un papel de primer plano en la afirmación de ese sistema que dice no aprobar. ¿No cree que sus consideraciones están inspiradas, más que en la simplicidad, en cierto simplismo? Henry Ford: En los negocios siempre me he basado en simples ideas americanas. Wall Street es otro mundo, para mí... un mundo ajeno... oriental. Entrevistador: Un momento, Mister Ford... Probablemente usted tenía todas las razones para cogerle manía a Wall Street... Pero de ahí a identificar las altas finanzas y todos sus enemigos con personas de determinado origen, de determinada religión... A escribir artículos antisemitas en los diarios... A recogerlos en un volumen... A apoyar a aquel fanático de Alemania que tomaría el poder poco después... Henry Ford: Mis ideas fueron mal interpretadas... Yo con aquellas obscenidades que sucederían en Europa no tengo nada que ver... Hablaba para bien de América y también para bien de ellos, de esas personas diferentes de nosotros que si querían participar en nuestra comunidad debían comprender cuáles son los

Librodot

verdaderos principios americanos... ésos con los que me enorgullezco de haber dirigido mi empresa... Entrevistador: Usted ha logrado muchísimo en la fabricación de las cosas, Mister Ford... Y también ha teorizado mucho». Pero así como las cosas respondían siempre a sus previsiones y a sus proyectos, los hombres no, en los seres humanos había siempre algo que se le escapaba, que defraudaba sus expectativas... ¿Es así? Henry Ford. Mi ambición no ha sido sólo hacer las cosas. El hierro, la chapa, el acero no bastan. Las cosas no son un fin en sí mismas. Lo que pensaba era un modelo de humanidad. No fabricaba sólo mercancías. ¡Quería fabricar hombres! Entrevistador: Quisiera que se explicase mejor sobre este punto, Mister Ford. ¿Puedo sentarme? ¿Puedo encender un cigarrillo? ¿Fuma? Henry Ford: ¡Nooo! ¡Aquí no se fuma! ¡Los cigarrillos son un vicio aberrante! ¡En las fábricas Ford está prohibido fumar! ¡He dedicado a la campaña contra el humo años de energías! ¡El mismo Edison me dio la razón! Entrevistador: ¡Pero Edison era un fumador! Henry Ford: De cigarros puros solamente. Algún cigarro puedo permitirlo. Incluso la pipa. Forman parte de la tradición americana. ¡Pero el cigarrillo no! Las estadísticas dicen que los peores criminales son los fumadores de cigarrillos. ¡El cigarrillo lleva directamente al mundo del hampa! ¡He publicado un libro contra el cigarrillo! Entrevistador: ¿No cree que, en lugar del cigarrillo, hubiera podido preocuparse de los efectos del ritmo del trabajo en la salud? ¿O de la contaminación provocada por sus fábricas? ¿O del hedor de nafta que sale de los escapes de sus automóviles? Henry Ford: Mis fábricas están siempre limpias, bien iluminadas y ventiladas. Puedo demostrarle que nadie se ha preocupado más que yo por la higiene. Ahora estoy hablando de la moral de la mente. ¡Mi proyecto necesitaba hombres sobrios, laboriosos, morales, con una vida familiar serena, una casa limpia y ordenada! Entrevistador: ¿Por eso instituyó usted un cuerpo de inspectores que investigaba la vida privada de sus subordinados que metían la nariz en los amores, en la vida sexual de mujeres y de hombres? Henry Ford: Un subordinado que vive en un mundo adecuado hará su trabajo de manera adecuada. Yo seleccionaba mi personal en función no sólo del rendimiento en su sección, sino también de su moral en familia.

Y si prefería contratar a los hombres casados, a los buenos padres de familia más que a los libertinos, era también por criterios de eficiencia. ¡En cuanto a las mujeres soy partidario de contratarlas en la fábrica si tienen hijos que mantener, pero si hay un marido que ya gana lo suficiente, su lugar está en la casa! Entrevistador: ¡Sin embargo sus primeros adversarios fueron los puritanos bien pensantes que combatían la difusión de los coches de motor como un peligro para las familias! Los predicadores y los moralistas tronaban contra el automóvil que servía a los novios para encontrarse lejos de toda vigilancia; el automóvil que llevaba a las familias a divertirse los domingos en lugar de ir a la iglesia; el auto que para comprarlo se hipotecaba la casa y se mellaban los sacrosantos ahorros; el auto que creaba en la población parsimoniosa la exigencia de vacaciones prolongadas y de viajes; el auto que propagaba la envidia entre los pobres e instigaba a la revolución... Henry Ford: Los reaccionarios son como los bolcheviques: no ven la realidad, no saben lo que es necesario para las funciones elementales de la vida humana. Yo también he obrado siempre siguiendo una idea, un modelo. Pero mis ideas son siempre aplicables. Entrevistador: Sí, los bolcheviques... ¿Qué le parece el hecho de que el comunismo soviético haya tomado desde el principio como modelo el fordismo? Lenin y Stalin fueron admiradores de su organización de la producción y en cierta medida seguidores de sus teorías. También ellos querían que toda la sociedad se organizase según criterios de rendimiento industrial, también ellos querían hacer funcionar sus fábricas y sus obreros como en Detroit, también ellos querían educar a masas de obreros disciplinados y puritanos... Henry Ford: Pero lo que yo di a mis obreros, los bolcheviques no supieron dárselo. La austeridad de ellos, como la de los reaccionarios, ha perpetuado la escasez; mi austeridad llevaba a la abundancia. Pero no me interesa lo que los bolcheviques han hecho: mi idea era americana, pensada en función de América, animada por el espíritu de los pioneros que no tenían miedo de la fatiga y sabían adaptarse a lo nuevo, que eran frugales y austeros pero querían gozar de las cosas del mundo... Entrevistador: Pero la América de los

Librodot

pioneros ha desaparecido... Borrada por la Detroit de Henry Ford... Henry Ford: Yo vengo de esa vieja América. Mi padre tenía una granja en Michigan. Empecé a experimentar mis inventos en la granja, financiado por mi padre; quería construir medios de transporte prácticos para la agricultura. El automóvil nació en el campo. He conservado mi afecto por la América de mi infancia y de mis mayores. Apenas advertí que estaba desapareciendo, empecé a comprar y a coleccionar viejos enseres agrícolas, arados, ruedas de molino fluvial, carruajes, trineos, mobiliario de las viejas casas de madera en ruinas... Entrevistador: Entonces, así como la ecología nace de la misma cultura que ha producido la contaminación, los anticuarios nacen de la misma cultura que ha impuesto las cosas nuevas en lugar de las viejas... Henry Ford: Compré una antigua taberna en Sudbury, Michigan, con su enseña, su portal... Incluso hice reconstruir el camino de tierra batida por el que pasaban las caravanas que iban hacia el Oeste... Entrevistarlor: ¿Es cierto que para restablecer la atmósfera del tiempo de los caballos y las diligencias alrededor de la vieja hostería, hizo usted desviar la autopista, esa autopista por la cual pasan como trombas los coches Ford? Henry Ford: En nuestra América hay lugar para todo, ¿no le parece? La campiña americana no debe desaparecer. Siempre he sido contrario a que los agricultores abandonaran el campo. Proyecté un complejo hidroeléctrico en Tennessee para proporcionar energía barata a los agricultores. Les hubiera facilitado electrodomésticos, abonos, y se habrían mantenido alejados de la ciudad. No quisieron escucharme, ni el Gobierno ni los *farmers*. Nunca entienden las ideas simples: las funciones elementales de la vida humana son tres: la agricultura, la industria y los transportes. Todos los problemas dependen de la forma en que se cultiva, se fabrica y se transporta, y yo siempre propuse las soluciones más simples. El trabajo del agricultor era inútilmente complicado. Sólo el cinco por ciento de su energía se empleaba útilmente. Entrevistador: ¿No siente nostalgia de esa vida, entonces? Henry Ford: Si cree que yo lamento algo del pasado, quiere decir que no ha entendido nada de mí. ¡A mí del pasado no me importa nada! ¡No creo en la experiencia de la historia! Sí, llenar la cabeza de la gente con la cultura del pasado es lo más inútil que pueda hacerse. Entrevistador: Pero el pasado quiere decir experiencia... En la vida de los pueblos y en la de las personas... Henry Ford: Incluso la experiencia individual no sirve más que para perpetuar el recuerdo de los fracasos. En la fábrica los expertos sólo saben decirte que esto no se puede hacer que aquello ya se ha probado pero no funciona... Si yo hubiera hecho caso de los expertos, nunca habría realizado nada de lo que logré realizar, me habría desanimado desde el principio, nunca hubiera conseguido montar un motor de explosión. En aquella época los expertos pensaban que la electricidad podía resolverlo todo, que incluso los motores debían ser eléctricos. Todos estaban fascinados por Edison, justamente, y yo también lo estaba. Y fui a preguntarle si creía que yo estaba loco, como decían, porque me había interesado en hacer andar un motor que hacía «tuff tuff». Y entonces él mismo, Edison, el gran Edison, me dijo: «Jovencito, te diré lo que pienso. Yo he trabajado en la electricidad toda mi vida. Pues bien, las máquinas eléctricas jamás podrán alejarse demasiado de las estaciones generadoras. Es inútil pensar en llevarse baterías de acumuladores: son demasiado pesadas. Ni siquiera las máquinas de vapor son el ideal: siempre necesitarán una caldera y fuego, y lo que se precisa para alimentarlo. En cambio la máquina que has encontrado tú se basta a sí misma: ni fuego, ni caldera, ni humo, ni vapor; su fábrica de energía la lleva consigo. Esto es lo que se necesitaba, jovencito. ¡Estás en el buen camino! ¡Sigue trabajando, no te desanimes! ¡Si consigues inventar un motor de poco peso que se alimente solo, sin necesidad de cargarse como una batería, tendrás un gran futuro!».

Eso es lo que me dijo el gran Edison. El que era el rey de la electricidad fue el único que entendió que yo estaba haciendo algo que la electricidad no conseguiría. No, lo que cuenta no es ser un experto, lo que cuenta es lo que uno ha hecho. ¡Lo que uno puede hacer y quiere hacer es lo que cuenta! ¡Las ideas que uno tiene para el futuro! Entrevistador: Hoy su futuro es ya un pasado... y condiciona todo nuestro presente... Dígame, hoy, al mirar a su alrededor, ¿reconoce el futuro que usted quería? Digo el futuro que veía en los comienzos,

Librodot

cuando era un joven agricultor de Michigan que se encerraba en el cobertizo de la granja de su padre para experimentar modelos de cilindros y pistones, y correas de transmisión y diferenciales para las ruedas... Dígame, Mister Ford, ¿recuerda qué era lo que quería en ese momento? Henry Ford: Sí, quería la ligereza, un motor ligero para un vehículo ligero, como el cabriolé en el que inútilmente trataba de instalar una caldera de vapor...

Siempre busqué la ligereza, reducir el derroche de material, de esfuerzos... Me pasaba el día encerrado en el taller del cobertizo... Desde fuera me llegaban bocanadas del olor del heno» y el silbido del tordo, del viejo olmo cerca del estanque... una mariposa entraba por la ventana. Atraída por el resplandor de la caldera, aleteaba alrededor, después del golpeteo del émbolo, salía volando, silenciosa, ligera... (Imágenes de atascos de tráfico en una gran ciudad, de colas de camiones en una autopista, de trabajo en las prensas de una laminadora, de trabajo en una cadena de montaje, de humo de chimeneas, etc., se superponen a la figura de Ford mientras pronuncia las últimas frases).

El último canal

Mi pulgar baja con independencia de mi voluntad: constantemente, a intervalos regulares, siento la necesidad de apretar, de aplastar, de disparar un repentino impulso como un proyectil; si era esto lo que querían decir cuando me atribuyeron una semi invalidez mental, han acertado. Pero se equivocan si creen que no había un plan, una intención bien clara en mi comportamiento. Sólo ahora, en la calma acolchada y esmaltada de este cuartito de la clínica, puedo desmentir las incongruencias que tuve que escuchar en el proceso, procedentes tanto de la acusación como de la defensa. Con esta memoria, que espero poder enviar a los magistrados de la corte de apelación, aunque mis defensores quieran impedírmelo a toda costa, pretendo restablecer la verdad, la única verdad: la mía, si es que alguien está en condiciones de entenderla.

También los médicos andan a tientas en la oscuridad, pero por lo menos ven con aprobación mi propósito de escribir y me han proporcionado esta máquina y esta resma de papel: creen que esto representa un mejoramiento debido a que me encuentro encerrado en una habitación sin televisor, y atribuyen la interrupción del espasmo que me contraía una mano al hecho de haberme privado del pequeño objeto que empuñaba cuando me detuvieron y que conseguí (las convulsiones que amagaba cada vez que me lo arrebataban de la mano no eran simuladas) tener conmigo durante la detención, los interrogatorios, el proceso. (¿Y cómo hubiera podido explicar -sino demostrando que el cuerpo del delito se había convertido en una parte de mi cuerpo- lo que hice y -aunque sin lograr convencerlos- por qué lo hice?)

La primera idea equivocada que de mí se formaron es la de que mi atención no puede seguir más que por pocos minutos una sucesión coherente de imágenes, que mi mente sólo es capaz de captar fragmentos de historias y de discursos sin un antes ni un después, en una palabra, que en mi cabeza se ha cortado el hilo de las conexiones que sostiene el tejido del mundo. No es cierto, y las pruebas que aducen para sostener su tesis -mi manera de quedarme inmóvil durante horas delante del televisor encendido sin seguir ningún programa, obligado por un tic compulsivo a saltar de un canal a otro- bien puede demostrar justo lo contrario. Estoy convencido de que en los acontecimientos del mundo hay un sentido, de que una historia coherente y motivada en su serie completa de causas y efectos se está desarrollando en este momento en algún lado, inalcanzable para nuestras posibilidades de verificación, y que esa historia contiene la clave para juzgar y comprender todo el resto. Este

Librodot

convencimiento es lo que me tiene clavado con los ojos deslumbrados, fijos en el televisor mientras los saltos frenéticos del mando a distancia hacen aparecer y desaparecer entrevistas con ministros, abrazos de amantes, publicidad de desodorantes, conciertos de rock, arrestados que esconden la cara, lanzamientos de cohetes espaciales, tiroteos en el Far West, volteretas de bailarinas, encuentros de boxeo, concursos de adivinanzas, duelos de samuráis. Si no me detengo a mirar ninguno de esos programas es porque el programa que busco es otro, y yo sé que existe, y estoy seguro de que no es ninguno de éstos, y que éstos los transmiten sólo para inducir a engaño y desanimar a quien, como yo, está convencido de que el programa que cuenta es el otro. Por eso sigo pasando de un canal a otro: no porque mi mente sea incapaz de concentrarse siquiera el mínimo necesario para seguir un filme o un diálogo o una carrera de caballos. Al contrario: mi atención está totalmente proyectada hacia algo que de ningún modo puedo pasar por alto, algo único que se está produciendo en este momento mientras mi televisor está todavía atiborrado de imágenes superfluas e intercambiables, algo que ya debe de haber empezado y cuyo comienzo sin duda he perdido, y que si no me doy prisa corro el riesgo de perder también el fin. Mi dedo brinca en el teclado del selector apartando la envoltura de las vanas apariencias como capas superpuestas de una cebolla multicolor.

Mientras tanto el verdadero programa recorre las vías del éter en una banda de frecuencia que no conozco, tal vez se pierde en el espacio sin que yo pueda interceptarlo: hay una estación desconocida que está transmitiendo una historia que me concieme, mi historia, la única historia que puede explicarme quién soy, de dónde vengo y adónde voy. La única relación que puedo establecer en este momento con mi historia es una relación negativa: rechazar las otras historias, descartar todas las imágenes mentirosas que me son propuestas. Este pulsar las teclas es el puente que yo lanzo hacia ese otro puente que se abre como un abanico en el vacío y que mis arpones no consiguen enganchar: dos puentes discontinuos de impulsos electromagnéticos que no se juntan y se pierden en el polvillo de un mundo fragmentado.

Cuando entendí esto fue cuando empecé a blandir el mando a distancia no en dirección al televisor sino fuera de la ventana, hacia la ciudad, sus luces, los anuncios de neón, las fachadas de los rascacielos, los pináculos en los techos, los enrejados de las grúas con su largo pico de hierro, las nubes. Después salí a la calle con el mando a distancia escondido bajo el abrigo, apuntando como con un arma.

En el proceso dijeron que yo odiaba la ciudad, que quería hacerla desaparecer, que me movía un impulso destructor. No es verdad. Amo, siempre he amado nuestra ciudad, sus dos ríos, las raras placitas arboladas como lagos de sombra, el maullido desgarrador de las sirenas de las ambulancias, el viento que se va metiendo en las *Avenues*, los diarios arrugados que vuelan al ras del suelo como gallinas cansadas. Sé que nuestra ciudad podría ser la más feliz del mundo, sé que lo es, no aquí en la longitud de onda en que me muevo sino en otra banda de frecuencia, allí es donde la ciudad donde he residido toda mi vida se convierte por fin en mi hábitat. Ese es el canal que trataba de sintonizar cuando apuntaba con el selector a los escaparates centelleantes de las joyerías, las fachadas majestuosas de los bancos, las marquesinas y las puertas giratorias de los grandes hoteles: guiaba mis gestos el deseo de salvar todas las historias en una historia que fuese también la mía, no la malevolencia amenazadora y obsesiva de que se me acusa.

Todos andaban a tientas en la oscuridad: la policía, los magistrados, los expertos psiquiátricos, los abogados, los periodistas. «Condicionado por la necesidad compulsiva de cambiar continuamente de canal, un telespectador enloquece y pretende cambiar el mundo a golpes de mando a distancia»: éste es el esquema que con pocas variantes ha servido para definir mi caso. Pero las pruebas psicológicas siempre han excluido que hubiera en mí vocación de terrorista; incluso mi grado de aceptación de los programas actualmente en antena no se aparta mucho de la media de los índices de aprobación. Tal vez al cambiar de canal no trataba de desbaratar todos los programas sino algo que cualquier programa podría comunicar si no

Librodot

estuviera roído en su interior por el gusano que desnaturaliza todas las cosas que rodean mi existencia.

Entonces discurrieron otra teoría apropiada para enmendarme, dicen ellos; más aún, atribuyen al hecho de que yo solo me haya convencido, el freno inconsciente que me ha librado de cometer los actos criminales a los que me creían inclinado. Es la teoría según la cual es inútil cambiar de canal, el programa es siempre el mismo o como si lo fuese, sea filme o noticiario o publicidad lo que se transmite, el mensaje es uno solo en todas las estaciones porque todo y todos formamos parte de un sistema; y aun fuera del televisor, el sistema lo invade todo y sólo deja lugar para los cambios de apariencia; por consecuencia, tanto si yo me agito con mi teclado como si meto las manos en los bolsillos, da lo mismo, porque nunca conseguiré escapar del sistema. No sé si los que sostienen estas ideas creen en ellas o si lo dicen sólo confiando en comprometerme; de todos modos a mí nunca me han afectado porque no pueden hacer mella en mi convicción sobre la esencia de las cosas. Para mí lo que cuenta en el mundo no son las uniformidades sino las diferencias: diferencias que pueden ser grandes o también pequeñas, minúsculas y hasta imperceptibles, pero lo que cuenta es justamente ponerlas en evidencia y confrontarlas. Yo también sé que pasando de un canal a otro se tiene la impresión de una sopa única; y sé también que los azares de la vida están ceñidos por una necesidad que no los deja variar demasiado: pero en esa pequeña desviación reside el secreto, la chispa que pone en movimiento la máquina de las consecuencias, para la cual las diferencias llegan a ser notables, grandes, enormes y hasta infinitas. Miro las cosas a mi alrededor, todas torcidas, pienso que hubiese bastado una nada, un error evitado en determinado momento, un sí o un no que aun dejando intacto el cuadro general de las circunstancias hubiera llevado a consecuencias totalmente diferentes. Yo esperaba que cosas tan simples, tan naturales, estuvieran por revelarse de un momento a otro; pensar esto y apretar los mandos del selector era todo uno.

Con Volumnia creía que había dado por fin con el canal justo. En realidad, durante los primeros tiempos de nuestra relación, dejé descansar el mando a distancia. Todo en ella me gustaba, su *chignon* color tabaco, su voz casi de contralto, los pantalones a la suava y las botas puntiagudas, su pasión que yo compartía por los bulldogs y los cactus. Igualmente confortantes me parecían sus padres, los lugares donde habían efectuado inversiones inmobiliarias y donde pasaban correctos períodos de vacaciones, la sociedad de seguros donde el padre de Volumnia me había prometido un empleo creativo con participación en los beneficios después de nuestra boda. Todas las dudas, objeciones, las hipótesis que no convergían en el sentido deseado yo trataba de suprimirlas de mi mente, y cuando advertí que volvían a presentarse cada vez con más insistencia, empecé a preguntarme si las pequeñas resquebrajaduras, los malentendidos, los obstáculos que hasta ese momento me habían parecido ofuscamientos momentáneos y marginales. no podían interpretarse como presagios de las perspectivas futuras, es decir que nuestra felicidad contenía latente la sensación de cosa forzada y tediosa que se tiene con una mala telenovela. Sin embargo, la convicción de que Volumnia y yo estábamos hechos el uno para el otro nunca se debilitaba: tal vez en otro canal una pareja idéntica a la nuestra, pero que el destino había dotado de dones sólo levemente distintos, se disponía a vivir una vida cien veces más atrayente...

En este estado de ánimo aquella mañana levanté el brazo empuñando el mando a distancia y lo dirigí hacia la *corbeille* de camelias blancas, hacia el sombrerito adornado con racimos azules de la madre de Vólumnia, la perla en el plastrón del padre, la estola del oficiante, el velo bordado de plata de la novia... El gesto, en el momento en que todos los presentes esperaban el «sí» de mi parte, fue mal interpretado: por Volumnia en primer lugar, que vio en él una repulsa, una afrenta irreparable. Pero yo sólo quería significar que allá, en aquel otro canal, la historia mía y de Volumnia transcurría, lejos del alborozo de las notas del órgano y de los *flashes* de los fotógrafos, pero con muchas cosas más que la identificaban a la verdad suya y mía.

Librodot

Tal vez en aquel canal más allá de todos los canales nuestra historia no ha terminado, Volumnia sigue queriéndome, mientras que aquí, en el mundo donde vivo no pude hacerle entender mis razones: no quiso verme más. De aquella ruptura violenta nunca me he recobrado «desde entonces comencé esa vida que los diarios describieron como la de un demente sin residencia fija, que vagaba por la ciudad armado de su zarandaja incrongruente.» En cambio mis razonamientos nunca fueron tan claros como entonces: había comprendido que tenía que empezar a actuar desde el vértice. Si las cosas andan mal en todos los canales, ha de haber un último canal que no sea como los demás, en el que gobernantes tal vez no demasiado distintos de éstos, pero con una pequeña diferencia de carácter, de mentalidad, de problemas de conciencia, puedan detener las grietas que se abren en los cimientos, la desconfianza recíproca, el degradarse de las relaciones humanas...

Pero la policía me vigilaba desde hacía tiempo. Aquella vez que la multitud se agolpó para ver bajar de los coches a los protagonistas del gran encuentro de jefes de Estado, y me colé por los ventanales del palacio, en medio de las filas de los servicios de seguridad, no tuve tiempo de levantar el brazo con el mando a distancia cuando me cayeron todos encima arrastrándome fuera, por más que yo protestase que no quería interrumpir la ceremonia sino sólo ver qué presentaban en el otro canal, por curiosidad, sólo durante unos pocos segundos.

La nada y lo poco

Según los cálculos del fisico Alan Guth, del Stanford Linear Accelerator Center, el universo se originó literalmente *a part*. De la nada en una fracción de tiempo sumamente breve: un segundo dividido por un trillón de trillones de trillones. (Washington Post, 3 de junio de 1984.)

Si os digo que me acuerdo -comenzó Qfwfq-, objetaréis que en la nada nada puede recordar nada ni ser recordado por nada, razón por la cual no creeréis ni una palabra de lo que voy a contaros. Argumentos difíciles de rebatir, lo admito. Todo lo que puedo deciros es que, desde el momento en que hubo algo, y no habiendo otra cosa, ese algo fue el universo, y no habiendo sido jamás antes hubo un antes en que no era y un después en que era, desde ese momento, digo, empezó a existir el tiempo, y con el tiempo el recuerdo, y con el recuerdo alguien que recordaba, o sea yo o aquel algo que a continuación comprendería que era yo. Entendámonos; no es que recordara cómo era en los tiempos de la nada, porque entonces no había tiempo y yo no existía, pero ahora comprendía que, aunque no supiera que existía, tenía un lugar donde podría existir, o sea el universo; mientras que antes, aun queriendo, no hubiera sabido dónde meterme y ésta era ya una gran diferencia y justamente esta diferencia entre el antes y el después era lo que yo recordaba. En fin, reconoceréis que mi razonamiento también vale y además no peca de simplismo como el vuestro. Dejadme que os explique. Ni siquiera está dicho que lo que entonces existía realmente existiese: las partículas, o mejor, los ingredientes con los que se harían después las partículas, tenían una existencia virtual: ese tipo de existencia que si existes existes y si no existes puedes empezar a hacer como si existieras y ver qué sucede. A nosotros ya nos parecía una gran cosa, y seguramente lo era, porque sólo si empiezas a existir virtualmente, a fluctuar en un campo de probabilidades, a tomar en préstamo y a restituir cargas de energía aún hipotéticas, puede ser que una u otra vez

Librodot

existas de verdad, o sea que formes a tu alrededor un curvo regazo de espacio-tiempo aunque sea mínimo: como sucedió a una cantidad cada vez mayor de no sé qué -llamémosles neutrinos porque es un nombre bonito, pero en aquel entonces nadie había soñado nunca con los neutrinos- ondulando unos pegados a los otros en un caldo ardiente de un calor infinito, espeso como una cola de densidad infinita que se hinchaba en un tiempo tan infnitamente breve que no tenía nada que ver con el tiempo -y en realidad el tiempo todavía no había tenido tiempo de demostrar qué sería- y que al hincharse producía espacio donde nunca se había sabido qué era el espacio. Así el universo, a partir de un granito infinitesimal en la lisura de la nada, se expandía fulmíneo hasta las dimensiones de un protón, después, de un átomo, después, de la punta de un alfiler, de un clavo, de una cuchara, de un sombrero, de un paraguas...

No, lo cuento demasiado rápido; o demasiado despacio, quién sabe: porque el universo se hinchaba a infinita velocidad pero partía de un origen tan hundido en la nada que para asomar de ella y asomarse al umbral del espacio y del tiempo necesitaba un arranque de violencia no mensurable en términos de espacio y de tiempo. Digamos que para contar todo lo que sucedió en el primer segundo de la historia del universo, tendría que hacer un relato tan largo que no me bastaría la duración sucesiva del universo con sus millones de siglos pasados y futuros, mientras que toda la historia que vino después podría despacharla en cinco minutos.

Era natural que el pertenecer a este universo sin precedentes ni términos de comparación muy pronto llegara a ser motivo de orgullo, de jactancia, de infatuación. Las distancias inimaginables que se abrieron, fulminantes; la profusión de corpúsculos que brotaban por todas partes -adriones, bariones, mesones, algunos quarks-, la rapidez vertiginosa del tiempo, todo esto junto nos daba un sentimiento de invencibilidad, de dominio, de orgullo, y al mismo tiempo de suficiencia, como si todo nos fuese debido. La única comparación que podíamos hacer era con la nada de antes: y apartábamos de ello el pensamiento como de una condición ínfima, mezquina, digna de conmiseración o de desprecio. Cada uno de nuestros pensamientos abrazaba el todo, desdeñando las partes: el todo era nuestro elemento y comprendía también el tiempo todo el tiempo, en el que el futuro dominaba el pasado en cantidad y plenitud. Nuestro destino era más, cada vez más y no sabíamos pensar en menos, ni siquiera a escondidas: de ahora en adelante iríamos al más, siempre al más, desde las sumas a los múltiplos las potencias los factoriales, sin detenernos ni aflojar nunca.

Que en esta exaltación hubiera un fondo de inseguridad, casi un frenesí por borrar la sombra de nuestros recientes orígenes, es una impresión que no sé si sólo ahora advierto, a la luz de todo lo que supe después, o si ya entonces oscuramente me carcomía. Porque a pesar de la certeza de que el todo era nuestro ambiente natural, también es cierto que veníamos de la nada, que apenas nos levantábamos del absoluto no tener nada, que sólo un tenue hilo espacio-temporal nos separaba de la precedente condición desprovista de toda sustancia y extensión y duración. Eran sensaciones de precariedad, rápidas pero agudas, las que me asaltaban, como si ese todo que trataba de formarse no consiguera ocultar su hagilidad intrínseca, el fondo de vacío al que podíamos volver con la misma rapidez con que nos habíamos separado de él. De ahí lo impaciente que me ponía la indecisión que demostraba el universo para tomar una forma, como si no viera la hora de que su vertiginosa expansión se detuviera, haciéndome conocer sus límites para bien y para mal, pero adquiriendo también estabilidad en el ser; y de ahí también el temor de que, apenas hubiera un alto, empezase la fase descendente, un retorno igualmente veloz al no ser.

Reaccionaba yéndome al otro extremo: «¡Totalidad! ¡totalidad!» proclamaba a quien quisiera oírlo, «¡Futuro!» alardeaba, «¡Porvenir!», «¡A mí, la inmensidad!» afirmaba, abriéndome paso en aquel indistinto torbellino de fuerzas, «¡Que las potencialidades puedan!», incitaba ¡Que el acto actúe! ¡Que las robabilidades prueben!

Me parecía que las ondas de partículas (¿o eran sólo radiaciones?) contenían todas las formas y fuerzas posibles, y cuanto más anticipaba a mi alrededor un universo poblado de presencias activas, más afectadas me parecían por una inercia culpable, una abulia renunciatoria.

Entre esas presencias las había -digamos- femeninas, quiero decir dotadas de cargas propulsivas complementanas de las mías; una de ellas sobre todo atrajo mi atención: altanera y reservada, delimitaba a su alrededor un campo de fuerzas de contornos longilíneos y desmadejados. Yo, para hacerme notar, redoblaba mis exhibiciones de complacencia ante la prodigalidad del universo, ostentaba mi desenvoltura en la utilización de los recursos cósmicos como quien siempre los tiene disponibles, me proyectaba hacia adelante en el espacio y en el tiempo como quien espera siempre lo mejor. Convencido de que Nugkta (la llamo ya con el nombre que conocí después) era diferente de todos por ser más consciente de lo que significaba el hecho de existir y formar parte de algo existente, trataba por todos los medios de distinguirme de la masa vacilante de los que tardaban en habituarse a esta idea. El resultado fue que me volví inoportuno y antipático a todos, sin que eso me acercara a ella.

Me estaba equivocando en todo. No tardé en comprender que Nugkta no apreciaba nada mi manera de írseme la mano, e incluso se las ingeniaba para no darme muestra alguna de atención, salvo un resoplido de fastidio de vez en cuando. Seguía en sus trece, un poco apática, como acurrucada, el mentón apoyado en las rodillas abrazando las largas piernas dobladas, los codos salientes (entendedme: describo el modo de estar que hubiera sido el suyo si entonces se hubiese podido hablar de rodillas piernas, codos; o mejor aún, el universo era el que se acurrucaba en sí mismo, y el que allí estuviera no tenía otro modo de estar, algunos con más naturalidad, ella por ejemplo). Los tesoros del universo que yo ponía a sus pies, los acogía como si dijera: «¿Eso es todo?». Al principio esta indiferencia me parecía una afectación, después comprendí que Nugkta quería darme una lección invitarme a tener una actitud más controlada. Mis maneras de abandonarme al entusiasmo debían de parecerle propias de un ingenuo, un novicio, un superficial.

Sólo me quedaba cambiar de mentalidad, comportamiento, estilo. Mi relación con el universo debía ser una relación práctica, factual, como la de quien sabe calcular cómo evoluciona cada cosa en su valor objetivo, por inmenso que sea, sin que se le suban los humos a la cabeza. Esperaba así presentarme a ella bajo una luz más convincente, prometedora, digna de confianza. ¿Lo conseguí? No, menos que nunca. Cuanto más apuntaba a lo sólido, a lo realizable, a lo cuantificable, más le parecía yo, creo, un fanfarrón, un impostor.

Al final empecé a ver claro: para ella había un solo objeto de admiración, un solo valor, un solo modelo de perfección, y era la nada. Su desprecio no se dirigía a mí sino al universo. Todo lo existente llevaba en sí un defecto de origen: el ser le parecía una degeneración vergonzosa y vulgar del no ser.

Decir que este descubrimiento me trastornó es decir poco: para todas mis convicciones, mi frenesí de totalidad, mis inmensas expectativas, era una afrenta. ¿Qué incompatibilidad mayor de carácter que entre una nostálgica de la nada y yo? No es que le faltasen razones (mi debilidad por ella era tal que me esforzaba por comprenderla). Era cierto que, en sí, había en la nada un absoluto, un rigor, una contención que todo lo que pretendía poseer los requisitos de la existencia resultaba aproximativo, limitado, vacilante; en lo que es, si se lo compara con lo que no es, saltan a los ojos las cualidades más mediocres, las impurezas, los defectos; en una palabra, sólo con la nada se puede andar sobre seguro. Dicho esto, ¿qué consecuencias debía extraer? ¿Volver las espaldas al todo, zambullirme nuevamente en la nada? ¡Como si fuese posible! Una vez en movimiento, el proceso del paso del no ser al ser ya no se podía parar: la nada pertenecía a un pasado irremisiblemente terminado.

Entre las ventajas del ser figuraba aquello que nos permitía concedernos, desde lo alto de la plenitud alcanzada, una pausa en la añoranza de la nada perdida, en la contemplación

Librodot

melancólica de la plenitud negativa del vacío. En este sentido estaba dispuesto a apoyar la tendencia de Nugkta, e incluso nadie era más capaz que yo de expresar con tanta convicción este sentimiento arrasador. Pensarlo y precipitarme hacia ella recitando: «Oh, si pudiéramos perdernos en los campos ilimitados de la nada...» fue todo uno. (O sea, hice algo en cierto modo equivalente a recitar algo de ese tipo.) ¿Y ella? Me dejó plantado, disgustada. Me llevó cierto tiempo comprender lo grosero que había sido yo y aprender que de la nada se habla (o mejor, no se habla) con otra discreción.

Las crisis sucesivas por que atravesé desde entonces en adelante no me devolvieron la paz. ¿Cómo había podido equivocarme hasta el punto de buscar la totalidad de la plenitud prefiriéndola a la perfección del vacío? Desde luego, el paso del no ser al ser había sido una gran novedad, un hecho sensacional, un hallazgo de efecto seguro. Pero no se podía decir que las cosas hubiesen cambiado para mejor. De una situación neta, sin errores, sin mácula, se había pasado a una construcción chapucera, atiborrada, que se desmoronaba por todas partes, que se mantenía en pie por desafío. ¿Qué podía haberme excitado tanto en las llamadas maravillas del universo? La escasez de los materiales disponibles había determinado en muchos casos soluciones monótonas, repetitivas, y en muchos otros una dispersión de tentativas desordenadas, incoherentes, en pocos casos destinadas a tener una continuación. Tal vez había sido una salida en falso: la pretensión de lo que trataba de pasar por un universo pronto caería como una máscara, y la nada, única auténtica totalidad posible, volvería a imponer su invencible absolutez.

Entré en una fase en la que sólo los atisbos de vacío, las ausencias, los silencios, las lagunas, los nexos de menos, las desmalladuras en el tejido del tiempo me parecían contener un sentido y un valor. A través de esas brechas espiaba el gran reino del no ser, reconocía en él mi única patria verdadera, que lamentaba haber traicionado en una transitoria obnubilación de la conciencia y que Nugkta me había hecho recuperar. Sí, recuperar: porque junto con mi inspiradora me infiltraría por esos sutiles túneles de vacío que atravesaban la compactibilidad del universo; juntos alcanzaríamos la anulación de toda dimensión, de toda duración, de toda sustancia, de toda forma.

En ese momento no habría por fin sombras en el entendimiento entre Nugkta y yo. ¿Qué podría separarnos? Y sin embargo, aparecían de vez en cuando divergencias inesperadas: me parecía que yo había llegado a ser más severo que ella con lo existente; me pasmaba descubrir en Nugkta indulgencias, casi diría complicidades, con los esfuerzos que aquel torbellino de polvillo hacía por tenerse en pie. (Había ya campos electromagnéticos bien formados, núcleos, los primeros átomos...)

Hay que decir una cosa. Mientras se lo considerase como el colmo de la plenitud total, el universo no podía inspirar más que trivialidades y retórica, pero si se lo consideraba hecho con poco, poca cosa arracimada en los márgenes de la nada, suscitaba una simpatía alentadora, o al menos una benévola curiosidad por lo que conseguiría hacer. Con sorpresa veía a Nugkta dispuesta a sostener, a retener ese universo indigente, enfermizo, frágil. En cambio yo, duro. «¡Que venga la nada! ¡Gloria y honor a la nada!... insistía, preocupado de que la debilidad de Nugkta pudiera distraernos de nuestro objetivo. ¿Y Nugkta, cómo respondía? Con sus habituales resoplidos burlones igual que en los tiempos de mis excesos de celo ante las glorias del universo.

Con retraso, como de costumbre, terminé por entender que también esta vez ella tenía razón. Con la nada no podíamos tener más contacto que a través de lo poco que la nada había producido como quintaesencia de su inanidad; de la nada no teníamos más imagen que nuestro pobre universo. Toda la nada que podíamos hallar estaba allí, en la relatividad de lo que es, porque incluso la nada no había sido sino una nada relativa, una nada secretamente recorrida por vetas y tentaciones de ser algo. Si es verdad que en un momento de crisis de la propia nulidad había podido dar lugar al universo.

Hoy que el tiempo ha desgranado miles de millones de minutos y de años y el universo es irreconocible comparado con lo que era en aquellos primeros instantes, y desde que el

Librodot

espacio se ha vuelto de pronto transparente, desde que las galaxias envuelven la noche en sus espirales fulgurantes y en las órbitas de los sistemas solares millones de mundos maduran sus himalayas y sus océanos en la alternancia de las estaciones cósmicas, y en los continentes se amontonan multitudes alegres o sufrientes o asesinándose unas a otras con meticulosa obstinación, y surgen y se derrumban los imperios en sus capitales de mármol y pórfido y cemento, y en los mercados desbordan vacas en cuartos y guisantes congelados, y prendas de tul y brocado y nailon, y pulsan los transistores y los ordenadores y todo tipo de chirimbolos, y desde cada galaxia todos no hacen más que observar y medirlo todo, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande, hay un secreto que sólo Nugkta y yo conocemos: que todo lo que está contenido en el espacio y en el tiempo no es sino lo poco, generado de la nada, lo poco que también podría no existir, o ser todavía más exiguo, más extenuado y perecedero. Si preferimos no hablar de ello, ni para bien ni para mal, es porque sólo podríamos decir esto: pobre grácil universo hijo de la nada, todo lo que somos y hacemos se te parece.

La implosión

«Cuasar, galaxias de Seyfert, objetos B.L. Lacertae o, de manera más general, núcleos galácticos activos, atraen en los últimos años la atención de los astrónomos por la enorme cantidad de energía que emiten, a velocidades de hasta 10.000 km por segundo. Hay razones válidas para creer que el motor central de las galaxias es un agujero negro de masa enorme» (L'Astronomia, n: 3b). «Los núcleos galácticos activos podrían ser fragmentos que no explosionaran en el momento del Big Bang, en los que se estaría produciendo un proceso exactamente opuesto al de los agujeros negros, con expansión explosiva y liberación de enormes cantidades de energía ("agujeros blancos"). Estos podrían explicarse como extremos emergentes de un empalme entre dos puntos del espacio-tiempo (puentes de Einstein-Rosen) que expulsan materia devorada por un agujero negro situado en el extremo entrante. Según esta teoría, es posible que una galaxia de Seyfert situada a una distancia de cien millones de años luz, esté expulsando ahora gases absorbidos en otro lugar del universo hace diez mil millones de años. Y quizá sea posible que un cuasar situado a diez mil millones de años luz haya surgido, como lo vemos ahora, con el material que le llega de una época futura, procedente de un agujero negro que, para nosotros, se ha formado sólo hoy.. (Paolo Maffei, *I mostri del cielo*, págs. 210-215.)

Explosionar o implosionar -dijo Qfwfq-, éste es el problema: si es más noble expandir en el espacio la propia energía sin freno, o desmenuzarla en una densa concentración interior y conservarla tragándola. Sustraerse, desaparecer; nada más; retener dentro de sí todo bostezo, todo rayo, todo desahogo y, sofocando en lo hondo del alma los conflictos que la agitan desordenadamente, darles paz; ocultarse, borrarse: tal vez despertar en otro lugar, diferente.

Diferente... ¿Diferente cómo? El problema: explosionar o implosionar ¿volveria a presentarse? Absorbido por el torbellino de esta galaxia, ¿asomarse nuevamente a otros tiempos y otros cielos? ¿Aquí hundirse en el frío silencio, allá expresarse con llameantes gritos de otro lenguaje? ¿Aquí absorber el mal y el bien como una esponja en la sombra, allá manar como un surtidor deslumbrante, esparcirse, derrocharse, perderse? ¿con qué ventaja volvería el cielo a repetirse? No sé nada, no quiero saber, no quiero pensarlo: ahora, aquí, he elegido: yo implosiono, como si el despeñamiento centrípeto me salvara para siempre de dudas y de errores, del tiempo de las mutaciones efimeras, del resbaladizo descenso del antes y el después, para darme acceso a un tiempo estable, detenido, liso y alcanzar la única condición definitiva, compacta homogénea. Explosionad vosotros, si os gusta, estallad en

Librodot

flechas infinitas, prodigaos, derrochaos, desechaos como desperdicios: yo implosiono, me derrumbo dentro del abismo de mí mismo, hacia mi centro sepulto, infinitamente.

¿Cuánto tiempo hace que ninguno de vosotros sabe imaginar la fuerza vital como no sea bajo forma de explosión? Razones no os faltan, lo reconozco, vuestro modelo es el universo nacido de un estallido desatinado cuyas primeras astillas todavía vuelan desenfrenadas e incandescentes en los confines del espacio, vuestro emblema es el encenderse exuberante de las supernovas que hacen alarde de su insolente juventud de estrellas sobrecargadas de energía; vuestra metáfora favorita es el volcán, para demostrar que incluso un planeta ya adulto y asentado está siempre dispuesto a desencadenarse y prorrumpir. Y resulta que ahora los braseros que relumbran en las más alejadas zonas del cielo corroboran vuestro culto de la deflagración general; gases y partículas casi tan veloces como la luz se disparan desde un vórtice en el centro de las galaxias en espiral, se desbordan en los lóbulos de las galaxias elípticas, proclaman que el Big Bang sigue todavía, que el gran Pan no ha muerto. No, no soy sordo a vuestras razones; yo también podría unirme a vosotros. ¡Fuerza! ¡Estalla! ¡Revienta! El mundo nuevo sigue empezando, repite sus siempre renovados comienzos en un tronar de cañones, como en tiempos de Napoleón... ¿Acaso no fue a patir de la época de exaltación ante la potencia revolucionaria de la artillería cuando el estallido empezó a considerarse no sólo como daño de bienes y personas sino como signo de nacimiento, de génesis? ¿No fue a partir de entonces cuando las pasiones, el yo, la poesía, empezaron a verse como un explosionar perpetuo ? Pero si es así, también son válidas las razones opuestas; aquel agosto en que el hongo se levantó sobre ciudades reducidas a una capa de ceniza, empezó una época en que el estallido era sólo símbolo de negación absoluta. Cosa que por lo demás ya sabíamos desde el momento en que, levantándonos por encima del calendario de las crónicas terrestres, interrogábamos el destino del universo y los oráculos de la termodinámica nos respondían. Toda forma existente se desleirá en una vaharada de calor; no hay presencia que se salve del desorden sin retomo de los corpúsculos; el tiempo es una catástrofe perpetua, irreversible.

Sólo algunas viejas estrellas saben salir del tiempo; ellas son la portezuela abierta para saltar del tren que corre hacia la aniquilación. Habiendo llegado al extremo de su decrepitud, reducidas a las dimensiones de «enanas rojas» o «enanas blancas», jadeando en el último sollozo resplandeciente de los «pulsar», comprimidas hasta el estadio de «estrellas de neutrones» y, por fin, sustraída su luz al derroche del firmamento, convertidas en el oscuro borrón de sí mismas, hélas ya maduras para el incontenible colapso en el que todo, incluso los rayos luminosos, recae en el interior para no volver a salir más.

Alabemos las estrellas que implosionan. Una nueva libertad se abre en ellas: suprimidas del espacio, exoneradas del tiempo, existen por sí, finalmente, no ya en función de todo el resto, tal vez sólo ellas pueden estar seguras de ser verdaderamente. «Agujeros negros» es un sobrenombre denigratorio, dictado por la envidia: son todo lo contrario de agujeros, no hay nada más lleno y pesado y denso y compacto, con una obstinación en sostener la gravedad que llevan en sí, como cerrando los puños, apretando los dientes, curvando la giba. Sólo en estas condiciones uno se salva de disolverse en la expansividad rebosante, en las veletas de las efusiones, de la extroversión exclamativa, de las efervescencias e incandescencias. Sólo así se penetra en un espacio-tiempo en que lo implícito, lo inexpresado no pierden la propia fuerza, en que la preñez de significados no se diluye, en que la reserva, la toma de distancia multiplican la eficacia de cada acto.

No os distraigáis fantaseando sobre los comportamientos desconsiderados de hipotéticos objetos casi estelares en los inciertos confines del universo: aquí es donde debéis mirar, al centro de nuestra galaxia donde todos los cálculos e instrumentos indican la presencia de un cuerpo de masa enorme pero que no se ve. Telarañas de radiaciones y de gases, que han quedado enredadas tal vez desde la época de los últimos estallidos, prueban que allí en medio yace uno de esos llamados agujeros, ahora apagado como un viejo cráter. Todo lo que nos rodea, la rueda de los sistemas planetarios y constelaciones y ramas de la Vía

Librodot

Láctea, todo en nuestra galaxia se sostiene sobre el perno de esta implosión desplomada dentro de sí misma. Ese es mi polo, mi espejo, mi patria secreta. Nada tiene que envidiar a las galaxias más lejanas cuyo núcleo parece explosivo: incluso allí lo que cuenta es lo que no se ve. Ni siquiera de allí sale ya nada, creedme: lo que fulgura y se arremolina a una velocidad imposible es sólo el alimento que será triturado en el mortero centrípeto, asimilado al otro modo de ser, el mío.

Claro, a veces me parece oír una voz que viene de las últimas galaxias.

-Soy Qfwfq, soy el tú mismo que explosiona mientras tú implosionas: yo me gasto, me expreso, me difundo, comunico, realizo todas mis potencialidades, yo existo verdaderamente, tú no, introvertido, reticente, egocéntrico, ensimismado en un tú mismo inmutable...

Entonces me asalta la angustia de que también del otro lado de la barrera del colapso gravitacional el tiempo siga transcurriendo: un tiempo diferente, sin relación con el que ha quedado de este lado, pero igualmente lanzado en una carrera sin retorno. En este caso la implosión a la que me arrojo sería sólo una pausa que me es concedida, una demora interpuesta a la fatalidad a la que no puedo escapar.

Algo como un sueño, o un recuerdo, pasa por mi mente: Qfwfq escapa de la catástrofe del tiempo, encuentra una salida para sustraerse a su condena, se lanza por una brecha, está seguro de haberse puesto a salvo, desde una rendija de su refugio contempla el precipitarse de los acontecimientos de que se ha librado, compadece con distanciamiento a los que han sido arrollados, y entonees le parece reconocer a alguien, sí, es Qfwfq, Qfwfq que delante de los ojos de Qfwfq vuelve a recorrer la misma catástrofe de antes o de después, Qfwfq que en el momento de perderse ve que Qfwfq se salva pero no lo salva.

-¡Qfwfq, sálvate! -grita Qfwfq, pero ¿es Qfwfq quien mientras implosiona quiere salvar a Qfwfq que explosiona, o lo contrario? Ningún Qfwfq salva de la deflagración a los Qfwfq que explosionan, los cuales no consiguen retener a ningún Qfwfq en su incontenible implosionar. Cada recorrido del tiempo avanza hacia el desastre en un sentido o en el sentido contrario y su entrecruzarse no forma una red de binarios regulados por intercambios y liberaciones, sino un embrollo, un enredo...

Sé que no debo prestar atención a las voces ni dar crédito a visiones o a pesadillas. Sigo cavando mi agujero en mi madriguera de topo.

Apólogos y cuentos (1943-1958) «El hombre que llamaba a Teresa », manuscrito fechado el 12 de abril de 1943. «El relámpago», manuscrito fechado el 25 de abril de 1943. «Pasarlo bienn, manuscrito fechado el 17 de mayo de 1943. Publicado en *La Repubblica* (17-9-1986). «Río seco», manuscrito fechado en octubre de 1943. «Conciencia», manuscrito fechado el 1 de diciembre de 1943. «Solidaridad», manuscrito fechado el 3 de diciembre de 1943. «La oveja negra», manuscrito fechado el 30 de julio de 1944. «Un inútil» (título del manuscrito), 1945-1946; proyecto de novela, finalmente convertida en cuento. Con el título de «Come non fui Noè» apareció en una pequeña revista no identificada. Sólo se han encontrado las páginas arrancadas. «Amor lejos de casa», pruebas con correcciones autógrafas, 1946. «Viento en una ciudad», pruebas con correcciones autógrafas, 1946. «Como un vuelo de patose, ll Settimanale II, 18 (3-5-1947). «El regimiento extraviado», *L'Unita* (15-7-1951); versión definitiva en AA. W. *Quattordici racconte*; Milán, 1971. «Ojos enemigos» (título del manuscrito); después en *L'Unita* (2-2-1952) con el título «Gli occhi del nemico». «Un general en la biblioteca» (título del manuscrito); después en *L'Unita* (30-10-1953) con el título «Il generale in biblioteca». «El collar de la reina», 1952-1954, publicado con el título «Frammento di romanzo» en *Igiorni di tutti*, Edindustria editoriale S.p.A., 1960. «La gallina de la sección», 1954, publicada en *I raconti*; Einaudi, Turin, 1958. «La gran bonanza de las Antillas», *Città Aperta* I, 4-5 (25-7-1957). La nota del autor de 1979 fue escrita a petición de Felice Froio. «La tribu que mira al cielo», manuscrito fechado en octubre de 1957, con la nota autógrafa aquí a pie de página. «Monólogo nocturno de un noble escocés» *L'Éspresso* (25-5-1958). El texto aquí publicado es el mecanografiado con

Librodot

correcciones autógrafas del autor. «Un espléndido día de marzo», *Citta Aperta* II, 9-10 (junio-julio 1958). «La noche de los números», 1958, publicado en *I raconti*; Einaudi, Turín, 1958. *Cuentos y diálogos* (1968-1984). «La memoria del mundo», *Club degli Editori*, Milán, 1968. «La decapitación de los jefes», *Il Canè* XIV, 4 (4-8-1969). «El incendio de la casa abominable», Playboy, edición italiana, 1973. «La gasolinera» (título del manuscrito); después en *Corriere della Sera* (21-12-1974) con el título «La forza delle cose». «El hombre de Neanderthal», en AA.W., *Le interuiste impossibili*, Bompiani, Milán, 1975. «Moctezuma», en AA.W., *Le interuiste impossibili*. Bompiani, Milán, 1975. «Antes de que respondas», *Corriere della Sera* (27-7-1975). «La glaciación», texto escrito a petición de la firma nipona de bebidas alcohólicas Suntori, publicado primero en japonés y después en *Corriere della Sera* (18-11-1975). «La llamada del agua», cuento-prefacio al libro de Vittorio Gobbi y Sergio Torresella, *Acquedotti ieri e oggi*, Montubi, Milán, 1976. «El espejo, el blanco» (título del manuscrito), después en *Corriere della Sera* (14-12-1978) con el título «C'è una donna dietro il bersaglio»... La otra Euridice», manuscrito fechado en septiembre-octubre de 1980. «Las memorias de Casanova», cuentos escritos para acompañar un volumen de aguafuertes de Massimo Campigli publicado en Salomon e Torrini editores, 1981, con la Nota del Autor en tercera persona aquí reproducida a pie de página. Después en *La Repubblica* (15 y 16 de agosto de 1982). «Henry Ford» texto mecanografiado con correcciones autógrafas fechado el 30 de septiembre de 1982. Diálogo escrito para televisión, después no realizado. «El último canal», *La Repubblica* (31-1-1984). «La nada y lo poco», manuscrito fechado en agosto de 1984. «La implosión», manuscrito fechado el 13 de agosto de 1984.

Librodot